SILVIA PAREDES



KELLAN

DARK SOULS I

KELLAN

DARK SOULS I

SILVIA
PAREDES

© Silvia Paredes, 2024.
Diseño de cubierta: @lady_fuxia
Imágenes: freepik.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, ni total ni parcialmente, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Los nombres de personas reales, marcas o canciones que se encuentran a lo largo del libro se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin ninguna otra intención.

“El amor no mira con los ojos,
sino con el alma”,
William Shakespeare.

Prólogo



Kellan

La había cagado. Estaba seguro de ello…

Desde que tuve uso de razón, supe que si había alguien a quien no quería parecerme bajo ningún concepto, ese era él. Y no solo por su carácter, que mostraba de puertas para adentro, en casa, con esos que formábamos parte de su familia, sino por miles de motivos distintos, y de peso, que nunca podría terminar de enumerar.

En la calle, en O´Beiros, una de las mayores poblaciones de las Rías Baixas, donde vivíamos, él siempre había sido uno de los grandes. Una mente prodigiosa, con contactos y amigos entre la élite, creadora de uno de los primeros grupos empresariales madereros de Galicia; además de tratarse del director de una importante cadena hotelera y de varias conserveras de prestigio. Todo un alto ejecutivo… El gran Iago Ulloa, un hombre admirable, dispuesto a dar trabajo a los más necesitados, que ayudaba a cualquiera a golpe de talonario. ¿Su imagen dentro de casa? La cara opuesta. Un tiburón hecho para los negocios, sí, pero reacio a dar cariño a los que más le necesitaban; un padre ausente que, tras la muerte de su mujer, se aficionó a la bebida y a quitarse el cinturón sin previo aviso para endurecer a sus tres hijos a base de golpes.

Por eso, lo que sucedió en cuanto fui consciente de que podía enfrentarme a él estaba más que cantado. Una tarde, cuando ya había cumplido quince años, oí a mis hermanos pequeños gritando en el salón. Decidido, abrí la puerta de mi habitación, donde me encerraba para aislarme del mundo, sabiendo lo que eso significaba. No podía soportarlo más. Mi única intención era terminar con todo aquello, detenerle e impedir que siguiera con esa tortura. Al llegar a mi objetivo, la estampa que tuve ante mis ojos me paralizó, como en otras tantas ocasiones.

Brenan, mi hermano de nueve años, se encontraba en una esquina, cubriendo su rostro con los brazos, tratando de protegerse; sus ojos, llenos de pánico, y de lágrimas, pidieron auxilio a los míos y no pude hacer otra cosa al escuchar los chillidos desesperados de Connor, el mediano, suplicándole que parase. Si no le ayudaba yo, ¿quién iba a hacerlo? Ojalá nuestra madre siguiese viva por aquel entonces y nos hubiera sacado de aquella pesadilla, pero la perdimos unos meses antes, justo cuando él se convirtió en un verdadero monstruo. Creo que mi progenitor nunca le puso la mano encima y que todo empezó cuando ella falleció. O, al menos, necesitaba creerlo así. No obstante, algo me decía que él tuvo mucho que ver en que su delicado corazón fallara y nos

dejase, sin esperarlo, de la noche a la mañana.

Aún recordaba como si fuera hoy una de nuestras conversaciones más trascendentales, esa que marcó el resto de mi existencia cuando solo tenía siete años.

—Ven aquí, Diego. Mi chico grande… —Me abrazó, acurrucándome en su regazo, al acostarnos en mi cama una noche cualquiera. Se la veía agotada, tanto física como mentalmente —. ¿Te he contado alguna vez que, si hubiera sido por mí, te habrías llamado Kellan?

—¿Kellan? ¡Ese nombre mola más que el mío! —protesté con una sonrisa inocente.

—Mola mucho, sí. —Acarició mi mejilla, repitiendo mis palabras—. Es de origen celta; significa algo así como el que está al frente de la batalla o el jefe de la guerra, igual que tú —bromeó—. Y se le relaciona con la fuerza y el valor. Por eso me gustaba tanto para ti. —Me analizó con esos ojos oscuros y profundos y con esa sonrisa ladina, idéntica a la mía; que ya no aparecía por mi boca, y continuó con su explicación—: No olvides que da igual lo destrozado que te encuentres o las ruinas que sientas en tu interior, porque siempre tendrás el mismo valor incalculable, esa valentía que te caracteriza desde que eras poco más que un bebé. Eres indestructible, hijo. Y no dejes que nadie te diga lo contrario, lo que puedes o no puedes hacer; eres un guerrero, mi amor, y conseguirás todo lo que te propongas en la vida. No tengo dudas.

Recordé aquellas palabras durante años; es más, me guiaron cuando ella ya no estaba. O incluso antes, en el mismo instante que pedí que empezaran a llamarme así, Kellan, dejando de lado mi verdadero nombre por completo para que ella siguiera más presente que nunca, para recordarme que mi interior no contenía ni un ápice de Ulloa.

Mis hermanos siguieron mis pasos y se olvidaron de los nombres que aparecían en sus carnés de identidad, que también acabamos cambiando, eligiendo esos que ella adoraba, los que habría escogido para nosotros si la decisión hubiera dependido solo de ella. Su muerte me pilló en plena adolescencia, cuando empezaba a salir, a juntarme con quien no debía, a meterme en problemas, por lo que todo el mundo en O´Beiros nos conocía así, por nuestra nueva identidad.

Era una mujer increíble, única, con una extraña pasión por la cultura celta, y su ausencia me marcó demasiado. Por eso, sentía que debía ayudar a Brenan aquel día. Por ella, por nosotros.

Mi hermano pequeño era solo un niño; yo también, aunque mi sentido de la responsabilidad me obligara a crecer antes de tiempo. Debía protegerlos. La rabia se apoderó de mí y con un empujón lleno de odio, logré apartarle de él.

—¡Déjale en paz, maldito cabrón! —vociferé, provocando que esa ira se escapara en una lágrima que quise ocultar limpiando rápidamente—. ¡No vuelvas a ponerle la mano encima! O te arrepentirás…

¿El resultado? En cuanto se levantó del suelo, fue a por mí y aunque los golpes dolieron como siempre, lo que más daño me hizo fue su decisión final. Y él lo sabía… Lo vio en mi mirada cuando Torres, su mano derecha, y otro de sus hombres me obligaron a subirme al coche.

Unos minutos después, estaba de camino a un internado, ubicado en los impresionantes acantilados de la sierra de la Capelada, donde pasé los tres años siguientes, hasta que cumplí la mayoría de edad. Deseaba que aquella época me sirviera de descanso, que se convirtiera en una especie de paréntesis que me permitiese respirar, pero no fue así. No pude olvidar las miradas de mis hermanos ni desprenderme de sus lágrimas al enterarse de que me marchaba, de que los abandonaba y los dejaba solos, con él. No pude perdonármelo nunca. Me sentía como si les hubiera fallado, como si hubiera sido mi decisión y no una imposición por parte de ese que debería querernos. Y es que si había algo peor que ese sentimiento de culpa era el desconocimiento. Porque desde que aquel internado pasó a convertirse en mi nuevo hogar, no supe demasiado sobre ellos; a excepción de unas pocas cartas y de alguna que otra llamada que

me hicieron bajo vigilancia, por supuesto.

Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, fui a buscarlos; no podía dejar que la culpa siguiera consumiéndome. La cara que pusieron los dos y el abrazo en el que nos fundimos reconstruyeron todos los pedazos de mi interior que el innombrable destrozó en aquella última paliza.

Para mi sorpresa, ambos se encontraban mejor de lo que esperaba. Parecía que las aguas habían vuelto a su cauce… Y eso me hizo creer, durante un tiempo, que yo era el verdadero motivo por el que ese hombre se comportó así.

A pesar de eso, no me alejé demasiado; alquilé una pequeña casa cerca del pazo familiar, para asegurarme de que me tuviesen a mano siempre que lo necesitaran, de que pudieran venir en mi búsqueda en cuanto les levantasen la voz, y monté un taller mecánico en una de las naves próximas. Quería hacer algo por mi cuenta y no contar con la ayuda de Iago Ulloa para nada y allí, en O´Beiros, eso era prácticamente una misión imposible.

Siempre había pensado que su profesión era una más, tan legal como cualquier otra. Sin embargo, cuando regresé, con la edad suficiente para ser consciente, me enteré de la realidad, de lo que hacía, y me di cuenta de que más bien se trataba de una necesidad social, por llamarlo de algún modo. Por esa razón, el Estado se tapaba los ojos y la policía le permitía que siguiera haciendo todo lo que quería. Porque ese hombre, que debería haber sido un referente para nosotros, amasó su riqueza a cambio de la desgracia del resto; empezó a conseguir su fortuna cuando era poco más que un adolescente, esquivando a la guardia civil por la ría, pilotando una planeadora por la noche, organizando cadenas humanas para transportar los fardos de coca y hacerlos desaparecer con un chasquido de dedos. Dicen que donde hay frontera, hay contrabando y por aquel entonces, Iago Ulloa no solo era el dueño de esa frontera, sino de las Rías Baixas, de parte de Galicia e incluso del otro lado del mundo. O eso creía él…

Estudié cómo pedir la custodia de mis hermanos y que se mudaran a vivir conmigo, para tranquilidad de todos, pero era inútil. Cada vez que hablaba con alguien, descubría una nueva faceta del imperio Ulloa y no tardé en comprender que daba igual dónde o cómo, porque todos teníamos un precio, incluso jueces y policías. Todos estaban comprados por ese hombre o trabajaban para él en una de sus empresas, o tapaderas, así que solo nos quedaba esperar. Y en cuanto Brenan, el pequeño de los tres, cumplió dieciocho, Connor y él salieron de esa casa, con la idea de no volver nunca, y se instalaron conmigo sin dudarlo.

Seis años después, el destino nos dio un nuevo derechazo. O nos tendió la mano… Lo supe en cuanto entré por la puerta del taller y los ojos azules de Connor me buscaron, antes de que torciera el gesto de una forma peculiar.

—¿Qué pasa?

Estaba seguro de que había ocurrido algo. No era normal que él estuviese de morros a primera hora; ese solía ser yo.

—Ha muerto.

Supe inmediatamente a quién se refería porque no solíamos nombrarle; hablábamos de él como si fuera un ente lejano que no tenía importancia alguna en nuestras vidas. No negaré que, al escucharlo, mi corazón recibió un pequeño pinchazo; puede que fuera de alivio o porque no lo esperaba. No en ese momento… Pero me daba igual.

—¿Acaso te extraña? —Seguí mi camino hacia la oficina, un cuarto diminuto desbordante de papeles, sintiendo sus pasos a mis espaldas. Sabía que no iba a dejarme hasta que no le preguntase, así que me lo quité de encima cuanto antes—: ¿Cómo ha sido?

—Un accidente de coche. Iba con su guardaespaldas, con Torres, y con otro hombre. Ha sido

en el acto —soltó como si eso supusiera una liberación para ambos. Y, en cierto modo, así era porque al escucharlo, me deshice de un peso que llevaba cargando desde que era pequeño. Ya no podría hacernos daño.

Al día siguiente de aquello, mis hermanos y yo estábamos en su entierro, en primera fila, vestidos con traje oscuro, rodeados de miles de conocidos, y desconocidos, que nos daban su más sincero pésame. A veces, no tan sincero, sino más bien interesado. Y yo… Yo solo había ido para asegurarme de que estaba muerto. Bien muerto. Odiaba sentirme así porque no era ningún monstruo, como él, o al menos, no me lo consideraba, pero nadie que supiera lo que habíamos vivido podría culparme por sentirme aliviado en esos momentos.

Sin embargo, cuando, esa tarde, entramos por la puerta del pazo, la realidad me golpeó de forma implacable y mi mundo se derrumbó. Aún no había aceptado su testamento ni hacerme cargo de su imperio, ya que las dos cosas iban de la mano, pero en cuanto esa mínima idea se paseó por mi cabeza al valorar las opciones, allí, en su casa, su imagen empezó a reflejarse en mí.

La había cagado. Y no sabía cuánto. Porque una vez que despiertas a la bestia y la sueltas, es imposible volver a enjaularla. Y así, sin saberlo ni esperarlo, empecé a convertirme en la persona a la que más había odiado del universo. En él… En mi padre.

Capítulo 1



Kellan

«¡¡No me jodas!!», pensé, sorprendido, elevando la mirada, frente a la gran puerta plateada y arqueada del club Dark Soul, bajo el rótulo con el nombre del local, del mismo color, que resaltaba sobre un tridente negro; objeto asociado al símbolo del alma, la letra griega Ψ, aunque algunos lo relacionasen directamente con el mal. Y no sabían la razón que tenían… Porque todo el que cruzaba al otro lado, tenía un alma oscura, casi tanto como yo.

Un chico joven, con rostro de pocos amigos, me saludó con un leve movimiento de cabeza y abrió la puerta para permitirme el paso, dejando a la vista la impresionante estancia que ocultaba en su interior. Desde que el tipo que me engendró lo fundó, cinco años atrás, jamás lo había visitado. Ni se me habría pasado por la cabeza… Lo que no me imaginaba era que escondiese un lugar tan grande, deslumbrante y lujoso como aquel; una discoteca con una decoración elegante y cuidada que consistía en un enorme espacio abierto de dos plantas, con una amplia pista central sobre la que se elevaban los palcos privados del piso superior. Una auténtica maravilla…

Lo que tampoco me esperaba era que me convenciesen tan rápido para hacerme cargo de aquel mundo. Ni que, ese día, pasáramos a ser cuatro, en lugar de tres.

En cuanto regresamos del entierro, uno de los hombres de Iago Ulloa, que solo sería dos o tres años mayor que yo, se plantó en el pazo, trajeado y con un gesto serio e inmutable, escaneándome cuando lo encontré al otro lado de la puerta.

—Eres Kellan, ¿no? —Fue su carta de presentación, que no consistió en una pregunta, sino en una afirmación, ya que con el examen visual que me hizo, estoy seguro de que averiguó hasta mi fecha de nacimiento. Más tarde descubriría que era un examinador nato, que calaba inmediatamente a las personas y eso le venía fenomenal para su profesión.

—¿Y tú eres…?

—Eric; trabajo para tu padre. —Me ofreció la mano, agarrando la mía con fuerza. Creo que no se dio cuenta de que continuaba hablando de él en presente. O no había asimilado la noticia aún o no pensaba perder su puesto por nada del mundo. Se ahorró el «lo siento mucho» y «te acompaño en el sentimiento», señal de que le habían hablado sobre mí lo suficiente.

—Genial.

Me giré sin esperar su respuesta y regresé al salón principal, donde se encontraban mis

hermanos rodeados de papeles, sintiendo sus pasos junto a mí, desconociendo, todavía, que aquel hombre acababa de convertirse en mi sombra, en una persona que daría la vida por mí sin pedir nada a cambio. Y que se ganaría, en poco tiempo, que yo me sintiera capaz de hacer lo mismo por él.

—¿Para qué has venido? —Me dejé caer en uno de los sillones, indiferente.

Contemplé cómo Connor y Brenan le observaban atónitos, mientras él nos informaba de que su jefe lo había dejado todo bien atado antes de morir, poniendo su fortuna a mi nombre a cambio de que me encargase de cada una de sus empresas. Mi ceño se frunció de inmediato.

—¡¿Qué?! ¿A mí? —cuestioné con una sonrisa escéptica—. ¿Y ellos?, ¿no existen? —Señalé a mis hermanos con la mirada.

—Esa es la única condición. Todo es tuyo si las empresas también lo son y te haces cargo de su gestión.

¿Yo?, ¿encargándome de sus mierdas? No es que fuera un novato en el asunto; después de todo, me había criado en ese mundo, viendo lo que él hacía… Pero de traficar con tabaco en la ría, como hice con algunos de mis amigos cuando era un crío para conseguir algo de dinero, a llevar la gestión de sus empresas para esconder trapicheos más gordos había un largo camino. Largo y peligroso, por cierto.

Pero era algo innato en la gente de O´Beiros; crecíamos con las cadenas humanas transportando los fardos por la playa, con las planeadoras navegando a toda velocidad por la ría para huir de la policía, con amenazas y negocios ilícitos por las calles, con armas en cada casa… Era nuestro mundo, lo único que conocíamos, y por mucho que quisiera, no podía ni quería renegar de él.

—¿Por qué? —pregunté con dureza, pero no respondió. Era como si me conociese, aunque no nos hubiéramos visto nunca; como si le hubieran avisado sobre cómo reaccionaría y supiera, a la perfección, cómo debía comportarse. Maldito Ulloa—. Puedes largarte por donde has venido. Me importan una mierda sus negocios. Casi tanto como él —escupí con inquina.

El muy cabrón sabía que era el único que le tenía tanto odio como para negarme a aceptar sus condiciones. Por eso, quiso tentarme con su dinero. Pero no me conocía en absoluto. Me daba igual cuántos millones me estuviese dejando; mi rencor hacia él no me permitía aceptarlo. O eso creía. Pero todos tenemos una debilidad.

—Kellan… —Mi hermano se colocó a mi lado para hacerme entrar en razón—. ¿Podemos hablar sobre esto?

—No hay nada que decir, Connor. Ese hijo de puta cree que puede comprarme, incluso estando muerto. Se creía capaz de comprar a todo el mundo.

El tal Eric carraspeó frente a mí, tensándose, molesto por mis palabras. Si se sentía incómodo porque alguien hablase así de su jefe, ya estaba tardando en marcharse. Me levanté de forma brusca y salí por la puerta, decidido, pero alguien me agarró del brazo para detenerme. Connor.

—Piénsalo un poco, ¡joder! —susurró para evitar que nuestro invitado nos escuchase—. ¿No crees que nos lo merecemos? Después de todo lo que nos ha hecho pasar…

—Connor… —murmuré con tono de aviso.

—No, Kellan, escúchame. Ese dinero es nuestro, lo ganó gracias a nosotros, poniendo en peligro nuestra infancia, poniéndonos en peligro a todos. Tuvimos todo lo que quisimos, sí, pero nos faltó lo más importante: un padre. Y después de la mierda de vida que nos ha dado, nos lo merecemos, ¿no crees?

¡Y vaya si nos lo merecíamos! Sobre todo, ellos dos; los dejé solos cuando aún eran unos niños y no quería ni imaginar por lo que tuvieron que pasar al convivir con tal engendro. Apreté

la mandíbula, conteniéndome, y nuestras miradas se dijeron todo sin articular palabra porque estábamos seguros de que, a partir de aquel momento, nuestra vida iba a cambiar. Y no sabíamos cuánto…

…

—Bienvenido a tu nuevo hogar —me dijo Eric cuando nos adentramos en la sala principal del Dark Soul.

Los tonos blancos y plateados dominaban la pista, que contaba con varias zonas privadas en las esquinas, cerradas con cortinas negras que concedían cierta intimidad, y estaba repleta de mesas bajas con sofás blancos y negros en sus laterales. Al fondo se ubicaba una barra principal, tras la que se encontraban ordenadas cientos de botellas de los más diversos licores y colores. Al mirar hacia arriba, la altitud de sus techos impresionaba tanto como los palcos vip que los rodeaban, con sus formas ovaladas. Y el resto… suponía que sería pura imaginación y desfase en cuanto la noche llegara y las luces se apagasen. Se podía escuchar un hilo musical de fondo mientras un equipo de limpieza se esforzaba por dejar todo listo e impoluto a la hora exacta.

—Los que trabajan aquí son personas de confianza —me explicó mi nuevo apéndice al ver que me fijaba en dos de los hombres que frotaban la barra y el suelo con ímpetu—. Todos. Aquí estarás seguro.

«¿Seguro?», cuestionó mi mente sin darse cuenta. ¿Acaso fuera había algún peligro? Sonreí escéptico. Había vivido durante años en la misma casa que Ulloa y recordaba decenas de ocasiones en las que tuvo «problemas» con empleados o vecinos que, según él, le envidiaban por su dinero o sus propiedades. Cuando descubrí a lo que se dedicaba realmente, entendí la clase de problemas que tenía y, ahora, esa falsa seguridad que comentaba Eric.

—Los empleados han firmado un contrato de confidencialidad —recalcó con retintín, dándome a entender que había más amenazas que contratos de por medio—, y en cuanto las puertas se abren, nuestro personal de seguridad solo permite el acceso a nuestros socios o previa invitación o inscripción en la lista. Así que conocemos hasta las dioptrías de las personas que entran en el local.

—Guau… —farfullé con sarcasmo.

—¿Quieres algo? —Cruzó al otro lado de la barra y empezó a servirse un *whisky* con hielo, sacando otra copa para mí.

—Ron.

Odiaba el *whisky*; puede que porque con su olor, miles de dolorosos recuerdos azotaban mi mente. Gracias a Iago…

Eric me pidió que le siguiera hasta una de las mesas para acomodarnos y guiarme en aquella locura, pero casi ni nos dio tiempo a sentarnos; una joven rubia con unas curvas inevitables, enfundada en unos vaqueros ajustados y un top oscuro, se acercó a nosotros caminando con soltura sobre unos tacones de infarto.

—Vaya, vaya… ¿Quién es tu amigo, Eric? —Se sentó en el brazo de un sofá, coqueta, cruzando las piernas con sensualidad.

—Este… es Kellan.

—¡¿Kellan?! —exclamó asombrada, levantándose de nuevo para darme dos besos lentos y provocativos—. ¡Madre mía! Lo siento. No… no te imaginaba así para nada.

—¿Así?, ¿así cómo?

—No lo sé, pero así no. —Me señaló de arriba abajo, examinándome.

—Gracias. Espero… —contesté, esbozando una media sonrisa.

—Yo soy Lía. —Me ofreció la mano de forma profesional, con una mueca divertida en el

rostro, y la estreché sin pensarlo dos veces—. La mandamás de este antro. Así que si necesitas preguntarme cualquier cosa o que te ayude a lo que sea, puedes contar conmigo.

Vi cómo Eric puso los ojos en blanco y ella le devolvió un mohín indescriptible, lo que me hizo sospechar que entre esos dos había algo; bueno o malo, daba igual. Y no era porque me importase; en absoluto. Hacía bastante tiempo que había bloqueado ciertos sentimientos, ya que no sabía qué hacer con ellos, e impedía que despertasen en cualquier rincón de mi interior. Había mucha oscuridad dentro de mí, tanta como para no permitir que alguien se acercase demasiado. Por eso, mis relaciones siempre habían consistido en encuentros momentáneos, en citas que nunca volvían a repetirse y no sobrepasaban lo carnal; en sexo, sin más. Y estaba bien así, sin complicarme la vida, aunque ya lo hubiera hecho sin saberlo.

—Tranquilo, está todo solucionado. Tu padre tenía un equipo de diez personas a las que nos confiaba su vida y seguiremos siendo nosotros los que nos encargaremos de esto. Tú solo tienes que estar aquí, encargarte de la gestión de las empresas desde su despacho, ser la cara visible… —me explicó él.

—¿Ser una puta tapadera?, ¿como esas empresas de las que hablas?

—Aunque no te lo creas, tu… —se tragó la palabra al recordar cómo le había mirado unos segundos antes, al pronunciarla—. Iago fundó varias de las empresas más importantes de Galicia, alcanzando varios miles de millones de ingresos en los últimos años, por lo que se trata de organizaciones de éxito, no de simples tapaderas. Del resto no tienes que preocuparte; algunos llevan más de veinte años trabajando a su lado y estarás asesorado en todo momento.

—Lo que tú digas.

—¡¿Qué pasa aquí?! —preguntaron con tono molesto a mis espaldas, obligándome a girarme para ver de quién se trataba.

Mis ojos se clavaron en otros oscuros que me observaban con acritud. Su melena negra y larga caía a ambos lados de unos pechos firmes, que se podían entrever a través de un sujetador de encaje, parcialmente oculto por una camisa negra y ancha que se deslizaba desde sus hombros hacia sus brazos. Dio un paso adelante con firmeza, haciendo resonar sus tacones en el suelo, y dejé caer mi vista hasta sus pantalones de cuero para regresar, veloz, a su rostro. Mi corazón se saltó un par de latidos al ver a una joven como aquella frente a mí, esa que podría ser la protagonista de mis mejores fantasías, y me obligué a deshacerme de esos pensamientos.

—¿Qué pasa? —Eric se puso de pie delante de ella—. Te estábamos esperando. —Miró el reloj, dándole a entender que llegaba tarde—. ¿Ahora te entran las prisas?

—¿Es que me necesitas hasta para sujetarte la chorra cuando meas, Eric? —masculló ella con recochineo—. ¡Dejaos de gilipolleces! ¡Quedan dos horas para abrir y os encuentro de cachondeo tirados en los sofás! ¡Esto está hecho un asco!

—No estamos de cachondeo; estamos de reunión.

—¡Ah, claro! ¿Que esto es una reunión? Y este es el empresario del año, por lo que veo… —contestó con sarcasmo.

—A ver… —intentó mediar Lía.

—¿Y tú eres…? —pregunté con gesto serio y tono grave, levantándome. No pensaba dejar que nadie se me subiera a la chepa el primer día y menos aún, una niñata con afán de superioridad.

—La persona que consigue que todo esto funcione.

—Claro, ¡cómo no!

—África, él es Kellan —dijo Lía, neutral—. Kellan, ella es África, la encargada del Dark Soul.

—¡Vaaaya! El hijo pródigo ha vuelto… Pues ahora que ya está el niño de papá con nosotros, ¡moved el culo!

Se alejó como había llegado, con paso firme, caminando hacia la barra principal para comenzar a colocar varias de las botellas y organizar algunas copas y la seguí sin poder controlarme, notando cómo mi enfado iba en aumento.

¡¿Qué demonios había sido eso?! No pensaba permitir esa actitud bajo ningún concepto y pensaba dejárselo claro.

—¡Eh! —la llamé desde el otro lado de la barra—. No sé quién coño eres, pero no tienes ni idea de con quién estás hablando, así que espero que sea la última vez que escucho esos comentarios o si no, contonearás tu bonito culo fuera de estas paredes. Porque te recuerdo que ahora todo esto —lo señalé— es mío. ¡¿Estamos?! —Subí el tono, apretando la mandíbula para no soltar miles de mierdas por la boca.

—Estamos. —Se apoyó sobre la barra, apuntándome con esas dos armas de tortura que tenía como pechos. Ignoré su actitud por completo y estudié su mirada—. Pero… déjame decirte algo. No sabes quién soy y eres tú el que no tiene ni idea de dónde se ha metido, así que ten cuidado conmigo.

Se adentró en una de las puertas que daba acceso a una zona privada para empleados y me dejó allí, sin palabras, respirando profundamente para no empezar una verdadera batalla campal o, lo que era lo mismo, ponerme a despedir gente sin ton ni son y quedarme más solo que la una. Me senté en uno de los taburetes altos y me bebí lo que había en mi copa de un solo trago, sin imaginar que aunque todavía quedasen un par de horas para que el DS abriera sus puertas, la verdadera guerra, esa inevitable, acababa de estallar.

Capítulo 2



África

—¡¡Mierda!! —exclamé al cerrar la puerta del vestuario de un portazo.

Me senté en el banco negro que bordeaba la pared y hundí las manos en mi pelo, tratando de aclarar mis ideas, tamborileando el suelo con el pie. Debía tener la mente fría y pensar con claridad, ya que el mínimo error en un mundo como el mío podía terminar con mi cuerpo tirado en una cuneta con un tiro en la nuca. Resoplé, nerviosa, siendo consciente de lo que acababa de ocurrir. No esperaba que el primogénito del mismísimo Iago Ulloa acabara aceptando la propuesta; es más, me habría jugado un brazo apostando por lo contrario. Llevaba años estudiando cada uno de sus movimientos, cada engranaje de esa compleja familia, sus costumbres y actitudes. Por eso, sabía que Kellan tenía el suficiente odio acumulado hacia su padre como para no querer saber nada de su testamento y estaba segura de que nunca, jamás, habría pisado el Dark Soul ni ninguna de las empresas que lo completaban. Pero estaba equivocada… Había algún motivo, superior a ese rencor, que le llevó hasta nosotros esa noche.

—Joder…

—Afri —susurraron con cautela—, ¿estás bien?

Sin que ni siquiera me hubiese percatado, Mel, una de las bailarinas, había salido de uno de los aseos y se encontraba inclinada delante de mí, preocupada. Elevé la mirada y asentí, convenciéndome.

—Sí, sí, tranquila. No he tenido tiempo para comer hoy y me ha dado un pequeño mareo, pero ya estoy bien.

—¿Seguro?, ¿quieres que vaya a por algo y te lo traiga? Mira que tenemos mucha noche por delante…

—Gracias, Mel, pero no hace falta. Tengo unas barritas energéticas en la taquilla; será suficiente.

—Como quieras —contestó conforme, caminando hacia la puerta—. Si necesitas algo, llámame.

Sonreí como respuesta, agradeciéndole el detalle, antes de que me dejara sola. La verdad es

que tenía unos compañeros que eran geniales; tanto que, en muchas ocasiones, me costaba llevar a cabo mi papel, esa doble personalidad de lobo con piel de cordero, de sargento adorable al que es imposible pisotear. Y lo ejecutaba con tanta perfección que ya no sabía ni quién era. Cuando pisé el club por primera vez, un año atrás, todos pensaron que era policía. Ojalá lo fuera… Me hicieron varios interrogatorios, estudiaron cada uno de mis movimientos para comprobarlo y no consiguieron dejarme tranquila hasta que me gané la confianza de Iago. Algo que tampoco fue muy difícil; ese hombre tenía don de gentes y cuando alguien le fallaba, lo hacía desaparecer. Sin más.

Me levanté y comprobé que no hubiera nadie más en el vestuario; no podía permitir que nuestro plan se desmoronase a esas alturas. Abrí mi taquilla, metiendo la clave, que solía cambiar cada semana, y saqué el teléfono que guardaba en ella, que se encontraba siempre apagado por si alguien quería curiosear. Marqué ese número que no tenía guardado en la agenda, pero sabía de memoria, y esperé, impaciente, sin obtener respuesta.

—¡Joder!

Metí el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón, esperando su llamada, y salí del vestuario para analizar los movimientos en la pista central. Varias de las chicas charlaban junto a la barra principal con dos de nuestros camareros, el personal de limpieza estaba terminando su trabajo y en aquel suelo, reluciente, ya prácticamente se podía comer, y Eric y el resto de los hombres de Ulloa se encontraban al fondo de la sala, reunidos en una de las mesas bajas. Con él… La penetrante y oscura mirada de Kellan se encontró con la mía a medio camino y frunció el ceño, sin moverse de su sitio. Esos ojos tenían tanto poder como para hacerme sentir incómoda a pesar de la distancia; sin embargo, aunque un pequeño nudo creció en mi estómago, no me inmuté. Debía demostrarle que no había nada ni nadie que me hiciera amedrentarme.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, analizándonos, pero fue el suficiente como para aprenderme de memoria la forma cuadrada y simétrica de su mandíbula, que no dejaba de apretar; esa barba de cuatro o cinco días que abrazaba su rostro, esos mechones despeinados y húmedos que revoloteaban en distintas direcciones, una sonrisa torcida capaz de matarte de curiosidad solo con curvarse o el aro grueso y oscuro que tenía como pendiente en su oreja izquierda. Siempre había sido buena estudiando a las personas y en aquel instante, me saqué un máster.

El teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo, rompiendo aquel momento, y regresé a mi pequeña guarida. Volví a comprobar que no hubiese entrado nadie y pulsé la tecla verde sin esperar.

—Lucho —dije con voz firme sin dejar que hablase—. Tenemos problemas.

—Hola, preciosa. Cuéntame. Seguro que no es para tanto estando en tus manos…

Lucho, como era conocido por todo el mundo, y yo llevábamos juntos unos cinco años. Le conocí en Cádiz cuando cumplí dieciocho; en esa ciudad que me acogió como si fuera la mía.

La relación con mi familia nunca fue idílica, siempre quisieron que fuera una persona muy distinta a la que era realmente y en cuanto tuve la edad suficiente, me marché de casa y me alojé en el pequeño apartamento de una amiga. Empecé a trapichear, dedicándome al contrabando, cruzando la frontera con Gibraltar y llevando cajetillas de tabaco hasta la Línea de la Concepción para venderlas; encargos que fueron cada vez más numerosos. Y fue allí donde le conocí… dedicándose al narcotráfico de hachís en el Estrecho. Solo era una adolescente, pero sabía conducir motos de agua como nadie y eso, a Lucho, le vino genial para que recorriera parte de esos trece kilómetros, que separaban ambos continentes, y recogiera el cargamento de las planeadoras para distribuirlo, así, en otro punto concreto. Era pura organización y estrategia, un

croquis mental que nunca debíamos modificar bajo ningún concepto. Y siempre nos fue bien… O lo que era lo mismo: no nos pillaron en ninguna ocasión. Por los pelos.

Nuestra historia, que empezó siendo una aventura sexual guiada por la adrenalina, siguió su rumbo hasta ese mismo día. O hasta un año antes, cuando me mudé a Galicia para trabajar con Iago y nos separamos.

—¿No estabas tan seguro de que Kellan no aceptaría? ¡Aquí le tienes! Y viene muy subidito, por cierto —susurré, enfadada.

¿Cómo no se nos había ocurrido valorar esa posibilidad? ¡¿Es que éramos novatos?!

—¡¿Qué me dices?! —prorrumpió, sorprendido—. Bueno, estoy seguro de que tú sabrás cómo bajarle esos humos… —Olí su sarcasmo a mil kilómetros.

—¡¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?! —Elevé la voz, arrepintiéndome al instante; no podía permitir que nadie nos escuchase—. Su hijo está aquí. Va a hacerse cargo de sus empresas. Y puede que, antes de morir, su padre le contara quién soy…

—Afri, tranquila, ¡ni siquiera se hablaban! ¿Cómo le va a contar nada sobre ti? Que ese tipo esté ahí no cambia nada.

¿No lo cambiaba? Porque estaba completamente segura de que solo su presencia ya lo complicaba todo.

—Lo que tú digas, pero si uno de ellos está aquí, los otros dos no tardarán en aparecer. Y con los tres hijos pululando por el club, no será tan fácil como pensábamos.

—Bufff… —Resopló—. Desde hoy, tienes carta blanca para hacer lo que consideres necesario. —Pensó en silencio durante unos segundos—. ¿Crees que podrás ganártelo, igual que hiciste con su padre, niña?

Me llamó con ese apelativo cariñoso, como solía hacer a menudo, en referencia a la conocida película *El Niño,* en la que su protagonista cruzaba el Estrecho en moto de agua para iniciarse en el mundo del narcotráfico. Pero yo, a esas alturas, ya le daba mil vueltas a ese chiquillo.

—¿De verdad lo dudas? —pregunté con picardía y una seguridad extrema.

—En absoluto. Creo que podrías meterte en el bolsillo a cualquiera. Aun así, en cuanto ese Kellan se convierta en un inconveniente, avísame; nos desharemos de él sin que nadie recuerde que existió.

—Eso haré.

Nos despedimos para no alargar más la conversación; cada segundo que hablábamos por teléfono ponía en peligro nuestro plan y no podíamos arriesgarnos. Apagué el aparato y volví a guardarlo en la taquilla, donde nadie lo localizaría; asegurándome de que estuviese bien cerrada después de coger una de las barritas energéticas para afrontar lo que estaba por llegar.

Miré mi reflejo en el espejo y fui incapaz de reconocerme. Desearía poder dar marcha atrás, regresar a Cádiz y disfrutar de un día de charlas con mis amigos para distraerme, olvidarme de todo aquello, de lo que habíamos hecho, pero ya era demasiado tarde. Era tarde para todo.

Me preparé para una noche de locura y para poner mi mejor sonrisa a miles de comentarios de mierda, como siempre, y salí del vestuario cuando varias de mis compañeras entraban entre risas. Localicé a Kellan entre los hombres de Ulloa, hablando con rostro serio, como uno más, ajeno a mi presencia; cambié mi gesto por esa fachada que debía mantener y caminé decidida hacia mi nuevo objetivo, lista para seguir mintiendo, porque… ¿qué pensaría él si descubriera que fui yo quien mató a su padre?

Capítulo 3



Kellan

—¿Entonces? —cuestioné acomodándome en el sillón que presidía el despacho, ubicado en una zona alejada e insonorizada de la planta superior del club—. ¿Eso es todo?

—Hace un par de años que firmamos un contrato de compraventa internacional con De la Cruz, de Perú; nos hacen llegar la mejor madera de caoba del otro lado del charco. Hasta el momento, desde que salimos al extranjero, con Latinoamérica, nada ha salido mal… —me explicó Eric bajo la atenta mirada del equipo Ulloa, que consistía, básicamente, en diez hombres con el semblante serio, cruzados de brazos, marcando cada uno de los músculos de sus ejercitados cuerpos, que no solían dar señales de vida; solo escuchaban para no perderse detalle de la operación.

—Y piensas que ahora podría suceder…

—Estoy seguro de que saldrá bien, como siempre. Si no, no estarías aquí. Además, tenemos una costa infinita que nos protege… —Dibujó una mínima sonrisa ladina en sus labios para relajarnos.

—¿Una costa infinita que nos protege? —Se carcajeó un tipo, situado al fondo de la habitación—. Porque el capitán dijera que solo su hijo debería ser su sucesor, ¿ya debemos fiarnos y dejar nuestro pellejo en sus manos? ¡Acabaremos en el fondo del océano! —Creo que fue el único que soltó lo que realmente pensaba. Pero le entendía… Por aquel entonces, yo mismo dudaba que pudiese hacerlo.

—¡Germán! —le riñó Eric—. Desde hoy, Kellan es el nuevo capitán y si Iago le puso en su lugar, será por algo. Si él confiaba en su hijo, nosotros también, ¡¿de acuerdo?! Aquí somos leales a nuestro jefe, una sola alma. Así que no quiero volver a oír hablar del tema. —El susodicho apartó la mirada, fingiendo conformidad, aunque no se le veía muy convencido.

—La mercancía está de camino; llegará mañana a primera hora al puerto en un buque mercante —continuó otro de ellos, cambiando de conversación; uno algo mayor que nosotros, de unos cuarenta años, con cierta experiencia en el tema—. Recibiremos tres contenedores con las cargas de madera, pero solo uno nos interesa… —Señaló una numeración en algunos papeles para que el resto lo memorizase—. Desde allí, trasladaremos la mercancía hasta el almacén de la playa.

—¿Habéis escuchado a Villa? —preguntó Eric. Los demás asintieron, impasibles—. No quiero errores. Ni un solo fallo, ¿entendido?

—¿Así? Tan fácil… —pregunté con recochineo.

—La policía sabe que por el puerto entra de todo. De todo… —recalcó el primero—, pero nunca encuentran nada. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Además, lo difícil de este negocio no es llevarlo a cabo, sino tener una buena agenda. Iago tiene la mejor; cuenta con amigos en todas partes: contactos políticos, policías, hombres en aduana… —añadió Eric.

—Con dinero, es fácil comprar a cualquiera —farfullé.

—Sin dinero sería imposible que una operación como esta saliese bien —replicó el tal Villa —. Además, que no se te olvide, Kellan, que todos tenemos un precio… Incluidos jueces y policías.

Iba a contestarle, a decirle que a mí no podría comprarme cualquiera, pero ya no podía pensar así. Yo mismo me había puesto precio aceptando aquel trabajo. Aunque mi objetivo fuera darnos a mis hermanos y a mí la vida que siempre nos habíamos merecido. Ellos eran mi debilidad; lo último que alguien como yo mostraría al mundo… Y así debería haber sido siempre. Esa debilidad que debería haber mantenido oculta para no ponerlos en peligro.

—¿Y el socio de mi padre? Ese con el que fundó todo esto…

—¿Gonzalo Neira?

—El mismo.

—Murió —dijo uno de ellos, dedicándose ciertas miradas culpables y cómplices con el resto, lo que me hizo pensar que le perdieron en alguna de sus peligrosas operaciones—. Y su familia se mudó de O´Beiros; querían desaparecer de este mundo.

«¡Genial!», farfullé para mis adentros. Había olvidado ese «pequeño» detalle. Probablemente, porque llevaba muchos años sin hablar sobre él; desde antes de que me marchara al internado. Sabía que murió y que su familia decidió irse de la ciudad, pero ahora podrían regresar y hacerse cargo de lo que él, un día, creó junto a Iago…

—No tienes que preocuparte por nada —replicó Eric—. Tienes el equipo más leal a tu cargo. Cualquiera de estos diez hombres daría la vida por ti, por tu padre… —Solo con escuchar esa palabra, mi cuerpo se tensó sin poder evitarlo.

Dudaba mucho que unos simples desconocidos fueran a dar nada por mí, pero aún me quedaba demasiado por aprender de todo aquello, de ese mundo. Porque cualquier joven que hubiera crecido en aquel pueblo costero, como yo, había trapicheado en plena adolescencia para sacarse algo de dinero, pero de lo que estábamos hablando era algo muy gordo, con gente muy poderosa de por medio.

—Entonces, ¿a qué hora tenemos que estar mañana en el puerto? —cuestioné.

—Tú no puedes venir —sentenció Eric, tajante—. No puedes exponerte así como así; esperarás en el almacén hasta que llegue la mercancía.

«¡No me jodas!». Encorvé la espalda en el sillón, casi tumbándome. ¿No se suponía que allí mandaba yo? Y pensaban privarme de lo más emocionante… Además, si tan leal era mi gente, no iba a dejar que fueran ellos, solos, los que se adentrasen en la boca del lobo. Y aquello sería lo primero que cambiaría. Iba a ser verdad eso de que el poder es mil veces más adictivo que el dinero…

—¡Pues ya está! Cuando acabe la noche, entraremos en detalles, pero esto solo acaba de empezar, así que… ¡a currar! —exclamó Villa, consiguiendo que todos se escabullesen del despacho en cuestión de segundos.

Solo con abrir la puerta de aquella habitación, la música inundó la estancia con un sonido suave. Sin embargo, la oscuridad siguió presente hasta que llegamos al palco principal y las luces moradas de la pista irrumpieron en nuestras retinas. Los focos se movían de lado a lado sobre los cuerpos casi desnudos de varios *gogós*, cubiertos de forma sensual con la tela mínima, que se encontraban bailando en unas plataformas elevadas, encima de la gente que conversaba en la planta inferior.

Apoyé los antebrazos en la barandilla para asomarme y contemplar aquella estampa y descubrí la que podría describirse como la discoteca más exclusiva de toda Galicia. Había varios grupos de personas repartidos por la sala, charlando y contoneándose al ritmo de la música, mientras que otros estaban sentados en las mesas de los laterales, en un ambiente más tranquilo y relajado.

—¿Qué te parece? —Eric se colocó a mi lado, observando lo que teníamos a nuestros pies.

—No está mal.

—No está mal, ya… —repitió, escéptico.

—¿Qué hay ahí? —Señalé con los ojos hacia los demás palcos, que se encontraban con las cortinas cerradas.

—Son… ehm… —dudó—, nuestros reservados; son para gente importante. Hay personas que no quieren ser vistas y prefieren disfrutar de la noche sin que nadie les moleste. Gente muy poderosa… Acceden a los palcos directamente desde el garaje y cuentan con un equipo de camareros y de seguridad privada.

—No está mal. —En esa ocasión, el que esbozó una pequeña sonrisa gamberra fui yo—. Bueno, ¿qué? ¿Puedo bajar o aquí también tengo que estar escondido en la *Batcueva*?

—Puedes bajar; aquí no hay peligro ninguno. Ya te he dicho que tenemos a todos controlados. Por cierto… —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y me dio un papel—. Memorízala y rómpelo; es la clave de la caja fuerte. Detrás de la segunda fila de libros de la estantería. —Me guiñó un ojo con complicidad—. ¿Vamos, *Batman*?

Le seguí hasta la pista y pedimos algo de beber en la barra del fondo, donde me presentó a los camareros que me faltaban por conocer. Estábamos hablando con uno de ellos cuando me encontré con esos ojos oscuros entre la gente, acompañados de una bonita sonrisa, que desconocía, mientras charlaba con varios hombres que la observaban como si se tratase de un dulce caramelo que deseaban saborear. Y devorar… No me extrañaba. Porque a África le sobraba mal genio, pero también desprendía sensualidad por cada poro de su piel. Y en ello estaba, empapándome de esa extraña sensación que transmitía, cuando una voz, con un timbre bastante molesto, me trajo de vuelta.

—¡Kellan! Perdona… Eres Kellan, ¿verdad?

No sé cómo, pero antes de que terminase la frase, Eric ya se había interpuesto entre ambos, usando su cuerpo como escudo humano ante una posible amenaza.

—¿Quién eres?, ¿cómo has entrado? —la intimidó, poniendo sus manos en sus caderas para cachearla.

La joven, a la que mi nueva sombra le sacaba casi una cabeza de altura, le dio un manotazo y un fuerte empujón para deshacerse de su agarre.

—Pero… ¡¿tú de qué coño vas, gilipollas?! —Se revolvió cuando este quiso intentarlo de nuevo y la redujo con un solo movimiento—. ¡Que me quites las manos de encima!

—Te estoy preguntando cómo has entrado. ¡Contesta! —La chica le fulminó con la mirada y creo que con esa intensidad, le sobró, porque Eric se encaminó hacia la salida con ella.

—¿Podemos hablar? —Leí en sus labios antes de que se alejasen, suplicándome con los ojos

unos minutos de mi tiempo.

—Eric, déjanos… —empecé a decir antes de que me interrumpiesen.

—¡Eric!, ¡Eric, espera! —África los alcanzó con rapidez y le detuvo a tiempo—. Disculpa, eres… eres la… la chica nueva, ¿verdad?

—¿Una chica nueva? —Él alzó una ceja, desconfiado.

—Eso he dicho; es una de las bailarinas que hemos contratado, ¿no es así? —La joven asintió, observándola desconcertada.

Había algo que no me cuadraba allí y creo que a Eric le ocurrió lo mismo. Y no era el extraño parecido que tenían ambas: piel tostada por el sol, ojos oscuros, labios carnosos, cuerpos definidos, pelo negro… Puede que fuera por la actitud de las dos, por esa energía de leonas capaces de devorar a cualquiera tras un solo zarpazo.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque estabas demasiado ocupado con tu nuevo alumno… —masculló, dedicándome una sonrisa orgullosa que me habría encantado morder para dejarle claro quién era el nuevo rey de la sabana. Creo que se lo revelé con la mirada porque no esperó a que llegase mi respuesta y volvió a centrarse en la joven—: ¿Me acompañas? Así te enseño esto.

—Claro —contestó la chica, siguiéndola, sin volver a mirar atrás.

Nos quedamos allí, viendo cómo se marchaban y se perdían entre la multitud, confusos con lo que acababa de ocurrir. Elevé las palmas de las manos, extrañado, preguntándole qué había sido eso, quién era esa chica y cómo se había librado de sus inquebrantables medidas de seguridad.

—No lo sé. No lo sé, pero lo averiguaré cuanto antes.

Capítulo 4



Daniella

Si me llegan a decir que mi entrada en el Dark Soul iba a ser por todo lo alto, no me lo hubiera creído. Aunque, pensándolo bien, había nacido para hacer ruido, siempre lo tuve claro; no para pasar por la vida de puntillas. La que lie en la misma puerta fue una aparición apoteósica digna del mismísimo Houdini. Solo me faltó librarme de las cadenas, las cuerdas y las esposas, como él, pero lo que logré fue bastante más complicado; aquellos armarios empotrados del equipo de seguridad, rapados y con mala cara no se lo pensaron dos veces. No iban a dejarme entrar por nada del mundo. Lo supe antes de decir mi nombre y que comprobasen que, evidentemente, no estaba en la lista. Ni me habían visto en su vida, claro está. Pero apareció esa chica morena y todo fue coser y cantar. Lo que tampoco sabía era que iba a salvarme el culo dos veces en una sola noche.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con gesto serio a los tipos de la puerta.

—No está en la lista; no puede entrar.

—Lo siento, pero si no estás en… —empezó a pronunciar, analizándome de arriba abajo; sin embargo, en cuanto me miró a la cara, cambió de actitud y se quedó paralizada unos segundos antes de continuar—: Eres la bailarina nueva, ¿no?

Me habría gustado descubrir lo que escondía ese cambio tan repentino y al no conseguirlo, le seguí la corriente y asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Siento no haberte avisado, Cano, pero ya me encargo yo; no te preocupes —le dijo al chico de seguridad, haciéndose responsable… ¿de mí?, ¿sin conocerme de nada? Eso ya me resultó extraño, pero cuando la seguí hasta el interior y añadió una última frase, terminó de desconcertarme—: Quédate por aquí, ahora te busco; tengo que ir a hablar con alguien. No tardo…

Parecía chica de pocas palabras y desapareció ante mis ojos, perdiéndose entre la gente. Me había informado bien sobre el Dark Soul antes de ir y no era el típico local en el que dejaban entrar a cualquiera, en absoluto; sino más bien un club único y exclusivo para gente de bien y que yo no hubiese tenido problema alguno para entrar me hizo estar segura de que había gato encerrado. Busqué con la mirada, tratando de localizar una silueta en concreto. No tardé en

hacerlo; se encontraba en la barra, junto a otro tipo, aunque estaba bastante distinto a como le recordaba, cuando le conocí, unas horas antes, en ese entierro.

Durante el funeral, quise pasar desapercibida, por lo que mantuve las distancias y me quedé detrás de la multitud que acompañaba a la familia y amigos del fallecido, pero fue fácil identificarlos. Los tres hermanos caminaban cerca del ataúd, hacia el panteón familiar, con semblante serio y juntos. Uno de ellos, Kellan, el mayor, iba con los brazos cruzados, la mirada fija en algún punto concreto del horizonte y la tensión acumulada a punto de estallar en su cuerpo. El mediano, Connor, ocultaba sus ojos bajo unas gafas de sol oscuras y llevaba las manos metidas en los bolsillos. Y el pequeño, Brenan, que rondaría mi edad, los veinticuatro, caminaba distraído, a su lado, con los brazos cayendo a ambos lados de su cuerpo, ligeramente más relajado que el resto.

Pude apreciar sus diferencias, tanto físicas como de comportamiento, en aquellos minutos en los que no dejé de observarlos. El impacto que causaron esos tres en mí nada más verlos fue indescriptible; creo que no lo superaré en la vida. Y ya no solo por sus físicos y por el magnetismo que desprendían, por su apariencia, trajeados e indestructibles, sino por su actitud sobrellevando esos difíciles momentos.

Los estudié hasta que se adentraron en el pequeño edificio para despedir a su padre y me quedé allí, en aquel terreno santo repleto de gente, con el Atlántico a nuestros pies, superada, sin saber muy bien qué hacer, comprendiendo que todo es temporal, incluso la vida. Todo.

Lo que sentí allí, analizando a esos tres chicos desconocidos para mí, no tenía nombre. Por eso mismo, esperé unas horas para volver… ¡Y allí estaba! Como una verdadera kamikaze, adentrándome en el club. Y allí estaba él, firme, observando su alrededor con esa mirada oscura. Lo que tardé en acercarme fue lo mismo que tardó ese armario en echarse encima de mí. No necesitaba a nadie para librarme de él; me habría bastado con una llave de lo más simple, de esas que llevaba años practicando, para tenerle en el suelo suplicando clemencia. Pero sí quería librarme de sus preguntas acusadoras y agradecí que esa chica volviera a salvarme el pellejo. Otra vez.

—Gracias por lo de antes. —Caminé a su lado hasta los vestuarios—. Y por lo de ahora.

Suponía que iba a darme mi ropa de… ¿*gogó*? Pero no lo hizo; se sentó en un banco negro y me analizó con un gesto cómplice.

—No hay de qué. Eric puede ser muy capullo si se lo propone… Y sin proponérselo también. —Puso los ojos en blanco con una mueca cómica—. Sé quién eres. Por eso lo he hecho.

—Ah… ¿sí? —cuestioné totalmente confundida.

¿Cómo iba a saberlo? ¡Era imposible!

—Sí. Y supongo que no querrías dar explicaciones ahí, delante de todo el mundo.

—Pues… gracias —susurré, dudando de que supiera lo que estaba diciendo.

—Yo soy África. —Me ofreció la mano y la estreché sin dudar—. La encargada de esto.

—Daniella, pero todo el mundo me llama Dani.

—Encantada, Dani. Y bienvenida al DS.

—Gracias, pero no pienso quedarme; solo he venido para hacer una visita y hablar con su nuevo dueño.

—Ya veremos. —Sonrió—. El que entra aquí siempre repite… ¿Tienes trabajo? —curioseó —. Porque… Para Eric eres nuestra nueva bailarina y la verdad es que no nos vendría nada mal.

—Sí, tengo trabajo. O algo así… —contesté, evitando su pregunta. Supongo que me hizo la oferta porque realmente sabía quién era—. ¿Bailarina?, ¿yo? Imposible. ¡Soy arrítmica total! Pero te lo agradezco.

—Bueno, si cambias de idea, ya sabes dónde estamos. Y ahora que nos hemos quitado a Eric de encima, ¿qué te parece si vamos a ver al jefe?

Solo con escucharlo, un hormigueo incesante recorrió mi interior. Respiré profundamente para relajarme y regresamos por el mismo camino para acceder a la pista principal, pero no había ni rastro de él. Busqué con la mirada entre la gente sin resultado y me senté en uno de los taburetes, apoyándome en la barra.

—¿Quieres algo de beber? —Asentí—. ¡Mel! —llamó a una de las chicas que estaba al otro lado de la barra—. ¡Un Puerto de Indias con tónica! ¿Qué quieres tú?

—Lo mismo.

—¡Que sean dos! —exclamó, ganándose un guiño de su compañera—. No te preocupes, no tiene que andar muy lejos… —dijo con amabilidad—. Hasta que aparezca, podemos disfrutar un poco. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto.

Aún desconocía el motivo de tanta amabilidad, pero yo era la menos indicada para hacer preguntas, así que simplemente lo dejé estar, cogí la copa y brindamos como si nos conociéramos de toda la vida.

—Por nosotras —dijo con una sonrisa que ocultaba demasiado.

Estuvimos hablando y bailando en aquella zona estratégica, una parte elevada desde la que se podía observar toda la sala principal, teñida de un tono morado por sus luces, para intentar encontrar a Kellan, pero parecía que se lo había tragado la tierra.

—¡Vaya, África! ¡¿Cómo estás?! —Escuché a nuestro lado; no supe si se trató de una pregunta o de una afirmación, pero la curiosidad me pudo y me giré para ver quién era.

Un joven con un rostro que me resultó familiar se acercó a ella para darle dos besos y la saludó con cariño. En un primer momento, no averigüé de qué le conocía, hasta que mi mente hizo clic y lo asocié con una de esas caras bonitas de la televisión. No sabía si era actor o cantante, pero que le había visto en la pantalla plana era algo seguro. Y no en mi casa, por cierto, porque no tenía caja tonta… ¡Lo que me faltaba!

—Dani, ¿vienes con nosotros? —me preguntó África de pronto—. Es un viejo conocido y está con unos amigos en esa mesa. —Señaló hacia un lateral—. Les he invitado a una botella…

—¡Claro!

No se me había olvidado mi objetivo: encontrar a Kellan. Pero desde esa mesa, y bien acompañada, podría hacerlo igualmente. Además, nadie había dicho que no pudiera disfrutar mientras tanto. Solo era una noche… El problema era que, en el Dark Soul, la siguiente siempre superaba a la anterior. Y luego venía otra. Y otra… Y un sinfín de noches inolvidables.

Capítulo 5



Kellan

Para ser mi primer día, no estaba yendo mal. Nada mal… Es más, me sentía tan cómodo entre aquellas cuatro paredes que parecía que hubiese nacido para ello.

A esas horas ya había hablado con casi todas las personas del local. La noticia de la muerte de Iago voló como la pólvora, ya lo demostraron en su funeral, y parecía que todos querían charlar conmigo, como si hubiera cambiado algo de la noche a la mañana, como si convertirme en el dueño del Dark Soul, de varias empresas y de los negocios ilícitos de mi progenitor me hubiera transformado en una nueva persona. Así era, en cierto modo, a pesar de que yo aún no lo viera.

Eric me había estado enseñando los palcos privados y presentándome a sus clientes, gente de las altas esferas y políticos a los que no tenía el gusto de conocer hasta entonces; personas que nos solucionarían la vida en multitud de ocasiones con lo que teníamos entre manos.

—Vamos a relajarnos un poco, anda… —le comenté cuando bajamos, de nuevo, a la planta inferior.

—¿Más? Tenemos que reunirnos con los chicos antes de que acabe la noche. Nada puede salir mal.

—Nada saldrá mal. —Le di un golpe en el hombro, con esa complicidad que íbamos adquiriendo después de tenerle encima las veinticuatro horas del día.

No nos conocíamos demasiado, pero empezaba a caerme bien. Eric era el típico tío que sería capaz de donarme un riñón, solo por la lealtad que le unía a Iago. Increíble.

—Eso espero —farfulló al cuello de su camiseta negra.

Íbamos andando, hacia las mesas, cuando uno de los camareros, al llevar una bandeja con una cubitera centelleante, rodeada de bengalas, captó mi atención. Y entonces la vi. Allí estaba ella, sentada con la bailarina nueva y un grupo de actores, hablando, relajada, como si no estuviera trabajando. A ellos, ya los conocía; habíamos estado juntos al comienzo de la noche, así que caminé hacia ella con decisión, como si mis pies hubieran elegido por mí y al verla, mi cerebro hubiese colapsado, dificultando cualquier capacidad de raciocinio.

—¿Qué tal?, ¿cómo va la noche? ¿Os están tratando bien? —le pregunté a uno de ellos, mirando a África después, durante unos segundos que se alargaron demasiado.

—De lujo —contestó él, dando un trago de su copa—. Siempre nos tratáis bien; por eso, no nos sacáis de aquí ni con agua caliente.

La encargada, que parecía tener un problema grave conmigo, me acuchilló con los ojos. Estaba sentada en el brazo del sofá de enfrente, con las piernas cruzadas y una actitud provocativa; era prácticamente imposible dejar de mirarla. Por no hablar del *piercing* que decoraba su ombligo y brillaba como un rubí de forma hipnótica, capaz de hacer enloquecer a cualquiera; el mismo que me torturaba cada vez que mi vista, incontrolable, deseaba pasearse por esa zona de piel desnuda.

—Eso espero. Ya sabéis que, si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedírmelo. Uno de nuestros chicos estará por aquí por si…

No acabé de decir la frase. Las yemas de los dedos de África se deslizaron con sensualidad por el torso de uno de ellos, rozando sus pectorales y colándose por la abertura de los botones de su camisa. Sin embargo, sus ojos seguían clavados en los míos, manteniéndose firme en esa lucha de miradas que me estaba causando un vértigo indescriptible en el estómago.

—No se pueden quejar, ¿verdad? —susurró ella—. Son nuestros chicos mimados.

—Ahora que lo dices… —añadió uno de ellos—. Seguro que podríais conseguirnos algo para pasarlo mejor.

—Claro.

No le hizo falta decir nada más. Arqueé las cejas en dirección a Eric, que solo tuvo que chasquear los dedos en alto para que uno de nuestros empleados se diera cuenta, le mirara y, por su gesto, saliese disparado hasta la zona privada. Tardó poco más de tres minutos en regresar con una bandeja negra en sus manos con varias rayas de cocaína, colocadas en paralelo, milimétricamente medidas sobre su superficie. La dejó sobre la mesa y se alejó sin decir nada.

—La primera ronda corre a cuenta de la casa. Para que disfrutéis de mi llegada. —Les guiñé un ojo antes de que me lo agradecieran—. Y ahora, si nos disculpáis…

Ladeé la cabeza, haciendo una seña a las chicas para que nos siguieran. Eric vio mis intenciones y se levantó con rapidez, caminando a mi lado. Cuando estuvimos lejos de la mesa, para que no pudieran escucharnos, me giré, de pronto, pillándolas desprevenidas.

—Tú —gruñí con voz grave, señalando a la bailarina, de la que desconocía su nombre—. ¿No se supone que empiezas hoy?, ¿qué haces ahí sentada? A la tarima. Ya.

No quería vacilar el primer día ni que se pensaran que por ser el nuevo jefe, podían hacer lo que quisieran. Si dejaba que eso ocurriese nada más llegar, en una semana habría perdido cualquier tipo de autoridad.

La joven me miró y quiso decir algo, pero la interrumpí al dirigirme a África.

—¿Y tú? Pensaba que eras la encargada…

—Así es. ¿Tienes algún problema? —contestó con chulería.

Me habría encantado decirle que ella era mi único problema allí, que quería que desapareciera y no volver a verla. Así, al menos, podría recuperar el control de mi propio cuerpo. Pero… ¿qué hice? Apretar la mandíbula y soltar toda mi mierda por la boca.

—¿Y esa es una de tus funciones? —Entrecerró la mirada, sin saber a qué me refería—. ¿Calentar al personal?

Sus ojos se llenaron de rabia y se acercó tanto a mí que su olor inundó mis fosas nasales y fundió mi cerebro.

—¿Eso era lo que te parecía que estaba haciendo? —escupió con furia—. Puesss… te calientas muy rápido, jefe. Solo estaba siendo amable.

Su rencor se tiñó de lujuria o de maldita provocación; esa que se le daba tan bien. Nos

mantuvimos la mirada, a escasos centímetros de distancia, con su nariz casi rozando la mía. La tensión era tal que me olvidé de dónde estábamos y de Eric y la chica, que deberían de estar alucinando con la escena.

—Ten cuidado. —Mi voz sonó grave y firme, y más que un aviso, pareció una amenaza—. No quiero ese tipo de actitudes en mi club —recalqué esa palabra—. Es el segundo aviso en menos de veinticuatro horas; al tercero, estás fuera.

—No creo que quisieras echarme. —La mueca que me dedicó me lanzó al vacío desde un precipicio, con la adrenalina estrujándome el estómago.

—No me provoques. —Y no sé si lo dije por lo que había ocurrido antes, en la mesa con esos chicos, o por su seguridad al pronunciar esa frase—. O no volverás a pisar este sitio.

—No creo que seas capaz. No sé, llámalo intuición femenina…

—Pues tienes el radar jodido. Una más y estás en la calle.

Me di la vuelta sin esperar una respuesta, pero escuché, entre la música, un «capullo» que me obligó a alejarme antes de que pudiera decir nada de lo que, después, me arrepentiría. O puede que no me arrepintiese nunca… Porque acababa de conocer a esa chica y ya conseguía sacarme de mis casillas; así que, tal vez, lo mejor era deshacernos de ella.

—¡Kellan!, ¡Kellan, espera! —me llamó la otra a mis espaldas. Pero no me detuve; ni siquiera me giré.

—¿Qué se supone que hace esta tía aquí? —cuestioné a sabiendas de que Eric me pisaba los talones.

—¿África?

—Sí. ¿De qué cojones va? ¡La habría mandado a la puta calle sin pensármelo dos veces!

Lo habría hecho, sí, y no sé por qué no lo hice.

—Yo también. En más de una ocasión. Es… —Resopló—. Pero tu padre le tenía mucho cariño.

«¿Por qué?», me habría encantado preguntarle.

—Mi… —Me tragué la palabra—. Ya no está.

Subimos a la planta superior en silencio; todo el silencio que se podía conseguir con cientos de personas a tu alrededor disfrutando de la noche y las canciones, en un volumen no muy elevado, que sonaban a través de los altavoces, situados por todos lados.

Llegamos al despacho y abrí la puerta, deseando desaparecer durante unos minutos.

—Déjame solo —le pedí a Eric antes de cerrar con un portazo. Sabía que no se iría muy lejos, pero lo necesitaba.

Me senté en el escritorio, agarrándome a su borde con fuerza, soltando el aire de golpe. No sabía qué hacer con los sentimientos ni con las emociones. Por eso, cada vez que sentía algo, me superaba. Puede que fuera porque nunca me até emocionalmente a nada ni a nadie; excepto a mis hermanos y a mi madre. Y la única vez que mi corazón se rompió fue cuando el suyo dejó de latir… Siempre había mantenido mis sentimientos bajo control, porque cuando algo se escapaba de mi alcance, pasaban esas cosas; me bloqueaba y no sabía cómo actuar. Y esa chica estaba haciéndome enloquecer por momentos, aunque no en el mejor sentido de la palabra. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, ese vértigo se transformaba en algo indomable y la atracción hacia ella era incontenible. ¿Cómo no iba a serlo? Tenía un cuerpo de escándalo, una mirada felina y oscura que te excitaba con un solo pestañeo y una actitud… Parecía capaz de comerse el mundo. Pero no era eso lo que me preocupaba, sino, más bien, su manera de provocarme; esa que removió ese vértigo como si se tratara de un huracán y estrujó mi corazón con fuerza. Y no iba a permitírselo.

Cogí el papel que me había dado Eric con la contraseña de la caja fuerte, lo memoricé y lo destrocé antes de tirar los pedazos a la basura. Aparté los libros, tras los que se suponía que se ocultaba, y metí la clave en su panel digital. Cuando la puerta se abrió, varios fajos de billetes me saludaron desde su interior y, al contarlos, vi una nueve milímetros en el fondo, junto a algunas carpetas. La cogí y la observé con atención.

Recordé la primera vez que vi una pistola en el cajón de la mesilla de Iago, cuando solo tenía seis años, y con ella entre mis pequeñas manos, me creí un policía dispuesto a capturar a los malos. Ahora yo formaba parte de esos malos, supongo… Creo que él solo podía dormir tranquilo de esa manera: con una pistola junto a la almohada. Porque, a esas alturas, tendría ya tantos enemigos como amigos. Y a mí me pasaría lo mismo en poco tiempo.

Dejé la pistola en la mesa, para llevarla conmigo más tarde, cogí una botella de agua y me senté en uno de los sofás justo cuando llamaron a la puerta y entraron sin esperar respuesta.

—Kellan, perdona, pero tengo que hablar contigo. —Ahí estaba, la chica nueva. Lo que no sabía era dónde estaba Eric ni por qué la habría dejado pasar cuando le dije que quería estar solo.

—¿Otra vez?, ¿así es como trabajas nada más llegar? De verdad, no has elegido un buen día para tocarme los huevos…

—No vengo para tocarte nada. Necesito hablar contigo —replicó sin intención de largarse hasta que no dijese lo que tuviera que decir—. Es importante.

—Tú dirás.

—Bueno, verás… Tu padre…

—Ese tipo no era mi padre —repetí por décima vez en un mismo día—. Solo… Mi madre tuvo la malísima idea de quererle y acostarse con él.

—Ya… Mi madre tuvo la misma idea nefasta.

Mi gesto cambió por completo y la dureza que desprendía se convirtió en compasión, en sorpresa, en desconcierto.

—¡¿Qué?!

Capítulo 6



Kellan

¿Cómo se supone que iba a asimilar aquello? Una cosa era pensar que Iago era un desgraciado al que nunca le importamos y otra, muy distinta, confirmarlo. Porque era así, un hecho. A él, nunca le importó nadie; ni nosotros ni esa chica. Solo él y sus negocios.

Al final, no fui al almacén de la playa, donde se suponía que debería haber esperado hasta que llegase el cargamento, sino que me encontraba en el coche con Eric, estacionados en el aparcamiento del puerto, con el cansancio acumulado tras toda la noche sin dormir y con la cabeza en otra parte, en la conversación con esa chica, de la que no conseguía olvidarme, ya que mi mente se empeñaba en repetirla una y otra vez, buscando alguna explicación.

—Somos hermanos. Por parte de padre… O eso creo.

—¿Cómo que o eso crees? —Alcé una ceja, escéptico.

Mi personalidad me llevaba a desconfiar, instintivamente, de cualquiera. Y más aún, de una chica a la que no conocía de nada, que decía ser mi hermana y podría haber aparecido en nuestra vida por miles de motivos e intereses distintos. Pocos de ellos, con buena intención.

—Mi madre nunca me habló de mi padre biológico y yo… tampoco le pregunté. No le vi jamás, pero hace un par de días un hombre trajeado se presentó en mi piso como el abogado de Iago Ulloa. —Se sentó al otro lado del escritorio, sin dejar de hablar—. No supe qué hacía allí ni qué quería hasta que me explicó que venía en nombre de mi padre, que había fallecido. Lo siento, por cierto —dijo con una sonrisa triste.

—No lo sientas.

«Tienes suerte de no haberle conocido», me tragué.

—Al principio, me quedé en *shock*; no sabía de qué estaba hablando. O no me lo esperaba, más bien. Me trajo una prueba de paternidad. —La sacó del bolso y la dejó sobre la mesa, ofreciéndomela, pero la aparté. No tenía ningún interés en leer nada sobre él—. Se suponía que su abogado debía traérmela el día que muriera, así que… —dudó, pensativa—. No entiendo por qué no lo hizo antes, aunque nunca me hizo falta. Tampoco me dijo demasiado, pero cuando me comentó que tenía tres… hermanos —titubeó— no me lo pude creer. —Sentí su emoción contenida y lo que realmente pensaba sobre ello—. Quería conoceros y ver si era verdad.

—¿Por qué no le preguntaste a tu madre?

—Falleció hace cinco años. —Me di un bofetón mental.

—Lo siento —dije con sinceridad—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

¿Veinticuatro?, ¿ni uno más, ni uno menos? «Maldito cabrón…», farfullé para mis adentros. Esa chica tenía la misma edad que mi hermano Brenan.

—¿Cómo te llamas?

—Daniella. Dani —rectificó.

—Encantado de conocerte, Dani. Yo soy Kellan.

—Lo sé. —Sonrió con una mueca que me resultó demasiado familiar, con la que me ganó al instante, aunque la desconfianza siguiera ahí.

—Siento si he sido un poco… —busqué la palabra exacta— capullo, pero ha sido una noche intensa.

…

Y lo estaba siendo. El reloj solo marcaba las seis de la mañana y nos encontrábamos allí, aparcados, observando los barcos del puerto, mientras Eric me ponía al día de las últimas operaciones que habían realizado. Insistió en que no debería acompañarlos, en que antes tenía que aprender todo sobre su «método de trabajo» y mantenerme al margen, pero… ¿acaso había una forma mejor para conocer su manera de trabajar que estar en pleno campo de batalla?

De repente, sonó su teléfono y miró la pantalla, confuso.

—Es África —me informó antes de que el manos libres se activase—. Afri, dime.

—Eric, tenéis que salir de ahí.

—¿Qué dices?, ¿qué ha pasado? —Nos observamos con el ceño fruncido, pero él ya estaba arrancando.

—Ha llegado un inspector nuevo, un tal Oliveira, y por lo visto, según él, quiere dar un gran golpe al narcotráfico en la zona. Han montado un operativo en el puerto; tenéis que salir de ahí cagando leches.

Eric aceleró por la carretera, alejándonos de la zona de peligro cuanto antes, hasta que detuvo el coche en el arcén.

—No podemos irnos ahora; el buque debe de estar ya en el puerto y los chicos estarán descargando los contenedores.

—Haz lo que puedas. Yo tenía que avisarte. Por cierto, creo que es mejor que no vayáis al almacén de la playa; puede que tengan la zona vigilada. Si lo conseguís, id a la vieja conservera.

—Gracias. Voy a llamar a nuestra gente en la policía y en aduanas. Hablamos.

Creo que no había colgado cuando ya estaba marcando un nuevo número.

—Villa, olvidaos del almacén; nos vemos en la vieja conservera. Tened cuidado; hay vigilancia en el puerto. —Y colgó.

A continuación, llamó a sus contactos para que nos echasen una mano y nuestros hombres pudieran realizar la descarga. Como nos debían varios favores, no pudieron negarse y ambas conversaciones duraron unos pocos segundos.

—Puede que fuera por eso, por lo que Iago le tenía tanto cariño… —dijo sin apartar la vista de la carretera. Le devolví un gesto de confusión, sin saber a lo que se refería—. A África. No se le escapa ni una; es la más eficaz en lo nuestro. Además, conoce a la perfección los que eran sus lugares favoritos para recibir y alijar la coca y a nuestros hombres de confianza.

—Muy típico de él; querer a la gente por el interés.

—Aunque no lo creas, no era un mal hombre. Siempre se preocupó por su ciudad, por el pueblo y por la gente que más lo necesitaba.

—Sus hijos le necesitaban; mi madre acababa de morir.

Nos dedicamos una mirada desafiante; sabíamos que no iba a salir nada bueno de todo aquello, así que nos mantuvimos en silencio, el resto del camino, hasta que llegamos a la vieja conservera.

—Mejor aparcamos detrás. Por si acaso… —Condujo hacia la parte trasera sin pensárselo. Supongo que era lo mejor para pasar desapercibidos en aquel lugar que se suponía que llevaba años abandonado—. Esperaremos dentro hasta que vengan los chicos con el camión.

Era un edificio gigantesco, lleno de maquinaria obsoleta, en el que aún se podían visualizar las distintas cadenas de trabajo. En la parte superior había un voladizo, al que se accedía a través de unas escaleras metálicas, con cientos de cajas apiladas en filas. Eric subió rápidamente, como si no hubiera tiempo que perder, y yo me quedé echando un vistazo en la planta baja, curioseando. El plan estaba claro: nuestros hombres esperarían en el puerto la mercancía, si es que podían librarse de la policía con ese empujón de ayuda externa que les habíamos enviado, con solo un par de llamadas, y cargarían los contenedores en los camiones. Dos de ellos, los que tenían la madera de caoba, irían directos hacia la maderera y el otro, en el que estábamos centrados, vendría directo hacia nosotros, a la conservera. Parecía fácil, pero no lo era, aunque ellos estaban acostumbrados a ese estilo de vida, a comprar el silencio de todo el mundo o amenazar primero y actuar después.

De pronto, oí el sonido de un vehículo adentrándose en la gravilla y me asomé, ligeramente, para comprobar si se trataba de nuestro camión. Mi corazón se paró durante unos segundos al ver un coche acercándose por el camino y con un movimiento rápido, me oculté en el interior.

«¡No me jodas!».

—¡Viene un coche! —grité para que Eric pudiera escucharme.

—¡No me jodas! —exclamó como si hubiera escuchado mis pensamientos—. ¡Escóndete!

Le vi en el piso superior, con la espalda pegada contra las cajas para pasar desapercibido. Sacó la pistola de la cintura de su pantalón y se preparó, colocándose en una postura típica de las películas de acción, con el arma a un lado de su cara y la boca de fuego apuntando directamente hacia arriba. Le imité y me escondí detrás de uno de los muros que daban acceso al pasillo de los baños. Estaba preparado para lo que pudiera ocurrir, para que llegaran decenas de policías y nos abordasen, para tener que volarle la cabeza al primero que entrase en la conservera. Sabía dónde me había metido y estaba seguro de que no dudaría en el caso de que tuviera que hacerlo. Además, no sería la primera vez que disparaba; creo que fue lo único que me enseñó Iago, cuando apenas tenía diez años. Una mañana cualquiera, nos llevó a la montaña a Connor y a mí y nos propuso disparar a unas latas que colocó sobre un tronco de madera. No supe el motivo de su insistencia, pero no nos marchamos de allí hasta que logramos derribar todas. Ahora entendía el porqué… Desde entonces, repetí la experiencia en varias ocasiones, sin él, junto a mi hermano y con una vieja escopeta que había escondida en el garaje. Supongo que nos hacía sentir mayores…

Eric y yo nos miramos desde la distancia, sabiendo que había llegado el momento, y pegué la pistola a mi mejilla en cuanto escuché unos pasos que caminaban sobre la arena. Vi su sombra reflejada en el suelo de la nave y justo cuando sentí que cruzaba el umbral de la puerta, di un paso firme al frente y le apunté, directamente, a la sien; lo mismo que hizo mi compañero desde el piso superior. Apenas nos conocíamos, pero parecía que no solo habíamos sincronizado los relojes, sino también nuestros cuerpos.

—¡¡Joder!! ¡¿Sois gilipollas o qué?! —gritó al verse acorralada, levantando las palmas de las manos, y bajé el arma de inmediato, guardándola de nuevo al ver de quién se trataba—. ¿Queréis

matarme de un susto? La próxima vez os va a avisar vuestra madre —se quejó África, mirándonos a ambos una y otra vez.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté extrañado.

—He venido a echaros una mano con la descarga antes de irme a casa. Acabo de salir del club —nos explicó con un tono elevado para que nuestro compañero pudiera escucharlo mientras bajaba por las escaleras para unirse a nosotros—. ¿Has visto, jefe, cómo hago muchas más cosas que… calentar? —dijo con recochineo, repitiendo mis palabras—. Entre otras, salvaros el culo. —Sonrió con esa mueca de suficiencia que me habría encantado morder. Era insoportable; insoportablemente atractiva. Y no sabía cuánto tiempo más iba a poder aguantar su presencia.

—Muy bien. Gracias —contesté con sarcasmo—. ¿Cómo te has enterado de lo del inspector nuevo? Ese tal Oliveira…

—¿Quién te lo ha dicho? —insistió Eric al colocarse a nuestro lado.

—Uno de mis contactos en comisaría. Por lo visto, les habían dado un chivatazo, pero con una hora errónea. —Volvió a dedicarme ese mohín cargado de chulería—. Aun así, temía que se adelantaran y os pillasen con las manos en la masa.

—¿Un chivatazo?, ¿de quién? —cuestioné.

—¿Ves cómo te queda mucho por aprender? Tu padre —recalcó, provocando que mi mirada se endureciese— era el dueño de O´Beiros, de las rías y de parte de Galicia y ahora que no está, hay mucha gente que desea ocupar su lugar. Mucha gente…

—A rey muerto, rey puesto —murmuré.

—Eso es.

—Pues se te olvida que aquí ya hay alguien ocupando su lugar —insistí—. Yo.

—Eso debes decírselo a todos los que están deseando quitarte de en medio para hacerse con el negocio.

Eric se mostró preocupado con las palabras de África.

—¿El Lince? —preguntó. O afirmó, porque ambos asintieron al mismo tiempo, como si no pudiera tratarse de nadie más.

—¿El Lince?, ¿quién es el Lince?

—Un narcotraficante de las Rías Altas; tenía repartido el territorio con Iago. Ninguno se metía en los asuntos del otro y se respetaban, pero ahora…

—Ahora quiere su parte del pastel —deduje.

—Como Iago ha muerto, los buitres revolotean por la zona —añadió ella.

—No creo que el Lince se la juegue —dijo Eric.

—¿Quién si no? Con sus hombres, podría eliminarnos a todos sin dejar ni rastro —comentó África como si fuera tan simple matar a alguien como tirar la basura.

—No creo que se arriesgue. Sabe que antes tendría que pasar por encima de mi cadáver. Y del resto —sentenció él, con su tono más leal haciendo acto de presencia.

—¿Y crees que le importaría lo más mínimo? —Volvió a sonreír ella.

El sonido del camión acercándose por el camino interrumpió nuestra conversación y abrimos el portón para que se adentrase en la nave. Tres de nuestros hombres iban en su interior, protegiendo la mercancía, y en cuanto detuvieron el motor delante de nosotros y cerramos las puertas, respiré aliviado. No había ido tan mal después de todo.

Organizamos una cadena humana para descargar los fardos, subirlos hasta el voladizo y camuflarlos junto al resto de las cajas. No pude apartar la vista de su energía, de su capacidad para dirigir y coordinar al resto, de su facilidad para manejar todo aquello como si llevara haciéndolo toda la vida. Quise observarla con frialdad y seriedad, pero no pude evitar que las

comisuras de mis labios quisieran elevarse al analizarla sin que se diera cuenta.

—¿Has visto, jefe? Valgo mucho más de lo que piensas… —murmuró con una sensualidad rompedora al pasar por mi lado, rozando mi brazo con el suyo—. Te sorprenderías de lo bien que se me dan algunas cosas.

Puse los ojos en blanco y resoplé en cuanto se marchó de mi lado. Porque habría sido fácil echarla y continuar con mi vida como si nada, pero era buena, muy buena, en lo suyo. Y, como nos había demostrado durante el resto del día, la necesitábamos en el equipo, por sus contactos, por lo que sabía y por su forma de trabajar. Lo que aún desconocía por aquel entonces era que yo iba a caer en su embrujo. A mí mismo me ocurriría… Yo también iba a necesitarla.

Capítulo 7



Daniella

¿Qué se suponía que tenía que hacer?, ¿rechazar su invitación? Estaba hecha un flan, pero quería ir. Deseaba ir. No sé, quizá era demasiado ilusa, pero llevaba muchos años sintiéndome sola; casi desde que mi madre murió. Por ese motivo, saber que tenía tres hermanos —no uno, ¡sino tres!— supuso un subidón desbordante de emociones.

Siempre había sido hija única y junto a mi madre, formé el combo perfecto durante toda la vida, pero desde que me dejó, sentía un vacío que no conseguía llenar con nada. Y cuando me enteré del vínculo que me unía con los Ulloa, una pizca de ilusión iluminó mi existencia. Eso sí, no sabía que Kellan me lo fuera a poner tan difícil; aunque desde que se enteró de que compartíamos genes paternos, su actitud cambió por completo. Tanto como para invitarme al pazo familiar para conocer al resto de los chicos.

¡Y allí estaba yo! ¡Como si no supiera dónde me estaba metiendo! Pulsé el botón del videoportero y la enorme puerta de entrada del muro de piedra, de más de dos metros de altura, que bordeaba el pazo, se abrió de inmediato para permitirme el paso, como si me estuvieran esperando. El gigantesco terreno en el que estaba situada la vivienda se encontraba dividido en dos alturas: la más baja, con unos jardines muy cuidados, cercanos a un huerto con distintos cultivos y varias viñas repartidas junto a él, y la más alta, donde había una piscina de gran tamaño, rodeada por una enorme casona señorial de piedra, de dos plantas, con forma de ele.

Caminé boquiabierta por el camino de piedras para evitar pisar el césped, con la mirada elevada, contemplando la asombrosa galería acristalada del piso superior, y un hombre de avanzada edad, bien vestido y con rostro serio, se acercó con paso ligero hacia mí.

—Buenas tardes, ¿es usted Daniella? —Asentí—. Me lo imaginaba; sígame.

—Pero tutéame, por favor. No me hacen sentir cómoda esos formalismos.

«Ni este nivel de vida», me habría gustado añadir.

—Como prefiera. —Sonrió con amabilidad. Creo que estaba tan acostumbrado que ni siquiera se dio cuenta de que volvió a tratarme de usted—. Soy Claudio, el asistente de la familia, y estaré disponible para cualquier cosa que necesites. Ahora sígueme, por favor, te está esperando.

Tanta cordialidad me hizo sospechar que ya le habían contado el vínculo que me unía a los Ulloa. Subí la escalinata de piedra detrás de él y nos encontramos con el tipo que quiso echarme del club, ese tal Eric, hablando por teléfono en el porche, donde se encontraba la puerta principal. Nos miró y colgó rápidamente, sonriendo con simpatía al hombre.

—¡Claudio! —dijo a modo de saludo—. Hola —añadió al fijarse en mí.

—¡Vaya! Cómo no iba a estar por aquí el perrito guardián… —La ironía curvó mis labios—. Así que… ¿sabes saludar? Pensaba que solo sabías abordar a la gente como si fueran delincuentes.

—A los que se cuelan en mi local, sí.

—Yo no me colé en ningún sitio; me permitieron entrar. Y por la puerta grande, además. Pero… ¡lo que tú digas! —Me giré para seguir a Claudio, que nos observaba atónito.

—Tal vez, me pasé un poco, pero no sabía quién eras. Lo siento.

—Guárdate tus disculpas para otro día —sentencié sin volver a mirarle—. ¿Vamos?

Claudio me guio hasta un amplio salón, en el que se encontraba Kellan, con cientos de papeles a su alrededor, sentado en una enorme mesa de madera en la que cabrían unos veinte comensales.

—Hola.

—Hola. —Elevó la mirada, dejando varios folios junto al resto—. Te estaba esperando.

—Si necesitáis algo, solo tenéis que llamarme —dijo el hombre antes de desaparecer tras la puerta.

—Gracias, Claudio.

—¿Estás solo? —Sin contar con Eric y Claudio, claro. Se suponía que me había invitado al pazo para conocer a sus hermanos, pero no había visto a nadie más.

«A nuestros hermanos», me corregí mentalmente; me costaba hacerme a la idea.

—Pues sí. —Se levantó, caminando hacia mí—. Connor estaba en el taller, terminando varios encargos. Y Brenan… me imagino que estará con él. —Un silencio se hizo entre nosotros; creo que a él también le iba a costar acostumbrarse—. Bueno, ¿qué te parece? —Señaló a su alrededor e imaginé que se refería al pazo.

—Es… una pasada. Enorme. Demasiado para mí, aunque para ti sea lo normal.

—No creas; llevaba sin venir por aquí casi quince años. —Arrugué la frente con su revelación—. Así que es tan grande, y tan extraño, para mí como para ti.

Por su mirada y por cómo lo dijo, entendí que no tenía ganas de hablar de ello, ni yo tenía el valor para preguntar; apenas nos conocíamos y no podía entrar en su vida y querer descubrir todo desde el primer momento, por lo que nos di nuestro propio espacio.

Todo el mundo conocía a Iago Ulloa en Galicia —o todo mi alrededor lo conocía, más bien —, pero nunca imaginé que el mayor narcotraficante de las Rías Baixas fuera mi padre. Y no sabía si me habría gustado saberlo antes; de lo que sí estaba segura era de que estaba encantada de tener hermanos. Pensaba que ellos habrían vivido allí, con él, aunque varios comentarios que hizo Kellan la noche anterior me hicieron creer que la relación paternofilial no era idílica, sino, más bien, desastrosa.

—Y tú, ¿qué? Cuéntame… ¿Dónde vives?, ¿tienes más hermanos?

—Que yo sepa no. —Fingí una sonrisa triste—. Me crie con mi madre en Santiago, en un pequeño piso del centro, cercano a la catedral, que es donde sigo viviendo. —Cogí una de las sillas y me senté; él hizo lo mismo y se colocó frente a mí—. Crecí con mi madre y con su marido, que ejerció de padre lo mejor que pudo, pero se separaron unos años antes de que ella falleciera. Sigo teniendo trato con él, pero nos vemos poco.

—¿No tienes más familia?

—Ahora sí. —Sonreí y me devolvió el gesto, con una brisa de cariño recorriendo su mirada oscura.

Unas risas y gritos provenientes del pasillo rompieron el momento y giramos el rostro para ver a sus causantes, que no tardaron en aparecer. En cuanto Connor y Brenan entraron en el salón, me observaron sorprendidos. Los ojos azules del mediano y la mirada dulce del pequeño se clavaron en mí y, por primera vez en mi vida, me sentí diminuta.

—Hola —quise acabar con el desconcierto del momento. Y Kellan parecía no ayudar mucho…

—Hola, soy Connor. —Me dio dos besos al presentarse.

—Brenan. —Le imitó él, acercándose y rozando mis mejillas al saludarnos.

—Yo soy Daniella. Dani.

Nos miramos sin saber qué decir y mi rostro se centró en Kellan, esperando que fuera él quien diera algún tipo de explicación. Pero no lo hizo; al contrario, parecía completamente relajado, disfrutando de la confusión de sus hermanos.

—Perdona, es que Kellan no suele traer chicas a casa —se disculpó Connor, con una sonrisa canalla—. De hecho, creo que eres la primera que vemos.

—Sí, es algo raro —le apoyó Brenan.

—¿No habíais visto una chica nunca? —bromeé con el comentario del primero, ganándome una sonrisa cómplice.

—No. Y para ser la primera… ¡guau! —Connor exageró una mueca, fingiendo emoción con un pulgar en alto—. ¡Muy bien, hermano!

—No es una chica —sentenció Kellan, provocando mayor desconcierto aún. Si es que era posible—. Quiero decir que no es una chica cualquiera; es nuestra hermana.

—¡¿Qué?! —Ambos abrieron los ojos al máximo, rozando con las cejas los mechones rebeldes de sus flequillos, y me analizaron como si fuera un verdadero enigma por resolver.

—¿Cómo va a ser nuestra hermana? —cuestionó Brenan.

—Eso parece. Mi madre tuvo algo con Iago y… —Me encogí de hombros—. Yo tampoco tenía ni idea. Solo he visto una prueba de paternidad.

Les expliqué la misma historia que le había contado a Kellan la noche anterior, sin poder evitar que los tres me estudiaran en profundidad. Yo hice lo mismo; quería descubrir todo sobre ellos: sus muecas, sus físicos, sus formas de ser… Por eso, cada vez que abrían la boca, los contemplaba como si quisiera aprendérmelos de memoria.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Brenan, al ver que rondábamos la misma edad.

—Veinticuatro. —Negó con la cabeza, decepcionado, haciendo el mismo gesto que su hermano al enterarse.

—Iago no era un buen padre —dijo Connor, apretando el hombro de su hermano menor en forma de apoyo.

—Era un desgraciado —añadió Kellan, ganándose un suspiro de los otros dos— y cuanto antes lo sepas, mejor.

Estuvimos hablando durante casi una hora, poniéndonos al día, charlando con cierta complicidad que íbamos ganando con cada comentario y con cada gesto. Porque, aunque pareciera mentira, acababa de llegar a sus vidas —y ellos a la mía—, pero me sentía tan cómoda junto a esos chicos que quería disfrutar de su compañía, conocerlos y conversar hasta que nos aburriésemos; teníamos demasiado que contarnos.

—¿Vas a quedarte aquí?, ¿con nosotros? —se interesó Brenan. Su mirada me cautivó; en ella

se notaba que era el que más necesitaba algo de cariño. O puede que fueran los otros dos, pero ellos no lo manifestaban; parecían duros e imperturbables como las rocas.

—No —respondí con seguridad—. Tengo que volver a casa. —Sus rostros mostraron cierta decepción—. Aunque puedo quedarme unos días.

Después de todo, había cogido quince días de vacaciones en el trabajo para encargarme de mis asuntos, entre los que se incluía conocer a mi nueva familia.

—Quédate aquí, en el pazo. —Por el tono con el que lo dijo Kellan, no supe si fue una propuesta o una orden, aunque su gesto se ablandó al instante—. Esta casa es tan tuya como nuestra, no lo olvides. —Sonreí.

—Claro que sí. Además, esta chabola tiene demasiadas habitaciones —me animó Connor—. Le pediré a Claudio que prepare la mejor para esta noche.

—No, no. No os molestéis, de verdad; solo serán unos días. Además, estoy en un hotel por aquí cerca.

—Nada de hoteles. Mandaré a Eric a por tus cosas y esta noche ya podrás quedarte aquí —zanjó Kellan.

—¿Eric?, ¿a por mis cosas? ¡Ni de coña! Os lo agradezco mucho, chicos, de verdad, pero creo que es mejor que vayamos despacio. —Les guiñé un ojo, bromista.

Era mejor así. Al menos, de momento.

—Como quieras, pero si cambias de opinión… No tienes ni que avisarnos. —Kellan miró su reloj y se levantó de golpe—. Lo siento; tengo que marcharme. El club está a punto de abrir y me gustaría llegar antes.

—¡Vaya con el chico responsable! —exclamó Connor—. Parece que has encontrado tu vocación, hermanito.

—Pues podrías hacer tú lo mismo —contestó fanfarrón—. O buscarla, por lo menos.

—Lo haré. Lo haré. —Se tumbó en el sofá, relajado, exagerando—. Pero otro día, tal vez.

—¿Te importa que vaya contigo? —le pregunté.

—¿Dónde?, ¿al Dark Soul? —Asentí—. Claro, ¿por qué no?

Me levanté para marcharme con él, recogiendo mi bolso del sillón.

—Pues nada, ¡nos vamos! Portaos bien… —murmuró con recochineo, haciéndome sonreír.

Caminé hacia la salida y al abrir la puerta de entrada, nos encontramos con Eric, que seguía hablando por teléfono, paseando de un lado al otro de la terraza. Al vernos, se despidió y colgó, analizándome con el entrecejo arrugado.

—¿Qué?, ¿nos vamos? ¡Es tarde!

—Sí, nos vamos —dijo Kellan.

—¡¿Los tres?!

—Los tres. ¿Algún problema? —cuestioné al ver su actitud.

—Ninguno. Para mí, ya eres una Ulloa más —respondió Eric con los brazos cruzados y una postura chulesca, mirándome fijamente a través de sus ojos claros, casi grisáceos.

—No. Yo no soy una Ulloa. —Kellan me analizó de una forma que no supe identificar; puede que fuera porque él tampoco se sentía así—. Para ti, sigo siendo la delincuente que intentó colarse en tu club —murmuré con retintín, igualándole en chulería, logrando que los labios de su jefe se curvasen.

Aún no sabía, exactamente, la relación que habían tenido mis hermanos con nuestro padre, aunque por la actitud de estos, me temiera lo peor. Pensaba averiguarlo… Tenía dos semanas para conocerlos a fondo y disfrutar de su compañía, olvidándome de la soledad que se convirtió en mi única compañera durante tanto tiempo. Ese día había recuperado la ilusión, sí, pero lo que

nunca habría imaginado era que, tan solo unas horas más tarde, serían ellos —o él, más bien— los que me la quitarían de nuevo con un solo chasquido de dedos.

Capítulo 8



África

Nuestro plan iba sobre ruedas. No obstante, los últimos meses me estaban pasando factura. Por no hablar de las últimas setenta y dos horas. Y es que ya no sabía ni quién era; el papel que me estaba tocando llevar a cabo en esa batalla, a vida o muerte, era muy distinto a la África real. ¡Si ni siquiera me llamaba así! Pero en este mundo, en el que había nacido y crecido, casi nadie revelaba su verdadera identidad. Era mejor así… Mi verdadero nombre era Blanca, pero llevaba tantos años siendo África que ya me había olvidado de aquella niña inocente y risueña que creía que el mundo era un lugar idílico y justo; la realidad me había enseñado lo contrario. Aun así, aunque echaba de menos a esa niña, a la que de verdad extrañaba era a la antigua África, a esa que vivía en Cádiz y volaba atravesando el Estrecho en solo quince minutos, a unos sesenta o setenta nudos, lo que equivale a unos ciento treinta kilómetros por hora. Esa África que hacía lo que quería cuando le apetecía y no esta, que estaba desarrollando un papel que no le pertenecía, gracias a la avaricia de Lucho; le podía el deseo de poder y eso nos iba a llevar a la ruina. O al fondo del Atlántico.

Me puse unos *shorts* negros deshilachados, con varios de sus hilos descosidos cayendo sobre la piel morena de mis piernas, y un top lencero con un pronunciado escote en pico. Estaba atando la hebilla de los botines alrededor de mi tobillo, cuando decidí coger uno de los teléfonos con tarjeta prepago que tenía guardado en la mesilla. Marqué el número de Lucho y esperé, sentada en la cama, golpeando el suelo con el tacón, impaciente.

—¿Qué tal, preciosa?, ¿cómo estás? —dijo al responder y no pude evitar imaginarlo con un pitillo en la boca, como siempre—. ¿Qué tal van las cosas por ahí?

—Bien. Todo va según lo planeado.

—¿Has hecho lo que hablamos?

—Sí.

—¿Estás bien? Te noto… rara.

—Estoy cansada, solo es eso. —Evité el tema—. He mencionado a la banda del Lince, como dijimos, y ahora toda la atención está centrada sobre él. Eric está a la defensiva; he insinuado que

pueden actuar en cualquier momento para hacerse con el negocio.

¿Acaso había algo mejor para exculparte que encontrar un nuevo objetivo sobre el que desviar la atención?

—Perfecto. ¡Esa es mi chica!

¿Seguro? No sabía qué chica era, en realidad, y a esas alturas del cuento, ya empezaba a dudar que fuese la *suya*, pero habíamos empezado aquella historia juntos y debíamos terminarla de la misma manera; éramos un equipo. Sin embargo, saber que él estaba allí, con los nuestros, viviendo nuestra vida, en esa ciudad que me había acogido con tanto cariño desde que llegué, me revolvía por dentro. Yo también deseaba estar allí, disfrutar de los atardeceres gaditanos, esos que consideraba los mejores del mundo. Porque cuando el sol se esconde tras el horizonte en Cádiz y tiñe su cielo y su mar con ese tono anaranjado, el resto del mundo desaparece y solo queda eso: magia. Y lo echaba muchísimo de menos. Casi tanto como a Kat, mi mejor amiga, con la que llevaba semanas sin hablar. Y no solo por los líos en los que me andaba metiendo, sino por los que tenía ella también, que no debían de ser pocos, aunque evitásemos hablar sobre ellos. Por mucho que nos quisiéramos, y yo la adoraba, así era mejor para ambas. Cuanto menos supiésemos sobre esos líos, la otra estaría más segura, porque no me perdonaría nunca poner en peligro a alguien y mucho menos a Kat, pero esa es otra historia.

—He quedado esta noche con Ramos —le informé.

—¿Con Ramos?, ¿quién era ese? Ya me pierdo con tanto hombre a tu alrededor…

—Pues no deberías perderte. Tienes que reconocerlos a todos y saber sus nombres antes de venir. —Por su silencio, entendí que eso no iba a ocurrir, que no le vería por Galicia hasta que no estuviese todo solucionado, y eso me hizo sentir un poco estúpida—. Es mi contacto en la policía; el que me dio el chivatazo del operativo. He quedado con él, en el DS, para que me hable sobre el nuevo inspector, ese tal Oliveira.

—Genial. Lo tienes todo pensado. ¿Y Kellan?, ¿ya se le han bajado los humos?

—A Kellan… lo tengo bajo control.

O eso me gustaba pensar. Lo que no conseguía controlar era la reacción de mi cuerpo cuando sus ojos oscuros y penetrantes andaban cerca. Era un chico atractivo, con un cuerpo musculoso y un gesto de *perdonavidas* que escondía miles de promesas inconfesables; las mismas que cogían mi estómago, lo sacudían y lo apretaban a su antojo.

Me despedí de Lucho, quedando para hablar al día siguiente, cogí el otro teléfono, ese número que tenían nuestros hombres en O´Beiros, y salí decidida hacia el club para no perderme otra noche que prometía tanto como cualquier otra.

—Buenas noches, Cano —saludé al tipo de seguridad del DS; un armario de dos por dos al que nadie opondría resistencia.

—Buenas noches, África.

—He quedado con Ramos esta noche; en cuanto le veas por aquí, me lo mandas para dentro. Sin esperar.

—Hecho.

Nada más entrar, las formas ovaladas de los palcos de la planta superior me dieron la bienvenida al centellear con esa luz morada que destacaba entre la oscuridad, en una de las pruebas de iluminación, antes de abrir al público. Aún no había casi nadie en su interior, tan solo los trabajadores que íbamos llegando con cuentagotas, aunque suponía que Kellan y Eric estarían en el despacho reunidos.

Crucé al otro lado de la barra y estaba hablando con uno de los camareros, cuando esa joven que había conocido la noche anterior salió de los cuartos de baño.

—¡Dani! —grité, acercándome a ella, emocionada. O con una emoción fingida, más bien—. ¿Qué tal? ¿Otra vez por aquí? ¿Te has pensado lo del trabajo? ¿Conseguiste hablar con Kellan ayer? Perdona, demasiadas preguntas… —Rio con mi efusividad.

—¡Hola! ¡Pues ya ves! Por lo visto, tenéis ese algo… adictivo… —dijo con recochineo.

—¿Vienes por lo del trabajo?, ¿o estás de visita?

—Me niego a subirme ahí. Ni loca, vamos. —Señaló una de las tarimas de los *gogós*, haciéndome sonreír.

—Estoy segura de que no se te daría tan mal como piensas…

—¡Ni de coña!

—Seguro que Kellan se alegraría de tenerte por aquí. ¿Conseguiste hablar con él, al final?, ¿le contaste… eso?

—Sí, estuvimos hablando.

—¿Y bien?

—Bien, todo bien. Pero, oye… Ayer me quedé con las ganas de preguntártelo. Tú… ¿cómo lo sabías? Nadie aquí sabe quién soy.

—Bueno, estuve trabajando con tu padre, mano a mano, durante muchos meses. Nos dio tiempo a hablar sobre muchas cosas —mentí. Pero… ¿qué otra cosa iba a decirle?, ¿que llevaba años estudiando a su familia?

—Eric llevaba trabajando con él muchos años y no tenía ni idea.

—Eric vale más por lo que calla que por lo que cuenta. —Eché balones fuera.

—¿Qué dices?, ¿que lo sabía y no ha dicho nada? —Me encogí de hombros.

Estuvimos hablando hasta que el local empezó a llenarse y desapareció entre el gentío. Daniella me caía bien; eso era cierto. Era una chica simpática e igual de espontánea que yo, con esa fuerza y determinación para enviar a todos a la mierda si hacía falta. Y que fuera la hija de mi antiguo jefe le daba puntos extra.

—África… —murmuraron detrás de mí mientras reponía unas botellas, obligándome a girarme sin esperarlo.

—Hola, Ramos. —Le di dos besos en las mejillas, aumentando el roce más de lo debido.

Ramos era un miembro del Cuerpo Nacional de Policía que llevaba trabajando en la comisaría de O´Beiros más de veinte años. Rondaría los cincuenta y, por lo que sabía, llevaba toda su carrera del lado de Iago Ulloa. Por ese motivo, en cuanto este falleció, me puse en contacto con él. Y fue muy fácil ganármelo; le encantaban las mujeres. Todas, menos la suya, claro. Y a mí me daba un asco tremendo, pero con un poco de atención y varias sonrisas, me lo había ganado.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Muchas gracias por lo de ayer —susurré en su oído—. Te debo una.

—De nada, mujer. Ya sabes que por ti, lo que haga falta.

—¿Un *gin-tonic*? —Asintió—. ¡Dos *gin-tonics* por aquí, Mel! —grité, captando la atención de mi compañera.

Sentí un roce en mi cintura que me erizó la piel cercana con un hormigueo cálido incontrolable, seguido de un:

—Hola, ¿nos conocemos? Soy Kellan. —Mi nuevo jefe le ofreció la mano, tras aparecer de la nada y colocarse a mi lado, y Ramos la estrechó con fuerza. Después me dedicó una mirada cómplice y apartó los dedos de la otra mano, que aún seguían en mi cintura.

—¿Kellan? ¡Vaya! ¡Menuda sorpresa! Cualquiera diría que eres el hijo de Iago… Tenéis el mismo porte, pero no os parecéis demasiado. —Vi cómo los músculos de su mandíbula se

tensaron, a pesar de que quiso ocultarlo con una leve curvatura en la comisura de sus labios—. Soy Ramos; era amigo de tu padre.

—Ramos es… es policía —le expliqué con cierto tono, dándole a entender que era quien nos había echado un cable.

—Sí, así que si necesitas algo, ya sabes —dijo este con amabilidad—. Estos días he estado tratando con África, pero supongo que, a partir de ahora, lo haré con el jefe. —Kellan asintió con una expresión que no logré descifrar.

—Os hemos preparado el palco de siempre —le informé—. Me dijiste que ibas a venir con unos amigos, ¿no?

—Sí, sí, estarán al caer.

—Perfecto, pues si quieres, te acompaño y cuando lleguen, Cano les enviará directamente para arriba.

—Me parece genial. —Me sonrió—. Kellan, ha sido un placer. Estamos en contacto. —Le tendió una tarjeta con su número de teléfono, guiñándole un ojo con cierta complicidad.

No me gustaba ni un pelo ese tío, pero en este trabajo, lo primero era tener a la policía de tu parte y Ramos, para eso, era un buen fichaje. Además, había sido el confidente de Iago durante años, por lo que estaba segura de que podíamos confiar en él.

Le guie hasta el piso superior, abrí una de las cortinas negras de los palcos y la cerré a nuestras espaldas para darle la privacidad que la gente como él buscaba en un lugar como el DS. Los palcos eran pequeños salones, con camareros y seguridad privada, que tenían unas vistas privilegiadas sobre la pista principal, gracias a sus balcones con formas redondeadas, cuyas cortinas también se podían cerrar.

Ramos puso su copa sobre la mesa y se sentó en el sofá, dejándose caer, prácticamente.

—Bueno, pues tú dirás. —Me acomodé a su lado para sacarle la información que necesitábamos.

—Ah, sí. A lo que íbamos… Trabajo, ¿no? —Asentí—. Oliveira llegó la semana pasada; tendrá mi edad o un poco más, unos cincuenta, más o menos, y está dispuesto a acabar con el narcotráfico en Galicia.

—Me parece muy bien —añadí con sarcasmo.

—Lo mismo que le dije yo. —Sonrió con fanfarronería—. Está seguro de que el negocio está en manos del Lince en estos momentos, así que está centrado en él, pero después del chivatazo de ayer…

—¿Sabemos quién lo dio? —disimulé. Claro que yo lo sabía; habían sido los hombres de Lucho. La mejor forma de hacer caer al rey era empezar a ponerle nervioso con nuestros movimientos.

—No tenemos ni idea; no nos dio tiempo a localizar la llamada, pero en el puerto no encontraron nada.

—Genial…

—Eso sí, ha llegado a los oídos de Oliveira que Kellan se ha hecho cargo de las empresas de su padre, lo que incluye todo el dinero negro y sus negocios ilícitos, así que no creo que tarde en venir a por vosotros, esperando el mínimo error.

—Y ahí estarás tú para ayudarnos.

—Cuenta con ello. —Se quedó en silencio, pensativo—. Por nosotros. —Cogió la copa y la elevó para que brindase con él, dando un trago después.

—Por nosotros.

—Aunque… aún me debes una por lo de ayer. —Cambió su mirada por otra similar a la de

un león que estaba a punto de capturar a su presa.

—Por supuesto. Y te lo pagaremos —incluí a los demás para desentenderme un poco del tema, ya que no me gustaba hacia dónde empezaban a ir los tiros.

—¿Sabes? Iago solía darme un cheque con tres o cuatro ceros, dependiendo de la noche, pero estoy seguro de que… nosotros dos… —recalcó— encontraremos una forma de pago mejor. —Deslizó sus dedos por la piel de mi clavícula mientras sus ojos repasaban mis labios.

—Ramos… —solté a modo de advertencia, pero pareció no escucharlo.

—Tú misma has dicho que me debes una, ¿y qué mejor que pasar un buen rato los dos juntos? —Acercó su rostro al hueco existente entre mi cuello y mi hombro, aspirando mi aroma, provocando que la bilis amenazara con subir por la boca de mi estómago.

—Disculpa. Ahora vuelvo.

Me levanté como si el sofá en el que ambos estábamos sentados acabara de incendiarse y me estuviera quemando. Y salí de allí con paso firme porque si no lo hacía, le habría dado un buen rodillazo en las pelotas. No se merecía menos… Pero eso significaría acabar con el plan de forma drástica y no podía permitírmelo; no después de llevar más de un año trabajando en ello.

Crucé las cortinas, totalmente indignada, furiosa, tan en mi mundo que no me percaté de que otra persona se acercaba por mi derecha hasta que no estuve encima de ella y nuestros cuerpos chocaron con fuerza, como si fuéramos dos estrellas que acababan de colisionar, creando una intensa supernova. Él. Me agarró por los codos para evitar que acabase en el suelo por el golpe y sentí un calor penetrante que me recorrió las venas y despertó todas mis terminaciones nerviosas, encendiendo mi piel. Odiaba la reacción que provocaba en mi cuerpo, solo con verlo; algo que se multiplicó al sentir su tacto sobre mí, pero no lo pude evitar. Su atractivo era innegable, casi tanto como su magnetismo.

—Lo siento, no te he visto —se disculpó sin soltarme—. ¿Estás bien? —No supe si lo preguntó por el choque o por mi gesto, pero entonces añadió—: ¿Ha pasado algo?

Miré hacia las cortinas y me arrepentí solo con pensarlo.

—No, no ha pasado nada.

Me deshice de su agarre y me encaminé hacia la barra de la planta superior. Necesitaba calmarme y respirar profundamente para no liarla. Apoyé mis antebrazos en su superficie y hundí la cabeza entre ellos. Uno. Dos. Tres. Respira… Y entonces lo vi.

Kellan empujó las cortinas y entró al reservado, sin dudar ni un solo segundo. Por su rostro, supe que no estaba pensando nada bueno, así que salí corriendo para evitar que hiciera alguna locura.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Ramos con voz grave.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó este con sarcasmo—. Nada; solo estaba negociando con África la forma de saldar su deuda.

—¿Su deuda? —repitió mi jefe con una risa incrédula—. La deuda es mía; ella no tiene nada que ver en esto.

Iba a destrozarlo todo… Todo eso por lo que llevaba demasiado tiempo peleando.

—Kellan, déjalo —murmuré con tono pausado a su lado, pero ni siquiera me escuchó.

—Le di la información a ella. Aun así, si es una deuda tuya, basta con que me la dejes una horita. Será más que suficiente y prometo tratarla bien. —El gesto que puso volvió a lograr que mi estómago se revolviese y lo que ocurrió a continuación se vio venir.

—¿Que te la deje?

—Ajá. Ya le he dicho que podríamos pasar un buen rato juntos, los dos…

—Que te la deje… —masculló, una vez más, ladeando la cabeza antes de estamparle un puño

en la cara.

«¡¡Mierda!!».

No sé cuántos golpes le dio porque se tiró encima de él y solo vi puños volando en todas las direcciones. No podía reaccionar y debía hacerlo. La nariz de Ramos empezó a sangrar y supe que ya no había vuelta atrás.

—¡Kellan! ¡¡Kellan, para, joder!!

Puse las manos en su espalda, sacudiéndole para que parase, y se apartó ligeramente, dedicándole una mirada de desprecio que se me quedó grabada. Desvió sus ojos hacia los míos y vi cómo un hilo de sangre caía por su rostro desde su ceja derecha.

El tiempo se detuvo por unos instantes, pero yo solo podía pensar en lo que acababa de suceder, en que nuestro pacto con la policía estaba a punto de romperse; si no lo había hecho ya junto a esa nariz y esa ceja ensangrentadas.

Reaccioné con rapidez y me dirigí hacia Ramos, incorporándole en el sofá.

—Ramos, lo siento. Lo siento mucho —me disculpé. Aunque no debía, ¡joder! ¡Era un puto baboso!

—No sabe lo que acaba de hacer.

—No, no lo sabe. —Miré hacia atrás, pero Kellan ya no estaba en el palco—. Acaba de llegar. Todo esto le queda muy grande y aún no sabe cómo funcionan las cosas aquí.

Si aquello hubiera ocurrido con Iago, él nunca habría perdido los papeles. Y en el caso de que su confidente no le sirviera o le provocase más de la cuenta, simplemente, se deshacía de él, haciéndolo desaparecer. Sin más. Pero no por un simple comentario… ¡Joder!

—Pues debería haberlo aprendido antes de ponerse al mando. —Se pasó el dorso de la mano por la nariz, limpiándose el rastro de sangre.

—Le pondremos al día. De verdad que lo siento mucho; no nos lo tengas en cuenta. Hazlo por la relación que te unía a su padre.

—Ya le he dicho antes que no se parecían en nada. Y así es. Pero esto no va a quedar así. —Se levantó de golpe.

—¿Vas a romper la relación que te lleva uniendo al DS durante tantos años? Piénsalo… —Puse mis manos en sus hombros para que se sentara—. Piénsalo esta noche; no te arrepentirás. Disfruta con tus amigos unas horas, pedid lo que queráis, sin cortaros ni un pelo, y mañana lo hablamos, en frío.

Negó con la cabeza, resignado, antes de responder, meditándolo. Si aceptaba a seguir adelante con nuestro acuerdo, no lo hacía por mí, ni por Iago, sino por él; le venían demasiado bien esos fajos de billetes semanales. De hecho, creo que el chalé que se compró a las afueras fue pagado gracias a la solidaridad de Iago, así que tenía la esperanza de que todo siguiese adelante.

—Me lo pensaré.

—Genial… Llamaré a alguien para que limpie todo esto.

«¡¡Joder!!», resoplé, nerviosa, chasqueando los dedos en dirección a uno de los chicos cuando salí de allí.

—Llama a limpieza. —Señalé hacia el interior del palco, ya que las copas que estaban encima de la mesa habían terminado en el suelo, hechas mil pedazos y me encaminé directamente hacia el despacho del jefe.

Mis compañeros se me quedaron mirando según iba avanzando por el pasillo; creo que mi gesto hablaba por mí y si fuera un maldito dibujo animado, mis oídos estarían echando humo, evitando que explotase. Pero tenía que hacerlo, debía explotar por algún lado.

Empujé la puerta de la oficina con fuerza, sin llamar ni tan siquiera, y cerré de un portazo a

mis espaldas.

—¡¿Qué coño has hecho, Kellan?! —grité, enfadada, al encontrarle sentado en el sofá, con los brazos apoyados en sus rodillas y la mirada clavada en el móvil, como si no hubiera pasado nada—. ¿Sabes en qué lío nos acabas de meter? —Solo entonces levantó el rostro.

—¿Yo?, ¿en qué lío nos acabo de meter? —cuestionó escéptico, con esa media sonrisa indescifrable.

—¡Has pegado a nuestro contacto en la policía, maldita sea! —exclamé, dejando caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, desistiendo. ¿No se daba cuenta?

—¿Qué querías que hiciera? —Su mirada se encontró con la mía con dureza—. ¿Dejarle que venga aquí a meterse con lo que es mío?

—¿Con lo que es tuyo? —Abrí los ojos a punto de que abandonasen mi cara, sorprendida—. ¿Lo tuyo? Yo no soy tuya. No soy de nadie —zanjé con determinación.

—¡El club! —Se levantó y caminó hacia el escritorio, sentándose sobre él—. ¡Me refería al club! No puedo permitir que vengan aquí como si no hubiera nadie al mando y crean que pueden hacer lo que quieran. No pienso permitirlo; sea quien sea.

—¿Sabes cuánto dinero hemos podido ganar gracias a ese hombre? —Puse mis brazos en jarras, mostrando mi descontento—. Porque no es ni una décima parte de lo que nosotros le hemos pagado…

—¡Me importa una mierda ese dinero, África! Mientras que mis hermanos puedan comer, todo lo demás me importa una mierda. Se lo prometí y se lo debo; lo demás no importa.

¡Bingo! Ahí estaba. Su debilidad; sus hermanos.

—Lo que tú digas, pero todos tenemos un precio y el tuyo ha sido todo esto. —Señalé a nuestro alrededor—. Así que ahora no lo tires por la borda.

—Te equivocas. Yo no estoy en venta.

—¿Qué insinúas?, ¿que yo sí lo estoy? Porque lo tenía todo bajo control hasta que has aparecido. Y ese tipo no iba a tocarme ni un pelo. ¡Ya le gustaría!

—Lo que tú digas… —repitió las palabras que yo había pronunciado unos segundos atrás—. Pero el dinero no nos hace mejores; el respeto, sí.

No supe si lo dijo por mí, por él, por Ramos o por todo lo ocurrido, en general, pero nos mantuvimos la mirada en un intenso cruce de tensión que también iba a terminar explotando por algún lado, si no lo detenía a tiempo. Mis ojos recorrieron sus duras y marcadas facciones hasta encontrarse con la herida abierta de su ceja, que aún seguía sangrando.

—Te ha roto la ceja. Debería romperte yo la otra… —dije, sintiendo cómo su mirada me ablandaba y el enfado iba disminuyendo sin poderlo controlar.

Crucé la oficina hacia el otro extremo, donde se encontraba el cuarto de baño; abrí un pequeño armario, que había junto al espejo, para sacar el botiquín y regresé a su lado, colocándome entre sus piernas.

—Ven aquí, anda, que te curo eso.

—¿También sabes curar heridas? —murmuró con una sonrisa gamberra.

—Solo las de la piel.

Eché un poco de suero en una gasa y di pequeños toques con ella sobre la brecha, limpiando la zona. Apreté un poco para tratar de cortar la hemorragia y nos quedamos así, en silencio, unos minutos, esperando a que la presión hiciese efecto. No sabía si lo estaba consiguiendo, pero el efecto que sí surgió fue el suyo. Estaba lo suficientemente cerca como para aspirar su respiración y el olor de su colonia, tan pegados como para que sintiese mi corazón desbocado latiendo en mi pecho a través de la piel, por lo que quise cortar con su embrujo separándome ligeramente.

Cambié de gasa y repetí la misma operación mientras él me observaba con una expresión que no supe interpretar.

—Odio a ese tipo de personas. No podía dejarlo pasar —dijo convencido.

—¿A qué personas?

—A las personas como Iago, que se creen que con dinero pueden comprar a cualquiera, las que piensan que con ese poder, que suponen que les dan los billetes, pueden despreciar a las mujeres y tratarlas como si fueran mera mercancía, un simple trozo de carne con el que pasar un buen rato. —Y por cómo lo dijo supe, de inmediato, que no solo se refería a Ramos.

Había estudiado lo suficientemente bien a los Ulloa como para conocer aquella época en la que el Dark Soul era muy distinto a lo que era ahora. Esos años en los que el club escondía entre las cortinas de sus reservados a decenas de chicas que vendían sus cuerpos a golpe de talonario a gente de las altas esferas. Y no solo eso… Sino que sabía, de primera mano, la relación que había tenido Iago con su mujer, a la que nunca valoró como se merecía. Y suponía que en las palabras de Kellan se ocultaba un poco de todo aquello… Lo vi en sus ojos y pude sentir cómo mi estómago se retorcía, al mismo tiempo que un puño apretaba mi corazón y tiraba de mi cuerpo hacia el suyo. ¡¿Dónde estaba Eric cuando se le necesitaba?!

—¿Dónde está tu otra mitad?, ¿le has dado el día libre? —cambié de tema.

—¿Qué otra mitad? —Frunció el ceño, confundido.

—Eric.

—Está abajo, con la chica nueva.

—No tienes por qué disimular.

—¿A qué te refieres?

—Sé que es tu hermana.

Terminé de secar la herida, una vez que dejó de sangrar, y cogí un punto adhesivo para colocárselo con cuidado.

—¿Siempre lo sabes todo?

—Siempre —sentencié al cerrar el botiquín, separándome de su cuerpo para volver a guardarlo en el armario.

No dije nada más, pero sentí su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos hasta que puse la mano sobre el pomo de la puerta para salir de allí.

—África… —Me giré al oír mi nombre, antes de dejarle solo, apoyado en el escritorio—. Muchas gracias…

Capítulo 9



Kellan

«¡No me jodas!».

En cuanto África cerró la puerta del despacho, resoplé, tan superado como prendido por esa mirada felina, intentando contener mis instintos más animales. Revolví mi pelo, pensativo, analizando lo que acababa de ocurrir. Y no me refería a que mi puño hubiera acabado estampado en las narices de ese policía, sino a esa incontrolable sensación que se encendió en mi cuerpo al tener a África entre mis piernas, a esa atracción irresistible que tiraba de mí y me provocaba para acabar hundiéndome en su cuerpo de todas las formas posibles. ¡Era una maldita tentación andante! Y tenerla tan cerca de mí, con su lengua viperina y esa elegancia letal, iba a terminar conmigo. Debía mantener la mente fría o acabaría con todo.

Me levanté de la mesa, tratando de olvidar el tacto de su piel al sujetar mi rostro, y salí de allí dispuesto a trabajar. Solo al pasar por delante del reservado, en el que suponía que aún estaría Ramos, me preocupé por lo sucedido. Tal vez, debería ser menos impulsivo y evitar ese tipo de arrebatos, pero no podía consentir que llegasen a mi local y trataran así a mi gente.

Bajé por las escaleras, saludando a algunos de nuestros clientes, y al llegar a la planta principal, busqué a Eric, tratando de localizarle entre la multitud que disfrutaba de la noche. Le encontré al fondo, junto a la barra, con gesto serio, como si estuviera discutiendo con… ¿mi hermana? Me iba a costar acostumbrarme a eso.

Me acerqué a ellos con paso firme, pero antes de que me diera tiempo a interponerme entre ambos, Daniella se alejó de él, molesta.

—Ey, ¿qué pasa aquí? —Quise transmitir algo de calma—. Menos mal que os he dejado solos unos minutos; si llego a tardar más, os acabáis tirando los trastos a la cabeza.

Entonces, se fijó en mi rostro o, más bien, en mi ceja.

—¿Qué demonios te ha pasado? —Me agarró por el mentón y me examinó a fondo—. ¿Estás bien? ¿Quién ha sido?

—Nada, tranquilo, estoy bien.

—¿Quién te ha hecho eso? —instó, arrugando el ceño.

—He estado charlando con un tipo, con un policía. Solo eso.

—¿Con un policía?, ¿con Ramos?

—El mismo. Me ha pedido que le dejase a África para saldar su deuda.

—¿Me estás diciendo que te has pegado con Ramos porque quería acostarse con África? —cuestionó, negando con la cabeza con incredulidad.

—Te estoy diciendo que la estaba tratando como si fuese una mierda y no lo iba a consentir; aquí no. —Vacié mis pulmones de aire, agobiado—. ¿Qué ha pasado con Daniella?, ¿me lo vas a contar?

—Estaba ayudando a Mel en la barra. Dice que como tenemos mucho jaleo, podría ayudarnos estas dos semanas, mientras está por aquí. Ya le he explicado que no necesitamos personal, que nos sobran camareros.

—¿Le has explicado?, ¿con esas palabras?

—Bueno, puede que haya sido un poco más… tajante en el asunto.

¿Trabajar en el Dark Soul? ¿Daniella? No, ni hablar. Ya me había costado demasiado mantener alejados del club a Connor y Brenan. Sobre todo, al primero…

—No creo que sea buena idea.

—¿Ves? ¡Eso es lo que estaba intentando decirle! Este sitio no es para gente como ella.

—¿Para gente como ella? ¿Qué clase de gente es ella?

—¡Tu hermana pequeña! ¿Te parece poco?

«¡Joder!»; me pellizqué el puente de la nariz, pensativo.

—No le quites el ojo de encima. —Arqueó una ceja, escéptico, como si le faltasen ojos para vigilar.

No supe si lo dije porque realmente me preocupaba que una parte de mi familia se metiera en un mundo como aquel o porque mi naturaleza y mi forma de ser me hicieran desconfiar de ella, de cierto modo. O por las dos cosas… El caso es que acababa de llegar a mi vida, así, sin más. Justo igual que Eric…

—No necesito que estés todo el día encima de mí; prefiero que cuides de ella mientras esté por aquí. Sobre todo, si anda Ramos cerca.

—¡Perfecto! Con lo que me gusta hacer de niñero… —Su sarcasmo era más que evidente.

Y justo cuando iba a moverse para obedecerme, varios de los miembros de nuestro equipo de seguridad corrieron hacia la entrada, con actitud defensiva.

—¿Qué pasa?

Mi compañero arrugó el gesto, preocupado, y nos sincronizamos para seguir a nuestros hombres hasta la puerta principal.

Cuando llegamos, nos encontramos con una estampa que nunca habría esperado. Un hombre bajito y fuerte, de unos cuarenta años, se estaba encarando con Cano, con actitud violenta, frente a la mirada atónita del resto de clientes, que hacían cola a su derecha para poder entrar.

—¡Te estoy diciendo que me dejes pasar, joder! ¡Vengo desarmado! —Levantó las manos, permitiendo que le cachearan—. ¡Solo quiero hablar!

Hizo un movimiento brusco y los demás reaccionaron de inmediato, sacando las armas y apuntándole. Caminé entre ellos y me puse al frente, liderando al grupo.

—¿Qué pasa aquí? —Eric se colocó a mi lado, por si tenía que actuar.

—¡Vaaaya! ¡Dichosos los ojos! —El tipo elevó la voz, con una sonrisa amenazadora en sus labios—. ¡Aquí está! ¡El nuevo Ulloa! Estaba deseando conocerte… Llevo días oyendo hablar sobre ti. Kellan esto, Kellan lo otro —exageró—. Pero… ¿sabes? ¡No eres para tanto!

—¿Qué quieres? —Comprobé en la tensión del resto que ya le conocían. Y que eso no era nada bueno.

—Solo he venido a presentarme; no hace falta que tus hombres me apunten directamente a

los sesos, ¿no crees? Además, ¡mira los míos! Ni siquiera se han acercado. —Señaló hacia el otro lado de la calle, donde un grupo nos observaba con actitud relajada—. No querrás que empecemos una guerra.

Su conducta pasivo-agresiva me desconcertaba y sabía que no había venido para hablar, precisamente.

—Son un poco rebeldes, ¿sabes? —Miré a mis hombres al referirme a ellos—. Además, nos estamos conociendo, por lo que no estoy en disposición de dar órdenes a nadie. —Hice un gesto con la mano y, acto seguido, guardaron las pistolas.

—Ahora que estamos más tranquilos, ¿podemos hablar? Soy el Lince. —Me tendió la mano, pero no la estreché. Eric me había hablado lo suficiente sobre ese narcotraficante, con el que mi padre tenía repartido el mundo, como para saber que no era trigo limpio.

—Claro, hablemos.

Le permití el paso, con mis hombres detrás de nosotros, sin perderse detalle. No sabía para qué había venido al Dark Soul, pero fuera lo que fuera, no podía montar un espectáculo en la calle, delante de decenas de personas.

Entramos en uno de nuestros reservados y cerré la cortina para que pudiéramos charlar con tranquilidad; solos, Eric, él y yo.

—Tú dirás.

—He venido para darte la bienvenida a O´Beiros.

—Gracias, pero no deberías; siempre he estado aquí.

—No del todo; ahora estás dentro. Y ya sabrás lo que eso significa —dijo con esa sonrisa desbordante de soberbia.

—Pues no, pero estoy seguro de que tú has venido para explicármelo. —Me relajé en el respaldo del sofá para que comprobase que no me afectaba, en absoluto, su presencia.

—Tenemos que repartirnos el territorio.

—El territorio ya está repartido —pronunció Eric con voz grave.

—No hay nada que repartir. Por lo que tengo entendido, eso ya lo hiciste con Iago, con lo cual…

—Tu padre era tu padre y teníamos nuestras propias reglas. A ti no te conozco. —Apoyó los codos sobre sus rodillas y entrelazó los dedos de ambas manos—. Y no voy a darte ni un solo centímetro de lo que me pertenece.

—Estás equivocado —sentencié, incorporándome—. Iago Ulloa dejó todo esto en mis manos, así que no hay nada que negociar. Además, la distribución desde Finisterre es tuya, ¿qué coño quieres?

—Parte de las Rías Baixas.

—Estás loco —murmuró Eric, negando con la cabeza, sin dejar de analizarle.

—No.

—El reparto lo hice con tu padre hace casi veinte años y él ya no está. No voy a consentir que un niñato llegue aquí sin tener ni pajolera idea y me arrebate eso por lo que llevo luchando una vida.

—He dicho que no.

—No he venido a pedirte permiso, Kellan. Si crees que estoy aquí para eso, eres tú el que está muy equivocado. He venido para avisarte de que voy a coger lo que es mío, para que no te pille por sorpresa cuando lo haga. ¡Ya ves! ¡Resulta que soy un buen tío después de todo!

Nos observamos en silencio unos segundos, retándonos con la mirada.

—Decisión errónea, Ulloa. Decisión errónea —sentenció, levantándose de su asiento,

dándome dos palmadas en el hombro al pasar por mi lado que amenazaban con represalias—. Que empiece la guerra cuando quieras.

Salió del reservado con una mueca intimidante y Eric y yo le seguimos hasta que desapareció por la puerta principal. Nos miramos con incertidumbre, con la duda de que pudiera afrontar todo lo que había ocasionado, aunque no pensaba quedarme de brazos cruzados…

Nos giramos para subir al despacho, porque teníamos demasiado de lo que hablar, y me encontré, de frente, con la sonrisa de Connor, que me observaba desde la barra junto a Daniella.

—¿Qué haces tú aquí? —me interesé cuando llegué hasta ellos.

—Pues ya ves; había venido para hablar contigo, pero no sabía que esto se había convertido en un negocio familiar… —comentó socarrón, señalando a nuestra hermana.

—¡Qué va! Por lo visto, ni siquiera soy lo suficientemente buena como para echar una mano por aquí. —La mirada que Daniella le dedicó a Eric podría haberlo fulminado con un solo pestañeo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Que no eres lo suficientemente buena? —cuestionó Connor—. Para mí, eres la mejor. Y la chica más preciosa de este local, Dani —dijo adulador—. Porque somos hermanos, que si no… —Ella sonrió, sonrojándose por sus palabras.

—Gracias.

—¿Para qué has venido, Connor? —le pregunté, haciendo una mueca por sus comentarios. Él siempre era así—. Ya te dije que era mejor que no vinieras por aquí. Por lo menos, de momento.

—Quiero dejar el taller y trabajar en el club. Creo que aquí hay sitio para todos.

—¡¿Qué?! ¿Aquí?

Quería proteger a mis hermanos por encima de todo y, desde que acepté el Dark Soul, quise mantenerlos al margen, pero ahora, con su propuesta, ya seríamos dos de los tres hermanos los que acabaríamos trabajando allí. No, ni de coña. «Dos de cuatro», me corregí.

—Ahora vuelvo. ¡Me llaman! —Connor sacó el teléfono de un bolsillo, vibrando entre sus manos, y salió volando hacia el exterior.

Y por la sonrisa que me echó, supe que no había mucho más que decir, no habría quien le sacase esa idea de la cabeza; estaba decidido.

Suspiré, intentando tomármelo lo mejor posible, observando cómo se alejaba y miré a mi hermana, que me devolvió un mohín inocente.

—Quédate con que la reunión con el Lince no ha ido tan mal. —Eric se colocó a mi lado, con uno de sus brazos en la barra y el otro sobre mi hombro, con complicidad—. Te sobraba seguridad… Parecía que has nacido para dirigir esto.

Alcé una ceja al mismo tiempo que se elevaba una de las comisuras de mis labios.

—Deberías confiar más en mí. Te dije que todo iba a salir bien.

Pero no fue así; nada saldría como esperábamos. Nada.

¡Puto Murphy con su ley!

Capítulo 10



África

¡Dios! ¡Esa noche iba a acabar conmigo! Ni siquiera eran las dos de la mañana y ya habíamos superado todos los contratiempos posibles. Lo único que quería era sentarme en uno de los reservados, cerrar las cortinas y descansar durante unos minutos. En su lugar, en cuanto tuve ocasión, cuando nadie me reclamaba para nada, me escaqueé y me encaminé hacia el vestuario para desconectar un instante. Sin embargo, cuando estaba cruzando el largo y estrecho pasillo que me llevaba a mi destino, vi la puerta de emergencias abierta. En un principio, no me extrañó, ya que algunos de mis compañeros solían usarla a menudo para salir al callejón trasero a fumar, apoyándose en ella para evitar que se cerrara, pero en esa ocasión no había nadie. Me acerqué con la intención de cerrarla y que no pudiera colarse nadie y entonces la vi. Había una chica tirada en el suelo, junto a los contenedores, tumbada sobre un enorme charco de sangre.

En ese primer instante, no me percaté; mis piernas no me permitían andar y mi cuerpo se había quedado paralizado, pero cuando mi mirada se fijó en su rostro, descompuesto por el dolor, la identifiqué. Era Mel. Corrí hacia ella y me dejé caer en el suelo, arrodillándome a su lado para incorporarla entre mis brazos. Aparté el pelo de su cara y cuando me vio, un amago de sonrisa apareció en sus labios, que borboteaban un hilo de sangre.

—Afri… —susurró con dificultad.

—Mel, tranquila, ya estoy aquí. Tranquila.

Tenía una herida abierta en el estómago que no dejaba de sangrar y puse mis manos sobre ella para tratar de detener la hemorragia. No obstante, un segundo después, mis manos ya estaban impregnadas de su calidez.

—¡Ayuda! —grité hacia el interior—. ¡Socorro!

«¡¡Mierda!!».

Pensé en dejarla allí e irme a buscar a alguien, pero no quería que estuviese sola en esos momentos, que temía que fueran los últimos.

—¡Ayuda!

Lía apareció de la nada por la misma puerta que yo había cruzado y su cara se desencajó al

vernos.

—¡¡Joder!!

—¡Llama a una ambulancia! —fue lo único que pude decir, fundiéndome con la mirada de mi amiga, que iba apagándose por segundos.

Mis ojos empezaron a vibrar, temiéndome lo peor, pero esperaba que hubiera una mínima esperanza para ella.

—Aguanta, Mel, por favor; ya vienen…

Presioné la herida con fuerza, como si su vida dependiera de ello, de mí, y ni un minuto después, estábamos rodeadas de decenas de curiosos que cuchicheaban a nuestras espaldas; la voz se había corrido entre nuestros compañeros y varios de ellos estaban allí. Eric se abrió paso, se arrodilló a mi lado para comprobar su pulso y apartó mis manos con delicadeza para colocar las suyas en mi lugar.

Estaba tan bloqueada que no sabía qué hacer, así que me quedé allí, sin moverme, con la mirada fija sobre mi amiga. Por la vida que llevaba, había visto algunas situaciones como aquella, más de las que me gustaría, pero, por norma general, habían sido personas que se merecían un final como ese. Y no una amiga inocente que ni siquiera se movía en nuestro mundo… Nunca una amiga había estado a punto de morir en mis brazos. La rabia empezó a calentar mi cuerpo y amenazó con inundar mi rostro de lágrimas. Ella no se merecía eso.

—Tranquila, Mel; aguanta —susurró Eric sin soltarla.

Sentí unos pasos firmes a mis espaldas antes de que su figura, borrosa por la humedad de mis lagrimales, se colocara en cuclillas a mi lado. Su mirada entornada y preocupada, como no había visto hasta ese instante, se desvió desde Mel hacia mí y se quedó anclada en mis ojos al comprobar cuánto me afectaba todo aquello. A ambos nos costó reaccionar y solo lo hicimos cuando alguien pronunció aquellas temidas palabras.

—No tiene pulso.

«¿Qué? No. No. No». Hundí los dedos en mi pelo, escondiendo la cabeza entre mis brazos, deseando aislarme del mundo. «¡Maldita sea!».

Los segundos se convirtieron en minutos y estos se hicieron eternos. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve allí, observando cómo trataban de reanimarla de manera incesante y cómo todo lo que hacían no servía para nada. Tenía que salir de allí cuanto antes si no quería derrumbarme delante de todos. No podía hacerlo.

—Ey… ¿estás bien? —Kellan, que seguía a mi lado, sostuvo mi barbilla con los dedos índice y pulgar para que le mirase. Asentí sin poder decir nada más y se levantó junto a Eric, poniendo la mano en su hombro en forma de apoyo—. Hijos de puta… Esto no va a quedarse así —masculló hacia este.

En un primer momento, no supe a qué se refería, pero mi mente empezó a encajar las piezas y a asociar lo ocurrido con la visita del Lince y con que la reunión, por llamarla de alguna manera, no hubiese terminado bien. No obstante, mi cabeza siempre iba un paso por delante y algo hizo clic solo con pensar en esa nueva opción.

Me levanté, decidida, y entré en el local, furiosa, para dirigirme al vestuario; saqué el teléfono móvil «fantasma», sin miedo a que me pudieran descubrir, lo encendí y marqué su número, caminando de un lado al otro de la sala.

—Has sido tú. —Mi voz estaba cargada de rabia, de ira, de dolor y decepción, y salió perdiendo fuerza en cuanto contestaron a la llamada.

—Buenas noches a ti también, princesa —cuchicheó Lucho con cachondeo.

—¡Déjate de gilipolleces! ¿Has sido tú o no?

—A ver, relájate. No tengo ni idea de lo que estás diciendo. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Han acuchillado a Mel en la puerta trasera del club. Habéis sido vosotros, ¿verdad?

—¿Qué Mel?, ¿quién es esa? Te diría que me la presentases, pero no sé si llegaré a tiempo… —bromeó, provocándome náuseas.

—Lucho, no estoy para gilipolleces. Una amiga ha muerto entre mis manos. ¿Tienes ganas de bromear? —solté con dureza.

—Eso te pasa por hacer amigos… ¿No habrás olvidado el motivo por el que estás allí?

—No, pero matar inocentes no estaba en el plan.

—¿Cómo voy a ser yo, Afri?, ¿tanto poder crees que tengo? ¿Te recuerdo que estoy a mil kilómetros de distancia?

—El Lince nunca se arriesgaría matando a una joven cualquiera del Dark Soul; sabe cuánto podría perder. Y de hacerlo, iría a por un pez gordo, a por alguno de los hombres de Kellan, a por sus hermanos… No a por ella, no a por Mel. —La culpabilidad me fue ganando la batalla y se apoderó de mi tono.

—¡Esa es mi chica! Eres demasiado lista. Él no lo haría, pero yo sí. Por nosotros, por ti. ¿Quién crees que provocó al Lince para que se pasara esta noche por el local? Le dije que Kellan venía pisando fuerte, que quería quitarle parte de sus territorios, pero que no lo conseguiría si él lo hacía antes. Le tenté para ver cómo reaccionaba.

—Y has decidido que lo mejor es hacer el trabajo sucio por él.

—Por él no, ¡por nosotros! En cuanto esos dos empiecen una guerra y se maten entre ellos, todo será nuestro. Y esa es la verdadera razón por la que estás allí, recuérdalo.

Estaba decepcionada y enfadada conmigo misma como nunca. ¿Cómo había permitido que pasara algo así? No creía que pudiera perdonármelo en la vida y… ¿cómo podría olvidarlo? La muerte de Mel pesaría como una losa sobre mis espaldas durante toda mi existencia.

—Solo le pedí a mis chicos que eliminaran a uno de los trabajadores del DS. Supongo que habrán ido a por el objetivo más fácil, pero no sabía que era tu amiga. Lo siento…

—No vuelvas a hacer nada sin consultármelo antes —solté furiosa—. Es que no lo entiendo, ¿de qué coño vas?, ¿tú vas por libre o qué?

—No te pongas así, África. Solo era una camarera… ¡Te estás ablandando!

—¡No era una camarera!, ¡era mi amiga!

Sentí cómo el nudo que surgió en mi estómago en el momento que vi a Mel, ensangrentada y tirada en el suelo, se hizo enorme en mi interior, bloqueando cualquier capacidad para razonar o respirar. No pensaba seguir discutiendo sobre aquello; además, lo mejor para distraerme era seguir trabajando.

La policía no tardaría mucho en llegar para analizar lo ocurrido y quería librarme de sus preguntas, así que colgué a Lucho, sin despedirme, con la idea de regresar a la pista principal y perderme entre la gente. El club estaba hasta la bandera y en su interior se encontraban cientos de personas, ajenas a lo sucedido, que solo pensaban en disfrutar.

Cuando iba a abandonar los vestuarios, llamaron a la puerta y entraron sin esperar, haciéndome regresar de mis pensamientos. La mirada dura de Kellan me preguntó cómo estaba sin articular palabra y mantuve mis ojos clavados en los suyos sin saber qué decir. Estábamos a un metro de distancia y, aun así, sentí esa incontrolable atracción que desprendía su cuerpo, llamándome, provocándome para que me acercara a él. Tenía ese magnetismo imposible de ocultar; el mismo que me esforzaba por evitar.

—Lo siento mucho. —La tristeza y la culpa se manifestaron en su voz, como si no pudiera desprenderse de esos sentimientos al relacionar su llegada con lo que le acababa de pasar a mi

amiga.

Respiré profundamente para deshacerme de ese nudo, cuya inmensidad me impedía reaccionar, y no pude responder otra cosa:

—No lo sientas y haced que se arrepientan de haber matado a Mel.

«¿Que qué? ¿Qué estaba diciendo?». Salí esquivando su cuerpo, rozando su brazo al pasar junto a él, sintiendo la dureza de sus músculos y la calidez de su piel atrapándome. Y ahí estaba de nuevo… La dualidad que me dominaba. ¿Que se arrepintieran?, ¿quiénes? ¿Acaso me había olvidado, de verdad, de lo que estaba haciendo allí?, ¿del culpable de la muerte de mi amiga? ¿Quería que tomase represalias contra Lucho? ¡Si ni siquiera sabía de su existencia!

Tenía la cabeza a punto de explotar de tanto reflexionar para hacerme entrar en razón. No podía olvidar lo que estaba haciendo en O´Beiros. No debía. Necesitaba que el plan siguiera adelante y que Mel no hubiera muerto en vano. O eso quería pensar. Pero lo cierto es que su pérdida me afectaba de verdad, como nunca me había ocurrido. Y eso, probablemente, iba a costarme demasiado; puede que incluso la vida…

Capítulo 11



Kellan

Resoplé, nervioso, enfadado y decepcionado conmigo mismo a partes iguales. No me podía creer que tres días después de mi llegada ya tuviera un muerto cargando sobre mi conciencia y pesando sobre mi cuerpo como una enorme masa de hormigón. Un puño apretó mi estómago en cuanto vi el cuerpo de Mel inmóvil junto a los cubos, como si se tratase de una bolsa de basura más. No podía contener la rabia, la sed de venganza; esa que ni siquiera sabía que tenía. Quise centrarme en los rostros desconcertados de mis compañeros o en el gesto dolido de África; sin embargo, las últimas palabras del Lince antes de abandonar el club, ese «que empiece la guerra» no dejaba de repetirse en mi mente, imposibilitando que pensara en nada más.

Me habría gustado hablar con Eric en ese mismo instante, pero teníamos muchos ojos curiosos a nuestro alrededor y la policía no tardó en aparecer. En cuanto llegó Ramos, el confidente de África, sus ojos y los míos se desafiaron en la distancia y el equipo de homicidios se adueñó de la escena del crimen.

—¡Vaya! ¡Vaya! El mayor de los Ulloa…

Un hombre de unos cincuenta años, canoso y serio, se colocó a mi lado con fanfarronería, quitándose los guantes de látex con los que acababa de examinar el cuerpo de mi compañera, observándome de arriba abajo con un dejo de desprecio que ya me hizo prever la relación que nos esperaría en un futuro próximo.

—Inspector Oliveira. —Se presentó, analizando cada milímetro de terreno que se encontraba a su alrededor, sin apartarse de mi lado.

—¡Vaya! El nuevo inspector… —imité su tono con una sonrisa sarcástica que me esforcé por esbozar—. Kellan —murmuré, observando cómo sus compañeros empezaban a buscar pruebas cerca de la víctima—. Te invitaría a una copa, pero creo que no es la mejor noche.

—No, no lo es. ¿Dónde estabas?

—¿Cómo que dónde estaba?

—En el momento del crimen, ¿dónde estabas?

—Dentro, con Eric. Me imagino que ya te habrás enterado; acabo de llegar y tengo demasiado trabajo como para estar perdiendo el tiempo en el callejón trasero de mi local.

—¿Qué relación tenías con la víctima?

—Era mi camarera; desde hace tres días. Apenas nos conocíamos…

—¿Quién crees que ha hecho esto?, ¿quién podría haber estado aquí con ella perdiendo el tiempo? —repitió mis palabras con un tonillo que no me gustó lo más mínimo.

—Pues no tengo ni idea, la verdad. Y como te digo, es algo que yo no me puedo permitir, así que si me disculpas, tengo un club que sacar adelante. Y si hay cualquier novedad al respecto o tienes cualquier otra pregunta, ya sabes dónde encontrarme.

Eric siguió mis pasos al regresar al interior; pude sentir su aura de calma y tranquilidad intentando transmitirme cierta relajación que no llegó.

—Esto no se puede quedar así —dije mientras caminábamos con paso firme hacia el despacho—. ¿Cuánto hace que ha estado aquí?, ¿una hora?

—Hora y media —sentenció mi sombra tras echar una mirada fugaz a su reloj.

—Hora y media. No le había visto en mi puta vida, llega aquí, me amenaza… ¿y pasa esto? No es ninguna coincidencia. —Lo di por hecho—. Avisa a los chicos. Os espero en la oficina.

Se alejó de mí como un rayo, sabiendo muy bien lo que tenía que hacer, y subí las amplias escaleras hacia la planta superior. Me apoyé en la barandilla de vidrio y eché un vistazo sobre las personas que conversaban y bailaban a mis pies, disfrutando de la noche. Busqué a África entre la multitud sin éxito, con el objetivo de convencerme de que esa especie de compasión, de pena o de ternura que había despertado en mí, al ver el dolor arrasando con su mirada, era solo una reacción momentánea por la intensidad de lo ocurrido; tratando de comprobar que no había más allá, que esa chica no había despertado en mí ni el más mínimo ápice de sentimientos, de esos que llevaba años bloqueando e ignorando, y que la reacción de mi cuerpo al cruzarme con el suyo era tan solo una respuesta biológica por su innegable atractivo, una breve y fulminante descarga que recorría mi columna vertebral al tenerla cerca. Pura atracción, cero sentimientos.

Me adentré en el despacho para esperar al resto, saqué la pistola de la caja fuerte, donde la había guardado poco después de llegar, tras mi encuentro con el Lince, y la dejé sobre el escritorio. No sé cuánto tiempo estuve allí solo, pensativo, buscando la mejor forma de actuar. O la única posible, más bien. Y en cuanto mis hombres entraron, se colocaron a mi alrededor y con el gesto nos dijimos lo único que hacía falta saber:

—Sentaos; tenemos trabajo.

…

Dos horas después nos encontrábamos en la vieja fábrica de ladrillos, esperando resultados de la operación. Era noche cerrada y tan solo se oía el murmullo de las olas acercándose a la orilla, rompiendo con una calma absoluta.

—Sabes que en cuanto lleguen aquí, ya no habrá marcha atrás, ¿verdad? —cuestionó Eric con esa serenidad que le caracterizaba, tratando de ser la parte racional de todo aquello.

¿Qué otra cosa se suponía que debía hacer? No podía permitir que matasen a uno de los nuestros en el club nada más llegar; eso solo les habría confirmado que podían hacer con nosotros lo que quisieran, que no seríamos capaces de defendernos ante nadie. Y después de más de media vida sin padres ni una familia consistente, contando con la única compañía de mis hermanos, el término lealtad era uno de los más valiosos para mí. Por ese motivo, sentía que le debía algo a Mel, a todos ellos, a esos que habían confiado en mí sin conocerme de nada.

—Lo sé —contesté con firmeza—. ¿Siempre eres tan sensato?, ¿eres de esas personas que hacen una lista de pros y contras?

—Siempre suelo pensar en las consecuencias de mis actos, sí. Y esto no traerá nada bueno.

—No deberíamos quedarnos de brazos cruzados después de lo que han hecho, ¿no crees? —Torció los labios, dubitativo—. Eso solo les demostraría lo que pueden hacer conmigo, con el

resto.

—Lo único que sé es que con tanto ojo por ojo, acabaremos todos ciegos. —Sonreí con sus palabras.

—¿Por qué trabajaste durante tantos años con Iago? Por lo que veo, no os parecíais en nada…

—Supongo que tiene que haber un yang en todo yin.

—¿Y tú eras esa zona de luz que intentaba iluminar su oscuridad? —pregunté con ironía, curvando los labios en una sonrisa ladina.

—Yo soy la parte que piensa que siempre hay otra manera de hacer las cosas. Una mejor, que no mete a los inocentes en esta mierda.

—Mel era inocente.

—A eso me refiero. Este tío de inocente no tiene nada; por eso, no he podido negarme.

—Tampoco lo hubieras hecho —repliqué con confianza.

—Tienes razón.

Oímos el motor de un coche acercándose hasta el viejo edificio de ladrillo rojo en el que nos encontrábamos, con la mayoría de sus enormes cristaleras destrozadas por el paso de los años. No obstante, sus muros ocultaban tantas historias que nunca tendríamos tiempo suficiente para contarlas. Me asomé a través de los cristales rotos de una de las ventanas para comprobar que se trataba de nuestros compañeros, saqué la pistola, la cargué y le di un golpe en la espalda a Eric para que espabilase.

—¡Vamos!

Nos acercamos hasta el coche, donde varios de los nuestros estaban sacando a un tipo a la fuerza: uno de los hombres de confianza del Lince. Llevaba las manos atadas a la espalda y con un fuerte empujón, cayó al suelo, de rodillas.

El plan había sido sencillo: fueron a buscarle a su casa, el único lugar donde alguien como él podría relajarse lo más mínimo. Cuando le vieron aparecer, conduciendo su Mercedes por la calle principal, uno de nuestros hombres atravesó el coche delante de él, para impedirle el paso, y otro se cruzó justo detrás, para imposibilitarle la vía de escape. Imaginé que intentaría defenderse sacando su arma, pero cuando tienes otras ocho apuntando directamente a tu cabeza, la batalla está perdida. Y allí estaba, tirado en el suelo, soltando cualquier tipo de improperios por la boca.

—¡Os vais a arrepentir de esto! ¿Quién coño os creéis que sois?, ¿la puta mafia rusa?

Villa le cogió por los brazos para levantarlo y volvió a empujarle para que caminase.

—¡Venga! ¡Adentro!

No opuso resistencia y empezó a andar delante de nosotros, dirigiéndose al interior de la fábrica. Una vez dentro, nos colocamos en círculo, a su alrededor, quedándome al frente, al mando de todo aquello.

—Tenía ganas de verte… —murmuré, dando pasos lentos hacia él, como un depredador a punto de devorar a su presa.

—¡Ya nos hemos visto esta noche! En tu asqueroso club… ¡¿Qué cojones quieres?! ¿Para qué me has traído aquí?

No recordaba su rostro, ni siquiera me sonaba de haberle visto por el local, pero imaginé que sería uno de los chicos que vigilaron al Lince desde la acera de enfrente.

—¿Te has enterado de que una de mis camareras ha muerto esta noche? Se ha desangrado en la calle trasera del Dark Soul; un malnacido la ha apuñalado.

—Algo habría hecho —escupió, ganándose que mi puño acabara estampado en su mejilla.

—¿Te crees muy gracioso? —Puse el cañón de mi arma en su sien, con mi dedo índice

muriéndose de ganas por apretar el gatillo.

—¿Y tú te crees muy valiente? ¡Deja la pistola y suéltame!

—Como quieras, ¡soltadle! —le pedí a los míos, que dudaron durante unos segundos, antes de hacer lo que les pedí.

—Estaríamos en igualdad de condiciones si no tuviera ocho pistolas apuntándome a la cabeza —insistió.

—Tampoco estaba en igualdad de condiciones Mel cuando le abrieron el estómago.

—¿Qué te crees?, ¿que he sido yo? ¡Tengo cosas más importantes que hacer! —exclamó acariciándose las muñecas.

—¡Qué va! Tú no tienes huevos, pero tu jefe sí. Dime lo que sabes.

—Nosotros no hemos sido.

—¡Habla! —gritó Eric, acercándose demasiado, sin dejar de encañonarle.

—Te estoy diciendo que nosotros no hemos sido, ¡joder!

Aprovechó un descuido para dar un paso hacia Germán, que se encontraba a su derecha, clavó el codo en su vientre, provocando que este se doblase por la mitad, y le quitó la pistola sin que apenas pudiera darse cuenta.

—¡Bajad las armas! —vociferó, apuntándole—. Bajad las armas o me lo cargo.

—No lo harás. Antes de que te dé tiempo a apretar el gatillo, tus sesos estarán repartidos por esta bonita fábrica, así que tú mismo… —masculló Eric sin pestañear.

—¿Qué os hace pensar que hemos sido nosotros los que nos hemos quitado de en medio a esa camarera? Nosotros no trabajamos así. —Por un momento parecía que decía la verdad—. El Lince habría aprovechado el viaje, antes de matarla… —Su voz se llenó de lascivia y mi estómago se comprimió, logrando que solo su gesto me diese náuseas.

No me pude contener; recordé el cuerpo sin vida de mi compañera tirado entre la basura y la mirada rota de África, observándolo, con la oscuridad de sus ojos cubierta de desconsuelo. Además, sabía que contaba con la ventaja y la eficacia de las armas del resto, que aún seguían centradas en nuestro enemigo. Con un movimiento rápido, agarré su pistola con una mano, apuntándola hacia el suelo cuando una bala salió disparada por su cañón y el estruendo obligó a mis hombres a reaccionar, mientras que con la otra le di un fuerte golpe en la cabeza, noqueándole por completo.

—Maldito hijo de puta —murmuró desde el suelo, tratando de incorporarse—. Te arrepentirás de esto.

—Creo que te arrepentirás tú antes. —Le sonreí con suficiencia—. Lo dejo en vuestras manos, chicos —les dije a los míos antes de girarme para largarme de allí.

No quise saber lo que iban a hacer con él, aunque podía imaginármelo. Según Villa, los trabajos no podían dejarse a medias porque eso solo supondría una cosa: sed de venganza por partida doble. Así que abandoné la vieja fábrica escuchando los gritos de ese desgraciado a mis espaldas.

—Has estado rápido, jefe —comentó Eric cuando llegó a mi lado, alcanzándome antes de subirme al coche.

—No lo suficiente —contesté cuando arranqué, apretando el pedal del acelerador hasta el fondo.

No quería dejar a los nuestros haciendo el trabajo sucio; se suponía que allí todos éramos un equipo. Pero la guerra acababa de empezar y aún nos quedaban demasiadas batallas por librar, por lo que debíamos estar preparados. Por no hablar de que nunca quise matar a nadie; yo no era así. No lo era. Pero haría cualquier cosa por mantener a los míos a salvo; fuese lo que fuese y

costase lo que costase. Aunque me dejara la vida en ello.

Capítulo 12



África

No sabía de quién había sido la fantástica idea de organizar una fiesta, pero la noticia había corrido como la pólvora y esperábamos el doble de afluencia que un día normal y corriente. ¡Que ya era decir! Así que allí estaba, junto al resto de mis compañeros, organizando y preparando la que sería una noche memorable, reunidos con nuestros proveedores para disponer de todo lo suficiente como para recibir a miles de clientes en solo unas horas.

Había pasado una semana desde que encontré a Mel en la salida de emergencia, desde que su corazón dejó de latir y mi cuerpo se llenó de angustia al sentirme culpable de su muerte; tanto que cuando llegué a casa aquel día, vomité hasta el desayuno de la mañana anterior. Por algún sitio tenía que salir el nudo que se había creado en mi estómago. Sin embargo, ese sentimiento seguía ahí, taladrándome hasta el alma. Tal vez no estaría mal una fiesta, después de todo… Necesitaba desconectar, olvidar y sentir que aún había algo bueno en todo aquello.

El equipo de limpieza estaba a tope, sacando brillo a las mesas, a los espejos e incluso al suelo. Los camareros reponían las botellas gastadas y ordenaban las más coloridas y vistosas frente a la barra, mientras otros se encargaban de organizar las copas limpias para tenerlas a mano cuando se necesitasen. Y yo… controlaba que todo estuviera en orden y ayudaba donde hacía falta.

Cuando quedaba una hora para que el Dark Soul abriera sus puertas para esa fiesta de alto *standing*, me acerqué al resto de mis compañeros para avisarles de que se nos echaba el tiempo encima.

—Chicos, dejadlo ya. Creo que está todo listo… Id a vestiros; os quiero a todos preparados en treinta minutos. ¡Ni uno más!

No era una celebración normal, como las de otras discotecas de la ciudad, sino que por nuestro tipo de clientela, se trataba de un evento en el que prácticamente todo el mundo iría vestido de etiqueta, así que debíamos dar ejemplo.

Entré en el vestuario y me encontré con varias de mis compañeras hablando, cuchicheando en corrillo, por lo que supe, al instante, que algo había pasado.

—¿No te has enterado? —me preguntó Lía con mirada suspicaz—. Han encontrado un cuerpo en la ría.

—¿Qué?, ¿un cuerpo?, ¿de quién?

«¡Mierda!».

Lo primero que pensé en cuanto me lo dijeron fue que Lucho había actuado por su cuenta, otra vez. Las náuseas gorgotearon en mi garganta y la imagen de Mel regresó a mi mente.

—Creen que es uno de los hombres del Lince —comentó una de ellas.

—Si era él, se lo tenía más que merecido; seguro… —añadió otra.

—No tardarán en coger a los culpables —sentenció Lía.

—No creas… Aquí siempre se suelen perder las pruebas o se traspapelan con facilidad —dijo la otra.

—¿Qué le ha pasado? —me interesé. Estaba segura de que mi *loquefuera* había tenido algo que ver.

—Tenía un tiro en la cabeza —nos explicó Lía—. Además de eso, le habían dejado irreconocible. Tuvieron que pasárselo bien con él antes…

No sabía si estaba preocupada, aliviada o qué clase de mierda fluía por mi interior, pero estaba deseando que desapareciera. Llevaba así una semana y la cosa no mejoraba, al contrario, así que quería terminar con aquella sensación cuanto antes.

Cogí uno de los vestidos de los percheros, de los que disponíamos en el club para ocasiones como aquella, y me lo puse sin perder el tiempo ni detalle de la conversación que seguían teniendo sobre el monotema. Nada importante… Escogí una prenda de raso de color negro, con un pronunciado escote en uve que llegaba, prácticamente, hasta mi ombligo; similar al que tenía en la parte trasera. Dejé mi melena oscura suelta, cayendo sobre la tela que cubría mis pechos, fundiéndose con ella, y di algo de color a mis mejillas, después de sombrear los ojos.

Cuando estaban todas listas y ya no quedaba nadie en la sala, me acerqué a mi taquilla y saqué mi teléfono fantasma para ponerme en contacto con Lucho; llevábamos siete días sin hablar, pero necesitaba salir de dudas. Marqué su número y no tardó ni dos tonos en responder.

—Que sea la última vez que me dejas con la palabra en la boca, como el otro día. —Su voz molesta me atravesó, a pesar de los kilómetros que nos separaban.

—Pero… ¡¿de qué vas?!

¿Cómo podía hablarme así? ¡¿Había matado a mi compañera, a mi amiga, y encima necesitaba formalismos?! Me tragué la furia que se adueñaba de mi cuerpo y respiré profundamente para no estallar.

—¡¿Cómo que de qué voy?! Te recuerdo que tú estás allí, pero esto es cosa de los dos, así que… o estamos juntos en esto o estás contra mí, tú decides.

—Bueno, mira, no quiero hablar de lo mismo una y otra vez. Te llamo por algo importante.

—Me lo tomaré como un «estoy contigo, cariño» —murmuró con sarcasmo—. Tú dirás, como siempre.

—Uno de los hombres del Lince ha aparecido muerto en la ría, ¿has sido tú? —Más que a pregunta, sonó a acusación—. ¿Qué quieres?, ¿que se maten a tiros en medio de la calle?

—Me sobrevaloras, Afri, pero me encanta… ¿Por qué iba a ser yo? ¡No puedo ser el responsable de todas las muertes que se produzcan al otro lado del país!

—¿Has sido tú o no? ¿No dices que somos un equipo? ¡Pues deberías informarme de cosas como esta!

—No, no he sido yo, pero la verdad es que se lo agradezco al que lo haya hecho. Nos han ahorrado trabajo. —Suspiré—. Si se matan entre ellos, no tendremos que hacerlo nosotros. Y

tú… podrás llegar y quedarte con todo, sin mancharte las manos, como una señorita.

—Genial —farfullé con ironía—. Ahora tengo que dejarte, tenemos una fiesta.

—Perfecto, pásalo bien, preciosa. Y disfruta.

Si Lucho no había sido… ¿quién? Todo empezó a encajar en mi mente sin poder controlarlo. A veces odiaba que esta fuera un paso por delante de todo el mundo porque otras, en cambio, se ralentizaba como nunca. Miré el reloj para comprobar la hora y me di cuenta de que tan solo quedaban treinta minutos para que el club se llenara hasta completar el aforo, así que me dirigí hacia la oficina, donde imaginaba que estarían reunidos Al Capone y los suyos.

La puerta estaba entreabierta; puse la mano en el pomo y cuando iba a entrar sin llamar, claro está, tuve que detenerme para escuchar la conversación.

—¿Una fiesta?, ¿en serio? ¿No había otra forma más discreta para llamar la atención justo en este momento? —cuestionó Germán.

«¿Justo en este momento?»; fruncí el ceño, confirmando lo que mi cabeza sospechaba.

—Tenemos que aparentar normalidad —le explicó Kellan.

—No es nada disparatado —le apoyó Eric—. Es una fiesta por la llegada de Kellan, para que conozca a todos sus clientes, ofreciéndoles lo mejor que tenemos.

—¿Os tengo que recordar lo que estábamos haciendo hace una semana? ¿Y si el Lince decide pasarse esta noche por el club? Lo mejor es que aquí no quepa un alfiler, que se le cruce el cable y toda esa gente esté en peligro —cuestionó el primero.

—Nosotros no hemos hecho nada —dijo Kellan de forma pausada—. Así que no tenemos por qué escondernos.

Abrí la puerta sin esperar más y todas las miradas se clavaron en mí; en especial, la suya, que me hizo arder por dentro.

—¡Guau, África! Estás… estás… —dijo uno de ellos.

—¡Que lo rompes! —añadió otro.

—¡Callaos ya! —exclamé—. ¿Podemos hablar un momento? —Me perdí en los ojos de Kellan, que aún no se habían desviado de mí.

¡Joder! ¡No podría ser más atractivo! Llevaba unos pantalones de traje, negros, que se habría puesto para el evento, con una camisa del mismo color, que llevaba remangada. Además, la postura no ayudaba demasiado… Se encontraba prácticamente sentado en el escritorio, agarrándose al borde con ambas manos, marcando cada músculo de sus brazos. ¡Y de su cuerpo! Me regañé en silencio y aparté los ojos, centrándome en el resto.

—Claro. Dejadnos un momento —le pidió a sus hombres.

Al parecer, esa orden iba dirigida a todos, menos a Eric, porque no se movió ni un solo centímetro, como si la cosa no fuera con él.

—¿Ha pasado algo?

—¿Sabíais que ha aparecido muerto uno de los tipos del Lince?

¡Claro que lo sabían! Es más, estaba segura de que esa especie de reunión clandestina tenía mucho que ver con ello. Por eso, al hacer la pregunta, miré directamente a Eric; si alguien sabía algo sobre lo que ocurría en O´Beiros, era él.

—No teníamos ni idea —contestó Kellan, tratando de apartar la mirada, aunque no lo consiguió. Mi vestido era un jodido imán, ¡y lo sabía!

—No, ni idea —confirmó el otro.

—Mentís fatal. —Se miraron serios, disimulando—. ¿No pensabais decirme nada?

—¿Decirte qué? —cuestionó Eric—. ¿Desde cuándo tengo que darte algún tipo de explicación?

—¿Desde que trabajamos juntos y te salvo el culo en cuanto puedo?

—Querías que pagasen por lo que hicieron, ¿no? —Sentí la voz de Kellan como una caricia que erizó mi piel por completo—. Pues ya está.

—Así que ha sido cosa vuestra…

—No —insistió mi jefe—. De todas formas, lo mejor es que te mantengas al margen de esto.

¿Al margen?, ¿yo? ¡Lo llevaba claro!

—Como quieras —respondí condescendiente—. Pero… ¡espabilad! Estamos a punto de abrir.

Salí de allí enfadada, molesta porque no confiasen en mí, después de llevar un año dejándome la piel en ello, y porque quisieran despejarme de la ecuación. Pero las cosas no iban a quedar así… Me había ganado a Iago, un señor que tenía su círculo de confianza más que cerrado; me costó lo suyo, sí, pero lo logré. Y con su hijo iba a ocurrir lo mismo.

Creo que nunca antes el Dark Soul se había llenado tan rápido. Cuando sus puertas se abrieron, tardamos menos de veinte minutos en completar el aforo con gente de todo tipo: grandes empresarios de la zona y de las ciudades cercanas, cantantes, futbolistas, políticos, actores… Lo que comúnmente se conoce por la *crème de la crème*. Por ese motivo, estuve durante toda la noche en tensión; esperaba la visita del Lince en cualquier momento para llevar a cabo su venganza particular y que aquello acabara convirtiéndose en una verdadera masacre porque vi a los hombres de Kellan armados, a pesar de que intentasen ocultarlo, camuflándose en cualquier rincón oscuro para analizar hasta el más mínimo detalle.

Mis compañeros no daban abasto, así que decidí echar una mano en la barra principal antes de empezar con mi papel de relaciones públicas del club. Y fue allí, tras la barra, la primera vez que nuestros ojos se encontraron en la distancia. Observé su mandíbula cuadrada entre las sombras, iluminada únicamente por los rayos de luces que iban de un lado para otro, tan perfecta que parecía esculpida por el mismísimo Miguel Ángel. Estaba rodeado de mujeres, charlando con complicidad, pero tenía su mirada clavada en mí, como si quisiera ver más allá. Sonrió por algún comentario jocoso y me obligué a seguir trabajando.

Duré poco tras la barra; estaba hecha para andar de aquí para allá, hablando con cualquiera que se cruzase en mi camino, así que eso hice. Fui de grupo en grupo, de una mesa a otra, invitando a copas y botellas para empezar a calentar la noche. Siempre pasaba lo mismo y todos querían brindar y compartir sus bebidas conmigo, por lo que, en más de una ocasión, había terminado mi jornada con un mareo considerable, así que había empezado a rellenar mis vasos con licores sin alcohol. Nadie se daba cuenta y yo acababa la noche con la mente fría, como debía tenerla a todas horas. Sin embargo, cada vez que su mirada oscura se cruzaba con la mía, una ola de calor me arrasaba de forma fulminante. Sentí cómo me buscaba entre la multitud y cómo su cuerpo se tensaba, reaccionando al impacto, cuando nos acercábamos más de la cuenta… ¿y qué hice? ¡Lanzarme al vacío! Después de todo, ya estaba perdida.

Puse mi brazo sobre uno de mis acompañantes para hablar con él, muy cerca de su oído, y pegué mi cuerpo al suyo de manera exagerada, sin dejar de analizar a Kellan ni su actitud. Le vi mordiéndose el labio inferior y esbozando una mínima sonrisa después, continuando con ese juego provocativo que le estaba dando vidilla a la noche.

No sé en qué instante me acerqué a la mesa en la que se encontraba con Eric y esas chicas con las que había comenzado la noche, con una bandeja repleta de copas en mis manos, creyéndome la dueña de todo aquello. Caminé hasta situarme a su lado y me incliné para dejarla en la mesa baja, poniendo mi culo a la altura de su cara, solo a unos centímetros, de forma intencionada.

—Invita la casa. Para que sigáis disfrutando…

—¡¡Gracias, África!! —contestaron ellas al unísono.

Me di la vuelta y le dediqué una sonrisa traviesa a mi jefe, acariciando su hombro con sensualidad antes de alejarme, dejándole fuera de juego.

En un determinado momento, le vi despidiéndose de las jóvenes con las que se encontraba y se fundió con el ambiente hasta que llegó a las escaleras principales y subió cada peldaño con ese magnetismo que atrapaba a cualquiera que le observase. No sé por qué lo hice ni cuál fue el motivo que movió mis piernas para caminar tras él hacia el piso superior. Una de las cortinas de los palcos privados se cerró antes de que llegara e imaginé que había entrado en él, así que… Carraspeé y conté mentalmente hasta cinco antes de entrar y camuflarme en esa oscuridad teñida por luces moradas.

El reservado estaba vacío, como suponía, ya que teníamos el control absoluto sobre los clientes de cada uno de los palcos, y Kellan se encontraba apoyado en la barandilla, observando el piso inferior a sus pies. En cuanto sintió mis pasos acercándose, al cruzar las cortinas negras, se giró, metió sus manos en los bolsillos y la sacudida que sentí fue tremenda. Acababa de entrar, pero el espacio ya estaba impregnado con ese aroma masculino que desprendía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un susurro.

—He venido para respirar un poco. Para respirar antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme. ¿Y tú?

Y no fue lo que dijo, sino cómo lo hizo; con esa voz grave y esa mirada oscura en la que quise buscar una explicación para esa conexión inevitable que sentía. Sin embargo, tratar de encontrar algo en sus ojos era una misión perdida, porque eran tan duros, penetrantes y atrayentes que no podías dejar de desear fundirte con ellos.

Iba a contestar que me hacía falta estar a solas, que necesitaba algo de calma, que tenía que despejarme de la que estaba siendo una noche de locura, pero no esperaba lo que sucedió. Simplemente, me dejé llevar. Y yo nunca, jamás, podía dejarme llevar. Menos aún, en una situación como aquella.

—¿Y si nos arrepentimos juntos? —Di un paso al frente, segura de mí misma.

Estábamos tan cerca que pude sentir cómo tragaba saliva, conteniéndose; cómo tensaba la mandíbula y apretaba cada músculo de sus brazos para agarrarse a algo que pudiera evitar aquello. No sé cómo sucedió; solo sabía que necesitaba que ocurriera. Necesitaba sentir algo por una vez, algo bueno que mereciera la pena, aunque solo fuera por unos segundos.

Reaccionamos al mismo tiempo, como si fuera imposible que aguantáramos más esa irresistible atracción, y atrapó mi boca en un ataque salvaje. Mis labios buscaron los suyos con desesperación y Kellan hundió sus dedos en el pelo de mi nuca para dirigir el beso con una maestría mortal. A medida que su sabor, tan adictivo y peligroso como la peor de las drogas, se extendió por mi organismo, mi cuerpo empezó a temblar, terminando con el poco autocontrol que pensé que tenía.

Desde que lo conocí, Kellan llamó mi atención; habría atraído a cualquiera que se cruzara con él en un radio de doscientos metros a la redonda. Era guapo a rabiar, tremendamente atractivo y con un cuerpo hecho para el pecado, pero su actitud era lo mejor de él. Ese halo de misterio, de chico roto capaz de dar todo por los suyos, su pasotismo frente a todo y frente a todos… Lo que no esperaba, en absoluto, era que su dominio besando llegase al extremo de hacerme perder la cabeza. ¡Y prefería no pensar más allá!

El choque de nuestras bocas se convirtió en un beso ardiente y hambriento, carente de aire, de ese aliento que nos faltaba y que habíamos ido a buscar a ese palco privado. Y saber que

nuestra indudable atracción le afectaba tanto como a mí, provocó que terminara de enloquecer.

Rodeé su cuello con mis brazos en cuanto sentí que mis piernas se convertían en algo inconsistente, gracias a ese temblor incesante que me dificultaba la estabilidad. Él pareció darse cuenta, bajó sus brazos para sujetarme por la cintura y me pegó más a su cuerpo. Metí las manos bajo la tela de su camisa y me agarré a su espalda, a su piel suave y tersa que ardía con mi tacto.

No podía respirar, ni siquiera podía pensar. Éramos una mezcla de jadeos, caricias, lengüetazos y mordiscos. Pura lujuria, deseo y necesidad. Algo imparable como el fuego en el que me había convertido. Necesitaba sentir, olvidar, ser yo por una vez y dejar de actuar. Y eso estaba haciendo…

Una presión tan cálida como molesta hormigueó en mi entrepierna y me pegué más a él para sentirle de todas las maneras posibles. Cuando noté su dureza sobre mi bajo vientre, perdí la poca cordura que me quedaba y desabroché sus pantalones para alcanzarla. La agarré con fuerza y Kellan gimió en mis labios, mordiéndolos con delicadeza, tratando de contenerse. Clavó la yema de sus dedos en mis muslos, contorneando mi culo, y con un movimiento rápido, me cogió, haciendo que enredase mis piernas en su cintura, dejándome entre su cuerpo y la pared. Nos frotamos donde más lo necesitábamos, como dos adolescentes intentando calmar esa ansiedad, esa urgencia que no hacía nada más que crecer entre nosotros. Pero no sabíamos lo que hacíamos, ¡lo estábamos empeorando todo! Todo.

Nuestras bocas continuaban buscándose sin separarse ni un solo segundo y mi humedad amenazaba con desbordarme si continuábamos con ese ritmo; ese hormigueo del principio empezaba a convertirse en un huracán y la presión, en algo insoportable. Necesitaba sentirle dentro; lo necesitaba ya. Y creo que a él le pasaba lo mismo…

Me bajó de su cintura para sacar un condón de su cartera sin que nuestros labios se separasen. Se lo colocó rápidamente y en solo unos segundos ya estaba alzada en su cuerpo de nuevo. No tuvimos tiempo para desnudarnos; la necesidad era tan real como urgente. Así que aparté mi tanga hacia un lado y solo con notar su erección en mi excitación, caí directa al abismo. Con un movimiento certero, Kellan se introdujo en mi interior, provocando que un gemido intenso saliera directo desde mi garganta para retumbar en la suya. Pensaba que al estar así, unidos, la situación mejoraría, pero, al contrario, no hizo nada más que empeorar. Cuanto más me daba, más necesitaba y cuanto más lo necesitaba, más rápido lo quería. Era la pescadilla que se mordía la cola en nivel kamasutra.

Sus embestidas profundas consiguieron que todo empezase a dar vueltas a mi alrededor y tuve que cerrar los ojos, aferrándome a su espalda, cuando ese placer, más intenso de lo que nunca había sentido, se instaló en mi interior. Necesitaba sentir algo bueno, pero eso era demasiado, tanto que no supe durante cuánto tiempo podría aguantarlo.

Moví mis caderas tratando de buscar el ángulo correcto, el roce apropiado, sintiendo cómo sus músculos se tensaban con cada vaivén. Kellan dejó caer su cabeza en el hueco de mi cuello y mordió la piel que encontraba a su paso, respirando con dificultad cerca de mi oído, logrando que un escalofrío me recorriera de arriba abajo al sentirle.

Las acometidas se volvieron salvajes, perfectas y me llenaron por completo, a punto de abandonarme al placer. Nunca había sentido tanto deseo por nadie, pero Kellan era, para mí, como la manzana prohibida. Y lo prohibido siempre es lo más tentador, lo que mejor sabe… Lo hice; saboreé sus labios como si fuera la primera vez y la última que iba a hacerlo, como si quisiera guardarme para siempre ese sabor que me había vuelto loca y me había desinhibido por completo. Sus acometidas ganaron más fuerza, lo que me hizo presentir que el final estaba cerca, y una de sus manos regresó a mi rostro para evitar que nuestros labios se alejasen. Quise

aguantar más, que aquello no terminara, que las sensaciones que se adueñaron de mí fueran eternas, pero la pasión nos arrolló sin poder evitarlo y nos abandonamos a ella como si fuera lo único estable a lo que pudiéramos agarrarnos.

Kellan ralentizó el ritmo, negándose a salir de mi cuerpo todavía, besando mis labios una y otra vez, empezando una nueva batalla entre ellos. Agarré su labio inferior entre mis dientes y lo saboreé como despedida antes de separarme y bajarme de su cuerpo. Había sido una locura, sí, pero una locura inolvidable.

No dije nada, no podría aunque quisiera, y él tampoco articuló palabra. Nos limitamos a observarnos en silencio, analizando lo que acababa de ocurrir entre aquellas cuatro paredes mientras, a nuestros pies, miles de personas continuaban disfrutando de la noche.

Me coloqué la ropa interior y el vestido y Kellan hizo lo mismo, intentando recuperar la respiración. Le miré en silencio, admirando cada parte de su cuerpo, cada centímetro que durante unos minutos fue mío, recordando cada beso que me hizo perder el control. Quise convencerme de que lo había hecho para ganarme su confianza, de que todo era parte de un plan para adueñarme de su imperio, pero no era así… ¡era un jodido Adonis! Y, además, imposible de evitar.

Dudé unos segundos más, pensando qué decir, cómo despedirme y me decanté por un amago de sonrisa antes de cruzar las cortinas. ¡¿Qué otra cosa podía decirle?! «¿Ha sido el polvo de mi vida, pero esto no puede volver a ocurrir?». No quería ni siquiera pensarlo porque si estaba prohibido, estaba destinado a repetirse. Sí o sí.

Capítulo 13



Kellan

«¡¡JODER!!» puede que fuera lo primero que pasó por mi mente en cuanto África me dejó solo en aquel reservado. Deslicé los dedos por mi pelo, revolviéndolo, apoyándome en la barandilla del palco para recuperar el aliento. Desde que la vi al comienzo de la noche, cuando entró en el despacho mientras estaba reunido con los chicos, ese vestido se convirtió en una especie de máquina de tortura. Y no solo por cómo se adaptaba a su cuerpo, marcando sus curvas a la perfección, sino por ese escote que se perdía hacia su ombligo de la misma manera que dejaba la piel de su espalda al aire, volviéndome loco. Por no hablar de ese juego lleno de provocación que empezamos durante la noche o de sus movimientos sensuales, acompañados de sus ojos felinos, cada vez que se acercaba. Una. Verdadera. Tortura.

Por eso, subí al palco libre, para alejarme de ella sin perder de vista la pista central, por si el Lince decidía aparecer por allí, pero cuando entró en esa pequeña sala apartada y nuestra atracción mutua chocó, se provocó el huracán que vino a continuación. ¡Y menudo huracán!

Me habría encantado deleitarme con cada recoveco de su piel, saborearla de todas las formas posibles, llevarla a la locura una y otra vez, pero para locura, la que habíamos cometido. Después de todo, trabajábamos juntos, ¡¿qué demonios?! Era su jefe y tenerla a mi lado en el club, me iba a complicar la noche… ¡Me iba a complicar la vida!

Me coloqué la camisa antes de salir a través de las cortinas y bajé junto al resto como si nada hubiera pasado. Estuve hablando con varios de los asistentes, tomando alguna copa con ellos, disfrutando de la noche, convirtiendo aquella celebración en una llegada a ese mundo por todo lo alto. Porque nada falló, no recibimos visitas inesperadas y antes de que nos diésemos cuenta, las luces del local se encendieron dando por finalizado el evento. Eso sí, esa intensa atracción que me removía por dentro y me llevaba al límite empeoraba cada vez que nuestros cuerpos se cruzaban y mi cerebro cortocircuitaba al recordar cómo nos devorábamos unas horas antes. Como si no hubiera nadie más, como si nada más importara.

No solo nos evitamos durante aquella noche, sino que también lo hicimos durante los días siguientes. Pensaba que después de nuestro encuentro fugaz, la tensión disminuiría; sin embargo, ocurrió lo contrario. Cuando estaba cerca de ella y su olor inundaba mis fosas nasales, mi mente repasaba cada embestida que nos unió sin control; cuando hablaba y curvaba ligeramente los

labios para sonreírme, deseaba saborearlos como ya había hecho y cuando la pasión de su mirada arrollaba la mía, lo deseaba todo, sin más. La deseaba a ella. Por eso, lo mejor fue que tomásemos caminos separados, tan apartados como fuera posible dentro de aquellas cuatro paredes.

—Nos hemos quedado sin provisiones —dijo Eric al llegar, dejándose caer en uno de los sofás, a mi lado, sacudiéndose el pelo para quitarse el exceso de agua de la tormenta que estaba cayendo en el exterior y deshaciéndose de la sudadera, calada a más no poder.

Tan solo habían pasado tres días desde la fiesta, pero el ritmo no había bajado, para nada; se había corrido la voz por toda la ciudad del ambiente que reinaba en el Dark Soul cada noche. Y seguíamos mejorando… De ahí que estuviésemos reunidos en plena tarde por unos imprevistos de última hora.

—¿Cómo que nos hemos quedado sin provisiones? —Arqueé una ceja, incrédulo.

—No tenemos ni un solo gramo.

—¿Es eso posible?

No sabía cuánto cargamento habíamos recibido en la última entrega, pero no había sido poco, precisamente.

—Nuestros… distribuidores —dijo con recochineo— están trabajando a destajo. Además, lo de la fiesta fue… caótico; más de la mitad de nuestras reservas se evaporaron ese día.

—¿Y ahora?

—He hablado con De la Cruz, nuestro socio peruano que, por cierto, no quiere saber nada más de mí. Me ha pedido que, a partir de ahora, sea él quien trate estos temas contigo.

—Perfecto.

—Bueno, a lo que iba, De la Cruz no puede hacernos un envío hasta el mes que viene.

—¿Hasta el mes que viene?, ¿y qué vamos a hacer hasta entonces?

—Sobrevivir… —Sonrió—. Eso es lo que quiere hablar contigo; me ha prometido el mayor cargamento hasta la fecha. Unas nueve toneladas…

—¡Joder!

—Eso mismo he dicho yo; tendremos que organizarlo al milímetro. Ellos ya están preparando el envío, que saldrá en los próximos días y suele tardar unas… tres semanas hasta Galicia. De momento, para ir tirando, he hablado con alguno de nuestros proveedores y podrían hacernos un favor. Doscientos kilos, esta noche.

—No está nada mal.

—Bueno, el favor está muy bien pagado, créeme. Lo único que me piden es que el traspaso sea en altamar.

—Como manden, ¿tenemos las coordenadas?

—Sí, claro. —Me dio un papel con ellas escritas.

—Lo peor será la espera en el agua hasta que hagamos el cambio. Si el tiempo sigue así, las olas podrían tragarse barcos el doble de grandes que nuestras planeadoras. —Asintió con mirada preocupada. Sabía de lo que hablaba; en cuanto un temporal de viento llegaba a Galicia, las olas podrían ser más altas que un edificio de tres plantas.

—Tranquilo, tenemos a la persona perfecta. Además, necesitamos un equipo a pie de playa para cuando llegue el cargamento —comentó, apoyándose en el respaldo, relajado, como si fuera un tema de conversación natural que tenía a todas horas—. Puedes encargarte tú de descargar los fardos.

—Ni hablar. No pienso quedarme aquí y dejarles solos, otra vez; iré con ellos en la planeadora. —Me miró con desconfianza, como si tuviera mucho que decir al respecto, pero no

lo hizo; empezábamos a conocernos y sabía que daba igual lo que dijera. Estaba decidido.

—¿Te han avisado del departamento de marketing? —Negué con la cabeza, confundido—. En dos semanas es la inauguración del último hotel que construyó Iago, en Vigo. Tienes que ir.

—¡Genial! —mascullé con sarcasmo, dejándome caer en el respaldo, imitándole.

—Veo que te encantan ese tipo de eventos…

—Soy más de noche. Aunque imagino que siempre podría pedírselo a Connor —bromeé.

—Kellan —murmuraron detrás de mí con tono sensual, provocándome un intenso escalofrío que recorrió mi columna vertebral al poner su mano en mi hombro para captar mi atención—. El inspector Oliveira quiere hablar contigo; le he pedido que te espere en la barra —añadió África, alargando ese instante entre nosotros.

—Voy, gracias —dije, levantándome y caminando tras ella.

Juro que pude sentir la electricidad vibrando entre ambos, pero quise hacerla desaparecer con un leve carraspeo.

—Oliveira. —Le ofrecí la mano al llegar a su lado y la estrechó con fuerza—. Un placer tenerte por aquí. Otra vez…

—Kellan. —Usó mi nombre como saludo—. Pues ya ves, parece que no tenía nada mejor que hacer.

—Raro en alguien como tú. —El sarcasmo se adueñó de mi voz—. ¿Quieres algo de beber?

—Estoy de servicio.

—Entonces, tú dirás.

—Gonzalo Garrido. —Dejó una fotografía sobre la barra con firmeza para que le echara un vistazo. En ella se podía ver a un tipo sin vida tirado en el suelo, ensangrentado y en un estado que pondría de punta los pelos de cualquiera—. ¿Te suena de algo?

—¿Debería sonarme de algo?

—¿Los gallegos siempre respondéis a una pregunta con otra? —Apreté los labios, tragándome una sonrisa irónica.

—No le conozco.

—No le conocías, en todo caso. Le mataron hace una semana.

—Y vienes a preguntarme a mí ahora porque…

—Garrido era uno de los hombres del Lince y ha sido llegar tú y que aparezca muerto.

—Pues no sé, llámalo casualidad.

—No creo en las casualidades. —El inspector me examinó; parecía completamente seguro de que había sido yo y buscaba la mínima prueba para corroborarlo.

—Lo suponía. Además, no tengo el placer de conocer al tal Lince. Pensaba que estaban extinguidos en Galicia…

—Sé que estuvo aquí la semana pasada, contigo —pronunció con seriedad, impasible.

—Ni idea; no me suena. Viene mucha gente cada noche como para acordarme del nombre de cada uno…

—Ya, supongo. Solo espero que seas lo suficientemente listo como para no haber empezado una guerra de bandas porque en las guerras —dijo de forma pausada— los que más mueren son los inocentes. —Dio un par de golpes sobre la barra con la palma de la mano antes de alejarse—. No te quitaré el ojo de encima, Kellan.

Desapareció como había llegado, sin hacer ruido, y regresé junto a Eric, que me estaba esperando justo donde le había dejado, en los sillones negros de la esquina. No se encontraba solo; África estaba con él y en cuanto me vio aparecer, esbozó una tímida sonrisa que me habría encantado morder. Me di un puñetazo mental al pensarlo y creo que me llegó directo al

estómago, porque este se encogió sin poder evitarlo.

—¿Qué quería? —cuestionó mi compañero.

—Nada, en realidad. Supongo que avisar de que está por aquí para que no nos relajemos —dije quitándole importancia, provocando que se encogiera de hombros.

—Le estaba diciendo a África que tenéis que estar en la playa a las cuatro menos cuarto. Mejor que vayáis con algo de tiempo…

—¿Tenemos? —Fruncí el ceño, desconcertado.

«¿Tenemos?, ¿quién?».

—África irá contigo. —Mi cerebro se nubló por completo y dejó de comprender lo que dijo a continuación.

—¿Cómo que África? —cuestioné confundido—. ¿Así es como te mantienes al margen? —le pregunté a ella, que me respondió con una mueca desafiante. ¡Joder!

—Te dije que teníamos a la persona idónea para esto. Ella se ha encargado de los traslados durante el último año. Iago estaba convencido de que es la mejor —comentó, escéptico.

—Lo soy —confirmó ella.

—A ver, ehm…

—No podemos arriesgarnos —me explicó Eric—. Tenemos a la policía encima, ya lo sabes. Y ella es la más rápida…

—No creo que la policía esté hoy en altamar con el día que hace.

—No podemos arriesgarnos —repitió—. Y en cuanto tengan la más mínima sospecha, se lanzarán al agua. Siempre lo hacen.

—¿Qué pasa, jefe? ¿No te fías de mí? —me preguntó África con retintín—. ¿O es que tengo que demostrarte lo bien que se me dan esas máquinas también?

Ese «también» me jodió vivo y me dejó en silencio. Froté mi frente, pensativo, relajándome en el sofá. O haciendo que me relajaba porque mi mente no paraba de imaginarme en medio del mar a solas con ella. Y no de una forma erótica; al contrario. Solo podía pensar que si algo salía mal, y era posible que ocurriera, intentaría salvarla costase lo que costase. En cambio, si iba con alguno de nuestros hombres, la cosa era distinta porque ambos intentaríamos salvar nuestro propio culo. ¿Qué significaba eso?, ¿que arriesgaría mi vida para salvar la suya? ¡Mierda!

Resoplé y me levanté, nervioso, caminando hacia mi compañero, agarrándome al respaldo del sofá con ambas manos.

—Villa irá con vosotros —continuó—. A las cuatro de la mañana habéis quedado en el punto que te he dado antes. Y por lo demás no tenéis que preocuparos. Nosotros os esperaremos a la vuelta en la playa de Corrubedo para el desembarco. Todo irá bien.

—Sí, todo irá bien. —Aunque, no supe si lo dije para convencerle a él, a ella o a mí.

Poco antes de las tres, como habíamos acordado, África y yo salimos del club en silencio, en busca de mi coche, rumbo a la playa donde habíamos quedado con Villa. En cuanto se sentó en el asiento del copiloto del BMW M8 negro, que se encontraba estacionado en una de las calles cercanas, encendió la radio y puso algo de música; supongo que para romper con ese incómodo silencio que nos rodeaba.

—¿Por qué te ha sorprendido tanto? —preguntó cuando ya estábamos en la carretera, dirigiéndonos hacia nuestro destino.

—¿El qué?

—Que sea yo quien pilote la planeadora. ¿Es porque soy una mujer?

—¡¿Qué?! ¡No! ¿Qué dices? ¡Para nada!

—Ya… —contestó con desconfianza.

Me habría gustado explicarle que ese motivo absurdo no tenía nada que ver, que mi madre había sido, siempre, la mejor en todo; en lo que se propuso y en lo que no. No obstante, omití ese dato, ya que habría tenido que explicarle que mi desconcierto estaba más relacionado con una especie de preocupación por ella que por verla incapaz. Al contrario, la veía muy capaz de cualquier cosa. De todo.

—Es solo que no… no me lo esperaba —le expliqué antes de que el silencio regresara durante unos segundos—. ¿Y por qué se supone que se te da tan bien?

—¿Se supone? —Se giró en su asiento, arqueando una ceja, retándome con un «ya lo verás» en su gesto.

—Ya me has entendido.

—Digamos que he crecido subida en una de esas…

—¿Aquí? —cuestioné extrañado—. No te había visto nunca.

—¿Cómo lo sabes?, ¿si me hubieras visto antes te acordarías? —Ahí estaba otra vez; esa sonrisa tan provocativa como seductora que me iba a volver loco.

—Supongo.

—Vengo de Cádiz y llevo muchos años cruzando el Estrecho.

—De Cádiz, ¡vaya! —dramaticé—. Quién lo diría…

—¿Lo dices por el acento? —Asentí—. ¿Qué se supone que debería decirte?, ¿*pisha*?, ¿*quillo*?, ¿*saborío*? —cuestionó, con burla—. Sí, creo que esta última es la que más te pega… Pero Cádiz es mucho más que eso. No soy de allí, pero me siento como si lo fuera. Es una ciudad que te atrapa y en cuanto conoces su magia, es imposible deshacerte de ella —comentó con ilusión, haciendo que las comisuras de mis labios se curvasen.

—¿Y qué haces aquí? —quise saber, extrañado—. ¿No piensas volver?

—No, no lo creo. Al menos, no de momento —respondió, sin más, desviando la vista hacia el paisaje oscuro que se apreciaba a través de la ventanilla.

No tardamos en llegar, aunque optamos por dejar el coche en un lugar apartado y caminar hacia la playa. Lo hicimos callados, con ese molesto zumbido que continuaba vibrando entre nosotros cada vez que nos acercábamos más de la cuenta, como si fuera a saltar una chispa en cuanto nuestros dedos se rozasen.

Nos sentamos en la arena, con la mirada clavada en el horizonte, en ese camino plateado, reflejo de la luna, que se dibujaba sobre la superficie del agua, ondeando con el movimiento de las olas que rompían en la orilla.

A la hora exacta, el sonido de un motor acabó con la calma absoluta que nos rodeaba. Nos levantamos de un salto, al comprobar que se trataba de nuestro compañero, y subimos a bordo. África se puso al mando del timón y salimos disparados de allí a toda velocidad. Observé la embarcación semirrígida, de unos doce metros de eslora, oscura para camuflarse con la noche, y me di cuenta de que no tenía uno, sino tres motores de trescientos caballos de potencia; sin embargo, ella la dirigía como si llevara toda una vida haciéndolo.

La contemplé ensimismado, admirando sus movimientos, la ligereza con la que desplazaba esa enorme embarcación sobre las olas, que estaban más rebeldes que de costumbre por el temporal. Las gotas de agua nos golpeaban en el rostro y cuando detuvimos los motores en mitad del mar, con el vaivén del agua sacudiéndonos como si fuéramos una pluma movida por el viento, pensamos que lo más difícil ya estaba hecho: llegar justo a tiempo. Pero lo peor acababa de empezar.

No pasaron ni dos minutos hasta que otra planeadora, muy similar a la nuestra, se detuvo a nuestro lado y comenzaron con el traspaso, lanzando cada uno de los fardos a nuestra

embarcación. Debía ser una operación rápida, ya que cada instante en el agua suponía un verdadero riesgo. Y así fue…

Cuando terminamos de colocar la mercancía, el sonido de las grandes olas, que se mecían debajo de nosotros, se vio enturbiado por otro motor que se acercó a gran velocidad, antes de que dos focos nos deslumbrasen.

—¡Alto, policía! ¡Todos quietos; las manos donde podamos verlas!

La embarcación de nuestros compinches desapareció en un visto y no visto, pero la policía, al comprobar que éramos nosotros los que cargábamos con la droga, ni siquiera le prestó atención.

Con un movimiento inesperado, África se puso a los mandos del timón, con toda la seguridad del mundo, y arrancó los motores para salir de allí cuanto antes. Rompimos las olas a toda velocidad y la lluvia se unió al mar revuelto para imposibilitarnos la visión. No podíamos ver nada a tres metros de distancia.

La policía seguía alumbrándonos con sus focos a nuestras espaldas, pisándonos los talones; tan cerca que pude llegar a sentir cómo las lanchas se rozaban en alguna ocasión.

—¡Más rápido, África! ¡Joder! —gritó Villa, nervioso.

Me acerqué a la unidad de control, donde se encontraba ella, y me apoyé en la pantalla que contaba con la última tecnología: sistemas de navegación, gps, radar e incluso teléfono vía satélite. Aun así, lo mejor de esa bestia marina estaba a mi lado, dirigiéndola, indestructible, con firmeza y naturalidad, como si fuera algo que hacía a todas horas. La planeadora saltó sobre las olas una y otra vez, despegándose del agua a pesar de su peso, y llegué a temer por nosotros.

—¡Policía! ¡Deténgase! —insistieron por el megáfono.

—¡Joder! ¡Tira la carga! —le ordené a Villa cuando vi que se nos echaban encima.

—¡No! —chilló África—. ¡Ni se te ocurra!

Hizo caso omiso a la policía; aceleró todo lo posible y se aprovechó de su perfecto conocimiento de El Grove y la Isla de la Toja para dar varios bandazos de forma brusca, perdiéndose por los recodos que nos regalaba la naturaleza, sacándoles una ventaja considerable gracias a nuestra potencia, que nos permitió alcanzar los setenta nudos. Y a su manera de pilotar… Era increíble.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que conseguimos despistarlos, pero se nos hizo eterno y descubrí lo que era verdadera tensión y adrenalina en estado puro.

Pensaba que nos detendríamos hasta que se calmase la situación, pero África nunca dejaría de sorprendernos y se dirigió, sin parar, hasta la playa donde habíamos quedado con el resto de los chicos. Solo cuando detuvo el motor junto a la orilla, nos permitimos respirar tranquilos.

Nuestros hombres empezaron a descargar los fardos, uno a uno, llevándolos hasta los coches con rapidez. Nos bajamos de un salto, con el agua golpeando en nuestras rodillas, y África se apoyó en el casco, tratando de coger aire, como si hubiera corrido la carrera de su vida.

—Te debo una. —Sonreí, agradeciéndole que nos hubiera salvado el pellejo—. Una más —añadí, refiriéndome al chivatazo que nos dio sobre la policía en el puerto.

—Vete apuntándolas.

La maldita mueca que me devolvió me desarmó por completo y me quitó el aliento; mucho más que navegando a toda velocidad por la ría, con un temporal que azotaba la costa y la policía a punto de alcanzarnos… Mucho más. Ella ya me había alcanzado por completo. Tocado y hundido.

Capítulo 14



África

Tal vez, lo mejor habría sido que me hubiera marchado a casa después del desembarco y de llevar la mercancía a la vieja conservera, pero lo cierto es que aquellas paredes, las de la pequeña casa que había alquilado a pie del mar en O´Beiros, me asfixiaban. Era entrar allí y notar cómo mis pulmones se cerraban y me sentía muy muy pequeña. Y sola.

Siempre había vivido acompañada y al llegar a Galicia, la realidad fue completamente opuesta. Por eso, decidí regresar al club con Kellan y Eric. Pensaba que habría sido una noche más, de locura, pero cuando llegamos, la situación estaba tranquila y Connor y Daniella se encontraban charlando en una de las barras laterales.

—¿Qué haces tú por aquí? —cuestionó el mayor de los hermanos cuando nos acercamos a ellos. Supongo que esperaba que Connor hubiese cambiado de opinión con respecto a lo de trabajar en el Dark Soul porque desde que lo dijo, no habíamos vuelto a verle.

—Ya te dije que quería currar aquí y por lo visto, he llegado en el momento adecuado. —Dibujó una sonrisa gamberra en dirección a su hermana—. Si no llega a ser por mí, ¿qué habría pasado hoy? ¡No teníais empleados suficientes! —cuestionó con cierto cachondeo—. ¿Dónde estabais?

Los tres nos miramos sin saber muy bien qué responder.

—¿Suficientes empleados? ¡Hay gente de sobra! —contestó Kellan, sentándose en uno de los taburetes—. Además, ¿qué pasa con el taller?

—¿Qué crees que he estado haciendo estos días? Terminando los encargos que tenía pendientes para dejarle a Brenan todo en orden.

—¿A Brenan?

—Eso dice, que él se quedará en el taller; ya sabes cómo es y lo poco que le gusta la noche…

—Y a ti te encanta, ¿no? —añadió Daniella con una mueca divertida.

—La noche está hecha para mí, pequeña. Creo que nací para ser vampiro —bromeó él, sacándonos una sonrisa.

Mirándolos con detenimiento, los dos hermanos eran bastante similares, con unos rasgos

marcados y un cuerpo musculoso y definido que llamaba la atención. Lo único que los distanciaba eran sus ojos, de un color azul intenso los de Connor que destacaba frente a la mirada oscura y penetrante de su hermano mayor. Así como el carácter; el mediano era una réplica bromista y despreocupada del otro. Pero se notaba que tenían los mismos genes, sin duda.

—Haz lo que quieras —le dijo Kellan, desistiendo en su intento por convencerle—. Total, eso es lo que vas a hacer.

Terminamos la noche en esa barra, en un ambiente relajado que me hacía falta. Llevábamos una semana caótica a nuestras espaldas y lo único que necesitaba era eso, un rato entre conocidos con los que poder hablar, aunque no de cualquier cosa.

Cuando llegué a casa ya era de día, como siempre, y aproveché para tumbarme en el sofá durante unas horas para descansar, picotear algo, ya que mi estómago rugía de hambre, y llamar por teléfono a Kat, mi mejor amiga. Llevaba varios días sin hablar con ella y la echaba de menos, pero había estado de viaje, en México, liada con unos temas personales o profesionales, de los que preferíamos no hablar. Y cuando no hablábamos sobre ello era porque sería mejor para la otra no hacerlo, así que no preguntábamos.

—¿Sí? —dijo con voz somnolienta al contestar.

—Bueno, bueno… ¿*jet lag*? —murmuré con cierta burla en el tono de voz y, al reconocerme, sentí cómo se despertaba de golpe.

—Nada de *jet lag*, Afri; aún sigo en México.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —dudé al preguntar porque no quería saber nada que ella no me quisiera contar.

Cuando mi amiga cumplió quince años, evento que en aquel país se convierte en una verdadera celebración por todo lo alto, su familia fue asesinada ante sus ojos. Nunca hablábamos demasiado sobre ello porque sabía el sufrimiento que le seguían provocando esos recuerdos, pero había regresado a su ciudad natal por algo relacionado con su pasado y si había decidido no contarme el motivo, era porque sería mejor así. Nos conocimos en el Estrecho, poco después de que se mudara a España, entre bandas y trapicheos, y en ese mundo, en el que nos movíamos ambas, el desconocimiento era la mejor decisión en la mayoría de las ocasiones.

—Han pasado demasiadas cosas, Afri. —Se escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Algo por lo que deba preocuparme?

Se hizo un silencio entre ambas y eso no me gustó. Conocía muy bien a Kat y sabía que algo no iba bien.

—No, tranquila. Han sido unos días… complicados, por decirlo de alguna manera. Te prometo que cuando regrese, te pondré al día de todo. No quiero contártelo a miles de kilómetros y mucho menos, a través de un aparato.

—Te he echado de menos, Kat. ¡No vuelvas a desaparecer durante tantos días!

—Y yo a ti. —Su voz se volvió triste—. ¿Qué tal por el norte?, ¿has conquistado ya tierras gallegas?

Y lo que lanzó como una pregunta inocente sin más, se acabó clavando en mi pecho de forma dolorosa. No, yo tampoco le había contado a mi mejor amiga el verdadero motivo por el que estaba en O´Beiros y no era para protegerla, como probablemente estuviera haciendo ella, sino porque en lo más profundo de mi conciencia, había una suave vocecilla que me susurraba que no estaba haciendo bien las cosas, consiguiendo que me avergonzase de lo que había hecho de la mano de Lucho para llegar hasta allí.

—Sí, algo así —disimulé, cambiando de tema—. Aunque estoy deseando volver.

—¿Y eso? Creía que la mudanza era definitiva. De hecho, estaba pensando ir a visitarte en

algún momento. Si la montaña no va a Mahoma…

—¡¿En serio?!

—Bueno, ahora ando con muchísimo lío y estoy demasiado lejos, pero no lo descarto.

—Me vendría genial tenerte por aquí unos días —dije con sinceridad—. No hay nadie como tú por esta ciudad, ya lo sabes.

—¡Anda ya! Llevas allí un año; estoy segura de que has hecho nuevas amistades. —Las había hecho, sí, y una de ellas había terminado desangrada en un sucio y oscuro callejón. Kat presintió que mi silencio se debía a algo y preguntó—: ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que estoy agotada. Estas semanas han sido intensas. Tengo nuevo jefe; el hijo mayor de Iago.

—¡¿Qué me dices?! ¿Cómo es?, ¿está bueno? —Me la imaginé como yo, lanzándose a la cama o al sofá para hablar durante horas sobre cualquier cosa, como solíamos hacer cuando estábamos juntas.

—Pues tendrá cuatro o cinco años más que nosotras y es majo. No está mal.

—¿No está mal? Cuando le quitas importancia a algo es cuando más la tiene. ¡Desembucha, África! —Soltamos una carcajada. No conocíamos detalles peligrosos e innecesarios, pero entre nosotras, nos conocíamos perfectamente.

—No hay nada que contar…

—Cuando dices eso, tienes demasiado que contar —exageró y volvimos a reír.

—Está bien. Es… está muy bueno, sí.

—Os habéis besado —dedujo.

—¡¿Qué?! ¡No! —dramaticé—. Bueno, sí.

—¡Lo sabía!

—Hay algo más…

—¡También lo sabía! —explotamos en otra carcajada incontenible—. Cuéntamelo todo ya, no como si fueras un jodido telegrama.

—No hay mucho más que contar. Ha sido una vez y solo ha sido sexo.

—Sabes lo que siempre digo, ¿no?

—Sí, que si somos los primeros que defendemos que solo ha sido sexo es porque hay algo más detrás, pero aquí tu regla no se cumple, de verdad. Solo… ha sido un rato salvaje en un momento de necesidad.

—Dime que, al menos, ha sido sexo del bueno.

—Ha sido un polvazo tremendo.

—¡Esa es mi chica!

Podría negar cualquier cosa, pero no lo evidente; entre nosotros había estallado una tensión que elevaba mi ritmo cardiaco al máximo, a pesar de intentar impedirlo. Porque era más que evidente la sensación que me produjo su cuerpo al abordar el mío, cómo me estremeció la calidez de sus dedos al deslizarse por mi piel o cómo se detenía mi respiración cuando él se acercaba, para acelerarse poco después. Era una jodida reacción instantánea y natural. O de eso quería convencerme.

—Yo también he conocido a alguien.

—¿En serio? ¡Qué callado te lo tenías!

—Como tú dices, Afri… Es complicado. Pero ya hablaremos; tenemos mucho que contarnos.

—*Touché.* —La entendía mejor que nadie, por eso, no la presioné, aunque me muriese de curiosidad.

Estuvimos allí, tumbadas en nuestros respectivos sofás, charlando durante horas sobre

cualquier tema sin importancia, acortando los kilómetros que nos separaban. Y solo me hizo falta eso, una llamada, para recuperar la energía que me faltaba.

Tan solo me quedaba una hora para entrar a currar, así que me puse unas mallas de deporte, una sudadera, me calcé las deportivas y salí a correr por los parajes que bordeaban nuestro mar. Esas estampas asombrosas que quitarían el aliento de cualquiera, repletas de acantilados, de naturaleza, de salitre y de calma.

Regresé a casa para darme una ducha rápida; me vestí y me maquillé dispuesta a afrontar otra noche de ajetreo constante, solté mi melena, di un poco de forma a mis ondas, con el pelo aún húmedo, y salí disparada hacia el coche con el tiempo pisándome los talones. Metí la llave y la giré para arrancar y aunque el motor hizo amago de ello, se quedó solo en eso; lo intenté otra vez, y otra, pero no hubo manera. Di un golpe en el volante al comprobar que ya iba tarde y saqué el teléfono del bolsillo para avisar a alguna de mis compañeras.

—Lía —dije cuando respondió mi primera opción, la que más cerca vivía—. ¿Puedes pasar a recogerme? No me arranca el coche y mira qué hora es…

—¡Claro! No te preocupes, estoy en el cruce; llego en menos de dos minutos.

—Gracias.

—Anda que no te he dicho veces que renueves esa cacharra… —bromeó.

—Lo haré. Lo haré en cuanto pueda permitírmelo.

Me bajé y vi un coche oscuro aparcado frente al pequeño jardín delantero que daba acceso al que se había convertido en mi improvisado hogar. En un primer momento, me extrañó, ya que no pertenecía a mi actual vecino, un hombre de unos setenta años que se dedicaba a la pesca, pero luego pensé que se trataría de alguna visita, aunque él no recibiera muchas. Caminé por el césped, no muy cuidado, ya que ni siquiera tenía tiempo para eso y sentí unos pasos acercándose por el camino de gravilla, a mis espaldas. Me giré, presintiendo que sería Lía o el dueño de ese vehículo desconocido y así fue. Un golpe seco y doloroso en la cabeza me hizo perder el conocimiento y después… nada. Todo se quedó a oscuras.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando abrí los ojos, con dificultad, todo daba vueltas a mi alrededor. Me dolía la cabeza e incluso sentía un intenso pitido en los oídos que me aturdía. Solo cuando intenté acariciarme la frente para apaciguar el dolor, me di cuenta de que tenía las manos atadas en la espalda. Observé mi alrededor, desconcertada, tratando de buscar una explicación y el miedo retorció mi estómago al pensar en el Lince y en su posible venganza. No sabía dónde me encontraba, pero parecía una nave abandonada, repleta de escombros, de cristales rotos y de arena por todas partes. Podría tratarse de una vieja fábrica, ya que vislumbré algo de maquinaria al fondo; sin embargo, no me resultaba familiar. Estaba sentada en una silla, con los pies atados, agobiada por la imposibilidad de moverme; forcejeé con ambas manos para liberarme de la cuerda, pero fue misión imposible; estaba tan apretada que me cortaba la circulación.

Los últimos rayos de sol del día y sus tonos anaranjados se colaban por los grandes ventanales sin cristales de la parte superior, por lo que supuse que no debía de llevar demasiado tiempo allí. No había nadie a mi alrededor, así que continué con mi objetivo, intentando soltarme, tirando con fuerza para deslizar la mano entre los nudos, hasta que un tipo armado con cara de malas pulgas entró por una de las puertas.

—Vaya… Por fin estás despierta… —dijo con una sonrisa oscura llena de inquina, cogiendo una silla para sentarse delante de mí.

No le había visto en mi vida, estaba segura. Recordaría esa mirada tenebrosa, tanto como su dentadura, si me hubiera cruzado con ella antes.

—¡¿Quién coño eres?! ¿Qué quieres?

—Las preguntas de una en una, preciosa.

—Déjate de gilipolleces. ¡Suéltame antes de que lo haga yo y tengas que arrepentirte!

—¿Que tenga que arrepentirme yo? —Soltó un bufido sarcástico que me erizó la piel—. Creo que la única que se arrepentirá aquí, eres tú.

«¿Qué demonios estaba diciendo?, ¿quién era ese tipo?».

—¿Quién coño eres? —insistí.

—No sabes quién soy, pero tenemos tiempo de sobra para conocernos, África… Vamos a pasar un buen rato juntos.

Las náuseas revoloteaban por mi garganta y el miedo agarró con fuerza mi estómago, apretándolo como nunca.

—Vete a la mierda.

Se levantó con decisión y me dio un golpe violento con la culata de la pistola que hizo que me ardiese la mejilla.

—Ya me habían avisado de que te puede la chulería, pero conseguiré bajarte los humos. Ya lo verás… ¿Nunca te han dicho eso de que aprendemos a base de golpes? Pues es pura lógica; el dolor nos obliga a aprender.

Volvió a golpearme y sentí una punzada intensa en el labio cuando el sabor metálico de la sangre inundó mi boca. Mierda…

Capítulo 15



Kellan

—¿Te he dicho ya que no es una buena idea? —le pregunté a mi hermano mientras conducía hacia el club.

—¿Y yo te he dicho ya que eres un poco pesado?

—Solo lo hago por ti, Connor —dije con toda la sinceridad del mundo—. No creo que el Dark Soul sea el mejor sitio para trabajar.

—¿Que no es el mejor sitio? —cuestionó, escéptico—. Creo que no lo has visto bien. Además, si no lo es, ¿qué demonios haces tú ahí?

¡Eso mismo me seguía preguntando yo en infinidad de ocasiones! Así que no tuve respuesta para su pregunta.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad? —La sonrisa que me dedicó me descubrió sus intenciones—. ¡Genial! —farfullé con sarcasmo, dirigiéndonos hacia el aparcamiento.

Ni siquiera me había bajado del vehículo cuando mi teléfono empezó a sonar. No tenía grabado el número que apareció en la pantalla; aun así, pulsé el botón verde antes de abrir la puerta.

—¿Eric? —preguntó una confusa voz femenina.

—Soy Kellan.

Había desviado las llamadas del club a mi número, así siempre estaría disponible, aunque el local estuviera cerrado. Por eso, imaginé que esperaba encontrarse a mi compañero al otro lado del teléfono, como siempre.

—¡Kellan, soy Lía! —exclamó—. Voy a… Estoy… ¡Joder! —titubeó, nerviosa.

—Lía, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Es África… —Mi estómago se retorció sin esperarlo al sentir la angustia en su voz cuando pronunció ese nombre y me temí lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—Iba a buscarla a casa. Me ha llamado; su coche no arrancaba. Iba a…

—¡¡Lía!! ¿Qué ha pasado?, ¿estáis bien?

—Se la han llevado —sentenció de pronto, provocando que mi corazón se pusiera al revés—. Estaba llegando a su casa y un tipo la ha metido en su coche, inconsciente o… ¡¿qué sé yo?! —

El pánico se reflejó en su tono—. Estoy en… No sé. Los he seguido.

—¿Dónde?, ¿dónde estás? ¿Te han visto?

—No, no. No lo creo.

—Está bien. No te muevas del coche —le ordené con firmeza—. No hagas nada. Mándame la ubicación; voy para allá.

—Kellan… ¿y si son los mismos que fueron a por Mel? —cuestionó en un susurro casi inaudible.

Al pensar en esa posibilidad, mi cuerpo se bloqueó por completo. No podía moverme, no podía respirar y casi no pude ni responder, pero debía hacer algo.

—Lía, no te muevas del coche. Llego enseguida.

Antes de que colgase, ya tenía a Connor encima de mí.

—¿Qué ha pasado?

—África; está en problemas.

—Voy contigo.

—No. Las cosas se pueden poner feas. Busca a Eric, dile lo que ha pasado y encargaos de todo esto. —Señalé el club, antes de arrancar y acelerar a fondo.

Seguí a toda velocidad las indicaciones que me proporcionó el navegador por carreteras secundarias hasta la entrada de un camino arbolado, donde vi el coche de Lía aparcado. En cuanto me vio aparecer, salió del vehículo, sobresaltada, y me uní a ella, agarrándola por los hombros para tranquilizarla.

—¿Estás bien? —Asintió—. ¿Dónde está?

—Ha aparcado el coche en aquella nave. —Señaló un enorme edificio que se alzaba al fondo del sendero—. Pero yo… No sé cómo… No sé si está bien, Kellan; parecía un trapo en los brazos de ese tipo. ¿Y si…?, ¿y si le ocurre lo mismo que a Mel? Me ha llamado, necesitaba ayuda; si hubiera llegado unos segundos antes…

—Eh, eh… —Sostuve su rostro entre mis manos, acariciándolo suavemente para calmarla—. No te preocupes; estará bien. Vuelve al coche, llama a Eric y pídele que venga cuanto antes. ¿Sabes cuántas personas había?

—Solo he visto a un hombre.

—Bien. Llama a Eric, pero vete al club. Yo me encargo.

Me hizo caso y se giró para regresar a su coche, dedicándome una última mirada.

—Kellan, ten cuidado.

Asentí, abrí la puerta de mi vehículo para coger la pistola de la guantera y eché a correr por el camino, usando los árboles como escudos para cubrirme frente a una posible amenaza.

«¡¡JODER!!», pensé al cruzar la alambrada por uno de los enormes agujeros que la atravesaba, acercándome peligrosamente a la nave. Eché un vistazo rápido por los huecos que en su día formaron las ventanas del edificio y, entonces, la vi, atada de pies y manos en una silla, inconsciente.

No lo dudé, no había tiempo; de un salto, atravesé el ventanal y en postura de defensa, con la pistola preparada para atacar a cualquiera que se cruzara en mi camino, empecé a correr hacia donde se encontraba. Casi derrapé cuando me arrodillé frente a ella y la examiné rápidamente, comprobando que se encontrara bien.

—África… —susurré—. Afri… —Sujeté su barbilla entre el pulgar y el índice al ver un hilo de sangre que salía de sus labios, dañados con un profundo corte que limpié con la yema de mis dedos.

Al sentir mi roce, abrió los ojos, desconcertada.

—Kellan… —pronunció sin elevar la voz, con el miedo velándole la mirada. Nunca mi nombre había sonado tan bien—. ¿Qué haces aquí?

—¿Quién te ha hecho esto? —Deslicé mis dedos por su mejilla, magullada por los golpes, para terminar de nuevo en la herida de su boca, eliminando el rastro de sangre, que continuaba saliendo mientras la rabia brotaba en mi interior.

—No lo sé, pero tienes que irte; no tardará en volver.

—No pienso marcharme sin ti.

Esa magnitud que nos solía desbordar cuando estábamos cerca empezó a inundar mi pecho, pero no teníamos tiempo que perder. Comencé a desatar sus piernas y justo cuando me deshice del nudo, un hombre apareció de la nada a través de una de las puertas y caminó hacia nosotros, apuntándome con su arma.

—¡Vaya, vaya! El hijo pródigo ha vuelto. —El pánico envolvió mi corazón y sentí cómo lo apretaba. Y no por mí, precisamente.

—¿Quién eres?, ¿qué cojones quieres? —El tipo soltó una sonrisa nasal, incrédulo.

—Hacéis las mismas preguntas estúpidas. ¿Qué quieres?, ¿quién eres? ¡¿Qué más da?! El verdadero problema es quiénes sois vosotros…

Rompí la firme batalla de miradas que estaba manteniendo con ese desgraciado para observar rápidamente a África, comprobando que siguiese entera.

—Deja que se marche. —Soltó una carcajada al escuchar mis palabras.

—¿Crees que la he traído hasta aquí para que vinieras a por ella? —Sus labios se curvaron más aún—. Aunque si te soy sincero, tengo un dos por uno; sé de alguien que se va a poner muy contento al descubrirlo…

—¿Eres una de las ratas del Lince? —cuestioné sin obtener respuesta—. Ella no tuvo nada que ver; deja que se marche. Fui yo el que encargó la cabeza de ese tipo… Así que ven a por mí.

Como siempre había pensado, en cuanto muestras tu debilidad, en un mundo como el nuestro, estás en problemas. Y así fue… Cuando vio que mi mayor preocupación era ella y que la dejara libre, su pistola pasó de señalar hacia mi cabeza para apuntar a la suya.

—Está bien. Está bien… —Dejé la pistola en el suelo y levanté las manos al recordar la imagen del cuerpo de Mel tirado en el callejón. No podía permitir que a África le pasara lo mismo—. ¿Qué quieres?

—A vosotros. Y ya os tengo.

—Un poco feo por parte de tu jefe, ¿no crees? —le provoqué—. Te manda a ti a hacer el trabajo sucio.

Al estar todavía de rodillas, al lado de África, tenía poco margen para actuar. Por lo visto, mis palabras no le sentaron bien; echó su pierna hacia atrás para coger impulso y me dio una patada directa en el estómago que me hizo caer al suelo.

—¡Hijo de puta! —Escuché a África.

Me llevé las manos al pecho, tratando de recuperar ese aire que me había cortado con el golpe e intentando recuperarme y mascullé:

—No hay nada más rastrero que pegar a alguien que está tirado en el suelo.

—Entonces no te gustará esto.

No tuvo ni que pronunciar esa frase, porque ya presentí sus intenciones en su gesto. Iba a golpearme de nuevo, pero reaccioné a tiempo, agarré su pierna en el aire y cayó de espaldas en el suelo, provocando un sonido seco que retumbó en el ambiente. Aproveché ese instante para lanzarme encima de él y forcejear para quitarle la pistola. Algún beneficio debía de tener haber pasado la adolescencia en un internado donde la norma principal era esa: sobrevivir ante esos

abusones que se creían los dueños del lugar.

Oí los gritos de África a nuestro lado mientras ambos luchábamos por hacernos con el arma. No podía dejar que se quedara con ella porque eso solo significaría una cosa: nuestro final. Era el momento de actuar o sería demasiado tarde para todo; aproveché la ventaja que me ofrecía mi posición, ya que estaba sobre él, y golpeé su estómago con fuerza, obligándole a encogerse. Agarré la pistola con ambas manos, esforzándome para que el cañón se dirigiese hacia mi oponente y en cuanto vi la oportunidad, apreté el gatillo. El silencio se adueñó de aquella nave abandonada durante unos segundos, los justos para que me encontrase con el pánico en los ojos de África y comprobara, de primera mano, cómo ese desgraciado yacía inmóvil debajo de mí.

Nunca había querido matar a nadie; nunca se me habría pasado por la cabeza. Yo no era así… Pero era él o yo; él o ella. Y ante eso, no había duda ni elección posible.

«¡Mierda!». Guardé el arma del delito en mi cintura e hice lo mismo con la mía, que aún estaba tirada en el suelo; me incorporé con rapidez y fui directo hacia África.

—¿Cómo estás?, ¿estás bien?

Analicé cada milímetro de su cuerpo, de su rostro, y me centré en desatarla, temiendo que apareciera cualquier otra persona que nos prohibiese salir de allí.

—Estoy bien —confirmó, mostrando su fuerza al levantarse y dando un paso al frente para demostrármelo.

—Vale, vamos.

No me alejé demasiado; caminé a su lado, por si acaso, y solo cuando llegamos a mi coche, nos permitimos relajarnos.

—¿Seguro que estás bien? —insistí una vez que estábamos a salvo.

—Sí… —murmuró haciendo que sus ojos conectasen con los míos—. Gracias.

Ni siquiera contesté, esbocé una pequeña sonrisa ladina como respuesta y pisé a fondo el acelerador. Pensaba que estaríamos en silencio durante todo el trayecto, analizando lo ocurrido, pero no, la mayor parte del viaje la hicimos discutiendo. Le ordené que se olvidase del club, que se dedicara a descansar en casa esa noche, pero ella, con sus comentarios mordaces, que no habían desaparecido a pesar de la angustia, trataba de convencerme de que estaría mejor trabajando. Sin embargo, acabó desvelándome su dirección, por lo que conduje hasta allí sin dudar.

Detuve el coche en la puerta de su jardín delantero y nos observamos unos segundos, en silencio.

—¿Sabes…?, ¿quién era ese tipo?

—No tengo ni idea. —Vi la duda en su rostro.

—¿Te dijo qué quería?, ¿mencionó al Lince?

—No. No lo sé… Pero si no llega a ser por ti… —Sentí cómo su voz se quebraba. Por primera vez desde que la conocí, fui consciente de su vulnerabilidad.

—No —dije con firmeza—. Esto ha pasado por mi culpa, así que no tienes nada que agradecerme; al contrario. —Así lo sentía de verdad. Si no hubiera aceptado encargarme de los negocios de Iago, seguramente, Mel seguiría viva y no habrían ido a por África. Una pesada y amarga sensación se adueñó de mi pecho—. ¿Estarás bien? —Y no me refería solo a ese momento, sino en general. Temía dejarla sola, que volvieran a por ella y no estar ahí para poder evitarlo, pero no podía estar a su lado siempre.

Me di un puñetazo mental para cortar con ese tipo de pensamientos, pero ella empezaba a despertar en mí sentimientos que no quería experimentar, agradables y confusos. Otro puñetazo.

—Estaré bien. —Esbozó una pequeña y forzada sonrisa cómplice, pero no se movió, como si

ella tampoco quisiera abandonar el coche.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

No estaba pensando en besarla. No estaba pensando en cómo sus piernas rodearon mi cintura mientras mi cuerpo abordaba el suyo con pasión. Ni en la calidez y la suavidad de su piel. No estaba pensando; simplemente, sintiendo esa energía palpable que ardía entre ambos.

África vaciló unos segundos antes de contestar, mordiéndose el labio inferior con inocencia.

—¿Podrías hacerme sentir viva? —La súplica en su voz me inundó y me descuadró a partes iguales y mi sentido común huyó desvalido, reemplazado por la urgente necesidad de sentirla cerca. Otra vez.

La respondí con un hambre que solo había sentido por ella y me abalancé sobre sus labios, aferrándome a ella como si nuestras vidas dependieran de ello. Deslizó su lengua sobre la mía con esos movimientos expertos que recordaba y que ya me hicieron perder la cordura en una ocasión. Pero ella era así… Irritablemente capaz de acabar con mi valioso autocontrol. Agarró la tela de mi camiseta para acercarme más y con un movimiento rápido que no se esperaba, la cogí de la cintura para que acabara sentada sobre mí.

Sentía el deseo subiendo y bajando por mi espalda, hormigueando en mi entrepierna, haciéndome enloquecer solo con sentir su cuerpo frotándose contra mi erección. Resoplé sobre sus labios, capturándolos de nuevo entre mis dientes, conquistando cada línea de su boca, sintiendo cómo se agarraba a mi espalda con un dejo de pasión que encendía todo mi organismo.

Desearla durante días en silencio había estado bien, pero ceder a los impulsos que su mirada despertaba en mí era una completa gilipollez. La gilipollez más ardiente, anhelada y placentera de toda mi vida. Por eso, me negué a pensar.

Sus caderas se movían contra las mías con fuerza, con una imperiosa necesidad, y ahogué un gemido en su boca provocado por la deliciosa fricción. Agarré su culo con ambas manos, amasando su perfección, atrayéndolo más hacia mí, pegándonos tanto que era imposible descubrir dónde acababa yo y empezaba ella. No sé cómo conseguí deshacerme de sus pantalones y de su ropa interior, ni cómo ella desabrochó mis vaqueros y arrastró con ellos mis calzoncillos hacia abajo porque no dejamos de saborearnos ni de acariciarnos en ningún momento.

Sentí la humedad sobre mi dureza, arrasando con el poco raciocinio que me quedaba y, entonces, las ganas inmensas de hacerla mía y de hacerlo ya me obligaron a detenerme. ¡Joder! Jamás, en toda mi vida, me había olvidado de ponerme el condón y aquella podría haber sido la primera vez, pero ese instinto animal se había adueñado de todo mi ser. Busqué en la guantera con una mano, con su cuerpo pegado al mío, rozándonos como si con eso pudiera ser suficiente y juro que habría dado cualquier cosa para quedarme así durante el resto de mi existencia, deslizándome sobre ella, porque sí, solo con sentirla era más que suficiente.

Me observó con la ferocidad de ese fuego del que me había vuelto completamente adicto mientras me colocaba el preservativo y en cuanto su boca volvió a poseer la mía con esa pasión desmedida, nuestros cuerpos encajaron como nunca lo habían hecho. No pude dejar de perderme en su interior con movimientos que buscaban la mayor profundidad, el mayor roce, ese deseado contacto que nos lanzaría al abismo. Una y otra vez, con más ganas que la anterior. Porque lo que estábamos haciendo era, con total seguridad, la mayor locura de nuestras vidas; esa locura que merecía la pena, que nos hacía sentir vivos. Porque lujuria y lógica nunca, jamás, van de la mano.

Capítulo 16



África

Abrí los ojos con dificultad, molesta por la claridad de los primeros rayos de sol del día, que se colaban a través de la ventana de mi habitación. Me incorporé, adormilada, acariciando mi labio inferior, acordándome de lo que había sucedido unas horas antes. Y no me refería solo a lo ocurrido en aquella nave abandonada, sino a las horas posteriores que había pasado con él. Porque lo que empezamos en su coche, lo continuamos sobre mi sofá y terminamos en mi cama, alargando la noche hasta la madrugada, prácticamente. Un incesante hormigueo empezó a recorrer mi bajo vientre al recordarlo.

Tras una noche de sexo inolvidable, caímos exhaustos y rendidos y debimos de quedarnos dormidos. Pero él ya no estaba allí; suponía que se habría marchado cuando se despertó. Aunque tampoco quería que estuviera; lo prefería así.

Había optado por no darle demasiadas vueltas, por exprimir la adrenalina del momento y el vértigo que me produjo ver su imagen en aquella nave, arriesgando su vida para salvar la mía, sin dudarlo ni un solo segundo. Lo dejé fluir y me dejé llevar, guiada por ese poderoso imán que me llevaba hacia su cuerpo cada vez que se encontraba cerca. Sin embargo, después de sentirle en mi interior durante toda la noche, la culpa me arrolló de frente, como un tren sin frenos, al recordar la imagen de su padre muriendo entre mis manos. Porque Kellan lo había arriesgado todo para salvarme y yo… arriesgué todo para acabar con Iago. La realidad era así, tan amarga como ese maldito sentimiento de culpa que me impedía respirar e intenté ahogar bajo una ducha caliente interminable, pero no lo logré. Seguía ahí… Cuando le conocí, en ese primer instante en el club, me pudo el desconcierto de verle allí y que pudiera trastocar todos nuestros planes, por eso le hablé así; luego, intenté ganármelo y ahora… me había ganado él a mí. Todo un sinsentido que empezaba a gustarme demasiado, aunque no quisiera reconocerlo.

De pronto, bajo el chorro de agua, mientras me aclaraba el pelo, algo hizo clic al acordarme del tipo de la nave. Al principio, pensé que se trataba de uno de los tarados del Lince, al que le habían ordenado ir a por mí a modo de venganza; sin embargo, las palabras que pronunció nada más ver a Kellan, «el hijo pródigo ha vuelto», se clavaron como una daga al rojo vivo en mi

pecho. Ese término era el mismo que Lucho y yo habíamos usado durante años para referirnos al mayor de los Ulloa. ¿Coincidencia?, ¿con Lucho? ¡Imposible!

Salí de la ducha furiosa, con la rabia hirviendo en cada poro de mi piel, me puse unos pantalones de chándal amplios con un top corto, dispuesta a correr y eso mismo hice. No sé cómo, pero sin darme cuenta, corriendo sin rumbo, acabé en el club, así que aproveché el calentón del enfado para entrar e intentar contactar con ese desgraciado.

No tardé demasiado en llegar, ya que mi melena seguía húmeda, cayendo a ambos lados de mis pechos con esas ondas negras marcadas al detalle, como si estuvieran pinceladas. El local era inmenso, pero parecía aún más grande cuando estaba así, totalmente vacío. Me dirigí hacia el vestuario, abrí la taquilla y saqué el teléfono fantasma para marcar su número.

—Buenos días, preciosa —contestó con voz somnolienta—. ¿Qué haces llamándome a estas horas?

—¿Que qué hago llamándote a estas horas?, ¿por qué? Debería estar muerta, ¿no? —exclamé, dejando salir toda esa ira por fin.

—¿Qué estás diciendo?, ¿qué coño dices, África?

—Sabes perfectamente lo que estoy diciendo. ¡Has enviado a uno de tus hombres de mierda a por mí! ¿Qué le pediste?, ¿venganza para seguir provocando a ambos bandos?, ¿o simplemente querías borrarme del mapa?

—No sabes lo que estás diciendo.

—Te conozco, Lucho. Te conozco muy bien. Y sé que eres capaz de todo esto y más para conseguir lo que quieres.

—Pues si lo sabes, no me provoques.

—¿Me estás amenazando?

—Yo no amenazo, pequeña; actúo. Ya lo has visto…

—Así que has sido tú.

—¡Lo has visto en miles de ocasiones, África! ¡No me refería a esta en concreto! —Le oí levantándose de la cama. O del sofá. O de dondequiera que estuviese durmiendo.

—¡Ese tipo iba a matarme, Lucho!, ¡como hizo con Mel!

—No es muy bueno en su trabajo, por lo visto… —masculló con sarcasmo.

—¡¡Vete a la mierda!! —grité—. ¿Sabes qué? Esto se ha acabado. A partir de ahora, tú por tu lado y yo por el mío, ¿entiendes? No quiero que te vuelvas a meter en mis asuntos.

Y colgué.

—¡¡Será gilipollas!! —voceé sin poder contenerme—. ¡¡Joder!!

Lancé el móvil al interior de la taquilla, pagando mi frustración con el pequeño aparato, y la cerré de nuevo. Salí de allí refunfuñando, arrepintiéndome de cada segundo de mi vida que había pasado al lado de ese ser y mi corazón dejó de latir cuando me encontré con esa mirada oscura que me había lanzado directa al orgasmo, varias veces, solo unas horas antes

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? —Alzó una ceja, escéptico, al mismo tiempo que curvaba sus labios.

Kellan se encontraba sentado en uno de los taburetes altos, junto a la barra, con un vaso de cartón, con café, entre sus manos. Esperaba que solo hubiera escuchado los insultos e improperios porque, de lo contrario, tendría que dar muchas explicaciones. O inventar demasiadas excusas.

—Bueno, no es que tú seas el rey de la simpatía, precisamente.

—Tengo que trabajar lo de ser más amable, sí… —comentó fanfarrón—. ¿Todo bien?

—Puesss no es el mejor día, pero también pasará. —Caminé hacia él y me senté enfrente, al

otro lado de la barra, usando esta como escudo entre ambos. Mejor así porque esa energía palpable, que se deslizaba por mi piel como si fuera una caricia cada vez que él aparecía, seguía ahí—. ¿Qué haces aquí?

—Esa pregunta debería hacerla yo, ¿no crees? —Amplió esa media sonrisa seductora.

—Me he despertado, he salido a correr y he acabado aquí.

—¿Quieres café? —Me ofreció el pequeño vaso.

—No, gracias. Y tú, ¿qué?, ¿siempre sueles venir por aquí tan pronto?

—Por lo visto, ayer no trabajé lo suficiente. —Ese halo gamberro brilló en su rostro—. Así que Eric ha decidido que teníamos cosas que hacer. —Miró el reloj de su muñeca derecha—. No creo que tarde en llegar.

—¿Dónde aprendiste a defenderte así? —Cambié de tema en cuanto la tensión, tras un silencio incómodo, empezó a hacer de las suyas. Frunció el ceño, como si no supiera a qué me refería—. Ayer, con ese tipo.

—Bueno, tengo dos hermanos…

—No creo que tú te peleases con ellos —añadí con sinceridad, aunque sabía de lo que hablaba.

—Ah, ¿no?

—No. Eres el mayor; seguro que les protegías de todo.

El gesto que puso me desveló que era un tema que prefería evitar y cambió la dirección de la conversación de forma drástica.

—Aprendí en el internado.

—¿Estuviste en un internado? —disimulé. Eso también lo sabía; llevaba estudiando a su familia el tiempo suficiente como para conocer esos detalles.

—Tres años —sentenció—. Era un sitio para personas con dinero; de esas que se creen los reyes del mundo, como Iago. Su única preocupación era que la gente no pensara que había abandonado a su hijo en cualquier sitio. —Al nombrarle, mi estómago se retorció—. Los jóvenes que había allí se creían que podían tratar a los demás como si no valiesen nada y más aún, cuando ellos llevaban toda la vida entre aquellas cuatro paredes. Así que me apunté a un taller de defensa personal por las tardes, por hacer algo. Allí, si no te rebelabas, estabas perdido.

—No lo sabía —mentí. Otra vez.

—¿Cómo ibas a saberlo?

Me pensé muy bien si debía seguir con la conversación, ya que yo sería la más perjudicada, pero me podía la curiosidad.

—Por eso… ¿por eso le odiabas tanto? —Sentí cómo su mirada hacía arder mis mejillas.

—No, no es por eso. Pero podría ser uno de los motivos. Lo que no entiendo, ni podré entender nunca, es por qué aquí se le tenía tanto cariño. Supongo que era porque no le conocíais lo suficiente.

—Puede ser, pero… aunque no lo creas, no era tan malo como piensas.

Ahí estaba de nuevo, en mi mente, el rostro de sorpresa de Iago cuando me vio, unos segundos antes de morir; su mirada de asombro al darse cuenta de que eran sus últimos instantes con vida y, sobre todo, de que los pasaría en los brazos de la persona culpable de su muerte.

Desvié la mirada sin poder evitarlo porque esos ojos oscuros me habían salvado y eran capaces de desnudarme de todas las maneras posibles y yo, en cambio… ¡Mierda! Carraspeé para tragar el nudo de mi garganta, el mismo que me dificultaba la respiración, y apoyé los brazos en la barra, como si estuviera totalmente relajada.

—Mejor no hablemos sobre eso —dijo dando un largo trago de café, molesto por el giro que

había dado la conversación. Pensé en cómo reconducirla; necesitaba que confiase en mí—. No quiero tener que odiarte a ti también… —Vi el brillo en su sonrisa y supe que estaba bromeando, así que respiré aliviada.

—No podrías odiarme ni aunque lo intentases con todas tus fuerzas —le provoqué y esa pequeña mueca inicial se amplió. Ya era mío.

—Bueno, ¿y tú? Aún no me has contado por qué te mudaste a O´Beiros. Demasiados kilómetros y mucho cambio, ¿no?

—Es una larga historia —resumí. Eso no era mentira—. Básicamente, necesitaba cambiar de vida. Y aquí puedo seguir haciendo lo que mejor se me da.

—Supongo que estamos hablando de pilotar…

—Entre otras cosas.

Esa tensión sexual que nos acechaba empezó a bombear con fuerza en mi interior y di gracias por tener esa barra alta entre nosotros, separándonos.

—¡Buenos días! —exclamó Eric al entrar por la puerta principal—. ¿Qué haces tú aquí? —se centró en mí antes de recordar lo ocurrido—. ¡Joder! ¿Cómo estás? Ya me ha contado Kellan lo que ha pasado…

—Bien, estoy bien.

—¿Quién cojones era ese tío?, ¿te sonaba de algo? Si fuera alguien del Lince, lo conocerías. ¿Qué te dijo?

—No me dijo nada, Eric. ¿Qué esperabas?, ¿que me diera sus apellidos y su carné de identidad? ¡Pareces nuevo!

—Seguro que han sido ellos, pero esto no va a quedar así. Ya lo verás —añadió y Kellan puso un gesto que no logré descifrar.

—Deja tus actitudes heroicas de lado, que ya sabes cómo terminan.

¿Qué había dicho?, ¿no se suponía que era yo la que debía potenciar esa guerra? De nuevo, esa dualidad que me dominaba empezó a hacer acto de presencia.

—¿Las mías? —cuestionó desconcertado—. ¡Para actitudes heroicas las de este! —Golpeó a Kellan en el hombro—. ¡Podrían haberos matado a los dos! Y yo, mientras, aquí, sirviendo copas.

—¡No exageres! —exclamó el aludido—. No ha sido para tanto…

—Eso, Eric; no exageres.

—¿Que no exagere? Después de pedirle a Lía que me avisara, no me coges el teléfono en toda la noche. ¡Ni tú tampoco! —Me señaló—. Y apareces aquí varias horas más tarde como si nada… ¿Dónde estabas? ¡Pensaba que os habían matado!, ¡a los dos!

—Si, al final, va a resultar que me tienes cariño y todo, Eric… —murmuré, zalamera, cruzando la barra para acercarme a ellos—. Os dejo aquí, que os sigáis peleando; tengo cosas más interesantes que hacer.

Caminé hacia la puerta y me giré para despedirme con una última mueca, que recibió como respuesta una media sonrisa que me hizo estremecer, antes de escuchar a mis espaldas:

—¿Qué demonios pasa aquí?

Capítulo 17



Kellan

—¿Qué demonios pasa aquí?

—¿Qué pasa aquí? —pregunté, inocente, en cuanto África abandonó el local.

—No lo sé, dímelo tú. Esas sonrisitas y ese *buenrollismo*; ¡creo que es la primera vez que estáis de acuerdo en algo! Estoy flipando. —Reí con sus palabras.

—¿Qué te pasa hoy?, ¿vienes así de exagerado desde casa o te has tomado algo por el camino? —bromeé.

—¿Sabes qué? ¡No me lo cuentes! Prefiero no saberlo. ¡Vamos a trabajar!

Podría decirse que nos pasamos todo el día allí, currando, reunidos con nuestros distribuidores, concretando las nuevas zonas de reparto, y con los nuevos socios; todo en términos empresariales y de una forma muy profesional, como jamás habría imaginado. Casi tan profesional como el método que escogí para deshacerme de las pruebas de lo que había pasado esa misma noche y que llevé a cabo en cuanto salí de la casa de África: quemando la nave donde la habían secuestrado y donde aún permanecía el cuerpo de ese tipo, eliminando así cualquier posible huella. Y empecé a creer que adoraba ese trabajo, algo que nunca habría pensado; adorarlo en todos los sentidos, si no fuera por esa especie de contratiempos que acababan con varios muertos de por medio.

Desde que era pequeño y visité la maderera Ulloa, en más de una ocasión, tuve claro que el plan de negocio de mi padre no me convencía; me parecía una auténtica bazofia, aunque los datos dijesen lo contrario. Prefería centrarme en un modelo ecológico, que revalorizase la materia prima y que cuidara, realmente, de los suelos y de nuestros bosques. Iago ya se encaminó hacia ello en sus últimos años, pero estaba entre mis principales objetivos conseguirlo. Por eso, aquel mismo día, visitamos la maderera que me había visto crecer, me reuní con los cientos de trabajadores y apostamos por una nueva forma de trabajo, enfocada hacia el futuro; era un salto al vacío seguro.

Estuvimos tan liados que cuando regresamos al club, ya con sus puertas abiertas, y pude sentarme en una de las mesas apartadas, no podía creérmelo.

—Buenas noches, ¿qué desea? —Connor apareció por mi espalda y soltó su tono más profesional, con un dejo fanfarrón—. Espero que esté todo a su gusto…

—Hay cientos de personas en este local, ¿de verdad tienes que venir a atenderme a mí? —cuestioné con dureza, ablandando la mirada, para que comprobase que estaba bromeando—. ¿Qué?, ¿cómo van tus primeros días?

—¿Que cómo van? —Se dejó caer en el sillón, a mi lado—. ¡Esto es vida, hermano! ¡La vida que nos merecíamos, por fin! —Puse los ojos en blanco por su efusividad—. Es como estar todo el santo día de fiesta…

—Sabes que de todo se cansa uno, ¿verdad?

—¿Yo?, ¿de la noche? ¡Nunca!

—¿Y sabes que tú eres uno de los encargados de que esto funcione?

—Por supuesto, ¿acaso ves algún fallo en lo que te rodea? No, ¿verdad? ¡Me lo suponía! Porque he venido una hora antes de abrir para encargarme de todo.

—¿Tú?, ¿una hora antes? No me lo puedo creer. —El sarcasmo se vislumbró en mi media sonrisa.

—¿Qué pasa, Connor? —le saludó Eric al sentarse a nuestro lado—. Aquí tienes; por el trabajo bien hecho. —Me ofreció una de las dos copas que llevaba en sus manos.

—¿Has visto? ¡Esto es trabajar de forma eficaz! —Le mostré la bebida a mi hermano antes de darle un trago y ambos sonrieron.

—¿Estar veinticuatro horas pegado a tu culo? ¡Buah! Te tengo demasiado visto… Además, de todo se cansa uno. —Me guiñó un ojo.

—Tenemos que avisar a los chicos de seguridad.

—¿A Cano? —cuestionó mi guardaespaldas.

—Sí. Debemos ser precavidos. Después de lo que ha pasado con África, no me extrañaría nada que el Lince buscase venganza o que apareciera por aquí. Otra vez.

—Podríamos meter un topo en su banda. Así sabríamos de antemano lo que piensan hacer —opinó Connor.

—¿Crees que le contarían sus planes a alguien que acaba de llegar? —Me respondí a mí mismo negando con la cabeza—. Además, no quiero más muertes. Esto tiene que terminar.

—Pues me temo que esto no ha hecho nada más que empezar… —murmuró Eric.

—¿De qué estáis hablando? —Connor frunció el ceño, desconcertado.

Sabía lo que había ocurrido con nuestra compañera, pero no le había contado nada sobre el final del desgraciado que la secuestró. Prefería que no supiese los detalles, ya que alguien podría utilizarlos en su contra y lo primero, para mí, eran ellos; protegerlos.

Cambiamos de tema con rapidez, charlando sobre cualquier cosa mientras bebíamos nuestras copas hasta que Daniella y África se unieron al grupo.

—¿Todo bien por aquí? Porque os veo relajados de más… —masculló la última.

—Sí, quizá es hora de mover el culo —le apoyó mi hermana.

Aún no me había hecho a la idea de que formara parte de nuestras vidas. Para mí, seguía siendo tan extraño como el primer día; tan extraño como familiar. Aunque una parte de mi interior, esa desconfiada por naturaleza, fuera reticente a aceptar a alguien externo como uno más. No obstante, con Dani todo era fácil y sencillo; se ganaba a todos con un solo gesto. Y conmigo había ocurrido lo mismo.

—Nunca mejor dicho, Dani. Es hora de mover el culo. —La sonrisa de África se clavó en mis entrañas y me obligué a buscar otro centro de concentración. Era llegar ella y desaparecer cualquier vestigio de cordura y sensatez de mi organismo; solo existían latidos ensordecedores y una energía centelleante que me desbordaba.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Daniella con curiosidad—. Parece que tenéis una reunión

clandestina… —Se sentó al lado de Connor, que acarició su pierna con cierta confianza.

—¿Clandestina?, ¿nosotros? —Eric arqueó una ceja al escuchar su comentario.

—Claro que no, Eric; todos sabemos que tú no tienes secretos… —contestó ella con ironía, rodando los ojos.

—¡Ay, hermanita! —dijo Connor con cierto cachondeo—. Será mejor que tú no subas ahí arriba a moverte; no quiero tener que partirle el cuello a todo el que te mire con cara de baboso… —Y cuando señaló la pasarela plateada de los bailarines, que terminaba en una de las tarimas, supe a qué se refería. África estaba allí subida.

Mis ojos se encontraron con los suyos antes de que me dedicara una sonrisa provocativa y empezara a mover su cuerpo lentamente, con una seducción difícil de soportar. Solté todo el aire de golpe, liberando ese chispazo que empezó a recorrer mi cuerpo y que terminó en mi cerebro, provocando que mis neuronas ardiesen y se evaporasen.

—¿Qué hace ella ahí? —pregunté desconcertado.

—¿Afri? —cuestionó Lía, que había llegado, se había sentado a mi lado y yo ni siquiera me había percatado de su presencia. Estaba fuera de combate, hipnotizado por esos movimientos sensuales que parecían caricias cálidas y lejanas—. ¡Es la puta ama! ¡Deberías ver cómo se mueve!

«Ya lo veo, ya…», me habría gustado contestar, pero no era capaz de reaccionar. Su cuerpo parecía hecho de seda, de la tela más suave y brillante que había visto nunca, ondeándose como una pluma movida por el viento, lentamente, haciendo giros imposibles.

—Me parece increíble… —Escuché decir a Dani.

—Lo es.

—Mejorando lo presente, claro —soltó Connor, seductor, ganándose una sonrisa como respuesta. Él era así; un niño grande, algo gamberro.

—Otra persona habría desaparecido del mapa, por miedo a que volvieran a por ella. Y ahí la tienes —dijo su amiga, orgullosa—, subida en una tarima, siendo el objeto de todas las miradas.

Entonces, me di cuenta. Todos los asistentes, tanto hombres como mujeres, tenían los ojos centrados en ella. Y no me extrañaba, era una preciosidad; tan atractiva como peligrosa. Pero yo no… No la estaba mirando. Ni estaba estudiando ese vaivén serpenteante de sus caderas, ni analizando los sexis bandazos de su melena oscura, ni tratando de asimilar cómo sus ojos y los míos continuaban conectados. No lo estaba haciendo. ¡Maldita adicción!

—Ya te digo, que hayan intentado matarte es, como poco, intimidante… —susurró mi hermana.

—Y no hay dos sin tres —sentenció Lía, con firmeza, quitándole la copa a Eric y dando un largo trago.

—¿Cómo que no hay dos sin tres? —curioseó Daniella—. ¿Ya le había pasado antes?

—¡¿Cómo que antes?! —exclamó Lía, confusa—. ¿No os lo ha dicho? —En ese instante, la atención de nuestra mesa se fijó en ella.

—¿Decirnos el qué? —Eric fue el primero en lanzar la temida pregunta, esa que todos estuvimos a punto de pronunciar.

—No sé si…

—Lía, arranca —le ordené—. ¿Qué ha pasado?

—Puesss… después de lo de anoche… —titubeó, sin saber cómo continuar—. Esta mañana ha salido a correr, como hace muchos días; me ha dicho que ha estado aquí, con vosotros. —Nos señaló a Eric y a mí y asentimos—. Cuando ha vuelto a su casa, alguien había entrado. Estaba todo revuelto, hecho un desastre, como si hubiesen forzado la puerta para robar, pero no se

habían llevado nada. Me ha llamado, preocupada, y me he acercado para echarle una mano… No sé por qué, pero van a por ella.

¡¿QUÉ?!

Capítulo 18



África

Si algo me gustaba de verdad, y me había apasionado siempre, era bailar. La música y sincronizar mi cuerpo con ella era una forma de desconectar del mundo, de volver a sintonizar conmigo, con mi verdadero yo. Por eso, en cuanto Lía me dijo que una de nuestras *gogós* nos había fallado, no lo pensé; me dirigí hacia la pasarela y empecé a moverme lo mejor que sabía. Sin embargo, a pesar de la distancia que nos separaba y la oscuridad que reinaba en el club, interrumpida únicamente por el brillo de los focos, no pude desviar mi interés de aquella mesa al descubrir la tensión que brillaba en su rostro; la misma que latía en mi bajo vientre.

Cuando acabó mi turno, me bajé de la tarima, deseando beberme un litro de agua de un solo trago, y al dirigirme hacia la barra, Kellan se interpuso en mi camino. No dijo nada, solo se acercó a mí demasiado; lo suficiente como para que su aroma me inundase. Apoyó su brazo en la pared al dar un paso al frente, cortándome el paso y el aliento al sentir cómo mi cuerpo tiraba hacia el suyo.

—Piensas volverme loco —susurró sobre mis labios, a punto de tocarlos con los suyos. Por el tono con el que lo dijo, no supe si se trataba de una pregunta o de una afirmación, pero en cuanto continuó, unos segundos después, tras un silencio cargado de esa electricidad insoportable, lo descubrí—: ¿Por qué no me lo has contado?

—¿Contarte qué?

—Lo que ha pasado en tu casa esta mañana. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Se suponía que tenía que hacerlo? —le reté sin alejarme.

—Soy tu jefe —soltó, tragándose lo que de verdad pensaba, como si ese fuera un motivo más que suficiente—. Y todo esto es por mí, por haberme puesto al mando, así que supongo que sí, deberías habérmelo contado.

—¿No crees que te estás involucrando demasiado?, ¿y fustigándote con algo de lo que seguramente no seas el causante? —pronuncié sobre su boca, tratando de cortar esa tensión que me llevaba hacia él. Aunque, en realidad, en determinadas ocasiones, como aquella, me negara a evitarlo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que sea quien sea, el que ha hecho esto, seguramente lo habría hecho igual, aunque tú no estuvieras al frente del club —desvelé para intentar que se deshiciera de ese cargo de conciencia—. Además, esto es solo sexo; no deberías involucrarte tanto.

Sus ojos se volvieron más oscuros y penetrantes, si es que eso era posible.

—¿Esto es solo sexo? —Sus palabras acariciaron mis labios con una suavidad asombrosa. Y no sé si lo preguntó porque no esperaba que lo dijera o porque él empezaba a dudarlo.

—¿No lo es? —cuestioné con picardía y el silencio que se interpuso entre ambos se hizo tan intenso que me vi obligada a romperlo—. Cuando me he marchado de aquí, esta mañana, he llegado a casa y alguien había entrado.

—¿No has visto nada raro?

—¿Nada raro? —Arqueé una ceja, divertida—. ¿Raro como la ventana rota, el sofá dado la vuelta, los cajones por cualquier parte y todo lo que había dentro repartido por el suelo junto a miles de cristales? Porque sí, de eso había muchísimo.

—Nada raro como algún coche desconocido aparcado por los alrededores o alguien extraño con quien te hayas cruzado.

—No, no había nada raro.

Se quedó observándome, pensativo, mientras la música vibraba a nuestro alrededor.

—No deberías volver a tu casa.

—¡¿Qué dices?!

—Que no puedes volver allí.

—Te he oído, perfectamente y… ¡ni de coña! No pienso irme de mi casa porque un tarado haya decidido ponerse a organizar mis cosas. ¡Faltaría más!

¡¿Qué estaba diciendo?! ¿Se le había ido la cabeza? No pensaba abandonar el que se había convertido en mi hogar durante el último año, aunque me asfixiara allí dentro. No pensaba permitir que nadie me intimidase; si intentaban asustarme colándose en mi casa, no lo habían conseguido. Ni lo conseguirían.

Esquivé su cuerpo para ir hacia la barra, pero me agarró con suavidad por la muñeca y sentí cómo mi piel ardía bajo su tacto.

—Quédate en el pazo.

¡¿Qué?! Definitivamente, se había vuelto loco. No obstante, en cuanto mi mente, esa que en aquella ocasión iba tres pasos más allá, escuchó su propuesta, empezó a encajar las piezas sin poderlo remediar.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Me vas a hacer repetir todo lo que digo? —cuestionó con un tono serio, evitando que sus labios se curvasen—. Solo te he propuesto que te quedes en el pazo. Así no estarás sola.

—¿Con vosotros tres? —Asintió—. Tienes razón, nunca estaría sola. No es una buena idea.

Quise emprender la marcha, pero volvió a tirar de mi cuerpo hacia el suyo.

—África, si ya han ido dos veces a por ti, volverán una tercera y con esa gente es mejor no arriesgarse. Con nosotros, estarías siempre acompañada y estarías a salvo. No es ninguna tontería. —Pareció pensar muy bien sus palabras—. No quiero… No puedo cargar con más muertes. —Su sentimiento de culpa se hizo más y más pesado al pronunciar cada palabra y creo que ambos pensamos en ella, en Mel.

—¿En serio crees que sería una buena idea? —Alcé una ceja, desconfiada.

—¿Por qué no? Será algo temporal, hasta que solucionemos algunos problemas… Además, no viviríamos en dos metros cuadrados. Esto no es la típica película romántica en la que tenemos

que compartir cama —bromeó—; tendrás una habitación para ti sola, con cuarto de baño propio y espacio de sobra.

—No sé, Kellan. No me parece buena idea. ¿Y si te acabas enamorando de mí?

En esa ocasión, fui yo la que acercó mi rostro al suyo, provocándole.

—No lo creo.

—No lo crees, ya… Pues eso espero porque si lo hicieras, ya no habría marcha atrás; acabaría arrasando con todo lo que creías que no importaba.

Estaba tan cerca de él que casi podría saborear sus labios, pero me contuve. Si íbamos a vivir juntos, debíamos poner ciertos límites. Ese era el primero. Y aquella que, en un principio, pareció la peor idea del mundo, comenzó a cuadrar en mi mente como un complejo puzle repleto de piezas que iban encajando hasta formar una imagen completa: mi objetivo. Estar cerca de él era la mejor forma para tener acceso a todos sus movimientos y seguir ganándome su confianza; metiéndome de lleno en su casa, en sus cuentas, en sus empresas y trabajando con él mano a mano.

—Podré soportarlo, créeme —comentó burlón al salirse con la suya.

—Eso espero porque eres tú el que lo ha querido.

Capítulo 19



Kellan

—¿Lo estás diciendo en serio? —cuestionó Eric al entrar en la oficina, minutos antes de que el club cerrara sus puertas.

—¡Claro! ¿Qué se supone que debía hacer?, ¿esperar a que la maten?

—Y para evitarlo, crees que la mejor opción es meterla en tu cama…

—En mi casa. Voy a meterla en mi casa.

—Cierto, en tu cama ya lo has hecho.

Me ahorré las explicaciones; ¿acaso eran necesarias?

—Es la única forma para protegerla, ¿o se te ocurre alguna mejor?

—¿Estar pegado a su culo las veinticuatro horas es la mejor idea? —Enarcó una ceja, incrédulo—. Sabes que no podrás estar todo el tiempo a su lado, ¿verdad? Además, Kellan, ¿haces esto por ti o por ella?

«Por ambos», me habría encantado contestar, pero no lo hice; mi gesto le dio la respuesta que buscaba. Y no era porque no pudiera separarme de ella, para nada; sino porque no podría soportar que le hiciesen daño, que sufriera o verla morir por mi culpa. No podría.

Por eso, solo media hora más tarde, cuando ya había amanecido, estábamos de camino a la casa de África para recoger sus cosas. Eric insistió en seguirnos con su coche por si había algún imprevisto que no pudiésemos afrontar los dos solos; lo que me demostró que no lo quería confirmar, pero estaba tan seguro como yo de que volverían a por ella. O a por nosotros.

—¿No crees que estáis exagerando un poquitín? —África me enseñó sus dedos pulgar e índice, marcando una pequeña distancia entre ambos, al observar el coche de Eric pisándonos los talones—. Ahora no solo tengo un guardaespaldas, ¡sino dos! ¡Y tres compañeros de alquiler! —dramatizó haciéndome sonreír.

—No pienso cobrarte ningún alquiler, así que no es técnicamente así…

—Y yo no pienso quedarme en tu mansión por la cara, así que tú me dirás.

Se cruzó de brazos, con esa actitud desafiante y provocativa que me volvía loco, haciendo eco de esos comentarios mordaces con los que me retaba constantemente; esos que conseguían acelerar mi corazón sin apenas esfuerzo. Esa misma actitud fue la que me hizo dudar de si todo aquello había sido una buena idea porque tenerla cerca siempre iba a convertirse en una

verdadera y peligrosa tortura.

—Perfecto, te lo descontaré de tu sueldo.

—¿De verdad vas a hacerlo? —Apreté los labios para no reírme—. ¡Lo sabía! —Se acomodó en su asiento, negando con la cabeza, resignada, centrando su atención en cómo el paisaje, que volaba a través de la ventanilla, se iba tiñendo con la luz de las primeras horas del día.

Aceleré para llegar cuanto antes a su casa y cuando bajamos del vehículo, Eric y yo nos adelantamos, con la mano en la cintura de nuestros vaqueros, por si teníamos que sacar el arma en cuestión de segundos.

—¿Me dejáis pasar ya? —cuestionó ella a nuestras espaldas, desistiendo por completo—. La puerta sigue cerrada con llave, no puede haber nadie dentro. A no ser que sepan atravesar paredes…

—Podrían haber entrado por esa ventana rota —insistió Eric.

—¿En serio? —contestó África con actitud chulesca, introduciendo la llave en la cerradura.

No tenía miedo de nada y eso era lo peor de todo; era una temeraria capaz de pilotar una planeadora a unos ciento treinta kilómetros por hora en medio de la noche, en mitad del mar, con una tormenta azotando la costa y unas olas que podrían tragarse cualquier barco. Así era ella.

Tardó unos pocos minutos en meter lo imprescindible en una pequeña maleta y nos pusimos en camino tan rápido como habíamos ido.

Cuando llegamos al pazo, aparcamos frente a la puerta del garaje y cruzamos el camino empedrado hacia la gran escalera de la entrada. África no dudó ni un solo instante y esa seguridad a la hora de saber hacia dónde dirigirse me hizo comprender que ya había estado allí en alguna ocasión.

—¿Habías venido aquí antes? —pregunté con Eric a mi lado, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, ¿por qué?

—Porque parece que te conoces el sitio.

—Iago solía organizar aquí las reuniones y preparaba unas fiestas míticas en la piscina…

Mi compañero asintió, dándole la razón, y un pinchazo agudo empezó a clavarse en la boca de mi estómago; una punzada similar al sentimiento que provocan los celos, pero no, no se trataba de eso. No podía tratarse de eso… No obstante, el tiempo que había pasado con ese hombre, con Iago, me hizo envidiarlo y odiarlo a partes iguales. Sobre todo, por haber sido capaz de engañarla a ella también.

Al acercarnos al salón, escuchamos voces procedentes de su interior. Brenan y Daniella estaban allí reunidos, en la enorme mesa ovalada, ojeando un álbum de fotos. Ese libro de imágenes cargado de dolorosos recuerdos que me encantaría quemar. Y lo haría en algún momento.

La mirada que le dediqué a mi hermano pequeño, le hizo sentirse incómodo porque buscó una explicación rápida para aquella escena.

—Daniella vuelve a Santiago y quería ver unas fotos antes…

Ignoré lo de las fotos.

—¿Te vas?, ¿ya?

—Sí, en un par de días; es hora de volver al trabajo. De todas formas, seguiremos en contacto. No vais a libraros de mí tan fácilmente. —Sonrió a Brenan—. Volveré por aquí de vez en cuando, si os parece bien. —Y así fue; desapareció dos días después, tras una breve despedida, tan repentinamente como había aparecido en nuestras vidas.

—¡Claro que nos parece bien! —respondió él con amabilidad—. Ahora que nos hemos encontrado, no podemos perdernos.

—Te echaremos de menos… —murmuró África, acercándose a ella para abrazarla.

—Sí, muchísimo. —El sarcasmo salió de los labios de Eric como un dardo envenenado, directo hacia mi hermana, que esbozó una mueca de odio.

—¿Y Connor?, ¿no viene con vosotros? —se interesó ella.

—No, pensaba que estaba aquí.

—Pues no, no ha llegado —dijo Brenan—. Pero no creo que tarde; podemos ir preparando el desayuno. Seguro que lo huele desde la distancia y aparece —bromeó, haciéndonos sonreír.

—Ya lo preparo yo —sentencié, alejándome hacia la cocina.

Encendí la cafetera y estaba buscando algo de fruta y de bollería por la cocina, cuando sentí que alguien entró detrás de mí.

—No te ha sentado muy bien la estampa familiar, ¿eh? —afirmó África, acercándose a mí para ayudarme.

—No es eso. Es solo que debería haber quemado muchas de esas fotos hace tiempo.

—¿Te echo una mano? —cambió de tema, sabiendo que era justo lo que necesitaba.

Así empezó todo; esa tortura sexual en la que acabó convirtiéndose aquella convivencia. Los dos mantuvimos las distancias, en todos los sentidos; las distancias posibles que se podrían guardar al vivir juntos entre cuatro paredes y trabajar mano a mano las veinticuatro horas. Y parecía que conseguíamos cumplir con nuestro objetivo, el de lograr una convivencia soportable para ambos. Sin embargo, cuanto más la conocía, más me atraía y cuanto más me atraía, más difícil era alejarme. ¿Lo peor de todo? Que en menos de una semana nuestra confianza y complicidad había aumentado hasta tal punto que podría terminar con todo.

Una mañana estaba en la cocina, desayunando junto a Connor, cuando ella entró en la sala, con un pequeño pantalón y una camiseta de tirantes que solía usar como pijama.

—Me voy a la cama, buenas noches —dijo curvando sus labios—. O buenos días, depende de cómo os lo toméis. —Cada día hacía esa misma broma y siempre se ganaba una sonrisa como respuesta. Increíble.

—Te he hecho un café, ¿no quieres? —le pregunté justo cuando iba a cruzar la puerta. Desde que se mudó, unos días atrás, siempre habíamos preparado el desayuno juntos, a pesar de la insistencia de Rosa en encargarse ella, pero esa mañana se había escaqueado, por lo que supuse que estaría cansada.

—Bueno, uno rápido. Estoy agotada —nos explicó, sentándose de forma fugaz, bebiéndose el contenido de la taza de un trago y regresando hacia la puerta.

—Chsss, chsss —chisté antes de que se marchara, provocando que se girase para mirarme.

Le lancé una manzana verde, de las que solía desayunar cada día, igual que se la tiraba cada mañana cuando se sentaba en el otro extremo de la mesa. Guiñé un ojo, con complicidad, y me mostró su blanca y perfecta dentadura en una sonrisa preciosa. Estaba perdido… ¡Mierda!

Esa misma tarde, íbamos al trabajo como cada día, en mi coche, charlando sobre cualquier tema banal, observando de reojo cómo viajaba con las piernas cruzadas sobre el asiento, indiferente, canturreando las canciones que salían por la radio, cuando recibí una llamada y el manos libres se activó automáticamente.

—Kellan. —La voz seria de Eric sonó a través de los altavoces—. ¿Puedes hablar?

—Sí, dime, ¿qué pasa?

—Me acaba de llamar Villa; han tenido problemas… Uno de nuestros puntos de venta nos ha fallado. Ha desaparecido un paquete.

—¿Quién ha sido?

—Pope. No sé si sabes quién es.

—Sí, sé quién me dices. Era amigo de mi hermano Connor; iban al colegio juntos. ¿Qué ha pasado?, ¿habéis hablado con él?

—No, Villa dice que lleva unos días desaparecido del mapa. Pero le han asegurado que estaba rondando por su casa ahora; iban para allá…

—Diles que no hagan nada. Yo me encargo de él; voy para allá —sentencié con firmeza.

—¿Sabes dónde es?

—En la calle del Puerto, ¿no?

—Justo —me confirmó—. Número doce.

—Perfecto, voy ahora mismo.

—Te acompaño. Llego en cinco minutos.

Colgamos y cambié mi rumbo para dirigirme al club antes de ir al otro extremo de O´Beiros.

—¿Dónde vas? —cuestionó África, girándose en su sitio, frunciendo el ceño.

—Al Dark Soul; te dejo allí.

—¡Ni hablar! Voy contigo —decidió sin intención de cambiar de opinión. Lo vi en su actitud; empezábamos a conocernos muy bien.

—No, ni hablar, te quedas en el local. Te recuerdo que te estás quedando en el pazo para mantenerte a salvo de toda esta mierda…

—No, estoy en el pazo para librarme de los hombres del Lince, no de un niñato que se adueña de lo que no es suyo. Además, toda esta mierda, como dices, es mi mundo. ¿Cuántas veces más tengo que demostrarte de lo que soy capaz?

Me retó con la mirada sin apenas esfuerzo. Odiaba el efecto que solo ella tenía en mí, cómo me provocaba y desafiaba constantemente, cómo me removía a todas horas, cómo la deseaba como si no existiera nadie más, cómo se encontraba en el lugar más peligroso de todos: entre lo que debía alejar de mí y lo que deseaba tener.

Resoplé, resignado.

—No dudo de lo que eres capaz, África. Para nada.

«¡Joder!». Me habría dado un puñetazo si pudiera, pero, en cambio, di un volantazo, seguido de un acelerón, para dirigirme hacia el puerto. Sabía dónde iba, ya que había pasado por aquella zona en infinidad de ocasiones; se trataba de un pequeño barrio pesquero con casas bajas a pie del mar, rodeadas de jardines, repletos de redes y de los materiales necesarios para salir a faenar. Aparqué en una calle perpendicular para evitar que nos vieran y salí del coche sin esperar a que Eric llegase.

—Quédate aquí —le pedí a través de la ventanilla. Aunque no sé para qué dije nada porque no iba a hacerme caso; estaba claro.

Caminé hacia la que se suponía que era la casa del chico y antes de llegar, le encontré en el patio delantero, con el teléfono en las manos, tecleando cualquier cosa. En cuanto escuchó mis pasos sobre la arena, elevó la mirada y al encontrarse con la mía, echó a correr hacia el interior de la casa. Demasiado lento. No tardé ni dos segundos en atrapar su cuerpo entre mi brazo y la pared del edificio.

—¿Dónde crees que vas? —Sujeté sus manos en su espalda y le apreté con fuerza para evitar que se escapara.

—¡Suéltame! —protestó, tratando de zafarse de mi agarre—. ¡Suéltame, joder!

—Respuesta errónea. Te he hecho una pregunta, ¿dónde coño ibas?

—¡A ningún sitio! —Presioné más su cara contra el muro de piedra, esperando que cambiase de actitud.

—Tienes algo que me pertenece, ¿dónde está?

—¡Yo no tengo nada! —gritó.

—Haz memoria, ¿dónde está? —insistí con voz grave; tanto que ni siquiera me reconocí en ella.

—¡Me lo han robado!

—¡¿Que te lo han qué?! —Elevé la voz, haciendo fuerza con mi cuerpo para incrustarle en la piedra.

—¡No sé quién ha sido! ¡No lo sé, joder! ¡Suéltame!

—Te doy veinticuatro horas para que lo encuentres. Ni una más. Y créeme, si no me devuelves lo que es mío, te arrepentirás de haber hecho negocios conmigo.

Casi no me dio tiempo a pronunciarlo; un disparo sonó a mis espaldas al mismo tiempo que una bala golpeó en la roca con fuerza, junto a mi cabeza. De manera instintiva, me eché a un lado, casi rodando sobre mi propio cuerpo, y me cubrí con el lateral del edificio.

«¿¡Qué cojones?!». No tenía ni idea de dónde procedían los disparos, que no dejaban de sonar, pero ese tipo no estaba solo. En cambio, yo estaba acorralado, en aquella zona ajardinada que se encontraba bordeada por un muro de unos tres metros de altura, al que se accedía por la calle paralela. Y África… «¡Mierda, África!». Mi estómago se encogió al pensar en la posibilidad de que la hubieran encontrado antes que a mí y esa idea se congeló en mis venas. Como si me hubiera escuchado, ella apareció por esa carretera superior, agachada, camuflándose entre la maleza.

—¡Jefe! —me llamó con esa sonrisa orgullosa que me habría encantado devorar. Me lanzó mi pistola con una mueca juguetona y de superioridad, con suavidad, como si se tratase de esa manzana que le tiraba cada mañana; la atrapé al vuelo y después de quitar el seguro, empecé a devolver los balazos al otro lado.

Sin esperarlo, mi compañera empezó a disparar con maestría, igual que si llevara toda la vida haciéndolo, y me vi allí, en medio de ese fuego cruzado, intentando acabar con mi objetivo, que ni siquiera sabía quién era. Sacaba medio cuerpo, disparaba, apuntando al blanco a toda velocidad y volvía a cubrirme con el muro. No obstante, aunque mi cuerpo estaba allí, mi concentración estaba con ella; no podía dejar de comprobar si se encontraba bien, observando cómo disparaba desde esa posición estratégica, con esa postura defensiva y de ataque que la convertían en la dueña de la situación, con la mirada clavada en ese tipo que se encontraba al otro lado de la calle. No podía evitar preocuparme por ella, aunque no lo necesitase. Y me di cuenta de que podría contemplarla durante horas, analizando cada gesto, cada mueca de su cara, cómo agarraba la pistola con firmeza y disparaba con ese dominio innato. Era increíble; increíblemente admirable. Porque nunca se rompía; daba igual lo que hubiese ocurrido. Era inquebrantable, tan irrompible como *sexy*.

En un determinado momento, los disparos cesaron. Observé la acera de enfrente e incluso me agaché para comprobar si se veía a alguien a través de los bajos del coche, pero no había ni rastro… Allí ya no quedaba nadie.

—Han huido… —susurró África, asomándose detrás de unos matorrales.

Aún sentía la adrenalina latiendo en cada poro de mi piel, así que salí corriendo hacia esa carretera, de la calle superior, para encontrarme con ella.

—¿Estás bien? —La sujeté por los hombros para comprobarlo, escaneándola de arriba abajo. No tenía ni un solo rasguño; era una guerrera de los pies a la cabeza. Asintió como si no existiera otra posibilidad.

—¿Tú? —Repetí su movimiento de cabeza.

—Vámonos.

No tardamos nada en regresar al coche y subirnos, pudiendo respirar por fin.

—¿Qué te ha dicho Pope? —cuestionó con la pistola entre sus manos.

—Que se lo han robado, así, sin más, pero lo recuperará. Más le vale. —Aceleré a fondo, de vuelta hacia el club—. ¿Desde cuándo llevas una pistola encima?

—Desde que intentaron secuestrarme —contestó con un gesto desbordante de picardía—. O desde que mi vida está en peligro. La verdad es que ya no lo recuerdo… —añadió, quitándole importancia.

—¿Esto era así antes? —Arrugó la frente como si no supiera a qué me refería exactamente—. ¿Estabais todo el día a tiros?, ¿o solo ocurre desde que he venido yo?

Volvió a sonreír y me ablandó por dentro.

—Creo que es por tu culpa —bromeó—. Pero no te preocupes, lo superaremos.

Me centré en la carretera, concentrándome en las marcas viales para distraerme, para no parar el coche en el arcén y besarla hasta que el mundo se apagase, pero era tal la atracción que tiraba de mí hacia ella que nada funcionaba para calmarla.

—África… —murmuré, mirándola de forma fugaz—. Gracias.

—De nada.

Había perdido la cuenta de las que le debía; esa chica ya me había salvado el pellejo en varias ocasiones, con esa maestría peligrosa y una elegancia mortal que la convertían en una combinación irresistible. Y es que, aún sin saberlo, aunque ya empezaba a sentirlo, África se había convertido en mi arma más letal, en mi verdadera y más temible debilidad.

Capítulo 20



África

Cinco días. Ni una maldita semana me hizo falta para darme cuenta de que quedarme en el pazo Ulloa había sido una decisión nefasta; catastrófica como poco. Y lo comprobé en el mismísimo instante en el que estaba en su coche, esperando a que regresara de reclamarle la droga a Pope, cuando escuché un disparo. Sabía que no había llevado su pistola, ya que estaba en la guantera; por eso, en cuanto oí ese estruendo, las náuseas bloquearon la boca de mi estómago. Me lo imaginé herido o, lo que era peor, muerto y el terror empezó a sacudir mi cuerpo con temblores que amenazaban sentimientos. No pude hacer otra cosa, cogí la pistola y salí corriendo en su búsqueda, temiendo lo que pudiera encontrarme. Y en cuanto le vi allí, acorralado por un atacante al que no pude reconocer por la distancia, el aire volvió a circular por mis pulmones. Solo me hizo falta eso, la idea sobre la posibilidad de perderle, para darme cuenta de cuánto empezaba a importarme… Y no debía. No podía permitirme sentimientos, ilusiones ni esperanzas absurdas porque cuando todo aquello terminara, no quedaría nada entre nosotros; nada, solo aquello que pudo ser, eso que empezó a brotar y acabé destrozando. Puede que fuéramos las personas correctas en la vida equivocada, aunque no me permitiría descubrirlo.

Verle allí, arriesgándose para que las balas no llegaran hasta donde me encontraba, tratando de protegerme, me superó; disparando con esa postura digna de la mejor película de acción de Hollywood, con un mechón rebelde cayendo sobre sus ojos, que trataba de apartar mediante soplidos para dejar paso a esa mirada que conseguía fundirme hasta el extremo.

Y no solo eso, sino que el nivel de compenetración al que habíamos llegado en esos días de convivencia era más que alarmante. Cuanto más le conocía, más me gustaba. Motivo por el que debía detenerlo a tiempo y cortar por lo sano, sin olvidar por qué estaba allí.

Aquella noche llegamos al pazo cuando ya había amanecido, como de costumbre. Connor y Kellan se quedaron en la cocina, preparando algo de desayunar y yo aproveché para darme una larga ducha. Me lo merecía. No recuerdo cuánto tiempo estuve debajo del agua, pero mi mente estaba maquinando su propio plan, buscando una solución para esos problemas en los que me metía solita. ¡Maldita atracción!

Cuando regresé a la cocina, Kellan ya no estaba allí; tan solo se encontraba Connor, con su móvil, tecleando algo, concentrado en la pantalla.

—Si me estuvieras escribiendo a mí a estas horas, te mandaría a la mierda —solté, bromista, sentándome a su lado, donde me habían dejado un café con leche con una manzana verde, como cada mañana. Empezábamos a conocernos y los Ulloa ya sabían que eran mis favoritas.

—Es que tú eres un encanto —farfulló con sarcasmo.

—¿Todo bien? —pregunté al verle serio, algo poco común en él. Connor era la alegría de la huerta, un niño gamberro metido en el cuerpo de un adulto atractivo y musculoso.

—No tan bien como tú… —susurró seductor, con esa mueca pícara que le caracterizaba. Ahí estaba.

—¿Ves cómo el único encanto que hay por aquí eres tú? —le seguí la broma.

—Mi hermano no dice eso. —Arqueó las cejas en mi dirección, obligándome a poner los ojos en blanco.

—Tu hermano no sabe lo que dice. Y yo aquí, con vosotros tres, voy a acabar perdiendo la cabeza. El único normal es Brenan y es con el que menos tiempo paso.

—Quizá, por eso te parezca tan normal…

—Puede ser. —Ambos reímos.

Perdimos la noción del tiempo charlando, mientras terminábamos de desayunar, comentando las mejores jugadas de la noche en el club. Aunque quisiéramos evitarlo, siempre ocurría algo digno de mención que nos daba conversación durante horas al día siguiente. Es más, hablamos tanto que el agotamiento con el que había llegado desapareció y consiguió desvelarme.

Me despedí de Connor, decidida a dar un paseo por el jardín o acabar en la piscina. ¡¿Quién sabe?! Pero antes de que llegase al pasillo, mi cuerpo chocó con otro firme, húmedo y desnudo.

—¡Joder! —me quejé sin despegar las manos de sus pectorales, donde las había puesto instintivamente para no comérmelo.

—Perdón, venía a por un vaso de agua —se disculpó mi jefe.

—Tranquilo, estaba hablando con… —Miré a Connor para señalarlo y su sonrisilla juguetona me hizo resoplar—. Y no he mirado por dónde iba.

Los ojos de Kellan descendieron hasta mis manos, que aún se encontraban en contacto con su piel, y apretó los labios reprimiendo una mueca, obligándome a apartar las yemas de mis dedos de la calidez de su torso. Debía de haber salido de la ducha, ya que los mechones despeinados y mojados caían sobre su rostro, en todas direcciones, y solo llevaba un pantalón corto que rozaba su cintura con soltura. Por no hablar de su olor… ¡Jodido Adonis! Sacudí levemente la cabeza para deshacerme de esa imagen y esquivé su cuerpo para alcanzar el pasillo y dirigirme hacia el exterior.

—Buenas noches —dijimos al unísono, lanzándonos una última mirada.

—O buenos días… —añadió él, adentrándose en la cocina.

Tenía que poner remedio cuanto antes. Debía seguir adelante con mi plan. No olvidar el motivo por el que estaba allí, ni a Mel, pero cuanto más tiempo pasaba con esos hermanos, más difícil me parecía. Cogí mi teléfono y le envié un mensaje a Ramos, mi contacto en la policía. Aunque no era santo de mi devoción, era el único que podía ayudarme en un momento como aquel.

África:
Prepara a tus hombres.
Esta noche.
Ya sabes lo que tienes que hacer.

No había vuelta atrás. Caminé por el jardín con la cabeza centrada en esos mensajes, segura de que mi vida daría un giro de ciento ochenta grados a partir de entonces, pero no tan convencida de si eso era lo que realmente quería. Necesitaba creerlo; necesitaba alejarme de los Ulloa y de Kellan cuanto antes para conseguir todo aquello, para recuperar lo que era mío. Me lo merecía. Yo también.

Me senté en el bordillo de la piscina y metí los pies en el agua, estremeciéndome con su temperatura a esa primera hora de la mañana. No obstante, me venía bien para desconectar, así que apoyé las manos en el césped y me relajé moviendo las piernas para entrar en calor.

—¿Qué haces? —cuestionó Kellan, unos minutos después, al acercarse hasta mí, caminando sobre la hierba verde y mullida. Se notaba que Claudio, el marido de Rosa, se esforzaba al máximo en mantener todo completamente cuidado; tanto el exterior como el interior.

—No tengo sueño, así que…

—Has pensado que es buena idea darte un baño… —añadió con una mueca adorable.

—Pues no está tan mal el agua, ¿sabes?

Lo que empezaron siendo silencios incómodos cuando nos conocimos, llenos de tensión, acabaron convirtiéndose en pausas repletas de complicidad y atracción. Insoportable y dolorosa atracción. Pero el roce hace el cariño y nosotros habíamos tenido demasiado roce. Lo que no podía permitir era que eso se transformara en sentimientos. Era el momento de cortar por lo sano.

—¿Dónde aprendiste a disparar así?

—En el mismo sitio que aprendí a volar sobre una planeadora.

—Eres un peligro… —Esbozó tal sonrisa que me obligó a morderme el labio inferior; era eso o haber mordido el suyo—. Un peligro andante que sabe hacer de todo. Y si no llega a ser por ti… Me tenía acorralado.

—Estoy segura de que habrías salido de allí; no sé cómo, pero lo habrías hecho. No eres el típico que se queda de brazos cruzados, resignado, aceptando su destino.

—No, no lo soy.

—¿Y tú?, ¿dónde aprendiste a disparar así? —repetí la pregunta que él me había hecho—. Para ser nuevo en esto, no se te dan mal las armas.

—Aprendí a disparar cuando era un crío; me enseñó Iago. Y cuando crecí, ya sabes… Adolescencia, malas compañías y O´Beiros no son una buena combinación. Hasta que acabé en un internado, pasaba la mayor parte del día en la calle, junto a mis hermanos, para no volver a casa.

—Ya… —susurré para evitar que hablásemos sobre Iago—. Mi padre falleció cuando era una niña; creo que aquello también nos marcó a mi madre y a mí. Ni siquiera me acuerdo de él.

—Lo siento.

—No tienes por qué —dije con sinceridad—. Ha pasado toda una vida. Era una niña; no parezco ni la misma persona.

Y lo dije en serio. No tenía los mismos pensamientos, las mismas amistades, la misma familia, ni los mismos sueños… Todo había cambiado. No solo yo.

—Aún no eras un peligro andante —bromeó para cortar con el giro que había dado la conversación.

—No, aún no.

Ahí estaba de nuevo, ese intenso magnetismo que nos unía constantemente y que debía cortar. Juro que pude sentir cómo chisporroteaba entre ambos, atrayendo nuestros cuerpos con un imparable zumbido cargado de electricidad. Debía romperlo a tiempo o, de lo contrario, estaría totalmente perdida. Y enganchada.

Saqué los pies del agua y me levanté, andando por el pasillo de piedra hacia el interior de la casa, con la intención de acostarme y descansar para que los pensamientos me dejasen unos minutos de tranquilidad. No volví a mirar atrás, pero sentí sus ojos siguiéndome a través de la distancia.

—Buenos días, Kellan.

—Buenos días, África.

Intenté descansar; me acosté en la cama y cerré los ojos, pero esa calma duró solo unos segundos. Y no era porque la habitación que me habían asignado no invitase a ello… Se trataba de una amplia estancia decorada en colores cálidos, con una cama enorme y una cristalera enfrente de esta que ocupaba de un lado al otro de la pared. Por no hablar de las vistas, que parecían infinitas con ese tono verde y mullido de la naturaleza del norte rodeándote, mires donde mires.

Cogí el teléfono y di vueltas en la cama, rodando sin parar, con la conciencia susurrando palabras ininteligibles en mi oído —o puede que no quisiera escucharlas— y la tentación gritándome que cruzase esa puerta y regresara junto a él. Pero las silencié. A ambas. Solo esperaba que el tiempo pasase rápido y la noche llegara y acabara cuanto antes.

No pude estar quieta mucho tiempo más y en cuanto vi, a través de la ventana, que no había ni rastro de ninguno de los hermanos por el jardín, me vestí con ropa de deporte y salí a correr, como solía hacer al despertarme.

Podría parecer que corría sin rumbo, como la mayoría de los días, pero tenía un claro objetivo: una casa abandonada a las afueras de O´Beiros. No me detuve hasta que llegué y una vez allí, me dirigí directamente a la planta superior, a la última habitación de la derecha, a la parte inferior de un viejo mueble destrozado donde había dejado, unos días antes, el paquete que le quité a Pope. No me costó demasiado; era un principiante. Justo esa noche, él acababa de recibir dos kilos de parte de los chicos para distribuirlos en unos puntos de venta concretos y yo sabía que solía esconderlos en un doble fondo del coche, debajo de la rueda de repuesto. Así que, en realidad, no me costó nada hacerme con ellos. Abrí su maletero sin apenas esfuerzo y me llevé los dos kilos a esa vieja casa derruida. Y allí estaba, recuperándolos de nuevo para cambiarlos de lugar. Los metí en la mochila que llevaba a las espaldas y empecé a correr hasta el club. Esa hora era el único momento del día en el que no habría nadie dentro; el equipo de limpieza ya se habría marchado y los encargados de comenzar con los preparativos de la noche aún no habrían llegado, así que tenía los minutos contados. Entré con mis llaves y me dirigí al vestuario para guardarlos en mi taquilla; allí nadie podría encontrarlos hasta que llegara el momento oportuno, el más complicado de todos: traicionarle.

Preferí no volver a pensar en ello durante el resto del día, pero en cuanto llegué al pazo y su rostro preocupado y cargado de cariño, de promesas y sentimientos imposibles, se encontró con el mío, mi corazón empezó a recibir pinchazos incontrolables.

—¿Cuánto se supone que es el tiempo máximo que debería esperar antes de ir a por el Lince cada día que sales a correr? —cuestionó con tanta inquietud como molestia en su voz, aunque sus ojos me observasen con alivio, tranquilizadores.

—¿Estabas preocupado? —Y ahí estaba de nuevo mi otro yo, ese que salía a flote cuando él estaba cerca, el mismo que tenía que doblegar y ocultar para recordar mi objetivo y, sobre todo, que Mel no debería haber muerto. Y menos aún para nada…

—Puede. Y también puede que estuviera a punto de coger el coche para ir a buscarte.

—¡Pues ya ves! —Elevé las palmas de las manos—. ¡Estoy aquí! Y sana y salva, además.

Dio un paso al frente y yo debería haberlo dado hacia atrás, pero no lo hice, no pude.

—Pues… ¿sabes? —susurró casi rozando mi boca con la suya—. Mientras tú estabas corriendo, sana y salva, yo estaba aquí, pensando en cargarme a quien te hubiera puesto la mano encima otra vez. —Sentí cómo sus palabras acariciaban mis labios con delicadeza—. Y ahora sigo aquí, delante de ti, conteniéndome para no besarte. Porque si lo hago, puede que ya no haya marcha atrás, y tendría que matar a cualquiera que te pusiera un dedo encima para hacerte daño. ¿Y sabes lo peor de todo? —Negué con la cabeza, hipnotizada por el momento—. Que creo que lo habría hecho desde el día que nos conocimos.

—¿Matar a quien me hiciera daño?

—Y besarte. Sobre todo, besarte.

«Mierda». Clavó sus ojos en mis labios y tuve que empezar a contar mentalmente para evitar el impulso de besarle. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Creo que numeré cada latido desbocado que mi corazón propulsó hacia los distintos extremos de mi cuerpo. Era una locura… Una atractiva, peligrosa y adictiva locura de la que tenía que alejarme o, como él mismo había dicho, ya no habría vuelta atrás. Sentí cómo me besaba con la mirada, cómo nuestras respiraciones se acompasaban, agitándose, a pesar de la pequeña distancia que nos separaba; cómo mi cuerpo gritaba que me acercase, que me lanzara y me dejase llevar, sin temer a las consecuencias, menos mal que…

—¡¿Qué pasa?! —exclamó Connor a modo de saludo, caminando hacia nosotros, arrastrando los pies, adormilado, con las manos en los bolsillos, rompiendo el embrujo—. ¿Se puede saber para qué tienes un teléfono?

—¿Qué te pasa? —le preguntó Kellan, molesto por la intromisión.

—Me ha llamado Eric mosqueado porque no conseguía localizarte.

—¿Qué quería?

—Dice que es urgente, que le llames en cuanto puedas. Un tal Cruz llega mañana a Galicia y quiere reunirse con vosotros.

—¿De la Cruz? —cuestionó, desconcertado.

«¿De la Cruz?, ¿el gran narco peruano y mejor socio de Iago Ulloa estaba en España?». Empecé a hacer cábalas y cuentas en silencio; por una vez, parecía que la suerte estaba de mi parte.

—Sí, ese. ¿Quién es?

—Un socio del otro lado del charco. Iba a hacernos un envío de madera la semana que viene. No sé qué habrá pasado. —Se escaqueó de las preguntas de su hermano.

—Pues no me ha dicho nada más, pero llama a Eric; parecía nervioso.

—Sí, ahora voy.

—Yo… voy a darme una ducha. —Me adelanté a los hermanos y hui de allí. Prefería no quedarme a solas con él de nuevo o no sabía cómo terminaría reaccionando.

Apenas me quedaban unas horas para empezar a llevar a cabo el plan que ideé con Lucho y la llegada de De la Cruz era la mejor noticia posible, el último empujón que me faltaba para seguir con mi propósito cuando me arrasaban las dudas, así que tenía que evitar esos encuentros, esas miradas, las caricias silenciosas desde la distancia, esa tensión… Y sabía que iba a lograrlo. O eso esperaba.

Solo unas horas más tarde estábamos de vuelta en el Dark Soul, como cada noche, preparándonos para disfrutar y hacer disfrutar, pero yo sabía que no iba a ser así. Y aunque tenía un hormigueo constante en el estómago por los nervios, la incertidumbre o… ¡qué sé yo!, seguía pensando que era lo mejor, que había vuelto a O´Beiros con un único objetivo y que no era el momento para abandonarlo.

Acabábamos de abrir y ya contábamos con casi cien personas en la planta principal. Miré el reloj, con ese cosquilleo recorriéndome; era la hora exacta. Me dirigí al vestuario en ese mismo instante, sabiendo que, con la apertura, todos mis compañeros estarían en sus respectivos puestos, mientras que Kellan y Eric se encontraban reunidos junto al resto de sus hombres en la oficina, y saqué el paquete con los dos kilos de coca de mi taquilla. No tenía que trasladarlos muy lejos; los deposité en la papelera de la misma sala, que se encontraba junto a la puerta, y los cubrí con varios papeles para ocultarlos de la vista. Trabajo hecho. Como era de esperar, mi teléfono sonó y el resto, la verdadera pesadilla, o el plan, como se había llamado en un comienzo, empezó…

—¡¡Policía!! ¡¡Las manos a la vista, donde podamos verlas! —Escuché los gritos y regresé a la pista—. ¡Las manos en la barra! ¡Que nadie se mueva!

Me coloqué detrás de la barra, al lado de Lía, que me observó, confusa, y tocó el pulsador que tenía en su bolsillo de forma disimulada. Era un pequeño aparato que cada trabajador llevaba consigo durante las horas que estaba abierto el club, para momentos como aquel, para redadas de la policía o instantes en los que hubiera que sacar sustancias prohibidas del local antes de que fueran interceptadas. Al tocar el botón, un molesto pitido, acompañado de una vibración intensa, sonaría en los bolsillos de Kellan y Eric, por lo que todo estaría solucionado antes de que la policía llegase a la planta superior. O esa era la idea…

El nuevo inspector, Oliveira, entró en la pista, acompañado por Ramos, que me dedicó una mirada cómplice, a la que respondí con una mueca casi inapreciable.

—¡Policía! —insistió Oliveira—. ¡No quiero que nadie mueva ni un solo músculo o acabareis todos en el calabozo!

Los clientes se asustaron, observándose unos a otros, pero nosotros estábamos más que acostumbrados a aquel teatrillo que siempre terminaba bien. Siempre, menos en esa ocasión.

—¿Dónde está el propietario del local? —preguntó el primero.

—Kellan. ¡Buscad a Kellan! —contestó el inspector a gritos, como si, así, su voz pareciera más autoritaria.

—No tiene que mandar a nadie a buscarme, inspector. —La presencia y el magnetismo de mi jefe se adueñaron de la sala y todas las miradas se centraron en él y en Eric mientras bajaban por la escalera principal—. Bienvenido al Dark Soul, una noche más. ¿En qué podemos ayudarlos?

Oliveira hizo un gesto y varios de sus hombres se encaminaron hacia ellos para cachearlos, pero la actitud de Kellan les avisó de que no tenían nada que encontrar. Mientras las manos de uno de los agentes se deslizaban por todo su cuerpo y él sacaba lo que tenía en los bolsillos para dejarlo en una de las mesas, me buscó entre la multitud y cuando me localizó, mi corazón se revolvió, inquieto.

Ramos se dirigió directamente hacia el punto que habíamos acordado, hacia ese cubo de basura del vestuario de los trabajadores, y cuando salió, unos segundos más tarde, la atención se desvió desde Kellan hacia él.

—¡Lo tenemos, jefe! Por su peso, diría que unos dos kilos… —le informó, mostrándole el paquete en alto—. Cocaína.

El ceño de Kellan se frunció y se encontró con el de Eric, mientras mantenían una conversación silenciosa sobre el origen de esa droga y se preguntaban cómo había llegado hasta ahí. Su método *antirredadas* nunca había fallado e imaginaban que en esa ocasión ocurriría lo mismo.

—¡Vaya! —masculló Oliveira—. Parece que os está bajando la chulería… ¡Registrad el resto del club! ¡Lo quiero todo! ¡Que no se nos escape ni una china!

No encontraron nada más, como esperaba; ni un gramo de polvo. Mi corazón empezó a latir con fuerza, bombeando a toda velocidad; la misma rapidez que alcanzó mi respiración cuando la culpa me inundó de náuseas. Una culpabilidad insoportable…

Al ver las esposas apretando sus muñecas, sentí cómo los grilletes también comprimían mi cuello, prohibiéndome el oxígeno, adueñándose de mi conciencia. Porque era tan previsible como inevitable y antes de que se lo llevasen de allí, arrestado, con esa mirada que solo buscaba que yo me encontrara a salvo, ya me estaba arrepintiendo. Me había arrepentido, incluso, antes de hacerlo. Aunque aún no lo supiera.

Capítulo 21



Kellan

«¡¿Qué cojones había pasado?!», era lo único que podía pensar mientras iba en el asiento trasero del patrulla, con la frente arrugada, analizando dónde habíamos podido fallar. Todo iba a la perfección, como siempre, hasta que Villa nos avisó de que la policía estaba en el local. No nos sorprendimos, en absoluto; desde mi último encontronazo con Ramos, en el que acabamos usando las manos, le estaba esperando…

Como cada noche, en el club teníamos únicamente la droga necesaria para nuestros mejores clientes, esos que nos visitaban a menudo, con los que solíamos comercializar; sin embargo, esa cantidad, que no era mucha, la hicimos desaparecer en cuanto sentimos la alarma en nuestros bolsillos. Antes de que dejase de pitar y vibrar el pequeño aparato metálico, esa cocaína ya estaba fuera del club. Por eso, no entendía de dónde habían salido esos dos kilos, aunque tampoco me parecía casualidad que fuera justo la misma suma que había perdido Pope. No creía en las casualidades y mucho menos, cuando estas iban en nuestra contra.

En cuanto llegamos a la comisaría de O´Beiros y me trasladaron a la sala de interrogatorios, Oliveira y Ramos hicieron acto de presencia con sus caras de pocos amigos. En esa ocasión, no había un poli bueno y uno malo; eran los dos igual de capullos. Y de corruptos. Estaba seguro. De hecho, dudaba que ellos mismos hubiesen puesto la droga en el club para incriminarme, puesto que no sería la primera vez.

—Así que dos kilos… —murmuró Oliveira, caminando a mi alrededor una vez que me senté en la silla—. Esperaba más de ti, fíjate.

—Yo también de ti. Para ser nuevo, dejas mucho que desear —respondí fanfarrón, poniendo las manos sobre la mesa, antes de pasarlas por mi pelo para dejarlas en mi cabeza, fingiendo estar lo más relajado posible.

—¿Qué pensabais hacer con la droga?, ¿es lo que ofrecéis a los clientes en vuestro antro?

—No sé de qué me hablas. En el Dark Soul solo ofrecemos alcohol de primeras marcas y la mejor calidad. Pueden confirmártelo nuestros proveedores… O tu compañero; lo ha probado en más de una ocasión, estando de servicio. —Observé a Ramos con una mueca orgullosa, mientras que él me devolvió una cargada de desprecio. Desde que mi puño acabó estampado en su cara tras sobrepasarse con África, no me tenía demasiado aprecio.

—¡No te está preguntando eso! —se quejó el aludido—. ¡¿De dónde coño ha salido esa coca?! ¿Es parte del cargamento que recibisteis en el puerto? ¿Qué ibais a hacer con ella?

—¿Qué cargamento?, ¿ese que nunca apareció? Para acusarme de algo, deberías tener pruebas, Ramos, ¿no crees?

—No nos hace falta nada más para empapelarte, créeme —dijo con chulería frente a su superior, golpeando con fuerza la mesa para quedarse delante de mí, a pocos centímetros de mi cara—. La droga estaba en un local del que tú eres propietario… No podemos permitir que el Dark Soul se convierta en un punto de venta y de consumo de droga, como comprenderás.

—Te estoy diciendo que no sé de qué me hablas. Podría ser de cualquiera: de un trabajador a disgusto, de un cliente acojonado, de un policía con ganas de meterme en problemas… De cualquiera.

Vi en su rostro las ganas de devolverme el golpe que le di aquella noche, pero se contuvo y se alejó para evitarlo. Entonces, fue el inspector Oliveira el que se acercó para intentarlo.

—Si no hablas, no pararé hasta demostrar que eres el asesino del mismísimo Kennedy. Así que tú mismo…

—Suerte con eso.

—Ponte cómodo. Aquí no tenemos chicas para divertirte ni alcohol del bueno, pero tenemos unos cuantos hombres, la mar de cariñosos, entre los que un tipo como tú no pasaría desapercibido. De eso puedes estar seguro.

No me inmuté ni perdí la sonrisa, por lo que abandonó la sala, molesto, dando un portazo antes de dejarme solo con Ramos. No sé qué le desquició más, si mis comentarios o mi actitud; apostaría que fue lo segundo.

—No sabes dónde te estás metiendo, Ulloa.

—Eres tú el que no lo sabe —contesté con inquina—. Como me entere de que has tenido algo que ver con esto, haré que te arrepientas hasta el último día de tu vida.

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto, solo digo que te arrepentirás de haberme conocido y de hacer negocios conmigo.

—No sé de qué estás hablando —disimuló.

—Lo sabrás. Sobre todo, como vuelvas a ponerle una mano encima.

—Así que es eso… —Rio escéptico—. ¿El primogénito de Iago Ulloa se ha enamorado de la narcotraficante más conocida de todo el Estrecho? —Volvió a reír—. De aquí podría salir una buena película…

«¡¿Qué cojones estaba diciendo?! ¿La narcotraficante más conocida del Estrecho?, ¿África?». Fruncí el ceño, desconcertado al sentir cómo mi desconfianza hacia cualquiera, esa tan típica de mí, entraba en ebullición en mi interior.

—¡Suerte con eso! —repitió mis palabras—. ¡Y con esto!

Abandonó la pequeña habitación y me dejó allí, pensativo, dándole vueltas a sus palabras. ¿Qué esperaba? Solo había que ver su forma de pilotar y de disparar para saber que no era una piloto cualquiera, pero de ahí a ser la mejor narco de la costa gaditana había un gran trecho. Entonces, ¿qué demonios hacía en Galicia?

En cuanto me permitieron hacer una llamada, cogí el teléfono y me puse en contacto con Eric. Si no estaba conmigo, tratando de sacarme de allí, era porque yo se lo había pedido. Teníamos demasiado trabajo pendiente e inminente, en concreto nuestra reunión con De la Cruz y la inauguración del nuevo hotel, como para tirarlo todo por la borda; nunca mejor dicho.

—¡Kellan! ¿Estás bien? —exclamó aliviado al oírme—. ¿Qué coño ha pasado?

—Estoy bien. Eso mismo me pregunto yo, ¿qué ha pasado? ¿De dónde ha salido esa droga? ¡Averígualo!

—Estoy en ello, tranquilo, pero ninguno de nuestros trabajadores sabe nada. Puede que haya sido algún cliente… —murmuró dubitativo—. No lo sé, pero te sacaré de ahí cuanto antes.

No lo dudaba; Eric era uno de los mejores abogados de Galicia, aunque no ejerciera profesionalmente. Además, solo había que mirarle para saber que su lealtad hacia mi familia no era parte de su trabajo, sino de su vida.

—Tienes que hablar con… —medí las palabras exactas para no meter la pata, puesto que un policía me estaba escuchando—. Llama a nuestros socios y encárgate de todo el trabajo pendiente, sigue adelante con las reuniones que teníamos esta semana, como si yo estuviera ahí. Ya me pondrás al día —dije, refiriéndome a nuestra cita con De la Cruz.

—¿Con todas?

—Sí, con todas. Eso es lo primero… No podemos dejar de trabajar mientras yo esté aquí. Además, pídele a Connor que vaya a la inauguración del hotel. No quiero que nada falle.

—No te preocupes. Soluciono esto y voy para allá. No podrán retenerte demasiado; no tienen pruebas contra ti.

—Si no las tienen, las buscarán.

Capítulo 22



África

Creo que me pasé toda la noche dando vueltas sin rumbo, con la cabeza en otra parte, sin poder centrarme ni trabajar en condiciones; justo igual que el resto del equipo. La diferencia es que los demás lo hacían por desconocimiento, porque no sabían cómo habían podido aparecer esos dos kilos de cocaína en un cubo de basura del local, y por preocupación por Kellan y yo… solo por esto último, aunque quisiera negármelo.

Intenté ser lo más profesional posible, charlar con los clientes, como siempre, encargarme de que no fallase nada más, ser amable y subirme a la tarima para moverme como si no hubiera ocurrido ningún contratiempo, pero creo que no lo logré e incluso Connor, que solía ir siempre despistado, centrándose únicamente en las caras bonitas que le rodeaban, se percató de ello.

—¿Qué? —cuestionó, colocándose a mi lado, sin esa mueca burlona que solía conquistar su cara cada día, ofreciéndome una botella de agua que habría cogido para mí.

—¿Qué de qué? —Me apoyé en la barra y di un trago largo, intentando relajarme.

—No tienes por qué preocuparte por él. —Me imitó y fijó su mirada en la multitud que bailaba y charlaba en el centro de la pista, ajena a lo sucedido unas horas antes.

—No estoy preocupada por él —recalqué esas dos últimas palabras. Más bien, era la culpa la que me estaba ahogando.

—Tu cara dice lo contrario… —Nos quedamos en silencio unos segundos sin saber qué decir. No podía negar lo evidente—. Además, es Kellan; ha pasado por cosas peores. Saldrá de esta y en unas horas, estaremos deseando que vuelvan a encerrarle —bromeó, quitándole hierro al asunto.

—No tienes que disimular conmigo, Connor. Tú también estás preocupado, se te nota en la cara —repetí sus palabras—. Si no, no estarías aquí, hablando conmigo; estarías revoloteando alrededor de esas que no te quitan el ojo de encima…

—Estoy trabajando —me explicó con su tono más profesional—. Hoy soy el dueño de esto; no puedo distraerme. —Me guiñó un ojo con picardía y antes de alejarse, añadió—: Por cierto, espérame cuando cerremos; vuelves conmigo al pazo.

—Pensaba aprovechar e irme a casa.

¡Mentira! Ni siquiera había pensado en ello, pero no me veía regresando a su casa sin él.

—¡Ni de coña! ¿Quieres que me mate en cuanto salga del calabozo? Nos vamos a casa juntos. No hay discusión —zanjó, perdiéndose entre el gentío.

Busqué entre la muchedumbre, tratando de localizar a Eric y vislumbrar su pelo rubio, gracias a su metro noventa de altura, pero no había ni rastro, así que supuse que estaría en la oficina, donde me dirigí sin dudar y entré sin llamar.

—¿Qué pasa? —me dijo como saludo, sentado en el enorme escritorio del jefe, con cinco de sus hombres colocados a su alrededor.

—¿Cómo que qué pasa? En unas horas es la reunión más importante que hemos tenido hasta la fecha, ¿te parece poco?

—En ello estamos… No hace falta que vengas.

—¡¿Qué?! ¿Te estás escuchando?, ¿qué pensaría Iago si me dejases fuera de esto? ¿Te recuerdo que me necesitas en el mar?

—Tú lo has dicho, te necesito en el mar, aquí no. Déjanos, África. Tenemos mucho jaleo y poco tiempo.

—No pienso moverme de aquí. Iago contaba conmigo para todas las reuniones y el jefe no está ni va a llegar, así que me necesitas. No pienso permitir que hagáis las cosas mal por creeros los gallitos del corral. ¿Te recuerdo quién es la que pone los huevos?

—¡Déjate de gilipolleces, anda! Esto no va de gallos ni de gallinas y lo sabes. Pero con la movida que tenemos liada, no podemos permitirnos ni un solo error.

—Por eso me necesitas.

—¡Joder! —Resopló resignado; sabía que tenía razón—. Haz lo que quieras; total, es lo que ibas a hacer.

Me senté, orgullosa, y no me perdí detalle de la explicación. Iba a ser el cargamento más grande que habíamos recibido hasta la fecha y con Kellan fuera de juego, la responsabilidad caía directamente sobre Eric y sobre mí. Eso si De la Cruz no decidía echarse para atrás… Por eso, debía ganármelo.

Estuvimos analizando los pormenores de la operación, cada coordenada geográfica, los puntos concretos, los tiempos… Si nuestro socio nos veía titubear en alguno de los aspectos, cancelaría el trato sin dudarlo. Era algo que solía ocurrir en este tipo de negocios, en el nuestro; si dudabas o te temblaba el pulso, estabas muerto. No había otra opción posible. Por eso, lo mejor era repetir cada detalle hasta memorizarlo como si se tratase de mi fecha de nacimiento.

En un primer momento, habíamos quedado en el club y aunque tras la detención de Kellan, Eric pensó que sería mejor cambiar de lugar y organizar la reunión en el pazo, le convencí para no trastocar la cita y continuar como si nada hubiese ocurrido; lo contrario podría perjudicarnos.

Y allí estábamos, unas horas después, sin haber descansado aún, esperando a que llegase nuestro invitado. Golpeé el suelo con el pie, nerviosa, dando un trago de mi segunda taza de café.

—¿Sabes algo? —me interesé, centrándome en Eric, que estaba sentado enfrente de mí, concentrado en su teléfono.

—¿De Kellan? —Arqueó una ceja, haciéndose el interesante. Asentí—. Oliveira está investigando las empresas de los Ulloa.

—¿Y?

—No ha encontrado nada… —dudó el término— ilícito. Si lo hubiera hecho, lo sabríamos. He estado trabajando en ello durante horas, pero está todo bien atado.

—¿Vas a ir a comisaría?

—En cuanto termine la reunión. Y le sacarán pronto. Me ha… —volvió a dudar— ordenado que no aparezca por allí hasta que no acabemos con De la Cruz. Pero no te preocupes; está bien.

La puerta del local se abrió y un hombre de unos cincuenta años, trajeado, con una mata de pelo oscuro y gesto serio, se acercó a nosotros con paso firme y decidido.

—Buenos días, amigo —saludó a Eric, estrechando su mano con cariño—. ¿Cómo estás?

—De la Cruz, por fin nos vemos —contestó mi compañero, recibiendo el apretón.

—Señorita. —Me dio dos besos con amabilidad—. Encantado.

Ni siquiera me había percatado de que sus dos gorilas habían entrado detrás de él y examinaban cualquier rincón desde su sitio, buscando una posible amenaza.

—África —me presenté—. Encantada de conocerte. He oído hablar muchísimo sobre ti.

—¿África?, ¿la piloto de Iago?

—La misma.

—¡Vaya! Yo también he oído hablar demasiado sobre ti. Estoy seguro de que podremos hacer buenos negocios contigo de por medio. —Le lancé una sonrisa burlona a Eric.

—Síguenos, por favor —le pidió este, celoso por los halagos hacia mí, supongo.

—Por supuesto; después de vosotros.

Le guiamos por las escaleras hacia el piso superior, seguidos de cerca por sus guardaespaldas, charlando sobre el Dark Soul, su ambiente y la gran acogida que había tenido al ponerse Kellan al mando.

—Apenas se nota tu acento peruano. Cualquiera diría que eres de Madrid… —dijo Eric antes de abrir la puerta de la oficina que, como siempre, estaba cerrada con llave.

—Podría ser —bromeó el empresario—. Toda mi familia es de Perú, pero yo he vivido en España durante muchos años. Los negocios me obligaron a volver.

Entramos en el despacho y nos sentamos alrededor del enorme escritorio que lo presidía. Eric sacó varias botellas de vino y de licores y se las ofreció a De la Cruz, que escogió antes de comenzar con la reunión.

—¿Y Kellan? —cuestionó al servirse la bebida en una de las copas—. Pensaba que estaría aquí ya. —Miró su reloj, impaciente.

—No ha podido venir —respondió Eric de inmediato.

Al ver que iba a añadir una excusa o, incluso, una mentira, me apresuré en contestar. Estaba segura de que De la Cruz sabía, de sobra, dónde estaba el jefe; si iban a hacer negocios juntos, se habría informado hasta de su grupo sanguíneo.

—Está en comisaría —añadí, fingiendo normalidad, ganándome una mirada de parte de mi compañero que se traducía, básicamente, en un: «¿Qué narices estás haciendo?».

—¿En comisaría?

—Sí, pero son meros formalismos. Alguien ha colado esta noche dos kilos de cocaína en el DS y la policía se ha llevado a Kellan para declarar, como propietario del local —le quité importancia, pero De la Cruz frunció el ceño.

—Ya sabía que Ulloa está en comisaría. —Entrelazó sus dedos sobre la mesa—. Mis hombres me han dicho que está en el calabozo, que ha habido una redada en vuestro club… Si es así, no podemos seguir con el plan; no puedo arriesgarme a tener a la policía detrás de mis empresas.

—No es lo que crees —se metió Eric.

—No podemos seguir adelante. El barco está de camino, pero cancelaremos el traspaso; no podemos jugárnosla.

—Eric tiene razón, no es lo que parece. El policía que se ha llevado a Kellan es uno de

nuestros infiltrados en la comisaría. Puedes estar seguro de que el trato seguirá adelante y el plan saldrá a la perfección; solo hace falta que ultimemos los detalles, que llevamos concretando durante días, y te haremos ganar mucho dinero.

—Como dices, el barco está de camino y será el envío más grande que has realizado hasta la fecha —me apoyó Eric—. No es el momento para cancelar nada… Kellan estará aquí esta misma tarde.

—Si le meten en la cárcel, nuestro contrato queda rescindido por completo.

—No será el caso —me convencí. Nos convencí—. Déjalo en mis manos. Yo misma me encargaré de que tu envío llegue a tierra sin contratiempos, de que ganes todo el dinero que esperas y de que Kellan esté en su casa para comer.

—¿Tienes soluciones para todo? —Sonrió con curiosidad.

—Suelo tenerlas, sí. —Le devolví la mueca, condescendiente.

—Lo tenemos todo pensado. Las nueve toneladas están en el carguero, de camino hacia el puerto, pero, en esta ocasión, haremos el traspaso en aguas internacionales, lejos de los radares de los guardacostas —le explicó Eric.

—¿Cómo pensáis hacer que lleguen las lanchas hasta allí?, ¿hasta aguas internacionales? —cuestionó incrédulo y le ofrecí un mapa con las coordenadas.

—Hasta este punto en concreto. —Lo señalé—. Hoy empezaremos a modificar las planeadoras, vamos a ponerles un doble fondo para aumentar el depósito de la gasolina. Tenemos a nuestros hombres terminando el proyecto y en unas horas, se pondrán manos a la obra.

—Un doble fondo —repitió sarcástico, soltando el aire por la nariz—. Bien pensado…

—Lo único que necesitamos es que el carguero esté el día acordado a la hora exacta en esta posición, latitud y longitud, para trasvasar los fardos a las planeadoras. De lo demás nos encargaremos nosotros.

—Sí —confirmó Eric—. He hablado con mi contacto en aduanas para evitar —recalcó la palabra— la intervención en altamar.

—Al cargar la mercancía en aguas internacionales, lo tendremos más fácil. —De la Cruz nos observaba atónito—. Tendremos dos equipos completos en tierra, uno para cada lancha, en los puntos concretos para el desembarco. Cada equipo estará formado por doce hombres y seis vehículos, pero en cuanto el cargamento esté en nuestras manos, es cosa nuestra.

—Lo que digo… La chica de las soluciones para todo. Ahora entiendo por qué te convertiste, en tan poco tiempo, en una de las personas favoritas de mi querido Ulloa.

—No fue fácil —bromeé—. Iago era un hombre complicado; no confiaba en cualquiera.

—Y eso era lo que más me gustaba de él, que sabía en quién confiar. Por eso, creo que lo haréis bien; él habría puesto un brazo en el fuego por vosotros dos.

«Y se habría quemado… De hecho, se quemó», pensé, tragando saliva con fuerza para digerir la culpa que se amontonaba en mi garganta.

—Solo hay algo que me preocupa. —Dio otro sorbo de su bebida—. Si Kellan no está aquí…

—Kellan estará aquí hoy mismo. Te lo aseguro —sentencié como si fuese algo que dependiera de mí.

La mirada que me dedicó me hizo darme cuenta de que me lo había ganado y empezaba a confiar en mí, aunque en estos negocios esa confianza nunca fuera del cien por cien, ya que nuestra vida dependía de ello. No obstante, había quedado como una auténtica profesional, capaz de controlar cualquier imprevisto y de salir adelante, por muchas dificultades que encontrásemos en el camino. Una auténtica heroína… Y la antigua África, esa parte de mí que se empezaba a difuminar en mi interior, habría estado orgullosa. No solo me había quitado a Kellan de en

medio, sino que había ganado muchos puntos frente a De la Cruz, el mayor empresario y narcotraficante del momento. Pero la culpa pesaba demasiado… Casi tanto como los sentimientos.

Capítulo 23



Kellan

Ni siquiera me había dado tiempo a aprenderme aquella pequeña celda de memoria; me había pasado la mayor parte de aquellas horas en la sala de interrogatorios, bajo la mirada crítica de Oliveira y las preguntas absurdas de Ramos. Por lo visto, estaban buscando algo que no encontraron en el registro, pruebas sobre el dinero negro y los pagos a políticos y a gente de las altas esferas. Y creían que yo les daría la respuesta. Me amenazaron con cualquier cosa, como tocar a mi familia, intentando que sus palabras me afectasen, pero mi silencio y mi sonrisa sarcástica les alteraban demasiado. No me conocían ni tenían idea de lo que era capaz…

Por eso, cuando unas doce horas después del registro, uno de los agentes abrió la puerta para dejarme salir, confirmándome que era libre, sentí la furia del inspector abrasando mis espaldas.

—No te vayas muy lejos, Ulloa —escupió cuando me vio.

—Gracias por el todo incluido —contesté, burlón—. Siempre es un placer.

Al sentir la brisa sobre mi rostro, respiré profundamente, siendo consciente de la que me había librado, aún sin saber cómo. Vi el coche de Eric aparcado en la acera opuesta y se bajó del vehículo, recibiéndome con un golpe en el hombro, a modo de saludo, cuando me acerqué.

—Bienvenido de nuevo, capitán. ¿Cómo te han tratado por ahí dentro? —Le devolví el golpe con cariño antes de subirme al asiento del copiloto.

—Mejor de lo que esperaba.

—Saben con quién pueden estirar la cuerda y con quién no.

—Eso parece… Aunque la cuerda ha estado a punto de romperse. ¿Has descubierto lo que ha pasado? —pregunté cuando arrancó y aceleró, adentrándose en las calles de O´Beiros—. ¿Cómo lo has conseguido?, ¿cómo me has sacado?

—Estás hablando con el mejor abogado de toda la ciudad, ¿o lo olvidabas? —Reí por su comentario.

—Claro, cómo no…

—No ha sido difícil; no tenían pruebas suficientes. Y África ha hecho el resto…

—¿África?, ¿cómo?, ¿dónde está? —cuestioné asombrado.

Esa chica nunca iba a dejar de sorprenderme. ¿Quién era, realmente, y de dónde había salido? O lo que era más importante, ¡¿qué estaba haciendo conmigo?!

—¡Yo qué sé! No tengo ni idea. Os estáis tomando muy en serio el tema de dejarme como niñero del equipo…

—¿Cómo lo ha hecho?

—¿Recuerdas a Pope? —Asentí.

—Cómo olvidarlo…

—Por lo visto, los dos kilos de coca eran suyos. Bueno, nuestros; eran los paquetes que, supuestamente, le habían robado. Dice que él los dejó allí para incriminarte.

—¿A mí? —Arrugué la frente, confundido—. ¿A cuento de qué?

—Ni idea… ¿Por tu visita? —cuestionó y mi ceño se frunció aún más—. Ya, yo tampoco lo creo. ¡No me preguntes! Ha sido cosa de África. ¿Sinceramente? Creo que ha tenido una… conversación con él para que te dejasen libre. Y nos viene genial. ¡Es justo lo que necesitábamos! Así que tampoco he querido preguntar más.

Esa chica… iba a volverme loco, si es que no lo estaba ya. Por ella, además.

—¿Qué tal la reunión con De la Cruz?, ¿la operación sigue adelante? —me interesé, intentando cambiar el tema de conversación.

—Todo en orden —respondió, esbozando una media sonrisa—. Aunque casi se va al traste cuando se enteró de que estabas en comisaría.

—Era de esperar.

—Sí, pero todo sigue adelante justo como lo planeamos. ¡Será el cargamento más grande de nuestra historia!

—Bueno, mejor que seamos precavidos… No nos hace falta batir ningún récord, sino hacer las cosas bien. ¿Cómo conseguiste que De la Cruz no se echase para atrás? Por lo que tengo entendido, es un tipo desconfiado.

—Lo es, pero creo que eso también tienes que agradecérselo a África. Hay que reconocerlo, supo llevar las riendas de la reunión en todo momento.

No esperaba menos de «la narco más conocida de todo el Estrecho», pensé, recordando las palabras de Ramos. Esa mujer era increíble, tanto como para salvarme el pellejo y la misión en un mismo día, tanto como para removerme por dentro solo con respirar cerca de mí.

—¿Estará en el pazo?

—No tengo ni idea. Puede ser.

—Llévame a casa.

—Había quedado con los chicos en el club; tenemos muchas cosas que organizar…

—Más tarde; llévame al pazo. Tengo que hablar con ella, a solas —recalqué.

—No pensaba quedarme. Ni de coña. Bastante tengo encima como para ejercer de casamentero también. Además, no creo que te haga ninguna falta…

—¡Serás imbécil! Tengo que hablar con ella. Solo eso.

—¡Lo que tú digas!

Nos pasamos el resto del trayecto hablando sobre la reunión y sobre la inauguración del nuevo hotel de Vigo, de la que se había encargado Connor, que salió a pedir de boca, ya que mi hermano ejerció su papel como un buen empresario y relaciones públicas. Si algo se le daba bien era hablar con cualquiera; sobre todo, con ellas… Algo que comprobamos en cuanto cruzamos la valla empedrada del pazo y le vimos saliendo del terreno en su coche, acompañado de una mujer con una sonrisa deslumbrante.

—¡Ey, Kellan! ¡Estás libre! —se sorprendió, bajando la ventanilla para charlar unos segundos.

—Eso parece, pero no se te ve demasiado preocupado… —bromeé, aunque algo de verdad se

escondía en mis palabras.

—¡Exagerado! No he podido pegar ojo. —Sonrió, cautivador. ¡La madre que le parió!

Esperaba que nos presentase a su acompañante o que nos dijera su nombre, pero, al parecer, ambos sabían que ese encuentro, por llamarlo de alguna manera, no llegaría muy lejos y no merecía la pena dar explicaciones.

—Nos vamos a la playa, he quedado con unos colegas para hacer surf, pero no os preocupéis, estaré en el club antes de que abra.

—Eso espero.

—Yo también me marcho —dijo Eric, a mi lado—. Nos vemos luego.

Me bajé del coche y caminé por el césped hacia el interior de la vivienda. No había ni rastro de África por ninguna parte, así que supuse que habría salido a correr. Después de esas horas en el calabozo, estaba deseando ducharme, así que no me entretuve y me relajé debajo del chorro de agua fría durante más tiempo del debido, pero lo necesitaba. Salí de la ducha como nuevo, me puse unos pantalones de chándal amplios y cuando iba a dirigirme a la cocina a por una taza enorme de café, su imagen me golpeó de lleno, dejándome sin aliento. Nuestras miradas chocaron con fuerza y sentí un intenso huracán azotando mi interior sin piedad. Llevaba unos *shorts* fucsias, que bien podrían tratarse de un mecanismo de tortura, combinados con un top negro, fundido con su larga melena oscura y húmeda, que cubría sus pechos, pero dejaba a la vista el piercing de su ombligo, que centelleaba captando toda mi atención.

—Kellan… —murmuró sorprendida.

—Hola. Te estaba buscando.

—He… He salido a correr y me he dado una ducha; no había quien estuviese aquí con Connor y su amiguita. —Puso los ojos en blanco al recordar la escena.

—Me imagino. —Sonreí con complicidad, dando un paso al frente—. Me ha dicho Eric que le has echado una mano para sacarme de esta… Gracias.

—No tienes por qué dármelas —dijo con una mirada que no logré identificar—. Es parte de mi trabajo.

—No, no lo es.

Y ahí estaba de nuevo, ese vértigo en el pecho que nunca desaparecía cuando ella estaba a mi lado y ese miedo a que fuera importante para ella y por eso, se hubiese molestado en buscar una solución. Nunca había sentido miedo hasta ese día, hasta que fui consciente de mis sentimientos por ella y estos me superaron por completo y se hicieron con el control, hasta que lo demás dejó de tener importancia y pasó a convertirse en un simple decorado. Todo, menos ella.

Me habría encantado preguntarle cómo había incriminado a Pope o si, en realidad, fue él quien puso esos kilos de cocaína en mi club, pero, sinceramente, me daba igual. Con ella delante, todo me daba igual.

Sentí cómo sus labios, de los que no podía apartar la mirada, tiraban de los míos a través de una mágica atracción y no pude contenerme ni un segundo más; me acerqué a ella, sujeté su mentón entre mis dedos y acaricié el contorno de su boca con el pulgar antes de besarla con suavidad. Creo que aquella fue la primera vez que nos besamos así, lentamente, saboreando el instante, cambiando el sentido de todo.

—¿No deberías estar en el club? —preguntó, separándose y pausando el beso—. Tenéis muchos temas urgentes que…

—¿Nunca te has preguntado la diferencia entre lo urgente y lo importante?

El reloj se detuvo al pronunciar esa frase, África vio la respuesta en mis ojos y nuestra respiración se paralizó hasta que ella dio el paso y se lanzó a mis labios sin pensarlo dos veces,

buscando ese oxígeno que nos faltaba. Nos besamos apasionadamente, sin poder controlarnos, atraídos por esa poderosa energía que tiraba de nosotros, provocando que chocásemos con necesidad, con lujuria, con demasiado deseo contenido. Porque cada vez que ella se encontraba cerca, sentía ese inmenso deseo de tenerla y a ella le ocurría lo mismo; me lo demostraban sus ojos, sus gestos, las reacciones de su cuerpo bajo mi tacto, los gemidos que se escapaban entre susurros… Nos habíamos convertido en dos narcotraficantes con la droga más poderosa, adictiva y peligrosa entre nuestras manos: ese deseo incontrolable.

Deslizó su lengua sobre la mía con movimientos expertos, conquistando cada rincón de mi boca con un dejo de locura que encendió mi cuerpo mientras sujetaba su rostro entre mis manos para dirigir los besos hambrientos que se adueñaban de nosotros. Mi mano descendió por su top, rozando sus pechos, abrazando la piel de su cintura y sintiendo cómo esta se erizaba. Su dulce sabor inundó cada recodo de mi organismo, haciéndome enloquecer, obligándome a separarme levemente para respirar y admirarla, sin dejar de acariciarla.

—¿Me estás besando porque te he salvado la vida? Otra vez… —Pronunció esas palabras de forma entrecortada, jadeante, encajando a la perfección con el fuego de su mirada y la desesperación de su respiración.

—Te estoy besando porque necesitaba hacerlo. —Volví a posar mis labios sobre los suyos—. Porque llevo deseando besarte desde el mismo instante que te conocí. Y puede que lo necesitara desde antes… Mucho antes.

Fue decir esas palabras y entrar en un punto de no retorno. Ambos lo sabíamos y hasta ahí llegó nuestro control de la situación. Nos devoramos sin poder contenernos en cuanto su lengua, tan decidida como ella, se reencontró con la mía y empezaron una peculiar y ardiente batalla interna. África se agarró a mi cuello para impedir que me alejase cuando esos besos se convirtieron en unos rápidos y húmedos cargados de lujuria; aunque lo último que querría en la vida, en esos instantes, era separarme de ella lo más mínimo. Sus caderas se movieron contra las mías y ahogué un gruñido ronco en su garganta, dominado por la deliciosa fricción.

Enredó sus piernas en mi cuerpo, agarrándose a mi espalda, acariciándola, sintiendo cómo mis músculos se contraían con su roce, cuando la alcé en el aire sin apenas esfuerzo, aferrándome a ella como si la existencia de la humanidad dependiera de que nuestros labios continuasen unidos. Caminé sin dejar de besarnos, de acariciarnos, de saborearnos, hasta mi habitación y caímos en la cama torpemente, ahogándonos de excitación, sintiendo cómo esta hacía que nuestra piel ardiese por momentos.

El pánico regresó al darme cuenta de que me negaba a abrir los ojos y comprobar que lo que estaba ocurriendo era real, que no era solo cosa mía, que África me deseaba tanto como yo a ella y que la situación nos había superado a ambos. Nos habíamos esforzado en negarlo, pero ya era tarde; empezaba a conocer sus muecas, a descifrar sus gestos, a seguir sus caricias que me guiaban hacia ella, donde más le gustaba.

Se incorporó para quitarse el top con esa sensualidad felina que podría haberme llevado directo al orgasmo sin apenas tocarme, dejando sus pechos, perfectos y firmes, totalmente expuestos. Se deshizo de mi ropa, dejando que cayera al suelo, y volvió a tumbarse sobre el colchón con esa mirada cargada de lujuria que me provocó para que regresara junto a ella y la besara con deleite. Mis labios descendieron hacia sus pechos mientras los acariciaba, saboreándolos, capturando sus pezones entre mis dientes, torturándola de la mejor manera posible. Agarró mi pelo con fuerza cuando varios gemidos escaparon de su boca y me obligué a parar el ritmo; no quería que la pasión nos superase como siempre. Necesitaba disfrutar de ella, de cada centímetro de su cuerpo, de cada curvatura de su organismo, acariciarlo, admirarlo,

deleitarme con su piel, sentir sus caricias y provocarle todos esos jadeos con los que llevaba noches soñando.

Mi lengua recorrió sus lunares, jugueteando con ese piercing traicionero, sintiendo los resultados de mi tacto con cada gemido que salía de su garganta. Me deshice de sus *shorts* y de la ropa interior y besé con mimo cada recoveco hasta que hundí mi cabeza entre sus piernas. Su forma de arquear las caderas y de agarrar mi pelo lograron que esos primeros besos lentos, que se centraron en saborearla, terminasen devorándola con ansiedad, con una necesidad latente en cada jadeo incontrolado.

Tiró de mí para que regresara junto a ella y volví a besar sus labios, rindiéndome a ellos, acariciándola con suavidad. Me detuve unos segundos para buscar su mirada y con ella me dijo todo. Enredó sus dedos en mi nuca, rozando mi piel, y cuando coloqué mi miembro en su entrada, enloqueciendo al ser consciente de su humedad, se agarró a mi espalda y arqueó las caderas con necesidad, logrando que me hundiera en ella como si hubiéramos nacido para estar así, unidos; provocando que perdiera la poca cordura que me quedaba con ese único movimiento. Nos contoneamos en un vaivén de acometidas lentas, pero directas, que nos permitieron encontrar la mayor profundidad, encajando nuestros cuerpos al máximo de la manera más perfecta posible de imaginar.

La intensidad del momento, el placer que vibraba en mi interior y el deseo que latía sin remedio me obligaron a cerrar los ojos con fuerza, haciendo un ejercicio de contención tremendo para no dejarme llevar y acabar con todo aquello antes de empezar. Sin embargo, no pude mantener el ritmo de las embestidas; a esas alturas, había perdido el control, la razón y el dominio de mí mismo. Allí solo había pasión, necesidad y deseo. Tanto que ni siquiera nos acordamos del condón; lo necesitaba todo de ella y lo necesitaba ya. Hasta ese punto llegó mi autocontrol… Yo nunca, jamás, en toda mi vida, me habría olvidado del preservativo. Era algo impensable… Impensable hasta que ella se cruzó en mi camino. ¡Era un puto descerebrado!

Con un movimiento rápido, África me hizo rodar sobre el colchón y se quedó sentada a horcajadas sobre mí. Recorrió mi torso con la yema de sus dedos, con sensualidad, llevándome al límite al no dejar de moverse sobre mí, buscando con maestría el mejor ángulo para alcanzar el máximo placer. Puse mis manos en su cintura, acariciándola, dejándome guiar por sus movimientos, contemplándola como nunca lo había hecho, sintiendo cada milímetro que entraba y salía de su interior, provocando que una oleada de placer me arrastrase con cada contoneo.

La guie hasta mí para besarla, ya que me había vuelto adicto a su saliva, y esos besos hambrientos, desbordantes de deseo, precedieron la llegada al orgasmo más intenso de mi existencia. Acompasamos los movimientos de nuestros cuerpos, aumentando el ritmo y la necesidad, provocando que todo lo que nos estábamos dando se quedase corto, que necesitásemos más y más, en todos los aspectos. Cada milímetro de mi organismo se estremeció cuando sus jadeos retumbaron en mi garganta y agarró mi labio inferior entre sus dientes avisándome del final. Aumenté el ritmo de las embestidas cuando la vi flojear, hipnotizado por el vaivén de su cuerpo, por su forma de pedirme que no parase, por la necesidad de su mirada. Y cuando la pasión se concentró entre nosotros, atraída por miles de besos y caricias que nos llevaron al máximo, esa increíble y sofocante sensación se adueñó de nuestros cuerpos y una intensa descarga eléctrica sacudió mi columna vertebral como nunca, de forma violenta, repentina, fulminante. Inolvidable.

África cayó sobre mí, desmadejada, tratando de recuperar la respiración y el ritmo de los latidos de su corazón, y la besé con esos sentimientos agradables, confusos y placenteros retumbando en mi interior. Sentimientos que no había conocido nunca y que habría preferido no

experimentar. Porque aún no sabía qué había sido eso, pero, sin duda alguna, no había sido nada comparable con el sexo; fue mejor, infinitamente mejor.

—¿Qué estamos haciendo, Kellan? —Sentí la angustia en su voz y comprendí que todo aquello, fuera lo que fuera, le estaba superando. Igual que a mí.

—No lo sé —contesté sin salir, aún, de su interior. No podía. No quería. Me negaba.

África seguía tumbada sobre mí y empecé a deslizar mis dedos de arriba abajo por su espalda. La estaría acariciando hasta que mi mano se quedase dormida. O hasta el fin de mis días… No lo tenía claro. Todavía.

—Júrame algo… —susurró, apoyando su cabeza sobre mi torso.

—No me gusta jurar, soy más de promesas. —Sonreí.

—Júrame que esto no cambiará nada.

¿Esto? No sabía a qué se refería exactamente con «esto», pero no quería decir nada que pudiera joder el momento. En esos instantes, no cambiaría tenerla entre mis brazos por nada del mundo.

—Lo importante de verdad no va a cambiar —murmuré sobre sus labios, rozándolos con un beso suave—. Te lo juro.

Ojalá hubiera sido así. Ojalá hubiera visto venir lo que nos esperaba solo unas horas más tarde… Aquello solo era el comienzo; el principio del fin.

Capítulo 24



Kellan

Nunca una tarde se había esfumado tan rápido, como si se tratase de esos rayos de sol que se fundían entre los nubarrones, iluminando el camino, pero inalcanzables al evaporarse entre los dedos con la calidez de una tarde de primavera. No sé cuántas horas estuvimos rodando entre las sábanas, disfrutando entre caricias, besos, gemidos y jadeos, saboreando el instante, convirtiendo aquellos momentos en el inicio de un secreto a voces que no debería haber existido y, sin embargo, ocurrió.

Llegamos al Dark Soul cuando sus puertas ya estaban abiertas y una enorme hilera de personas se encontraba frente a ellas para acceder al local. Detuve el coche en la puerta y los aparcacoches vinieron al instante para llevárselo al garaje del club.

—¿Qué pasa, Cano? —saludamos al portero al acercarnos—. Una noche ajetreada…

—Buenas noches, jefe. Apenas hemos abierto y ya casi estamos llenos. Lo de dentro tiene que ser una locura.

—¡No te quejes! —exclamó Afri a mi lado—. Tú estás aquí fuera, respirando aire… Te invito a que te adentres en la jungla unos minutos —bromeó.

—No, gracias. —El joven esbozó una sonrisa sarcástica.

—¡Kellan! —Escuché a mis espaldas y me giré para ver de dónde procedía el grito—. ¡Kellan!

Vi a Ramos, nuestro querido contacto en la policía, irónicamente hablando, por supuesto, en un coche que se encontraba aparcado en la esquina. Me hizo un gesto con la cabeza para que me acercase a él y lo hice sin dudar.

—Chsss… —chisté en dirección a África para captar su atención antes de alejarme demasiado.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo quería ver esa sonrisa otra vez. —Sus labios se curvaron automáticamente y mi corazón se aceleró como si se tratase de un acto reflejo—. Ve entrando; tenemos demasiado jaleo y Eric estará que se sube por las paredes.

—No te preocupes; yo me encargo, jefe —dijo con su tono más profesional.

Caminé hacia el coche de Ramos, que me esperaba impaciente, sentado al volante, sacando el

brazo por la ventanilla y tamborileando con los dedos en la carrocería.

—Sube. —Hizo una mueca para «invitarme» a ejercer de copiloto.

—No me gustan las órdenes —contesté indiferente.

—Vamos a dar un paseo. Tenemos cosas importantes de las que hablar…

—Creo que hemos tenido tiempo de sobra para hablar mientras estaba en el calabozo. Por cierto, no has sido demasiado amable…

—Está bien, te lo pediré con la amabilidad que mereces. ¿Puedes subir al coche, por favor? —Sacó la pistola y me apuntó de forma disimulada, escondiendo el arma con el cuerpo para que los cientos de asistentes que continuaban en la puerta no se percataran de la escena—. ¿No querrás que tu amiguita reciba una bala perdida así, de repente?

Miré hacia atrás y la vi allí, junto a Cano, charlando entre sonrisas. Nuestros ojos se encontraron a medio camino y me olvidé de respirar cuando un latigazo incesante me recorrió al sentir cómo me acariciaba con una simple mirada. Y, entonces, no tuve elección posible.

—¿Mejor ahora? Sube.

Palpé mi cintura con la mano derecha, buscando mi pistola, pero ni siquiera había tenido tiempo para cogerla. «¡Mierda!». Subí al coche y me acomodé en el asiento del copiloto, observándole con un gesto cargado de inquina.

—¿Qué cojones quieres?

—Ya te lo he dicho, solo vamos a dar una vuelta.

Aceleró y empezó a conducir por esas carreteras sinuosas tan familiares. No volvimos a hablar durante todo el trayecto; creo que no hizo falta, ya que la tensión podía respirarse en aquellos pocos metros cuadrados. No obstante, cuando vi hacia dónde se dirigía y aparcó en la vieja conservera Ulloa, le analicé desconcertado.

—¿Qué hacemos aquí? —cuestioné con voz grave.

En esos instantes, miles de pensamientos desbordaron mi mente; desde que tenía gente infiltrada en la banda que le había pasado la información que no debía hasta que había encontrado los kilos de cocaína, que seguían guardados en aquel edificio en ruinas, y se había apropiado de ellos. Un nudo se ató con fuerza en la boca de mi estómago.

—Tengo una sorpresa para ti… Ya sabes, por nuestro encontronazo del primer día, en tu club.

—¡Venga ya, Ramos! No sabía que fueras tan rencoroso… —comenté, impasible, para hacerle ver que no me afectaban sus palabras—. Además, solo fueron unas caricias… ¡Podríamos haber acabado peor!

—Pues… gracias a esas caricias, he preparado varias sorpresas para ti, pero todo a su debido tiempo —escupió con odio.

—¡Como quieras! —Me puse cómodo en el asiento, mostrándole toda la relajación del mundo—. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Quise evitar que saliéramos del vehículo y nos adentrásemos en la conservera, que viera más de lo estrictamente necesario y tuviera que deshacerme de él. Aunque no sería un trabajo complicado; Ramos era un hombre fibroso con un cuerpo atlético, como buen policía, pero le faltaba la rapidez y el impulso que a mí me sobraba. Por no hablar de que le doblaba en fuerza y quitarle la pistola de las manos habría sido tan fácil como robarle una piruleta a un niño. ¡O a un bebé! No obstante, quería ver hasta dónde era capaz de llegar y qué significaba todo aquello.

—Vamos dentro —pronunció al leer la negativa en mi mirada—. Nos están esperando.

«¡¿Qué?! ¡Joder!». Solo podía pensar en la droga, en que hubiera desaparecido y, como consecuencia, nuestro socio peruano se echase para atrás con el próximo cargamento. Así que no

lo dudé ni un solo segundo y salí del vehículo dispuesto a descubrirlo cuanto antes.

Abrí el viejo portón de hierro y al adentrarme en el interior, seguido por Ramos, dos tipos, que no había visto nunca hasta entonces, se acercaron a mí con paso lento y firme.

—Vaya, vaya… —masculló el más alto de los dos, adelantándose al otro. Su sonrisa, acompañada de una mueca cargada de aversión, que trató de ocultar, no me gustó ni un pelo desde el primer momento que la vi. Sabía que escondía algo, aunque aún no supiera el qué—. El gran Ulloa…

Sacó una pistola de su cintura y la dejó sobre una de las mesas, a la vista, pero fuera de su alcance, sin perder el gesto de fingida amabilidad, y sin decir nada, con un movimiento de su mano, obligó a su compañero a apuntarme desde lejos. Acababa de descubrir quién era el cabecilla.

—Como comprenderás, es solo por seguridad. Mi amigo no piensa dispararte. Al menos, no hoy. —Volvió a sonreír con sarcasmo—. Estaba deseando conocer al legendario Kellan…

—No puedo decir lo mismo. ¿Quién eres y qué quieres?

—¡Tranquilo, hombre! En unos minutos, descubrirás que te estoy haciendo un favor enorme. Estoy aquí por ti. Esta reunión va a ser muy… fructífera. —Pensó la palabra durante unos segundos antes de soltarla—. ¿Quieres algo de beber? Nos hemos tomado la molestia de traer unos litros. —Señaló tres botellas de cerveza que había apoyadas en una de las ventanas, pero ignoré su pregunta por completo. No estaba allí para perder el tiempo—. Le he pedido a mi queridísimo Ramos que fuera a buscarte; espero que te haya tratado bien.

—Sí, muy bien. ¿Podemos ir al grano? Si no te importa… Tengo que volver al trabajo.

—En serio, Kellan, confía un poco en mí. Con todo lo que te traigo esta noche, se te van a quitar las ganas de trabajar. De verdad… Solo quiero presentarte a alguien, pero tengo que llamarla primero. Seguro que te encanta; es un bombón. Dame unos minutos.

El tipo de la pistola dio un paso al frente, acercándose más a mí, y Ramos hizo lo mismo a mis espaldas. Pude sentir el cañón de su pistola demasiado cerca y con las ganas que me tenía, temí que el arma se disparase de un momento a otro sin que apenas me diera tiempo a reaccionar.

El que parecía ser el líder sacó su teléfono del bolsillo trasero del pantalón y marcó un número en la pantalla antes de colocarlo en su oreja. No le perdí de vista; no me fiaba ni un pelo de ese tipo y esperaba que la liase en cualquier instante.

—¡Hola, niña! ¿Cómo estás? —Hizo una pausa para escuchar la respuesta—. Lo sé, lo sé. Por eso te llamo… Imaginaba que me echarías de menos y estoy por aquí. —Otra pausa; en esa ocasión, más larga que la anterior—. ¿Cómo que aquí dónde? Aquí, aquí, en O´Beiros. Y te he traído un regalo… —Volvió a quedarse en silencio—. No seas desagradecida antes de saber de qué se trata. Estoy seguro de que lo querrás. Más que nada porque te pertenece… Y si quieres que mi sorpresa siga viva, tienes diez minutos. En la vieja conservera Ulloa. Date prisa.

Y colgó, dejándome más confundido aún, al regresar a mi lado y colocarse frente a mí con esa peculiar mueca.

—Pensaba que tu hombre no iba a dispararme…

—¿Lo dices por eso de que mi sorpresa siga viva? ¡Veo que las coges al vuelo! No me subestimes, Kellan… En el caso de que tuviera que deshacerme de ti, no usaría una pistola. Vas a ser lo mejor del día de hoy… ¡¿Qué digo?! ¡Serás lo mejor que me ha pasado en meses! Ya verás cómo pasamos un buen rato…

Fruncí el ceño, apretando los labios para tragarme una respuesta que, con total seguridad, cambiaría sus planes y haría que me volara los sesos, sin más.

—Toma asiento, por favor. Nuestra invitada no tardará.

—Estoy bien así. ¿Vas a decirme ya quién coño eres y qué quieres?

—Me llamo Lucho, pero dudo que hayas oído hablar sobre mí. A la gente que tenemos en común no le interesa que me conozcas. Al menos, aún no. Me dedico a… Digamos que al transporte de mercancías en el Estrecho.

¡¿Qué cojones?! No podía tratarse de una maldita casualidad. Hasta ese instante, pensaba largarme y dejarlos allí, si es que conseguía salir con vida de esas cuatro paredes, pero en cuanto pronunció esas palabras, me pudo la curiosidad. ¿De verdad ese tío tenía algo que ver con África?

—¿Y qué es lo que quieres, Lucho? Porque me imagino que no habrás venido hasta aquí solo para verme.

—Ahí has acertado, amigo. He venido aquí para recuperar lo que es mío. Dame unos minutos y lo verás; esto va a ponerse interesante.

—Sí, y es una pena que me lo vaya a perder porque yo tengo que marcharme —comentó el policía a mis espaldas—. Me habría gustado quedarme; me encantaría poder ver su cara dentro de un rato, pero ya me contarás cómo acaba —le dijo al tal Lucho—. Por cierto, Kellan, nos vemos pronto; siempre es un placer.

Se acercó a mí y me dio un fuerte puñetazo en la boca del estómago que provocó que me doblara por la mitad. Iba a devolvérselo, a estampar mi puño en cada parte de su cuerpo, empezando por su cara, pero Lucho me detuvo a tiempo y recordé que, en aquella situación, tenía todas las de perder.

Ramos se marchó y me dejó allí con esos dos desconocidos, impaciente y nervioso, deseando descubrir qué demonios querían y, lo más importante, si eso que deseaba recuperar era nuestro cargamento.

—¿No habrás venido hasta aquí para hacer negocios? —pregunté sin poder contenerme.

—Yo no me muevo para hacer negocios; los negocios vienen a mí. Ya te darás cuenta… Tú no me conoces, pero yo a ti sí y estoy seguro de que, en otro momento, habríamos hecho buenas migas. De verdad… Habríamos trabajado bien juntos, si no fuera porque nos separan demasiadas cosas. Casi tantas como las que nos unen.

—Permíteme que lo dude…

—¿Sabes? Yo conocí a tu padre. Era un buen tipo; demasiado narcisista y avaricioso para mi gusto —dijo caminando de un lado a otro—. Por lo que me han contado, no os parecéis en nada.

¿Conocía a Iago? ¡Cómo no!

—Aquí, en el norte, las cosas son muy distintas. Os complicáis demasiado la vida —reflexionó—. Allí abajo todo es sencillo. O lo hacemos sencillo, la verdad. Rápido y eficaz… Apenas tardamos quince minutos en llegar hasta África, coger lo que es nuestro y hacernos con la mercancía acordada, ¿y vosotros? ¿Pensáis que lo mejor es cruzar el charco? —Entrecerró la mirada, haciéndose el interesante—. Sí, Kellan; también sé que estás esperando un cargamento de varias toneladas…

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Puedes disimular todo lo que quieras, pero, quizá, deberías controlar mejor a tu gente. Ya sabes… Y si no lo sabes, empezarás a darte cuenta hoy mismo, porque yo tengo ojos, oídos y manos dentro y fuera de la península.

—Lo que tú digas.

—Podríamos pensarnos lo de trabajar juntos. Tal vez no sea mala idea…

—Aún no me has dicho lo que quieres… ¿y piensas que podríamos trabajar juntos? Me parece que no.

Dibujó una media sonrisa en su rostro que me preparó para lo peor. Aunque nunca habría estado listo para todo lo que ocurrió a continuación.

—¡Aquí está! —exclamó unos segundos más tarde, cuando oyó un coche deteniéndose cerca de la puerta—. Empieza el espectáculo… Prepárate, Kellan, porque te voy a presentar a una chica preciosa e inteligente, capaz de hacer cualquier cosa para conseguir sus objetivos.

—¡¿De qué coño vas?! —exclamó África al cruzar la puerta y encontrarse con la imagen de Lucho de frente—. ¿Qué demonios haces aquí? ¡¿Qué es lo que quieres?! Ya te dije que no…

Se giró levemente y sus ojos chocaron con los míos, anclándose sin poder separarse, rompiendo con todo nuestro mundo con un solo pestañeo.

—¡Mírala! ¡Por fin está aquí!

África se quedó petrificada al verme. No se movía, ni siquiera reaccionaba; por un momento, llegué a dudar si se encontraba bien. Lucho se acercó a ella, andando con chulería, y le dio un beso suave en los labios que me obligó a apretar la mandíbula con fuerza, pero ella no se inmutó. Estaba en *shock*.

—¡Qué bonito reencuentro! —gritó Lucho—. ¿No os lo parece? Mikel, ¿te lo parece o no? —le preguntó a su amigo, que asintió con una sonrisa amplia y divertida.

—¿Qué coño haces aquí, Lucho? ¡¿Qué quieres?! —Sentí cómo África intentaba mantenerse fuerte, pero sus labios vibraban al pronunciar cada palabra.

—¿Que qué quiero? —cuestionó, escéptico—. ¿Te crees que puedes sacarme de la ecuación, así, sin más y dejarme de lado? Parece mentira… ¿o es que no me conoces, Blanca?

«¿Blanca? ¿Qué estaba diciendo ese tío?, ¿se le había ido la cabeza?».

—Pero no te preocupes, cariño, de verdad. Quiero presentarte a este chico. Parece un buen tipo y estoy seguro de que podríais encajar… ¡Tiene muchos negocios! De esos que te gustan… En realidad, os estoy haciendo un favor; solo quiero hacer las presentaciones oficiales: Kellan, Blanca; Blanca, Kellan.

Vi el pánico en los ojos de África, que seguían fundidos con los míos y ni siquiera parpadeaban. ¡¿Blanca?! Iba a preguntarle qué significaba todo aquello, quién era ese desquiciado, qué cojones quería, qué estaba pasando… Pero no podía. Estaba recibiendo demasiada información en muy poco tiempo y, además, su mirada había conseguido ese efecto hipnótico que solía producir en mi cuerpo; a esas alturas me había olvidado de respirar.

—¿No te suena, Kellan? ¿No te acuerdas de ella? —me preguntó Lucho, centrándose en mí.

—¿Sonarme de qué? —Hice la pregunta, pero no sabía si quería conocer la respuesta.

—Te presento a Blanca Neira, la hija del antiguo socio de tu padre, Gonzalo Neira. ¿No te acuerdas de ella? Jugasteis juntos en más de una ocasión cuando erais niños. ¡Parece mentira que te hayas olvidado de esos ojos!

¡¿QUÉ?! ¿África?, ¿la hija de Gonzalo? Mi rostro pasó del desconcierto al asombro en solo unos segundos. No quedaba nada de la niña que conocí en el cuerpo de esa mujer; no había nada de las carcajadas que soltaba cuando jugábamos al escondite en el pazo, no quedaba ni rastro de los manguitos rosas que sus padres le obligaban a llevar cada vez que venía a mi casa, aunque no se bañara en la piscina y solo jugásemos en el césped. Sabían que era una temeraria que podría acabar en el agua en cualquier momento… En esa mujer no quedaba nada de la niñez que vivimos entre conversaciones inocentes, risas, cuentos y aventuras, pero… ¡¿qué demonios?! Llevaba sin ver a Blanca desde que su padre murió, cuando yo tenía diez años y ella solo cinco; perdimos el contacto con su familia el mismo día que su madre decidió mudarse para romper con los recuerdos, por lo que Blanca podría haberse convertido en cualquier persona… Yo ya no sabía nada de aquella niña.

Mi mente empezó a desbordarse de recuerdos, pero el silencio de África, o de Blanca, me dio a entender que todo lo que me estaba contando Lucho era verdad.

—¿Blanca? —titubeé, al fin, tratando de encontrarla en el cuerpo que tenía frente a mí. Ella asintió y su mentira se clavó en mi pecho como mil dagas ardiendo, de forma dolorosa, mortal.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —se cachondeó Lucho, cogiéndola por el mentón como si así pudiera verla mejor. Me habría encantado detenerle, quitarle la pistola a su compañero y pegarle un tiro en la mano para que dejara de tocarla, pero el desconcierto me tenía paralizado.

—Lucho, déjalo ya… —África se removió para librarse de su agarre.

—¿Qué dices, bombón? ¡Si acabamos de empezar! —contestó antes de centrarse en mí de nuevo—: Es una fiera, ¿verdad? Por eso me gusta tanto… Es tremenda en la cama, ¿eh? —Las náuseas regresaron y tuve que apretar los puños para contenerme o me acabaría destrozando la mandíbula—. ¡¿Qué digo?! ¡En la cama es la mejor! Tendrías que habérselo preguntado a tu padre…

Sentí cómo mi pecho subía y bajaba lenta y profundamente, intentando coger oxígeno sin resultado. Mi cabeza iba a toda velocidad, tratando de asimilar la información, buscando cualquier salida posible y cuando decidí dar un paso al frente para que ese cretino dejase de hablar, oí el arma de su compañero cargándose a mi lado. Dejarle inconsciente no era una opción si no quería acabar muerto.

—¡No te preocupes, estamos en familia! —siguió—. Estoy seguro de que esta misma noche habéis estado follando… Recuerdo su movimiento de caderas, tan rápido como un Ferrari. Seguro que a Iago también le encantaba —me provocó—. Es una lástima que el día de su muerte, él estuviera demasiado lento.

—¿Qué coño dices? —Solo entonces pude articular palabra.

—¿Tampoco se lo has contado, Blanca? —preguntó fanfarrón y mi corazón se detuvo—. ¿Cómo has podido hacer eso?, ¿te has acostado con él sin contárselo? ¡Eso es demasiado hasta para ti, preciosa!

—¡Lucho, te he dicho que lo dejes ya! —exclamó ella.

—¿Sin contarme qué? —me interesé por primera vez, temiéndome lo peor.

—Cuéntaselo, niña. Dile quién fue la única y verdadera responsable de la muerte de su padre…

Juro que pude sentir cómo mi corazón, ese que poco antes dudaba tener, crujió tanto que llegó a romperse. Y en ese instante recordé por qué era hermético, por qué siempre me negué a los sentimientos, por qué nunca me había enamorado.

—Kellan… —susurró a punto de despedazarse ella también.

—No te imaginabas que sería capaz de cualquier cosa, ¿verdad? Pues no te sorprendas, sería capaz de traicionar a su propia familia con tal de recuperar lo que es suyo… ¿O qué creías?, ¿que se había enamorado de ti? —Entorné los ojos, siendo plenamente consciente de sus palabras—. ¡Venga ya! ¿No me digas que te has enamorado de ella, Ulloa? —Se carcajeó de forma escandalosa—. ¡Esto es mejor de lo que pensaba! ¡Nunca creería que serías tan iluso! África nunca se enamora. Nunca. Blanca tal vez, pero ya no queda nada de esa niña en ella.

—¡Lucho, cállate! —le rogó África.

—No, cállate tú, preciosa. ¿Qué creías?, ¿que ibas a repartir mi parte del pastel?, ¿o te la ibas a quedar tú? ¿Ves lo que te decía, Kellan? Traicionaría a cualquiera… ¡Lo ha hecho conmigo! ¡Conmigo, que la acogí en mi casa desde que era una puñetera adolescente! Y mira cómo me lo paga… —siguió con su monólogo, paseando en círculos por el suelo de hormigón—. ¿Y a ti? ¡No me jodas! Sé que no le tenías ningún aprecio a tu padre, que probablemente te dio igual que

muriese, pero… ¡fue ella la que planeó su muerte! ¡Ella!

—Eso no es así… —murmuró África, rompiéndose, con el terror reflejado en sus ojos.

—¿Que no es así?, ¿no fuiste tú la que decidió que Iago muriese en un accidente?, ¿no conducías el coche que le sacó de la carretera?, ¿no diste el volantazo que le tiró por un acantilado? Y lo mejor de todo, ¿no disfrutaste mientras moría entre tus brazos? ¡No me toques los huevos, África! ¡Demuéstrale quién eres! ¡Ya da igual! ¡Todo da igual!

—Yo… no… —musitó.

—¡Tú organizaste todo para recuperar lo que era de tu padre! Lo organizamos —se incluyó —. Pero no te esperabas que apareciera él… —Me señaló.

—¿Y qué pensáis hacer ahora?, ¿quitarme de en medio a mí también? —Desvié la mirada, por fin, y me centré en Lucho. Y lo dije con tanta ira y los dientes tan apretados que sonó a amenaza—: Porque no pienso ponéroslo fácil.

Me sentí furioso, abatido, decepcionado y desilusionado a partes iguales, pero lo peor de todo era eso, que seguía sintiendo. Debía bloquear cualquier tipo de sentimiento ya. Y eso era lo que mejor se me daba.

—¡Qué va! Creo que nos vendrás bien. Aunque… Eso es lo que pienso yo. África ya quiso quitarte de en medio hace unos días. ¿O no te habías parado a pensar en quién puso esos dos kilos de coca en el club y dio el chivatazo a la policía? Equilicuá, ¡así es ella!

—Me parece perfecto —comenté, intentando parecer indiferente—. ¿Qué es lo que queréis?

—Nada. —Lucho se encogió de hombros—. En realidad, solo quería conocerte y que me dieras la bienvenida. Aunque esperaba algo más de efusividad de tu parte.

—Bienvenido —dije con sarcasmo.

—A partir de ahora, nos veremos por aquí a menudo, así que piénsate lo de trabajar juntos. Haríamos un gran equipo. —Asentí, sin más, deseando marcharme. Y, sobre todo, deseando dejar de sentir la mirada culpable de África sobre mí, intentando hacer contacto visual a la más mínima oportunidad—. Puedes irte cuando quieras; no pienses que te estamos reteniendo. Además, te estarán esperando en tu club.

—Cuando os vayáis, cerrad la puerta —musité como si no me afectara en absoluto lo que hicieran allí dentro. Y no me importaba; en ese instante no.

No dije nada más, hice un movimiento de cabeza a modo de despedida en dirección a Lucho y cuando me giré y pasé al lado de África, sentí una intensa presión en el pecho que iba creciendo según me acercaba a su cuerpo.

—Kellan, yo… lo siento… —murmuró de una forma casi inaudible.

Ni siquiera me inmuté; hice como si no lo hubiera escuchado. Vi su intención de seguirme y escuché un forcejeo detrás de mí.

—Él puede irse, pero tú no. Tenemos muchas cosas de las que hablar —gruñó Lucho.

El otro tipo, ese tal Mikel, se acercó a ambos, poniéndose al lado de su compañero por si necesitaba refuerzos, y África empezó a revolverse entre sus brazos para escapar.

—¿Me quieres soltar, gilipollas? —exclamó mientras Lucho la apretaba con fuerza—. ¡No sabes lo que estás haciendo!

—¿Pensabas traicionarme e irte de rositas? Como le he dicho a tu amiguito, he venido para recuperar lo que es mío y no pienso irme de aquí sin ello, sin ti. —La observó con una mirada cargada de lascivia que no debería haberme afectado, ya no; pero lo hizo, ¡y de qué manera!

La escuché agitándose entre sus brazos, intentando escaquearse de su agarre e incluso gritando de rabia.

—¡Te he dicho que me sueltes!

—¿Es que no me has echado de menos? —Miré hacia atrás una vez más y le vi rozando sus mejillas con provocación, descendiendo su mano hacia su pecho, amasándolo con deseo—. Yo a ti sí. Mucho. A todas horas…

Resoplé, resignado, con la rabia hirviendo en mis venas. ¡A la mierda! No se lo esperaban, así que fue más fácil de lo que pensaba. De una zancada y con un movimiento rápido, estaba encima de ellos; le di un codazo a Mikel en la garganta, cortándole la respiración y provocando que se desestabilizara, momento que aproveché para hacerme con su pistola. Fue un acto impulsivo en el que mis sentimientos, aún, continuaban hablando por mí, pero no pensaba dejar que siguieran así por mucho tiempo.

Lucho se abalanzó sobre mí para detenerme y golpeé, con fuerza, su cabeza con la culata de la pistola, provocando que cayera inconsciente en el suelo. Uno menos. Justo cuando el otro iba a levantarse para venir a por mí, le disparé en una pierna, dejándole fuera de combate, retorciéndose de dolor.

Me encaminé hacia la salida sin volver a mirar atrás. Ya había ayudado a África para que escapase de la conservera, así que no tenía por qué permanecer allí ni un segundo más. Y menos aún, hablar con ella. Era lo que menos me apetecía en esos momentos: escuchar más mentiras, enfrentarme a ella, a nosotros. No podía. Ni quería.

—¡Kellan! —gritó detrás de mí—. ¡Kellan, espera! ¡Déjame que te lo explique, por favor!

—¿Qué me quieres explicar, África? —Me giré furioso, mirándole a los ojos por primera vez desde que me enteré de toda la verdad y sentí ese intenso crujido de nuevo—. ¡O Blanca! ¡O como te llames! ¡¿Qué demonios quieres?! —dije de forma pausada, pronunciando cada palabra con dureza—. ¿Qué más quieres?

—Yo… lo siento…

—¿Lo sientes? —Solté una risa tan sarcástica como incrédula—. Nunca, en mi vida, había confiado en nadie así y por primera vez, me permití confiar en ti. Jamás habría imaginado sentirme así por nadie y, sin embargo, ocurrió contigo, pero tú… Tú lo sientes… Perfecto.

Regresé al camino de piedras para dirigirme a la carretera y llegar al Dark Soul cuanto antes. Lo que menos me apetecía era pensar y allí lo conseguiría.

—¡¡Kellan!! ¡Kellan, espera! —insistió sin darse por vencida—. ¡¡Diego, joder!!

¡¿Qué demonios…?! Nadie me llamaba así desde que tenía quince años o puede que, incluso, desde antes. Por eso, esa simple palabra consiguió que me removiera por dentro, que miles de recuerdos, algunos memorables y otros dolorosos, arrasaran con mi interior sin piedad.

Me di la vuelta al notar cómo ardía de rabia, de dolor, de decepción, de… todo eso que intenté controlar durante años y ese día, de forma inesperada, salió a flote con fuerza.

—No vuelvas a llamarme así nunca.

Capítulo 25



África

La había cagado. Completamente. Entendía que estuviera furioso y no quisiera saber nada de mí, pero eso no significaba que no fuese a intentarlo. Necesitaba hablar con él, explicarme y decirle que nada era lo que parecía. O sí… Pero todo había ocurrido sin esperarlo, sin prever que acabaría enamorada de él. Porque era eso, ¿no? Estaba locamente enamorada de Kellan y eso era lo que había torcido mis planes, que apareciera él y nuestras vidas encajaran de una forma inevitable. Llegó él, con sus miradas, con sus comentarios sarcásticos, su ceño fruncido y su mandíbula tensa y yo… caí como una adolescente, como nunca antes me había ocurrido y olvidé el motivo real por el que había regresado a mi ciudad natal, el porqué de aquel intrincado plan. Apareció él y todo lo demás pasó a un segundo plano al traer de vuelta a esa Blanca que fui durante años, a una África que dejó de lado sus avariciosas ideas solo por estar con él. «Solo». Kellan llegó a mi vida y le dio importancia a las cosas que, de verdad, merecían la pena. Así, sin más. Y yo… quería estar con él; algo tan fácil y tan complicado al mismo tiempo.

—Kellan, tienes que escucharme —insistí, gastando mis últimos cartuchos.

—No, escúchame tú a mí. Uno: no vuelvas a pronunciar ese nombre nunca; Diego murió el mismo día que enterré a mi madre. Y dos: no quiero volver a verte.

—Pues lo tienes jodido porque, después de todo, eres mi jefe.

—Genial. Entonces, estás despedida.

No me inmuté, no pude decir nada más. Me quedé inmóvil en mi sitio, con la vista clavada en su cuerpo, viendo cómo se alejaba de mí y de mi vida para no volver, construyendo un muro impenetrable con cada paso que nos distanciaba. En ese instante recordé por qué no me abría con la gente; porque no me gustaba sentirme vulnerable. Y con él, me había entregado demasiado; por primera vez en muchos años, había sido yo misma con alguien, en todos los sentidos, a pesar de las mentiras y la información que le oculté. A pesar de todo eso, fue el primer momento de toda mi existencia en que me sentí plena.

No sabía qué hacer ni dónde ir, lo que sí sabía era que tenía que desaparecer de allí cuanto antes. Cuando Lucho recuperase el conocimiento, no lo haría de muy buen humor… ¡y sabía de

lo que era capaz! ¡Maldito cabronazo! Y es que lo peor de él no era que fuese un tipo tan peligroso como inteligente, tan hábil como poderoso, sino que tenía amigos en todos los rincones del planeta capaces de cualquier cosa para ayudarle, siempre con la peor de las intenciones. Era un verdadero encantador de serpientes, pero yo también tenía mis cartas bajo la manga: le conocía demasiado; sobre todo, sus puntos débiles. Y estaba dispuesta a convertirme en la cobra que bailaría al ritmo de su melodía. Estaba dispuesta a todo. Ya no tenía nada que perder…

Justo lo mismo que pensé cuando me contó lo que había pasado con mi padre; en concreto, cómo murió. O cómo le mataron… Lucho tenía contactos en todas partes y no paró hasta descubrir que el gran Iago Ulloa, uno de los empresarios y narcotraficantes más poderosos del país, encargó la muerte de su amigo y socio Gonzalo Neira, mi padre, para quedarse con el cien por cien de los negocios que compartían. Antes de pagar a mi madre una cantidad irrisoria para que desapareciese del mapa, claro está. Al principio, sentí un puño apretando mi garganta, imposibilitándome la respiración, pero esa sensación se fue aflojando por la sed de venganza en cuanto Lucho, la única persona en la que confiaba por aquel entonces, además de Kat, empezó a urdir ese plan que mandaría a Iago donde debía estar, al mismísimo infierno, y me devolvería a mí lo que me pertenecía.

Estuvo durante días hablándome sobre cómo murió mi padre, con un tiro por la espalda, abandonado en la ría, como si fuera basura, desangrándose en sus aguas, tratando de convencerme para que regresara a O´Beiros y luchara por lo mío. Y me lo vendió tan bien, y durante tanto tiempo, insistentemente, que llegué a creerme que era mi verdadero cometido en la vida. «No tengo nada que perder», me repetí en innumerables ocasiones, convenciéndome de que hacía lo correcto, de que era lo que debía hacer. Por mi padre, por mi familia, por mí. Pero estaba tremendamente equivocada porque ahora lo había perdido todo, lo más valioso que había conocido, y tenido, en toda mi vida.

Me pasé meses estudiando a Iago, preparando mi papel sin descanso, de tal forma que llegué a creérmelo, tanto que hubo días en los que no sabía quién era, y temí que, al llegar a Galicia, todo formara parte del plan de Lucho; incluso yo. Porque él era así, tenía tanto poder de convicción que me habría hecho creer que la Tierra era plana con un solo pestañeo.

No me costó ganarme la confianza de Iago. Recuerdo el primer día que llegué al Dark Soul y me presenté. Sus ojos resbalaron por mi cuerpo y descubrí, con la primera mirada que me echó, que era un mujeriego del siglo pasado para el que las mujeres solo tenían un valor. Por ese motivo, en cuanto le demostré que no había nadie mejor que yo a los mandos de una planeadora, cayó rendido a mis encantos; a los de verdad y no a un físico más. Cuanto más le conocía, más comprobaba esa primera impresión que me llevé: su único interés hacia el género femenino era sexual y no sentía apego por nadie, ni siquiera por sus hijos. Así era él…

Recordaba a menudo aquella noche, la de su muerte, ya que se había convertido en la protagonista de mis pesadillas en numerosas ocasiones. Nos encontrábamos en el club, como siempre, y el local estaba hasta la bandera; no cabía ni un alfiler. Estaba sentada en una de las mesas junto a varios de los empresarios más influyentes de la ciudad, cuando vi cómo Iago se encaminaba hacia la amplia escalera con uno de sus hombres, charlando con una amplia sonrisa, como si fuese alguien normal, aunque no lo era en absoluto. No sé de qué estaban hablando ni qué tramaban, pero me disculpé y me dirigí hacia los vestuarios. Cogí el teléfono de mi taquilla, ese que solía usar para hablar con Lucho, y marqué su número, impaciente.

—Tenía el móvil en las manos; llevo esperando tu llamada toda la noche, niña. Te has arrepentido, ¿verdad? —dedujo con cachondeo.

—¿Qué dices?

—Me estás llamando por eso, ¿no? Te has arrepentido antes de hacerlo y no me preguntes por qué, pero lo sabía. Sé de lo que eres capaz. Y de lo que no.

—Es que… —titubeé, pensando en sus palabras—. Yo no soy así, Lucho; no soy una asesina. No lo soy. Y tal vez…

—Claro que no lo eres, preciosa —dijo, condescendiente—. Solo has ido allí para hacer justicia; ese hombre tiene que pagar por lo que hizo. Y si no lo haces tú, seguirá viviendo una vida que no le pertenece, la vida de tu padre. Porque es así, Iago está viviendo a costa de su muerte.

—Pero…

—Pero nada, Afri. Yo no puedo convencerte de lo que tienes o no tienes que hacer. Solo debes escuchar tu interior. Él te dirá lo que tienes que hacer.

Ahí estaba, el encantador de serpientes, pero de eso me di cuenta meses más tarde, cuando empezó a mostrar su verdadera cara.

Cuando nos despedimos y colgué, regresé a la realidad, a esas luces moradas centelleantes que se reflejaban en el mobiliario plateado, a la música que nos aislaba de la multitud, a la gente que charlaba y bailaba para romper con la rutina, a mi día a día. Y no sé por qué, puede que por ese sexto sentido que me guiaba millones de veces, pero me dirigí hacia la oficina, donde unos minutos antes había subido mi jefe. En el pasillo oscuro donde se ubicaba el despacho no había nadie; caminé despacio, intentando no hacer ruido al ver la puerta entreabierta, y sé que no debería haberlo hecho, pero me quedé en un lateral, escuchando, al oír a Iago sobresaltado. Y esa conversación cambió mi forma de pensar.

—¡¿Y qué cojones quieres?! —exclamó, elevando la voz, como de costumbre—. ¡Haz lo que tengas que hacer! Pero no podemos arriesgarnos.

—¿Qué propones? —cuestionó su mano derecha.

—¿Estás sordo? ¡Haz lo que haga falta! ¡Tenemos que quitárnosla de en medio!

«¿Quitárnosla?, ¿a quién?». Mi estómago se encogió, presintiendo lo peor, ya que podrían estar hablando de cualquiera, pero yo era la única mujer del equipo. Y mi dichosa intuición no me susurraba nada bueno…

—¿Estás seguro, Iago? Podría venirnos muy bien. Ya has visto cómo se mueve por la ría… Podemos ganar mucho dinero con ella.

—¡Con ella lo único que podemos hacer es perderlo todo! ¿No me has oído? Es la hija de Gonzalo —dijo de forma espaciada, marcando cada palabra con firmeza, obligándome a taparme la boca con ambas manos cuando me di cuenta de lo que estaba pasando—. Mi contacto me ha confirmado que no hay dudas; es ella. ¿Para qué crees que ha venido?, ¿para conocerme? —preguntó con todo el sarcasmo posible—. Haz algo ya.

¡¿Qué demonios…?! ¿Cómo se había enterado? No lo sabía, pero no pensaba quedarme allí para descubrirlo. Regresé al vestuario, nerviosa, dudando si volver a llamar a Lucho para avisarle o si marcharme antes de que me hicieran desaparecer, preguntándome qué debía hacer. Y no lo dudé más… Cogí mi mochila de la taquilla y salí a la barra principal para avisar a Lía de que me encontraba mal y me iba a casa, detalle que aproveché para hacerme con todo lo necesario. Bajé al garaje del club, que se encontraba en la planta inferior, donde aparcábamos los vehículos de los trabajadores y de los clientes más importantes, y busqué el coche de Iago. No me costó localizarlo, porque tenía la mejor plaza de todas, y me acerqué rápidamente al Porsche que usaba como medio de transporte para determinadas ocasiones, ya que contaba con otros tantos coches a su nombre. En ese momento, agradecí haberme criado en la calle, rodeada de vehículos, de motos y de lanchas, a toda velocidad en cualquiera de sus formas, y no tardé demasiado en

sabotear los frenos, cortando su latiguillo. El hecho de que mi jefe me hubiera descubierto y quisiera matarme me ayudó a actuar con rapidez y decisión, sin titubear. De lo contrario, estaba perdida. Elegí otro de los coches, casi al azar al ver que tenía los cristales tintados, cogí su llave del armario y salí de allí tan veloz como había entrado.

Mientras esperaba en el exterior del club, los nervios se apoderaron de mí y no supe por qué. Acabar con Iago era el motivo real por el que había vuelto a O´Beiros; sin embargo, cierta parte de mí, la más humana, dudaba que fuera capaz y pensaba que me arrepentiría en el último instante. Ahora, en cambio, no había marcha atrás; debía hacerlo. Era él o yo y ante eso, no me temblaría el pulso.

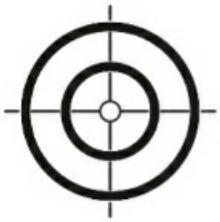
Unas horas más tarde, subió la cuesta de salida del Dark Soul en su coche, con Torres, su guardaespaldas, de copiloto, a toda velocidad, como siempre. Sabía que se dirigirían al pazo y, para ello, tendrían que pasar por los acantilados. Aceleré detrás de ellos y los seguí por las serpenteantes carreteras de la costa hacia su zona más alta. Pensaba adelantarlos y dar un volantazo que los sacase de la carretera, como insinuó Lucho, pero no hizo falta. Cuando empezó a descender, mi jefe perdió el control del vehículo. Vi cómo se cruzó de lado a lado de la carretera hasta que, con un giro drástico, debido a la velocidad que llevaba, rompió el quitamiedos y se lanzó acantilado abajo. No fueron demasiados metros, pero el terreno escarpado, las rocas y los árboles con los que se cruzó, y que detuvieron el coche, fueron suficientes para acabar con su vida.

Tuve que arriesgarme y bajar hasta ellos para asegurarme de que no seguían respirando y cuando lo encontré allí, observándome con esos ojos apagados que aún tenían un hilo de vida, la angustia y la insoportable culpa de lo que acababa de hacer empezó a crecer dentro de mí como un enorme agujero negro que lo iba absorbiendo todo.

No pude dormir durante varias noches; de hecho, en alguna ocasión, las peores imágenes de ese día se reproducían en mis sueños, recordándome en quién me había convertido. Y ahora… Ahora que Kellan se había enterado de quién era, realmente, y de que le había engañado, en todos los aspectos, sería normal que no quisiera volver a dirigirme la palabra. Nunca pensé que los hijos de Iago aceptarían hacerse cargo de sus negocios y cuando me enteré, esperaba que fueran tan despreciables como su padre. No obstante, al conocerlos, descubrí que no tenían nada que ver… Ninguno de los tres. Por eso, me gustaba pasar tanto tiempo con él; por eso, se había ganado mi confianza y por ese mismo motivo, me enamoré como una cría. Como esa niña que conoció en su día y que llegó a formar parte de su familia, aunque solo fuera durante mis primeros cinco años de vida. Ahora, eso era un imposible; lo vi al sentir su odio ardiendo en mis mejillas.

Pero sabía que Lucho había vuelto a Galicia con un único objetivo: llevar a cabo su plan. Y era consciente del peligro que eso suponía para los Ulloa. Sin embargo, yo no pararía hasta ponerlos a salvo. Se lo debía. Nos lo debía.

Capítulo 26



Lucho

«¡Maldito hijo de puta!», pensé cuando recuperé la consciencia, incorporándome en el suelo, acariciándome la frente para aliviar el dolor. Miré a mi alrededor, desconcertado, pero allí ya no quedaba nadie, excepto Mikel, que se encontraba a mi lado, agarrando su pierna con fuerza para cortar la hemorragia de lo que parecía una herida de bala.

—¿Estás bien? —Asintió.

—Vamos a por él, Lucho —masculló, apretando los dientes, furioso—. Esto no puede quedar así.

—Iremos a por él, pero todo a su debido tiempo.

No había marcha atrás. Era el mantra que dirigía mi vida: si no tienes nada que perder, al final, acabas ganando. Porque así, de esa manera, me había lanzado al vacío en miles de ocasiones, sin titubear, sin miedo y lo había ganado todo. Aunque, en realidad, esa palabra, «miedo», no existiese en mi vocabulario. Porque… ¿a qué puede temer alguien que tiene todo lo que quiere, incluso más de lo que necesita? Una persona que tiene a su servicio a todo el mundo, previo pago, por supuesto; esa gente que daría la vida por mí sin dudar… Ahí estaba la respuesta: no me daba miedo nada.

Por eso, había viajado hasta O´Beiros: para hacerme con todo, con lo suyo. Aunque no era la primera vez que iba por allí…

No me costó demasiado convencer a África para que regresara a recuperar lo que le pertenecía, tan solo unas cuantas mentiras, exageraciones y alguna que otra prueba demostrando que el mismísimo Iago Ulloa fue quien asesinó, a sangre fría, a su amigo del alma y socio, Gonzalo Neira, con el único objetivo de convertirse en el verdadero dueño de la costa norte. Comprobé que Iago pagó a varios policías para que eliminasen las pocas pruebas que había en su contra y lo demás… fue coser y cantar. Porque eso era lo único que hacía falta en un mundo como el nuestro: dinero para comprar cualquier cosa y a cualquiera; todos tenían un precio. Todos, por mucho que lo negasen en un primer momento.

Poco quedaba ya de aquella Blanca que conocí… Llegó a Cádiz junto a su madre con poco más de cinco años, repleta de inocencia y bondad, y cuando la conocí, con los dieciocho recién cumplidos, ya estaba traficando con tabaco en la frontera con Gibraltar para sacarse algo de dinero. Supe que la necesitaba en mi equipo en cuanto vi su templanza, su valentía y determinación, y su falta de atención y cariño hizo el resto… Porque por muy fuerte que se mostrase, África era vulnerable. Puede que se sintiera sola por la pérdida temprana de su padre y porque no tenía demasiado trato con su madre o puede que, simplemente, ella fuera así: una roca dura por fuera, pero con lava ardiente en su interior. Por ello, en cuanto le di algo de cariño, se agarró a mí sin pensarlo dos veces.

En poco tiempo, vio el dinero que daba el tráfico de hachís en el Estrecho y cuando

empezamos a juguetear con la cocaína, no hubo vuelta atrás; se convirtió en la mejor piloto de planeadoras de la historia. Parecía que había nacido para ello y solo al verla volar sobre las olas, cruzando los kilómetros que nos separaban del continente que llevaba su nombre en menos de quince minutos, supe que no podía perderla. Hice lo necesario, y más, para tenerla a mi lado, de mi parte, hasta ese instante. Cuando dicen que la avaricia rompe el saco, es por algo… Pero a mí no me importaba en absoluto; hacerme con el imperio de Iago Ulloa no solo significaba dinero, sino también poder y contactos a ambos lados del Atlántico y eso no se podía comprar, a ningún precio. Por eso, me desharía de cualquiera que se interpusiese en mi camino para conseguirlo. Empezando por ella. Por ellos.

Cuando llegué a O´Beiros por primera vez, dos semanas después de convencerla, estaba dispuesto a conquistar, también, el norte de la Península. Dejé a África buscando un nuevo hogar en el que instalarse durante los próximos meses, o años, y me fui directo a la comisaría; había llegado el momento de hacer nuevos contactos. Sabía a quién iba a buscar; había hecho los deberes con antelación. Y aunque no los hubiese hecho, le habría reconocido al momento. Es lo que tiene la mierda, que huele y siempre tiene miles de moscas revoloteando a su alrededor; eso le ocurría a él en aquella comisaría. Me dirigí al aparcamiento exterior y esperé, apoyado en uno de los coches, con una actitud indiferente, fumando un cigarro tras otro, hasta que el tipo al que buscaba salió del edificio de hormigón junto a uno de sus compañeros. Quería verle de cerca, analizarle antes de nuestro primer encuentro y en cuanto lo hice, fui a su casa. Repetí la operación y aparqué a unos metros del portal, ahogando mis pensamientos en la nicotina, esperando a que acabase su turno y volviera a su hogar, dulce hogar. Y cuando lo hizo y se bajó de su coche, caminó con las manos en los bolsillos y la vista fija en algún punto concreto, pasando por delante de mí sin prestarme atención.

—¡Oye! Oye, disculpa, se te ha caído esto —dije, tirando un pequeño paquete a sus pies.

—No es mío —contestó con mirada desconcertante, a la par que temerosa, haciéndome un examen visual completo.

—Tranquilo, que no muerdo —murmuré burlón, dando un paso hacia él para coger el bulto del suelo y ofrecérselo.

—Te he dicho que no es mío.

—¡Hombre! He visto cómo se te caía. —Abrí el envoltorio y le enseñé un cuantioso fajo de billetes que se encontraba en su interior—. Es tuyo… Todo tuyo.

—Te he dicho que no. —Se giró de forma brusca y le detuve a tiempo.

—Ay, Ramos, Ramos… No sé cómo funcionáis por aquí, en el norte, pero en el sur está muy feo rechazar un regalo de un amigo… Así que no me jodas. ¡No me jodas! —sentencié con tono grave, abriendo su chaqueta y metiéndole los billetes en el interior, antes de cerrarla con un par de golpes fuertes sobre su pecho.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres? —titubeó asustado. ¡Listo! Me lo había ganado.

—Soy Lucho. —Le guiñé un ojo, con complicidad—. Pero no te preocupes, que si haces todo lo que te pido, seremos buenos amigos. No lo dudes.

Me fui de allí de la misma forma que había aparecido, sin que él se diese cuenta. Y sin que apenas se percatase, también, Ramos se había cambiado de bando. Porque no había nada más tentador que el dinero; sobre todo, para ese tipo de personas. De la noche al día, pasó de trabajar para Iago y de ser su contacto en la comisaría a seguir trabajando para él bajo mi supervisión, dándome toda la información y chivatazos necesarios, facilitándome la vida a cientos de kilómetros de distancia. Así de fácil… Nada como el dinero para comprarlo todo, hasta al perro más fiel.

…

Y allí estaba de nuevo, en O´Beiros, más de un año después de aquella primera vez, con el mismo objetivo, pero otros impedimentos. Seguía contando con la presencia de África; según mi plan, ella no debería seguir viva, pero pensándolo fríamente, aún podría venirme bien. Y… Kellan. No me lo imaginaba con esa capacidad de liderazgo, ese magnetismo y esa actitud estoica; sin embargo, tampoco era un problema del que no me pudiera librar… Y eso fue lo primero que pensé en cuanto recuperé la consciencia en aquella vieja fábrica: en deshacerme de él.

Dejé a Mikel en buenas manos para que le curasen la avería y conduje hasta el club Infinity, ubicado cerca de Finisterre. No sabía lo que me iba a encontrar allí, pero un tío como yo se mueve por impulsos y en aquellos minutos, mis impulsos tenían nombre y apellidos. Ni siquiera me acordé de dejar la pistola en el coche, a esas alturas de la vida ya formaba parte de mí, y en cuanto quise entrar en el local, dos enormes gorilas adivinaron mis intenciones y me cachearon, toqueteando de más.

—¿Y esto? —Uno de ellos cogió la pistola con chulería, analizándome como si quisiera matarlos. Lo que no sabía él era que, si quisiera, lo habría hecho en menos de dos segundos.

—No sabía que la tenía ahí. Se llama Lola; suele venir conmigo a todos lados… Es un poco celosa y no se despega de mí.

—Muy gracioso. ¿Dónde crees que ibas? —cuestionó el otro.

—Necesito hablar con vuestro jefe. Es importante.

—¿Y pretendías hacerlo con una pistola? —Enarcó una ceja.

—Puedes quedártela hasta que vuelva.

—¿De qué querías hablar con el jefe?

—Avísale de que Lucho está aquí. Él sabe quién soy.

No tardaron nada en cambiar de actitud; supongo que cuando el Lince les dio el visto bueno. Me acompañaron al interior del club y me guiaron hasta una pequeña sala, donde el cabecilla se encontraba con dos chicas jóvenes y preciosas que desaparecieron en cuanto nos vieron llegar.

—Así que tú eres Lucho… —masculló, levantándose para ofrecerme su mano—. No esperaba verte por aquí tan pronto.

—Los planes han cambiado. —La estreché con fuerza—. Encantado de conocerte, por fin.

Nunca nos habíamos visto, pero le llamé por teléfono cuando vi que iba a necesitarle.

—¿Y cuáles son esos planes? —Volvió a sentarse y le imité, acomodándome en un sillón frente a él.

—Ulloa.

—¿Kellan? —Sus labios se curvaron en una media sonrisa—. Habla.

—Se ha metido donde no debía… Y con quien no debía. Tiene que desaparecer.

—¿Y vas a encargarte tú de eso? —preguntó con incredulidad.

—Sé que también ha ido a por los tuyos. Y que quieres parte de su territorio…

—El territorio no es suyo; era de Iago.

—¿Y si… nosotros hiciéramos negocios juntos? —sentencié con seriedad—. Nos repartiremos el terreno como quieras.

—¿A cambio de qué?

—Solo quiero deshacerme de él.

No supe si me pudieron los celos, esa sensación de que me había robado lo que era mío o esa avaricia descontrolada. Quizá, un poco de todo.

—Hazlo.

—Pensaba que tú también querías quitártelo de en medio.

—Así es. Pero la venganza se sirve en plato frío. Cuando menos se lo esperen, les golpearé donde más les duele.

Permanecimos allí más tiempo del que esperaba, haciendo negocios juntos, repartiéndonos un futuro prometedor, y cuando abandoné el Infinity y recuperé mi pistola, seguí atando cabos sueltos.

Cogí mi teléfono y marqué su número, el de verdad y no ese que usábamos para comunicarnos en secreto; ya no hacía falta. Tardó varios tonos en responder, por lo que imaginé que estuvo dudando si hacerlo o no. Pero África nunca dejaba las cosas a medias…

—¡¿Qué cojones quieres, Lucho?!

—¡Eh, preciosa! ¡Relájate! —respondí con el tono más calmado posible—. ¿Dónde estás?

—¡¿A ti qué te importa?!

—¿Por qué te has ido?, ¿acaso no tenías ganas de verme?

—¡Déjate de gilipolleces! —exclamó, sobresaltada—. ¿Sabes lo que has hecho?

—¡Claro que lo sé! La que no lo sabe eres tú.

Empecé a caminar de un lado para otro, dando vueltas sin rumbo.

—¿Por qué se lo has contado? —Sentí cómo su voz temblaba, a punto de romperse—. Te has cargado todo por lo que llevábamos tantos meses luchando.

—No me he cargado nada, excepto que sigas follando con el hijo de Ulloa. Y eso es lo único que te importa, ¿eh? Que le haya contado la verdad y no quiera volver a acostarse contigo. Pobre niña… —murmuré con sarcasmo.

—No me he olvidado de nuestro plan; eres tú el que lo ha hecho y lo ha jodido todo.

—¡No he jodido nada! —pronuncié con dureza—. Todo esto formaba parte de mi plan desde siempre.

—¿De tu plan?

—Exacto. Llevo años con él en mente y no vas a venir tú ahora a destrozarlo porque te hayas encaprichado… No te lo voy a permitir.

—Creía que yo formaba parte de tu plan, pero ya veo que no es así. ¡¿Eso era lo que querías?!, ¿deshacerte de mí? ¿Pensabas matarme esta misma noche? ¡¿Es eso?!

—No me subestimes, preciosa. Si todo hubiera salido según lo planeado, tú ya no estarías aquí.

—¿Se supone que debo agradecerte seguir con vida?

—Deberías agradecérselo a Iago.

—¿A Iago?

—¿Cómo crees que se enteró de quién eras en realidad?

—¡¿Qué?!

—¿No me contaste que, la noche del accidente, escuchaste a Iago diciendo que tenía que acabar contigo porque eras la hija de Gonzalo? ¿Quién crees que se lo contó?

—¿Fuiste tú? —preguntó, asombrada—. ¿Por qué?

—Porque sabía que no serías capaz; me lo demostraste. Así que no me hacías falta… Ni él tampoco. Lo ideal hubiera sido que los dos hubieseis muerto esa noche, pero mi plan falló, por primera vez. Te adelantaste. Y cumpliste con nuestro objetivo… En parte. Te di el empujón que te faltaba.

—Serás cabrón… —Se tragó otra infinidad de insultos que tenía preparados para mí—. Y como no conseguiste quitarme de en medio aquella noche, ¿lo pensabas hacer hoy?

—Qué va, cielo. Aún no.

—¿Aún no? —cuestionó, escéptica.

—Todavía me haces falta.

Pensaba hacerlo, claro que sí, pero aún la necesitaba para conseguir mi objetivo, ese que llevaba años buscando, deseando. Por esa razón, me desharía de cualquier impedimento o persona que se interpusiera en mi camino. Por esa razón, iba a matarlos. A los dos. Aunque todo a su debido tiempo… Antes tenían que traerme nueve toneladas de cocaína procedentes de Perú.

Capítulo 27



Kellan

Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta el Dark Soul. Estaba furioso, enfadado y decepcionado como nunca; tanto que había empezado a caminar, mientras mi teléfono no dejaba de sonar, repasando cada palabra, gesto y secreto desvelado esa noche, y había terminado allí, en la puerta de mi nuevo hogar. Saludé a Cano al entrar, con ese apretón de manos al que seguía un choque de puños, que se había convertido en una especie de ritual, y me adentré en las profundidades del club, tratando de localizar a Eric.

El local estaba hasta los topes, pero no era algo que resultase extraño; el que parecía fuera de lugar era yo, que no tenía ganas de aguantar a nadie esa noche y las personas con las que hablaba cada día eran demasiadas… Busqué con la mirada entre la multitud hasta que le encontré en una de las mesas, charlando con un grupo de empresarios de la zona. Presintió mi llegada, puesto que me examinó desde la distancia y se levantó como si fuese un acto reflejo.

—¿Dónde te habías metido? Llevo toda la noche llamándote. —Le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera. No pensaba contarle lo ocurrido allí, delante de todo el mundo.

—Ha sido una noche intensa. —Pasé las manos por el pelo y las dejé ahí, pensativo, desbordado.

—¿Qué ha pasado?

—Vamos a la oficina, tenemos que hablar.

Continuamos el resto del camino en silencio, con toda la calma que se podía mantener en un sitio como aquel, en el que el gentío a tu alrededor disfrutaba de la vida, charlando y bailando al ritmo de la música, y en cuanto llegamos al despacho, cerramos la puerta a nuestras espaldas para conseguir algo de tranquilidad.

—¿Qué ha pasado? —insistió Eric, dejándose caer en uno de los sillones.

—Tenemos problemas. —Me senté en el butacón que se encontraba al otro lado del escritorio y me pellizqué el puente de la nariz, contrariado—. Esta noche… —dudé cómo contárselo y si hacerlo, en realidad— he hecho un nuevo amigo —recalqué esa última palabra con un sarcasmo más que evidente—. Y estoy seguro de que las cosas no acaban aquí. No podemos dejar que interfiera en nuestros planes. No ahora… Sé que será peligroso intentarlo e incluso tendremos que deshacernos de algunos de sus hombres por el camino, pero necesito

saber que puedo contar contigo.

Sus ojos me revelaron lo que ya sabía, que era la persona más leal que podría encontrar en el Dark Soul. No obstante, todo lo que había descubierto esa misma noche me hacía desconfiar hasta de mi propia sombra. Más aún que de costumbre.

—¿Cuándo vamos a por ellos? —Su respuesta me hizo curvar los labios con orgullo.

—Ramos está con ellos.

—¿Ramos?

—El mismo. Ha venido a buscarme a la puerta y me ha llevado con ellos.

—¿Y qué ha pasado?

—Estaban en la conservera —le expliqué mientras su frente se arrugaba cada vez más por el desconcierto—. Los he dejado allí; uno de ellos estaba inconsciente y el otro, herido. Me temo que habrá que analizar el cargamento que quedaba en la nave; puede que nos lo hayan jodido.

—Mierda… —Chasqueó la lengua, tensando el gesto—. ¿Quiénes eran?

—Lucho, un narco del Estrecho. Por lo visto, cree que en O´Beiros tiene una gran oportunidad para expandir su negocio.

—¿Por qué?

Dudé si contarle todo lo relacionado con África, aunque no lo hice; no estaba preparado para hablar de ello. Tal vez, porque al decirlo en voz alta, parecería más real de lo que ya era y me haría sentir como un completo gilipollas. Y justo cuando mis labios se abrieron para dar cualquier motivo absurdo, llamaron a la puerta y entraron sin esperar respuesta.

—¿Podemos hablar? —La mirada de África se cruzó con la mía, provocando, de nuevo, ese vértigo en mi pecho que crecía cuando ella estaba cerca.

—Dame un minuto —le pedí a Eric para que no se marchase lejos; no iba a tardar demasiado con ella.

En cuanto mi compañero salió de la oficina, África se adentró en ella con paso decidido.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué haces aquí? Te he dicho que estás despedida.

—Tenemos que hablar —repitió y aunque mis ojos se desviaron hacia los suyos, intenté evitarlo. No pensaba volver a caer en su embrujo.

—No creo que haya mucho más que decir —pronuncié con voz grave.

—Si no hay mucho más que decir, ¿por qué me has salvado?, ¿por qué no me has dejado allí con Lucho? —Nos retamos sin decir nada, tragándonos la verdad. Ambos.

—No me importa lo que te pase, África. O Blanca. ¡O como demonios te llames! Si te he sacado de esa nave es porque no podría haberme largado sabiendo lo que te iba a pasar. No podría con más culpa en mis espaldas, pero tú no sabes nada de eso… Lo que te ocurra a partir de ahora es cosa tuya. Puedes volver a la conservera si es lo que quieres. A mí me da igual.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo es. ¿O me vas a decir tú lo que es verdad y lo que no? —escupí con rabia, refiriéndome a todas sus mentiras.

—Déjame que te lo explique.

—¿Qué me vas a contar?, ¿que no nos estabas engañando a todos?, ¿que no tenías todo esto planeado desde hace muchísimo tiempo?, ¿que no te ganaste a Iago, e incluso follasteis, para después matarle? —Sentí la acidez de las náuseas que me provocó esa simple idea gorgoteando en mi garganta.

—No.

—Lo imaginaba.

—Conocerte no estaba en mis planes, Kellan.

—Tú podrías haberte convertido en mis únicos planes.

Podría. Y lo habría hecho. Si no hubiera sido mentira.

La tensión y el silencio se hicieron tan intensos que tuve que apartar la mirada y apoyarme en el respaldo de mi asiento, resignado.

—Lo digo en serio. Esto… —titubeó—. Vine para recuperar lo que era de mi padre, sí. Eso es verdad. Pero yo no… No esperaba encontrarme contigo, no esperaba que hubiese nada entre nosotros… ¡Eso no lo planeé!

No sé por qué, pero vi en su gesto que no era del todo cierto. Porque la reacción de su cuerpo cuando estaba junto al mío no se podía fingir, pero que aquel acercamiento entre nosotros hubiera sido por puro interés era más que evidente después de todo lo que había descubierto.

—Y por supuesto que no me acosté con Iago. Él… mató a mi padre. Y yo solo quería recuperar lo que era nuestro; nos lo debía… ¡Mi madre y yo tuvimos que huir de casa por su culpa!

—¡Me importa una mierda si follasteis o no, África! —Me puse de pie, enfadado, intentando convencerme. Porque no sabía qué me afectaba más, si sus mentiras o que mis sentimientos hacia ella siguieran ahí, dando guerra—. ¡Me importa una mierda que lo matases! ¿No lo entiendes? —Me coloqué delante de ella—. Es más, incluso, podría agradecerte que lo hicieras, que acabases con él, ya que yo no tuve el valor para hacerlo. Eso dice mucho de ti… Pero lo peor de esto es que todo ha sido una puta mentira. Todo. —Di un paso adelante, acercando tanto mi cara a la suya que nuestras frentes casi se rozaban, aspirando su aroma por última vez, tensando la mandíbula para controlarme, aunque no lo logré—. Han sido dos polvos de mierda y han sido mentira, así que no tienes que darme ni una explicación más. No quiero volver a verte por aquí.

—Kellan…

—Lárgate —dije con toda la serenidad que pude, apartándome de ella lentamente.

No dijo nada más; sus ojos lo hicieron por ella. Y salió de la oficina sin volver a mirar atrás.

Cuando Eric regresó, me escaneó de arriba abajo, confundido.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No quieras saberlo —me escaqueé—. Ya te lo contaré; ahora necesito una copa.

Una, dos, tres, cuatro copas… Creo que fue el día que más bebí de todos los que llevaba en el Dark Soul. Me olvidé de mi papel de dueño del local intentando hacer eso, exactamente: olvidar. Pero daba igual porque no pude quitarme de la cabeza, en toda la noche, las frases de Lucho, el gesto de África cargado de culpa, la conversación que mantuvimos en el despacho… Tal era mi obsesión que, unas horas después, me pareció verla en la barra, hablando con Lía, sonriendo como si nada hubiera ocurrido, y mi corazón sufrió un pequeño pinchazo con amenaza de infarto. Sus ojos me acariciaron sin acercarse, con suavidad, y mi cuerpo reaccionó al instante, sufriendo un intenso cosquilleo. Era ella, no había dudas; no era fruto del alcohol.

«¡Joder! ¡¿Por qué cojones ha vuelto?!».

Solté todo el aire de mis pulmones, agobiado, enfadado, siendo consciente de que tenerla cerca era la peor de las ideas en esos instantes. Con las copas que llevaba encima, solo había dos opciones posibles: o terminábamos discutiendo, gritándole todo lo que pensaba y sentía realmente, eso que tanto me había costado silenciar, o acababa hundiendo mi lengua en su boca como deseaba hacer cada vez que su perfume arrasaba con mi cerebro. No había otra salida posible. O sí…

«¡¡Mierda!!».

Miré a mi alrededor y analicé a mis acompañantes: doce jóvenes de una importante y

conocida agencia de modelos. Además de su director y representante. Llevábamos allí toda la noche, hablando con ellos, planeando una posible campaña de publicidad protagonizada por esas caras angelicales. Y vi una escapatoria…

Empecé a tontear con una de ellas, la que estaba sentada a mi izquierda, de la que ni siquiera sabía su nombre, y en cuanto comprobé que me seguía el juego, saqueé su boca sin control. Tenía un cuerpo espectacular, unas curvas de infarto y unos ojos en los que podrías perderte durante horas. Sin embargo, mientras su saliva se adueñaba de mí y yo acariciaba su piel con una mezcla de deseo fingido, mi mirada continuaba anclada en otra, oscura, situada en la distancia.

Me costó un pestañeo perderla de vista. Ahora sí, había desaparecido. Solo esperaba que lo hiciera para siempre… Aunque, como era evidente, estaba equivocado. Ella nunca desaparecería del todo.

Capítulo 28



África

«¡Capullo!», mascullé mentalmente al salir por la puerta del local, furiosa. Pero… ¿qué esperaba?, ¿que sería tan fácil como explicarle mis motivos o lo que había ocurrido para que me perdonase? Era imposible. Y lo peor es que el Kellan hermético, cerrado en banda a los sentimientos había regresado, pero no me iba a rendir así como así. No, al menos, hasta que me comprendiese o se pusiera en mi lugar… Si es que podía hacerlo.

—¿Ya te vas? —cuestionó Cano desde su puesto en la entrada, fichando a cada uno de los asistentes—. Cómo vives, ¿no? Es demasiado pronto.

—¿Has visto? —Fingí una sonrisa—. Mañana nos vemos; tengo cosas que hacer —me despedí sin más.

Miré el teléfono para comprobar la hora y vi que tenía varias llamadas perdidas de Lucho. ¿Qué querría ahora? Resoplé, hastiada, intentando liberarme de esa pesada carga que llevaba horas acompañándome, pero no lo conseguí. Había vivido con él demasiadas aventuras y sabía de lo que era capaz; podía suponer lo que su enrevesada mente estaba maquinando y no era nada bueno. Por eso, debía recoger mis cosas y salir de allí cuanto antes porque cuando no me necesitase, me eliminaría. Así era él.

Me subí al coche y conduje a toda velocidad hasta el pazo. Lo que menos me apetecía era que acabase su jornada y volver a encontrarme con Kellan allí, después de haberle visto devorando con ansia la boca de esa rubia mientras me retaba a mí con la mirada. «Gilipollas…».

Aparqué en el interior de la finca y subí con paso firme los escalones que me dirigían hacia la entrada principal. Caminé hasta la habitación que se había convertido en mi cuarto durante las últimas semanas y empecé a guardar mis cosas en una pequeña maleta. No había demasiadas pertenencias, tan solo ropa, algunos libros y un viejo álbum de fotos. Casi había terminado, cuando alguien carraspeó a mis espaldas.

—Buenas noches, señorita —me saludó Rosa, la interna de la familia, que solía dormir a dos habitaciones de distancia junto a su marido, Claudio.

—Perdóname, Rosa, ¿os he despertado? —Negó con la cabeza—. Te he dicho mil veces que

me tutees.

—Lo siento, pero ya sabe que no me resulta cómodo… ¿Está bien?, ¿necesita algo?

—No, nada. Gracias, Rosa. Por todo… —Sonreí con cariño. Esa mujer era increíble, siempre estaba disponible, con la mejor cara, para ayudar a cualquiera. Daba igual la hora que fuera.

—¿Qué pasa? He oído ruido y… —Brenan entró en la habitación somnoliento, frotando sus ojos con los nudillos para vernos con claridad.

—Lo siento.

—No pasa nada, aprovecho para beber agua. —Entonces, se dio cuenta y nos observó, extrañado—. ¿Qué hacéis a estas horas?

—Tengo que irme. —Elevé una de las comisuras de mis labios y seguí guardando mi ropa en la maleta.

—¿Qué ha pasado?, ¿has discutido con Kellan?

—Voy… voy a… —titubeó Rosa al ver que la conversación adquiría cierto tinte íntimo—. Si me necesitan, estaré en la cocina.

—Muchas gracias, Rosa, otra vez. Por todo —repetí como despedida—. No, no ha pasado nada. Bueno, sí… Pero es complicado.

—Creo que podría entenderlo —bromeó, sentándose en la cama—. Si quieres hablar de ello…

—Te lo agradezco, Brenan, pero tengo que irme, de verdad. Y cuanto antes lo haga, mejor para todos.

—Sabes que puedes volver cuando quieras, ¿verdad? —dijo con la mejor de sus intenciones —. Y si Kellan se ha portado como un capullo, no se lo tengas en cuenta; es un buen tío, pero nunca había estado así antes y no sabrá qué hacer.

—Así, ¿cómo?

—Hasta las trancas. —Me guiñó un ojo con complicidad—. Cuídate mucho —se despidió antes de dejarme allí sola de nuevo, terminando de guardar mis cosas.

Brenan era un gran amigo, además de amable, divertido y responsable. Con sus veinticuatro años, era el más razonable de los tres hermanos; puede que por eso, siguiera trabajando en el taller. Y adoraba a Kellan por encima de cualquier persona; solo había que ver cómo le admiraba, en todos los sentidos. Y yo… sabía que le iba a echar de menos, que los iba a echar de menos. A los tres.

Antes de lo que pensaba, estaba de vuelta en el coche, sin saber adónde ir. No podía regresar a casa porque sabía que Lucho, seguramente, me estaría buscando, así que arranqué y aceleré sin rumbo por las carreteras que tan bien conocía. Seguían casi idénticas a como las recordaba y eso que había abandonado O´Beiros veinte años atrás… Pero esa naturaleza verde y pura que las bordeaba, su olor a salitre y a vida y su mar golpeando con fuerza sus acantilados hacían de aquel mi lugar favorito del mundo.

Podría haber ido a casa de Lía, haber llamado a cualquiera de mis compañeros, pero no quería poner a nadie más en peligro, así que conduje, directamente, hacia un hotel situado a las afueras de la ciudad y me preparé para quedarme allí durante las próximas semanas. La habitación no era muy grande, aunque alguien como yo, que no pensaba pasar mucho tiempo en ella, no necesitaba mucho más: una cama frente a una pequeña ventana con vistas a un prado, un escritorio en la pared frontal junto a una silla, donde dejé algunas de mis pertenencias, y un cuarto de baño. Lo primero que hice nada más llegar, cuando los rayos de sol de un nuevo día empezaban a asomar por el horizonte, fue sacar mi móvil fantasma para deshacerme de él; no necesitaba más problemas. Me di una larga ducha para hacer algo de tiempo hasta que fuera una

hora más o menos decente y busqué mi teléfono para comprobar los mensajes y llamar a la única persona que podría hacerme ver la luz en un momento como aquel. O, al menos, lo intentaría.

—Kat —pronuncié en cuanto oí que mi mejor amiga descolgaba.

—¡Afri! Justo esta noche he pensado en llamarte. ¿Qué tal? ¿Cómo te trata la vida por el norte? Porque… sigues allí, ¿no? No me digas que has vuelto y me llamas por eso —murmuró con cierta ilusión en la voz.

—No, no, sigo aquí. Aunque me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y regresar, la verdad.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, es solo que…

¿Cómo iba a contarle todo aquello? No podía. Lo primero porque pensaría que era una persona horrible y lo segundo porque me negaba a que supiera ciertas cosas que podrían ponerla en peligro, a pesar de estar lejos.

—Es Kellan, el hijo de Iago.

—¿Qué ha pasado? —insistió—. ¿Os habéis vuelto a acostar? Sí, claro que lo habéis hecho… —se contestó ella sola, haciéndome sonreír—. Espera… ¿y Lucho?

—Kat… —susurré a modo de aviso—. Ya sabes que es mejor que no hablemos sobre eso, pero Lucho… es parte del pasado. Se acabó.

Eso esperaba, que se hubiera acabado y no fuese yo la que tenía las horas contadas.

—Pues… ¿sabes qué? ¡Me alegro! Porque nunca me pareció que fuera alguien de quien fiarse.

—En nuestro mundo nunca sabes de quién puedes fiarte —bromeé con tristeza.

—Yo sé que puedo fiarme de ti, al cien por cien, en este mundo y en otro, Afri. Que nadie te convenza de lo contrario… —Provocó que mi corazón diera un pequeño vuelco, emocionado por sus palabras. Eran justo las que necesitaba escuchar y saber que para alguien, para ella, merecía la pena—. Bueno, déjate de Lucho y cuéntame algo sobre ese chico…

—No hay mucho que contar.

—¿Cómo que no? Ahora os toca remontar el imperio juntos… ¡Te ha salido genial la jugada! Trabajo y buenorro, dos en uno. ¿Vais a ser socios? ¿Cuál es el problema?

—Digamos que el problema es que… no nos ponemos de acuerdo en el modelo de negocio.

—¡Anda ya!

—Le he mentido, Kat. En demasiadas cosas importantes… y se ha jodido todo. No creo que volvamos a trabajar juntos… ni que hagamos nada juntos, por supuesto.

—Seguro que no es para tanto —dio por hecho, volviendo a sacarme una sonrisa—. Cuéntame, ¿cómo es?

—Guapísimo —dejé salir una leve risilla nasal con nostalgia—. Es uno de esos chicos que llaman la atención por donde pasan y no por lo atractivo que es, que también, sino por su actitud, por el magnetismo que desprende. Tiene un cuerpo perfecto que parece esculpido con toda la suavidad del mundo, mientras que su mirada y sus rasgos son duros.

—Vamos, que está tremendo…

—Algo así, sí. ¡Tiene una jodida catrina tatuada en la espalda! —exclamé al recordarlo. Mi amiga se llamaba Kat por la mítica catrina mexicana y no pude asombrarme más al verla decorando sus definidos músculos—. Pensaba que era una señal…

—Estás pilladísima, tía.

—Eso me temo, pero ya no hay nada que hacer. Se acabó… —repetí pesimista.

—Pues si se acabó, hay demasiados peces en el mar, nena. Aunque no creo que haya sido

algo tan gordo como para que no tenga solución.

—Ha aparecido Lucho y puedes imaginarte; le ha contado de todo —dije, midiendo mis palabras.

—¿Lucho?, ¿en O´Beiros? ¿Y qué hace ahí?

—Supongo que quiere sacar tajada —le expliqué sin entrar en detalles.

—¡La madre que lo parió! Aunque no me sorprende, la verdad. Así que el culpable de todo es él… —Otra cosa no, pero Kat era observadora y calculadora como nadie, y supuse que su mente ya estaba trabajando en buscar una solución—. ¿Y si…? ¿Y si te deshaces de él? —Fruncí el ceño, extrañada por su propuesta—. A ver, me refiero a que le mandes de vuelta para Cádiz.

—Explícate.

—Quiere su parte, ¿no? Pues la única manera de quitártelo de en medio es haciéndole ver que cuenta con ella.

Mi mente empezó a derrapar a toda velocidad, analizando sus palabras, ideando un nuevo plan en mi cabeza que adquiriese sentido y, de repente, ¡zas! Todo encontró su camino.

—¡Eres un genio, Kat! —grité.

No fue solo lo que dijo, sino cómo lo hizo, con esa actitud y optimismo que era capaz de lograr que cada pieza del puzle encajase con una suavidad asombrosa. No sé cuánto tiempo más permanecimos al teléfono, charlando, poniéndome al día de sus aventuras y de sus viajes, viendo la vida a través de sus ojos, lo que siempre era un aliciente para que todo pareciera mejor de lo que era.

Me dejé caer en la cama de espaldas, algo más relajada, quizá; calculando los detalles de cada paso que tenía previsto. Porque la solución era esa: remover el avispero. Solo había una cosa que podía hacer, captar la atención de Lucho, por completo, para terminar con él. Y le conocía demasiado… La única forma para conseguirlo era provocarle con algo tan suculento como para mantener su capacidad de raciocinio bloqueada; algo que estaba al alcance de mis dedos y que pensaba usar sin pestañear… Aunque no había nada tan descabellado como regalarle a Lucho nueve toneladas de cocaína.

Capítulo 29



Kellan

No había pegado ojo. Ni siquiera me había acostado aún y el sol de mediodía ya brillaba en lo alto del pazo, deslumbrando con sus rayos primaverales. En cuanto llegué a casa, tras cerrar el club, me tomé un café bien cargado y no dejé de darle vueltas, a la taza y a mis pensamientos. Por eso, siempre había bloqueado determinados sentimientos, porque no sabía cómo aceptarlos, cómo tratarlos ni qué hacer con ellos y esa primera vez en mi vida que me dejé llevar me sirvió como escarmiento. Quemé el enfado en las máquinas del gimnasio, ubicado en una amplia estancia acristalada de la zona trasera, y me di una larga ducha cuando acabé, dejando que los minutos pasasen. No pensaba permitir que aquello me superase, así que me refugié en el viejo despacho de Iago para trabajar; desde que habíamos pasado a centrarnos en un modelo más sostenible de madera, los ingresos se habían disparado y los empresarios de la zona comprendieron que, apostar por ello, era una verdadera inversión, por lo que las ventas se multiplicaron. Y allí estaba, concentrado en la pantalla del ordenador, sin dejar de atender llamadas, cuando golpearon la puerta con fuerza.

Connor entró en la habitación con rostro serio, algo impropio de él, y se sentó en el sillón que había frente a mí, analizándome con el ceño fruncido.

—¿Vas a contarme ya qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado con qué?

—Con África. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué se supone que debería haber pasado algo? —Continué con la mirada clavada en la pantalla, tratando de parecer indiferente.

—Brenan me ha contado que se ha ido esta noche. Justo después de desaparecer del club, así que no creo que sea casualidad.

—No, no lo es.

—¿Entonces? —Su insistencia me hizo mover el portátil para observarle.

—África es la hija de Gonzalo Neira.

—¿Qué dices?, ¿la hija de Gonzalo? Pero… ¿no se llamaba Blanca? —cuestionó, confuso.

—¡Pues ya ves! Nos ha mentido. A todos.

—¿Y qué hace aquí? ¿No se supone que se habían marchado a vivir fuera?

—Eso se suponía. Pero ha vuelto para recuperar lo que le pertenecía a su padre.

—¿Quiere su parte?, ¿vas a repartirlo con ella?

—No quiere repartir nada; vino para quitárnoslo todo. —El desconcierto de mi hermano iba en aumento, pero solo quería protegerle. Por eso, dudé contarle según qué cosas, aunque ya no fuera ese niño al que esconder de los golpes de su padre—. Es mejor que no sepas mucho más, Connor.

—Déjate de gilipolleces —contestó con voz grave—. ¿Qué quiere?

Pensé mi respuesta durante varios segundos. En cuanto hablase, ya no habría vuelta atrás.

—África provocó el accidente en el que murió Iago. —Abrió los ojos al máximo, asombrado, consiguiendo que sus cejas casi alcanzasen el límite con su pelo.

—¿Qué estás diciendo?, ¿cómo va a…? —Empezó a atar cabos antes de terminar de hacer la pregunta—: ¡Mierda!

—Sí, mierda… Y supongo que pensaba hacer lo mismo con nosotros para hacerse con todo.

—No lo creo —dijo sin dudar—. Estabais empezando algo… Y las miradas no mienten, Kellan. Está loca por ti.

—Las miradas no mienten, pero África sí. Y no quiero hablar más del tema; tengo demasiado trabajo.

—Vale, vale, como quieras.

—Solo te lo he contado porque tiene un socio, Lucho; es un tipo peligroso… Ándate con cuidado.

—No me subestimes, hermano. No hay nadie que pueda conmigo —sentenció con chulería, levantándose para salir de la sala—. Por cierto, no te lo había comentado, pero… pasado mañana tenemos fiesta en el pazo. —Arqueé una ceja, escéptico—. Bueno, no es una fiesta… Digamos que es una reunión de empresarios. Tras el éxito de la inauguración del hotel de Vigo, son varios los que me han llamado para conocernos e informarse sobre nuestro nuevo modelo de negocio y he pensado que sería una buena idea.

«Con el lío que tenemos montado, es una idea cojonuda…», pensé mientras que mi rostro trataba de mostrarle justo lo contrario.

—Sí, claro —contesté con la mente en otra parte.

Creo que se dio cuenta porque en vez de marcharse, me observó desde el umbral de la puerta.

—No quiero verte con esa cara, ¡cámbiala, pero ya! —Forcé una sonrisa exagerada antes de que desapareciera por el pasillo.

No pensaba dejar que me siguiese afectando. Después de todo, siempre había tenido mis sentimientos bajo control, totalmente dominados. Aunque, en realidad, no es que me afectase, sino que sentía que me había fallado a mí mismo por el hecho de permitirme sentir. No obstante, solo había fallado en una cosa, en la manera que tuve de mirarla, de tocarla, de besarla… Ese fue mi gran error, dejar que entrara en mi vida y arrasase con ella y conmigo sin ningún sentido, sacudiéndome como nunca.

Durante esos días me olvidé por completo de África o eso quise creer al mantener mi cabeza lo suficientemente ocupada como para no recordar lo ocurrido. No nos vimos ni supe nada de ella y no logré descubrir si eso era bueno, ya que una parte de mí deseaba que nuestros caminos se cruzasen para recordar su mirada negra, la misma que me torturaba cada noche en mis sueños.

Cuando llegó el momento de la reunión de empresarios, el pazo parecía un gallinero, con decenas de personas corriendo de un lado para otro con el fin de dejar todo listo a tiempo. Connor se había encargado de contratar un *catering* que nos proporcionase los mejores platos de la zona; por no hablar de los organizadores de eventos, que se encontraban colocando mesas

circulares altas por todo el jardín, alrededor de la piscina, y decorando el terreno. Una completa locura de la que no pude desentenderme. Lo que no sabía era que también contaríamos con la presencia de varios cargos políticos, como el alcalde o el presidente de la Xunta.

Poco antes de las seis de la tarde, hora a la que daba comienzo el evento, estaba comprobando que todo estuviera en orden, hablando con los organizadores, cuando vi en la enorme puerta de hierro de la entrada a quien menos me esperaba: a él, Lucho. Habíamos contratado un equipo de seguridad privada para evitar cualquier imprevisto y al no estar incluido en la lista, no le dejaron entrar, por lo que caminé hasta allí, con la mandíbula tensa, intentando mantener la compostura. ¿Qué cojones hacía en el pazo justo un día como aquel? No podía tratarse de una coincidencia.

—Kellan —dijo sorprendido cuando me vio aparecer.

—¿Qué quieres?

—No hacía falta que me dieras esta bienvenida… ¿Seguridad en la puerta?, ¿en serio? —cuestionó con cachondeo—. Si quisiera hacerte daño, lo habría hecho el otro día.

—Creo que el otro día solo hubo un herido. Y no fui yo, precisamente.

—¡Cierto! Mikel está bien, por si te lo estabas preguntando. Te manda recuerdos; seguro que os veis pronto.

—¿Qué quieres, Lucho? No tengo tiempo para gilipolleces.

—Como te marchaste así el otro día, de una forma tan… violenta —recalcó con cierto tonillo que no me hizo presentir nada bueno—, quería saber si te habías pensado lo de trabajar juntos. Podríamos hacer un gran equipo, uniendo la costa norte y la costa sur.

—¿Has venido hasta aquí para eso? —cuestioné con gesto serio, metiéndome las manos en los bolsillos para mostrarme relajado—. Parecías un tipo listo. No vamos a trabajar juntos, Lucho, ni ahora ni nunca, así que puedes largarte por el mismo sitio que has venido.

—¿Estás seguro?, ¿es tu última palabra? Ahora que África ha dejado de trabajar para ti y ha vuelto al sitio del que nunca debería haberse alejado, es decir, conmigo, pensaba que nos darías una oportunidad. A ambos. O si no… —Supe, por la forma que lo dijo, que me estaba provocando, que había muchas intenciones ocultas detrás de aquellas preguntas, pero estaba preparado para cualquier cosa.

—Tócala y te mato. —La mirada que le lancé le aseguró que lo haría, pero fue una reacción instantánea que dije sin pensar—. Si venías buscando otra respuesta, puedes largarte, Y si no, también. No tenemos nada más que hablar.

—Respuesta incorrecta, Kellan. —Se dio la vuelta con esa sonrisa orgullosa que le caracterizaba—. Respuesta incorrecta —repitió de forma pausada, marcando cada palabra como si fueran independientes.

Le vi alejándose, con esa seguridad pasmosa, dando pasos firmes sobre el camino de arena, temiendo que su visita tuviera una doble intención que no supe ver en aquel momento.

—Tened cuidado con ese tipo —les pedí a los dos miembros del equipo de seguridad que custodiaban la puerta—. No podemos permitir que entre en el pazo hoy bajo ningún concepto. ¿Estamos?

—Sí, señor —respondieron al unísono, adoptando una posición defensiva, como si con ese simple gesto, nadie pudiera cruzar la puerta.

Un escalofrío, que bien podría haberse tratado del sentido arácnido del mismísimo Spiderman, me recorrió de arriba abajo. No podía consentir que regresara al pazo cuando llegasen decenas de visitantes, miembros de la élite, políticos y grandes empresarios, y ponerlos en peligro.

—Que no pase nadie que no esté en la lista. Nadie —insistí.

Recorrí el jardín en busca de Connor y lo encontré cerca de la piscina, charlando con una de las encargadas del *catering*, acercándose demasiado a su cuerpo; algo muy típico de él.

—Connor. —Hice un movimiento con la cabeza para que se despidiese y viniera hacia mí—. Ha venido Lucho.

—¿Lucho?, ¿el amigo de África?

—El mismo. Debemos tener cuidado; es peligroso. Y no es día para arriesgarnos. Anda con mil ojos.

Analizó su alrededor, buscando la más mínima amenaza, y vimos a nuestro hermano caminando hacia nosotros entre las personas que se esforzaban para terminar cuanto antes; los invitados estaban a punto de llegar.

—Cómo os gusta una buena fiesta… —comentó Brenan al alcanzarnos, poniendo sus brazos sobre nuestros hombros, dándonos un ligero abrazo de hermanos—. ¿Qué?, ¿cómo va la cosa?

—Bien. Todo está a punto —contestó Connor, mirándome con complicidad—. Es la hora, así que empezarán a llegar en breve.

—¡Genial! Pues yo me largo.

—¿No te quedas? —le pregunté. Era el primer evento oficial como sustitutos de Iago y me habría gustado que estuviéramos los tres juntos. Aunque, pensándolo fríamente, prefería que no estuviera allí; si Lucho regresaba y teníamos que sacar las armas o había alguna posibilidad de que estuviera en peligro, prefería que se marchase a tiempo.

—¡Qué va! Esto es cosa vuestra. Además, tengo que abrir el taller.

—Te estás convirtiendo en alguien responsable… —murmuró Connor—. No será que quedas allí con Susana y os pasáis el día restregándoos como si no hubiera un mañana —bromeó, provocando que Brenan y yo pusiésemos los ojos en blanco al esbozar una pequeña sonrisa.

Susana era la novia de Brenan y llevaban juntos desde el instituto, lo que demostraba que nuestro hermano pequeño estaba hecho de otra pasta. Era el más responsable de los tres y también el más sensato y prudente; puede que por eso, no quisiera saber nada del club y había optado por continuar con su vida de siempre, trabajando en el taller mecánico para sacarse un mínimo sueldo.

—¿Creéis que quedaría con Susana en un taller lleno de grasa teniendo el pazo para nosotros solos cada noche?

—Oye, pues la grasa tiene su punto… —Connor siguió con la broma.

—¡Lo que tú digas! Pasadlo bien.

—¡Y tú! Ten cuidado —añadí antes de que se fuera.

El jardín tardó menos de media hora en llenarse por completo. Había gente conversando por cualquier rincón, camareros atendiendo a cada una de las personas que charlaban animadamente alrededor de la piscina y varios corrillos de empresarios que aprovechaban la ocasión para hacer negocios. Eric, Connor y yo caminamos entre el gentío, entablando conversación con cada grupo, haciendo presentaciones entre los desconocidos, convirtiendo aquella velada en una tarde agradable que conseguiría beneficios en todos los sentidos.

—He analizado vuestra nueva forma de trabajo, la que apuesta por un modelo de negocio más ecológico y se adapta a la sociedad actual, y creo que es una apuesta segura. Es una decisión muy inteligente, chicos —nos dijo uno de los constructores más importantes de la zona—. Tal vez, podríamos trabajar juntos…

—Claro, ¿por qué no? —contestó Connor.

—Creo que habéis heredado la visión empresarial de vuestro padre. Iago era un grande entre

los grandes…

—¿Me disculpáis un segundo? —me escaqueé. Lo que menos me apetecía era escuchar a la gente adulando a Iago. Era algo insoportable para mí—. ¡Claudio! —llamé a nuestro ayudante cuando le vi cruzando el jardín, dirigiéndose hacia el interior—. Ese de allí es el presidente de la Xunta. Quiero que te encargues, personalmente, de que no le falte de nada.

—Claro que sí, cuente con ello.

La tarde se estaba desarrollando según lo previsto mientras las copas iban y venían sobre las mesas a toda velocidad en un ambiente relajado. En un determinado momento, poco antes de servir los aperitivos, preparados por el *catering Terra do norte*, dos furgonetas de dicha empresa, con su logo rotulado en los laterales, entraron en el jardín para descargar las bandejas con los distintos canapés. Los tres trabajadores que iban en el primer vehículo empezaron a repartir la comida por las mesas más cercanas y cuando otros tres hombres se bajaron del segundo coche, su actitud me hizo temer lo peor. Dos de ellos abrieron el portón trasero del furgón y tardaron demasiado en volver a sus puestos. Iba a acercarme para comprobar qué estaba ocurriendo, pero antes de llegar a ellos, se cubrieron con la carrocería y empezaron a disparar en mi dirección.

Si no hubiera estado el noventa y nueve por ciento del tiempo analizando todo lo que ocurría a mi alrededor para evitar una situación como aquella, esos primeros tiros me habrían reventado por dentro. Tuve suerte y al estar en alerta, pude cubrirme volcando una de las mesas, pero aquella fiesta acabó convirtiéndose en una verdadera pesadilla gracias al sonido de los disparos y a los gritos ensordecedores de los invitados.

Miré hacia atrás y vi cómo el alcalde y el presidente de la Xunta huían, protegidos por sus escoltas, en sus respectivos coches blindados, creyendo que se trataba de un atentado hacia ellos.

Saqué mi pistola de la cintura, arma que desde la llegada de Lucho iba conmigo a todas horas, y empecé a devolver los disparos al otro lado del jardín. Eric apareció de la nada y se unió al tiroteo para apoyarme desde uno de los extremos; hubo unos segundos en los que parecía imposible que aquello terminase, ya que tanto ellos como nosotros estábamos a cubierto y sacábamos nuestros brazos únicamente para devolver el ataque, por lo que aproveché para echar un vistazo rápido en busca de Connor. Solo esperaba que no estuviera herido…

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, disparando en un fuego cruzado que no parecía tener fin, mientras los gritos se convertían en la banda sonora del evento. En un determinado momento, vi a mi hermano en la puerta de nuestra casa; presentí sus intenciones y cuando me miró, con mi gesto, le prohibí salir, negando con la cabeza. Sin embargo, Connor era un jodido temerario, igual que yo, y unos segundos después, estaba dando tiros desde una posición estratégica. «Mierda». Lo único que me quedaba en la vida era protegerlos y eso también empezaba a escaparse de mi alcance.

Sus balas pillaron desprevenidos a los atacantes y consiguió abatir a uno de ellos. Giré sobre mi propio cuerpo, rodando por el suelo para acercarme todo lo posible, sin perder de vista mi objetivo, que seguía tras el coche. Disparé a través de los bajos del vehículo y le di en una pierna al otro, escuchando cómo se retorcía y maldecía del dolor. Caminé hacia él, al comprobar que había soltado el arma para apretar la herida, y le golpeé en el estómago con fuerza, provocando que se doblase por la mitad más aún, si es que eso era posible. No dudé ni un segundo en apuntarle a la cabeza, tratando de disolver mi furia en ese último disparo, pero lo pensé mejor y desvié la bala hacia su hombro.

Eric no tardó en unirse a nosotros, observándonos desconcertado, mientras la gente escapaba y los gritos empezaban a suavizarse.

—¿Quién demonios te ha mandado aquí? —le pregunté al tipo, que nos observaba desde el

suelo, gimoteando, dejando un reguero de sangre por donde se iba arrastrando. Puse el cañón de mi arma en su cabeza, amenazándole con apretar el gatillo—. ¿Quién?

—Kellan, déjalo. Le pediré a los chicos que se encarguen de él —me aconsejó Eric, convenciéndome de que era mejor no mancharse las manos.

—¿Dónde coño está tu jefe? —insistí—. Ha sido Lucho, ¿verdad? —Guardé la pistola en la cintura, pateando su estómago con fuerza—. Escúchame bien. No hables, pero eres hombre muerto.

Hice caso a Eric y le dejé allí, tirado en el suelo, después de recoger las armas de ambos para que no pudiera vengarse. O no, al menos, en ese instante. Hice un barrido rápido con la mirada, estudiando la escena; había dos muertos y varios heridos por el césped y solo pude respirar tranquilo cuando vi a Connor caminando con paso lento hacia mí, con la misma mirada de preocupación que la mía.

—¿Qué cojones…?

—Lucho —le interrumpí—. Pero no sabe lo que ha hecho… —añadí con tono amenazante.

Ayudamos a los heridos y a algunas personas que seguían en *shock* por lo ocurrido y se negaban a salir de sus escondites, temiendo que aquello no hubiera terminado aún. Y tenían razón… No lo había hecho.

—Eric —le llamé después de que avisara a nuestros hombres para que se deshicieran de los dos atacantes—. Buscadle y traédmelo. Lo quiero vivo.

Y lo que iba a ser una reunión en la que hacer contactos acabó convirtiéndose en la primera batalla de una guerra que no había hecho nada más que empezar. Porque no pensaba permitir que entrasen en mi casa y fueran a por los míos, a por mi familia. Las cosas no iban a quedarse así y por mucha costa infinita que nos protegiera, Lucho no iba a tener lugar donde esconderse de mí.

Capítulo 30



África

Quedaban poco más de cuarenta y ocho horas para que recibieran uno de los mayores cargamentos de la historia de las rías. Al menos, el más numeroso que habíamos organizado nosotros. «Nosotros» no porque yo estaba fuera. La única forma de volver a entrar era por mi cuenta, con un plan que llevaba ideando durante varios días, esperando que nada saliera mal, ya que era la típica situación en la que el mínimo error podría terminar conmigo en el fondo del Atlántico. Era un hecho y debía concienciarme de ello.

Sin embargo, debía comenzar con una llamada. Sabía que convencer a Lucho no iba a ser nada sencillo, pero, después de todo, era un hombre de negocios y su principal objetivo era ganar dinero. Además, estaba segura de que daría su vida por conocer las coordenadas donde alijarían la droga. Y no tenía otra opción; así, al menos, me aseguraría de que no intentaría matarme. De momento…

Había salido a correr por los alrededores del hotel, como cada mañana, y después de una ducha de agua hirviendo, de las que tanto adoraba, decidí probar suerte. Era ahora o nunca. Cogí el teléfono, marqué su número y esperé respuesta. Tardó cuatro largos tonos en contestar y cuando lo hizo, mi estómago se encogió de repente.

—Vaya, vaya… La princesa desterrada… —masculló Lucho con retintín.

—Tenemos que hablar —dije lo más seca posible, haciendo eco de mi fingida tranquilidad.

—Me preguntaba dónde estarías; ayer no te vi por el pazo.

«¡¿Qué?! ¡Mierda!».

—No me imaginaba que estarías preocupado por mí, Lucho —respondí con ironía, tratando de parecer indiferente por su visita a los Ulloa—. Espero que te recibieran con los brazos abiertos porque a mí, gracias a ti, me tienen vetada la entrada. —Rio con mis palabras.

—La verdad es que no fue un mal recibimiento, no. ¡Me habían organizado una fiesta! —exclamó con cierta diversión—. Muy detallista este Kellan… Ahora, por fin, sabe de lo que soy capaz. No esperarías que, después de lo del otro día, le dejara irse de rositas…

—Por supuesto que no lo esperaba; me habrías decepcionado —añadí mientras mi cabeza

empezaba a crear miles de hipótesis imaginarias tras la visita de Lucho. Lo único que podía desear era que Kellan y sus hermanos estuvieran bien.

—Creo que les ha quedado claro quién soy. No quería que matasen a nadie; ya sabes que no me gusta la violencia —murmuró con cachondeo—, pero los chicos son incontrolables. —Volvió a reír cuando un escalofrío me atravesó de arriba abajo.

—Bueno…

—Sí, bueno, vamos al grano. Porque supongo que no me has llamado para que hablemos sobre nuestras vidas; eso es algo que ya pertenece al pasado.

—Te llamo para proponerte una tregua.

—¿Una tregua? —cuestionó, extrañado—. ¿En qué sentido? —Había mordido el anzuelo; ahora solo tenía que tirar de la caña con cuidado y hacerme con el pez más gordo.

—En el sentido de que podamos trabajar juntos —pronuncié, recalcando esas palabras—. Como ya sabrás, el cargamento llega pasado mañana. Yo sé todos los detalles de la operación y estoy segura de que tú los quieres y deseas esas nueve toneladas.

Se mantuvo unos segundos en silencio, reflexionando sobre mi propuesta.

—Ya… ¿Me estás diciendo que tú no las quieres?

—No, no quiero ni un gramo; he cambiado de opinión.

—¿Y piensas dármelas a mí? —preguntó, escéptico.

—Pienso negociar contigo, si te parece bien.

—¿A cambio de qué? ¿Qué es lo que quieres?

En esa ocasión, la que se quedó callada fui yo, aumentando el suspense, provocando que él salivase, seguramente, con esa simple oferta.

—Yo te doy todo el cargamento, es más, te entregaré las coordenadas para que tú y tus hombres lo recojáis. Puedes hacerte con el control de la costa norte, si quieres, pero después os marchareis de O´Beiros y yo me encargaré de mantener todo esto, bajo tus órdenes, claro.

—¿Piensas regalarme las coordenadas, las nueve toneladas y la zona norte a cambio de dejarte aquí? Así, ¿sin más?

—Bueno, tendrías que negociar con Kellan y con el Lince, pero yo te ofrezco todo lo que está en mis manos.

—¿El Lince? ¡Ese no es problema! Y de Kellan me encargo yo, no te preocupes.

Sabía cómo era Lucho, nos conocíamos demasiado, y si aceptaba el trato, era solo para conseguir la cocaína y deshacerse de mí después. Era algo que tenía asumido… pero tampoco se incluía entre mis planes dejarle con vida, así que, por una parte, estábamos igualados.

—¿Entonces?, ¿hay trato?

—¿Kellan no está dentro?

—¿Dentro? —pregunté, confundida.

—Dentro del trato. Pensaba que tu idea era quedarte aquí, con él, siendo los dueños del mundo.

—Mi única idea es estar viva, Lucho —solté como si no me importase lo que ocurriera con él, aunque, en realidad, era lo único que me importaba y solo me hizo falta perderle para saber cuánto le quería. Sin embargo, desviar la atención de Kellan supondría mantenerle con vida hasta que recibiéramos el cargamento. Justo lo que necesitaba.

—Está bien —sentenció al fin—. Tú envíame todos los detalles de la operación, horas y puntos concretos. Pero no trabajaremos juntos; tú por tu lado y yo por el mío. No voy a permitir que vuelvas a joderme. —Cambió el tono por uno más violento—. Eso sí, como se te ocurra engañarme, África, estás muerta. No lo dudes ni un segundo.

—Tranquilo. Eso no ocurrirá —me sinceré—. En un minuto tendrás toda la información en tu teléfono.

—Eso espero.

Colgó sin darnos opción a despedirnos, pero no hacía falta. Ya estaba todo dicho. Busqué las coordenadas y la hora donde se llevaría a cabo la operación y se lo envié en un wasap a su teléfono. Ya no había marcha atrás. No recibí respuesta, aunque tampoco la esperaba. Lucho ya tenía lo que quería y a mí solo me quedaba una cosa por hacer: conseguir hablar con Kellan antes de que se cumpliesen las cuarenta y ocho horas.

Probé a llamarle, pero no obtuve respuesta y después de lo que me había contado Lucho, estaba preocupada, así que intenté localizar a Connor, que contestó al segundo tono, sin hacerme esperar demasiado.

—Dime —dijo serio, pillándome por sorpresa. Connor no era así, por lo que supuse que, una de dos, o Kellan le había contado lo sucedido o había pasado algo grave que yo aún desconocía.

—Connor, ¿estáis bien?

—Sí, estamos bien —respondió, susurrando cualquier cosa inaudible a alguien cercano—. ¿Por qué?

—Me he enterado de que Lucho estuvo ayer en el pazo y… estaba preocupada —murmuré, sintiéndome más pequeña de lo que me había hecho nunca; vulnerable, quizá.

—¿Estabas preocupada? —cuestionó incrédulo.

—¡Claro!

Vale, Kellan se lo había contado. No me hizo falta saber mucho más.

—¿Cómo te has enterado?, ¿te lo ha dicho el mismo Lucho?

¿Qué se suponía que podía decirle?

—Eso da igual. ¿Qué ha pasado?

—Puesss… ha pasado que los hombres de tu amiguito entraron en el pazo en plena reunión de empresarios y se pusieron a dar tiros. ¡Joder, Afri! ¡Estaban el alcalde y el presidente de la Xunta!

«¡¡Joder!!».

—¿Qué dices? —mascullé, sorprendida—. ¡Mierda! —Me pellizqué el puente de la nariz, nerviosa, y acaricié mi frente intentando pensar y adelantarme a los acontecimientos, como siempre—. Escúchame, Connor. Debéis tener cuidado. Lucho es… es peligroso y se le ha ido de las manos. Tengo que hablar con Kellan y no me coge el teléfono; es importante.

—¿Y te sorprende?

—No, para nada. Me da igual que no quiera hablar conmigo, Connor. Me importa una mierda que no quiera volver a verme; solo necesito que sepa que deben tener cuidado pasado mañana. Dile que…

—¿Qué ocurre pasado mañana?

«¡¡Mierda!!».

—¿Podrás decirle que tengan cuidado? Puede que no estén solos…

—África, ¿qué cojones estás haciendo? No sé lo que está pasando, pero no pensaba que fueras así.

Una punzada de culpabilidad atravesó mi corazón de forma dolorosa.

—No sé lo que te ha contado Kellan, pero siento muchísimo todo lo que ha pasado. Tienes que saberlo… Vine a O´Beiros para recuperar lo que era mío; Iago mató a mi padre y yo… Solo quería lo que era nuestro, pero ahora ya no importa. Por eso, vine aquí cargada de ira, con un sentimiento de venganza que me superaba, pero no os conocía… No os conocía, Connor. Y eso

lo cambió todo. Vosotros lo habéis cambiado todo porque fue conoceros y olvidar el motivo por el que volví a Galicia. Fuisteis vosotros los que me enseñasteis lo más parecido a una familia… —murmuré tratando de mantenerme entera—. Ya no quiero nada; es todo vuestro. Lo mejor que tenía ya lo he perdido, así que lo demás no importa.

Y no me refería solo a Kellan, sino a ellos tres, a cómo me hicieron sentir durante los días que compartimos el pazo, como si fuera un miembro más de la familia, como si lo que se estaba creando entre aquellas cuatro paredes fuera algo intocable.

Un silencio eterno se hizo en el teléfono mientras esperaba que llegase una respuesta.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo, entonces, cambiando el tono duro por uno más suave.

—Tienes que convencerle para que me escuche. Sé lo que trama Lucho, sé cómo piensa y cómo actúa y si trabajamos juntos, podremos pararle los pies. Pero necesito hablar con Kellan… Lo que pasó entre nosotros ahora no importa; estáis en peligro, Connor, y no me lo perdonaría, si os pasara algo por mi culpa.

—Tranquila, creo que sabemos cuidarnos solos —contestó el Connor fanfarrón.

—¿Lo intentarás?

—No lo sé, África. Ya sabes cómo es mi hermano… Confió en ti y se ha dado un buen golpe. No creo que sea fácil que vuelva a hacerlo.

—La he cagado, lo sé, pero no le estoy pidiendo que confíe en mí, solo que me escuche. ¿Podrás conseguirlo?

—Lo intentaré —sentenció tras una larga pausa, provocando que me inundase un atisbo de esperanza.

No sabía si lo conseguiríamos o no, pero si lograba hablar con él y trabajábamos en equipo una vez más, como antes, como tanto añoraba, puede que aún tuviésemos una oportunidad, aunque fuera mínima. Y con él siempre merecería la pena intentarlo. Por él. Por nosotros.

Capítulo 31



Kellan

—Puede que necesitemos un gancho ciego… —Entrelacé los dedos sobre la mesa del despacho del Dark Soul aquella última noche antes de la operación Azores, como habíamos denominado a la entrega de las nueve toneladas de coca en altamar, en un punto concreto, en dirección a dicho archipiélago. Una operación que nos había llevado más de un mes de trámites y negociaciones. Por no hablar del buque, que llevaba unos veinte días atravesando el Atlántico. Por eso, nada podía salir mal. Nada. Y menos aún por nuestra parte.

—Hablaré con los chicos —dijo Eric con determinación.

—Si metemos un pequeño cargamento por el puerto, los mantendremos distraídos las horas necesarias. Estoy seguro de que Ramos nos echará un cable, aunque no sé por qué, exactamente.

—Estaba muy simpático el otro día en el pazo, ¿no? Demasiado para ser él… —comentó enigmático.

Tenía razón. Llevábamos varios días sospechando de la actitud de Ramos; sobre todo, después de la reunión de empresarios en la que se presentaron en el pazo tras la llamada de alguno de los asistentes. A la mayoría de ellos ya les habíamos echado amablemente antes de que dos coches de policía aparecieran en mi casa; tras lo ocurrido, no pusieron pegas y sabían que les convenía tener la boca cerrada. Y, únicamente, permanecieron allí los heridos, el fallecido y gente importante y de confianza que sellaron sus labios previo pago de varios fajos de billetes. Nuestros hombres se deshicieron del cuerpo del atacante muerto y se llevaron al otro a algún lugar del que no quise saber nada.

El inspector Oliveira, cuyo interés por encarcelarnos empezaba a sobrepasar lo lógico, interrogó a cada una de las personas que quedaban en el jardín, pero todas le respondieron lo mismo, que dos de los asistentes empezaron a dispararse entre ellos, después de alguna posible discusión, y que huyeron por su propio pie tras el incidente, al ver que había un muerto de por medio. Por la mirada que me dedicó, ambos supimos que no se creyó ni una palabra, pero no pudo hacer mucho más y Ramos puso todo de su parte para ayudarnos y sacarle de allí cuanto antes, lo que me pareció muy extraño, o inesperado, por decirlo de algún modo, y más aún, tras conocer su relación con Lucho.

—Podemos contar con las petaqueras —añadió Villa, trayéndome de vuelta de mis

pensamientos. Usó ese término, que era como solíamos llamar a las embarcaciones que nos abastecían de combustible en altamar.

—No creo que haga falta. Ya modificamos los depósitos en su momento. —Eric se mostró reacio a incluir a más gente en el operativo. Ya éramos demasiados y cuanta menos gente supiera del tema, mejor.

—No, no lo creo. Hemos terminado con los depósitos de las planeadoras, ¿verdad? ¿Ya están preparadas?

—Sí, sí, está todo listo.

—Entonces, no nos hará falta. Quiero que esta noche estén listas las dos planeadoras. Ponedlas a punto —ordené.

—¿Solo dos?, ¿estás seguro? —cuestionó nuestro hombre.

—Sí, Eric y yo hemos pensado que es mejor así. Las llevaremos hasta las coordenadas. —Les di el papel con ellas escritas—. Y una vez allí, a la hora acordada, alijaremos el cargamento todo lo rápido que podamos. Nos lanzarán los fardos desde la cubierta, envueltos en paquetes impermeables, con pequeñas boyas de aire, por si alguno cae al agua. No quiero que se pierda ni un solo gramo, ¿estamos? —Ambos asintieron—. Y tampoco quiero veros por aquí esta noche; no hacéis falta. Id al almacén y dejad todo listo. No podemos cometer ni un solo fallo; De la Cruz ha apostado por nosotros y si la cagamos, se acabó.

Habíamos hablado tantas veces sobre la descarga que ya nos sabíamos de memoria cada detalle y cómo actuar en los distintos hipotéticos escenarios. Todos terminaban bien, por supuesto.

No tardaron en levantarse y salir del despacho, decididos, para reunirse con el resto en el viejo almacén. Y cuando pensaba que iba a quedarme solo y poder trabajar algo con el ordenador, la puerta del despacho volvió a abrirse y la música se adueñó de la pequeña sala durante unos segundos, lo que tardó Connor en cerrarla a sus espaldas.

—Buenas noches, hermano —dijo al dejarse caer en el sofá, completamente relajado.

—¿Qué quieres?

—¿No puedo venir a verte unos minutos? —cuestionó, burlón—. ¿Sabes la que hay liada ahí abajo? Creo que cada día viene más gente.

—Y lo mejor es desentenderte y dejar a los demás con el marrón, ¿no? —le seguí el juego.

—Tendrás queja… ¡Cuentas con el mejor relaciones públicas de la ciudad! ¿¡Qué digo?! ¡El mejor del país!

—Lo que tú digas. ¿Qué quieres, Connor? Ando con un lío de narices.

—Solo venía a avisarte. —Le analicé con curiosidad por encima de la pantalla.

—¿Qué ha pasado? —me adelanté. Un mal presentimiento me advirtió de que podría ser Lucho, pero su gesto me avisó de que no tenía nada que ver.

—África está aquí. —Y ese mal presentimiento inicial mutó y se transformó en un intenso pinchazo en el pecho.

—Genial, ¿y qué quieres que haga? Dile que disfrute de la noche —comenté con sarcasmo, volviendo a centrar mi atención en la pantalla.

—Podrías hablar con ella.

—¿Hablar de qué, Connor?

—No lo sé, pero estoy seguro de que tiene algo que decirte.

—Y yo estoy seguro de que ya te lo ha dicho a ti, ¿verdad?

—Es importante, Kellan. Vino a advertirme sobre Lucho.

—Demasiado tarde, ¿no crees? —le interrumpí.

—No quiere que la perdones, solo que la escuches. Tampoco creo que pida demasiado —murmuró, fanfarrón—. Se equivocó, Kellan; actuó presionada por Lucho. Estoy seguro. Y ha renunciado a todo por ti.

—¿Por mí? —pregunté con incredulidad.

—Venía a por lo nuestro y no quiere saber nada de ello ni de la parte de su padre… Ha renunciado a todo por ti —repitió—. ¿No te das cuenta?

Solté el aire, resignado, reflexionando sobre sus palabras. ¡Maldito Connor!

—Me lo ha contado… —Le observé con el ceño fruncido, sin saber a qué se refería exactamente—. Me ha dicho que fue ella quien provocó el accidente de Iago, pero lo hizo para vengar la muerte de su padre… por Gonzalo. ¿Qué habrías hecho tú?

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que Iago me importaba una mierda, Connor? Si no hubiera sido ella, ¡lo habría hecho cualquier otro!

—No te voy a decir que no, pero… —dudó qué decir a continuación. Sabía que no era fácil hacerme cambiar de opinión y se dio cuenta por mi forma de tensar los músculos—. Bueno, tú verás lo que haces. Yo tenía que avisarte… Solo quiere hablar contigo para contarte algo sobre mañana; me ha pedido que tengáis cuidado —dijo, pensativo—. ¿Qué pasa mañana, Kellan?

—Tranquilo, nada que deba preocuparte —respondí, deseando parecer indiferente.

Era algo que llevaba repitiéndome durante años, desde que mi madre falleció y mi padre acabó convirtiéndose en un verdadero monstruo. Cada noche, cuando me acostaba, me repetía esa misma frase, recordando la mirada dulce y cariñosa de mi madre, como si fuera ella la que me lo pedía desde dondequiera que estuviese: «cuida a tus hermanos. No sobrevivirán sin ti». Y eso estaba intentando hacer… Y era en lo que se centraría mi vida hasta mi último aliento. Por eso, no pensaba decirle nada sobre la operación Azores; en bastantes problemas le estaba metiendo ya.

—¿Algo más? —cuestioné para deshacerme de él y de sus preguntas.

—No, nada. —Se levantó del sofá y se encaminó hacia la puerta, poniendo su mano en el pomo, mirándome una última vez al abrirla—. Yo no sé qué haría en tu lugar, pero no pierdes nada por escucharla. No tengas esa alma tan oscura, anda… —bromeó antes de desaparecer, dejándome allí solo, pensando en nuestra conversación.

«Mierda».

¿Con qué deberíamos tener especial cuidado mañana? ¿Acaso quería avisarme de algo? Resoplé, contrariado, y unos minutos más tarde estaba saliendo de la guarida de Batman para dirigirme a los palcos privados. Me apoyé en la barandilla y analicé la pista principal desde arriba. No me costó encontrarla; mis ojos se desviaron de forma instintiva hacia ella.

Estaba en la barra principal, hablando con uno de nuestros camareros y creo que pudo sentir mi presencia porque se giró y el mundo recuperó su sentido. Sus labios amenazaron con curvarse, pero los apretó para evitarlo y empezamos a mantener una conversación silenciosa, a pesar de la distancia, sin decir ni una sola palabra. Era un jodido espectáculo del que era imposible apartar la mirada… Y no solo por la belleza física que desprendía África, sino por sus movimientos felinos, su seguridad asombrosa y su atractivo descontrolado. Era una preciosa pantera negra. Y me había dado tal zarpazo que me dejó marcado para siempre.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero de mi pantalón y lo cogí sin pensar; podía ser importante, algo relacionado con nuestro cargamento. Pero fue peor aún; era ella.

África:

¿No piensas bajar?

Me estaba estudiando, con el teléfono entre sus manos, esperando una respuesta. Supondría

que Connor me habría hecho cambiar de opinión.

Kellan:

¿Debería?

No quería volver a hablar de lo mismo una y otra vez, pero necesitaba saber si tenía algo que contarme, algo que pudiera jodernos el desembarco. Vi cómo vació sus pulmones de aire al leer mi mensaje, me miró y se mordió el labio inferior con sensualidad, pensando su respuesta, haciéndome desear que fuera yo el que atrapase sus labios entre mis dientes. Eso era lo peor de todo… que nuestra atracción no era solo física y no podíamos librarnos de ella ni cerrando los ojos.

África:

Si no entiendes una mirada…

No importa lo que tenga que explicarte.

Empecé a teclear sin darme cuenta, tentado por sus palabras.

Kellan:

¿Qué querías decirme sobre mañana?

Centró su atención en el móvil y se pensó mucho qué contestar, ya que no la vi escribiendo. Desvié la vista hacia la puerta principal, al ver a dos de nuestros hombres de seguridad corriendo hacia allí, alarmados, y entonces lo vi. El Lince se estaba abriendo paso entre la muchedumbre, seguido de varios de sus gorilas. «Joder…».

Aparté las cortinas de un empujón y bajé las escaleras de dos en dos para llegar a la planta principal. En cuanto me vi en la pista, la escaneé con la mirada hasta que le localicé, en una de las mesas de la esquina, sentándose junto a esos tipos que le acompañaban, mientras nuestros hombres le ordenaban que se marchase. Fui hacia ellos sin detenerme y me senté en el sillón que había frente a él, amenazándole con un simple gesto.

—Yo me encargo, chicos —les dije a los miembros del equipo de seguridad, que no se fueron muy lejos.

—¡Vaya, vaya! ¡Kellan! —exclamó, alzando las palmas de las manos—. Así que me tienes prohibida la entrada en tu club… A estas alturas ya deberías saber que nosotros —nos señaló— podemos hacer lo que nos dé la gana. Por cierto, no ha sido difícil; deberías despedir a Cano. Unos cuantos tiros y… ¡aquí estamos!

—¿Qué cojones has hecho?

Vio mis intenciones de levantarme y se adelantó en contestar:

—¡Nada, hombre, nada! ¡Relájate! Solo han sido algunos de mis hombres discutiendo entre ellos… Ya sabes, para crear una distracción eficaz y entrar sin problemas. ¡Lo que hay que hacer para hablar contigo!

Intenté controlarme para evitar problemas, sin demasiados resultados, y apoyé los codos sobre mis rodillas para aparentar estar relajado.

—¿Qué quieres?

—Solo venía a contarte que me han ofrecido un… —dudó la palabra exacta— acuerdo de colaboración. —Alcé una ceja con cierta curiosidad—. Un tal Lucho, ¿te suena?

—Me suena de algo, sí.

Una camarera trajo las bebidas que había pedido uno de ellos y se las fue ofreciendo uno a uno.

—Muchas gracias, preciosa. —El Lince la sonrió con picardía antes de volver a centrar su interés en mí—. Es un tipo inteligente ese andaluz; en eso, nos parecemos bastante. Sabe jugar demasiado bien con sus cartas… —Hizo una pausa cargada de suspense para dar un trago de su

copa—. Ha venido a mi ciudad, a mi casa, con un desparpajo acojonante para pedirme que trabajemos juntos.

—Y vienes a contármelo a mí porque…

—¡Porque me caes bien, Kellan! —Le observé con cierto escepticismo. El «cariño» que nos teníamos era mutuo.

—Permíteme que lo dude.

—Sé que mataste a Garrido —desveló de pronto, dejándome completamente desconcertado por su posible reacción—. Solo era una pieza más del tablero… Un peón, en concreto. Y empezaba a darme problemas, así que podría decirse que hiciste mi trabajo al deshacerte de él. Pero era mi hombre. Mi hombre —repitió con dureza. No me creí ni una palabra o eso me dijo su tono de voz—. Digamos que podríamos dejar las cosas así, como están, sin darle nada a Lucho ni tomar represalias por la muerte de Garrido, si empezamos con el reparto de la costa, como hablamos.

—Como bien dices, ya lo hablamos —recalqué— y no hay más qué decir.

—Te equivocas, Kellan. Como ya te dije en su día, el reparto fue realizado con Iago Ulloa, no contigo. Y créeme, le tenía bastante respeto a tu padre; el suficiente como para no deshacerme de él durante años y mantener nuestro acuerdo, pero tú eres alguien nuevo… Y ahora tienes dos opciones. La primera es repartir el terreno conmigo. La segunda, que me lo reparta con Lucho. Así, sin más. Yo, simplemente, prefiero la primera opción. Por eso, he venido, para darte una última oportunidad y pedirte que lo pienses.

—¿Y si no lo hago? —le reté.

—¿Es que valoras esa posibilidad?

—Es la única opción que valoro.

—La vida está repleta de opciones y en eso consiste nuestro paso por ella, Kellan, en elegir el mejor camino para nosotros. Tú te estás equivocando, pero ese es tu problema.

«Yo voy a convertirme en tu puto problema como no muevas el culo de mi sofá ahora mismo», le chivó mi mirada oscura, dura como el acero.

Pasó las manos por su pelo corto y canoso y las dejó en su cabeza, indiferente. Tendría poco más de cuarenta años, pero esa vida de la que hablaba le había pasado factura y estaba muy demacrado. Demasiados vicios, supongo.

—Lucho me ha contado que estás esperando un gran cargamento —dijo bajando la voz para que el tema quedase entre nosotros. Entrecerré los ojos, advirtiéndole sobre lo que haría en el caso de que se interpusiera en mi camino—. Puedes estar tranquilo, esta no es mi guerra. —Dio un último trago de su bebida hasta vaciar la copa—. Pero quiero que tengas en cuenta algo. En nuestro mundo solo hay dos principios que lo rigen todo. Uno, no se toca a la familia. Nunca. Y dos, la venganza se sirve siempre en plato frío…

—¿Es una amenaza? —Arqueé una ceja con chulería y se levantó lentamente, con una templanza alarmante, girándose para mirarme una vez más.

—Yo no amenazo, Kellan; actúo, sin más. Y no me gustan las normas… Nunca las cumplo.

Me acomodé en el sofá, sobrepasado por los acontecimientos. Estaba deseando empezar a cerrar frentes porque desde que había llegado, no había hecho nada más que ir abriendo puertas con forma de problemas. Caminé hacia la barra para servirme una copa y su imagen, a tan solo un par de metros, supuso tal impacto que me cortó la respiración. Se encontraba frente a mí, con un vestido de gasa que dejaba entrever parte de su piel morena, adaptándose a ella a la perfección, jugando con sus curvas con vaivenes imaginarios que podrían hacer enloquecer a cualquiera. Su larga melena negra caía sobre sus pechos y un pronunciado escote y su mirada…

era capaz de destrozarme con un simple pestañeo.

—¿Has leído mi mensaje? —pronunció, dando un paso adelante, acercándose a mí.

No contesté, saqué el teléfono del bolsillo y leí el texto que había recibido unos minutos atrás; probablemente, antes de la visita del Lince.

África:

Quiero ir con vosotros mañana.

Puedo ayudar…

Éramos un buen equipo.

«A la mierda…».

Sentí cómo mis defensas se desplomaban de manera drástica. Sin pestañeo ni nada.

—No sé si éramos un buen equipo, África. No sé lo que éramos, pero era mentira.

No me lo creía ni yo. Era cierto que no sabía lo que habíamos sido, pero fue de verdad. Lo más real que había sentido en mi vida. Al menos, por mi parte. Por eso estaba tan jodido.

—Puedo ayudar —insistió—. Sé cosas que el resto del equipo no sabe, puedo pilotar la planeadora… Me necesitáis.

—Te equivocas; no te necesitamos. El plan sigue en marcha sin ti y no quiero verte por la ría mañana. Ni se te ocurra aparecer por el almacén.

Mis labios se lo ordenaron, pero en mis ojos sonó a ruego. No sabía qué me dolía más, que me esforzase por odiarla o que no lo consiguiera. Evidentemente, mi perdición era lo segundo porque nunca la sacaría de mi corazón por completo. Había llegado para quedarse. A pesar de lo que había hecho, después de todo lo que me había revelado, para mí, seguía estando en primer lugar, mientras que yo continuaba allí, detrás de mis miedos, intentando protegerlos a todos.

Ni siquiera se inmutó y permaneció allí, a un paso de distancia, inalcanzable para cualquiera, para mí. Se había convertido en esa mujer a la que echaba de menos, aunque nunca lo reconocería; esa que deseaba odiar tanto como odiaba desear. Un sinsentido, como nosotros; una maldita contradicción, como ella.

Capítulo 32



Daniella

Si en algún momento me hubieran llegado a decir que iba a volver tan pronto a O´Beiros, nunca lo habría creído. Y menos aún, por el motivo que lo hacía. Eso era lo peor de todo… Además, iba a mudarme allí durante los próximos meses. Y eso no es que fuera malo, pero complicaría las cosas. Más aún.

El mismo día que me marché de allí, me prometí a mí misma que mantendría ciertas distancias. Conocer a los Ulloa, a mis hermanos, me había marcado como nunca, como jamás me atrevería a reconocer y, quizá, ese era el problema, que no me atrevería a reconocerlo; ni siquiera a aceptarlo. Y eso era, básicamente, porque había un problema oculto que no quise ver en aquel momento.

Escogí la hora del mediodía de un domingo porque sabía que me libraría de Connor y Kellan, y de su posible insistencia en que no me marchara, ya que a esas horas estarían durmiendo, después de una noche intensa en el club, y podría despedirme de Brenan. No me gustaban las despedidas, para nada; es más, podría decirse que odiaba decir «adiós», pero el pequeño de los hermanos, que solo era tres meses mayor que yo, se merecía que le diera una explicación. Había sido un encanto conmigo desde mi llegada, me contó anécdotas y me enseñó fotos de nuestro padre, entablamos una bonita amistad y… ¡¿qué narices?! Era el más fácil de los tres para un momento como aquel. Así que me presenté en el pazo, tratando de hacer el menor ruido posible para no enfrentarme a las bestias. Era una exagerada, pero deseaba quedarme, seguir conociéndonos y si me lo hubiesen pedido en aquel instante, habría aceptado sin dudar. Pero no podía; debía volver al trabajo.

—Hola, Rosa. ¿Está…?, ¿está Brenan por aquí? —le pregunté al adentrarme en la cocina, donde se encontraba la amable mujer preparando la comida.

—Buenas tardes, Daniella. La verdad es que no le he visto desde que se ha levantado. ¿Estaba su coche aparcado fuera? —Dejó de darle vueltas al puchero para centrarse en mí.

—Puesss… no me he fijado.

—¿Quiere tomar algo mientras espera?

—Por favor, Rosa, te he dicho unas mil veces que me tutees. ¡Me haces sentir fatal! —Sonrió

con cierta timidez—. No, no quiero nada, gracias. Me marcho a Santiago y tengo bastante prisa.

Miré el reloj, dando golpes con el pie en el suelo, impaciente, y me despedí de ella antes de salir de la cocina:

—Muchas gracias por todo—. Puse mi mano en su brazo con cariño—. Nos veremos pronto… ¡O eso espero!

—Vuelva por aquí cuando quiera. Esta es su casa también.

—¡Rooosa! —exclamé con voz de reproche al ver que seguía tratándome de usted, pero se encogió de hombros, como si el tema no fuera con ella, y siguió concentrada en la comida.

Caminé decidida hacia su habitación, esperando que se encontrase allí, y cuando llegué a la puerta, la golpeé un par de veces antes de entrar. Por si acaso. Con ellos, una no sabía lo que podría encontrarse en su interior.

—Hola —dije al verle sentado en la cama con el teléfono entre sus manos, concentrado, con la vista fija en la pantalla.

—¡Ey! ¿Qué haces por aquí a estas horas?, ¿te quedas a comer?

—¡Qué va! ¿Qué hacías? —Me senté a su lado.

—Estaba hablando con Su. ¿Ha pasado algo? —Creo que lo vio en mi gesto.

—Vengo a despedirme.

—¿A despedirte?, ¿te marchas? ¿Por qué?

—Ya te dije el otro día que tenía que regresar a Santiago. Es hora de que vuelva a mi vida, ¿no? —Quise suavizar la situación—. A ver, que conoceros ha sido genial… Y más aún cuando pensé que ya no tenía a nadie. Pero tengo que volver; me esperan en el trabajo.

—Creía que estabas de vacaciones.

—Eran unas vacaciones, no una excedencia —bromeé, haciéndole sonreír—. Me gustaría quedarme, pero no puedo. Además, me voy a Santiago; ¡no estamos tan lejos!

—No, no estamos tan lejos.

Me levanté para marcharme y él hizo lo mismo, dándome un abrazo que me pilló por sorpresa y me hizo sentir en casa.

—Me ha gustado mucho conocerte y, sobre todo, que seas nuestra hermana.

—Pues… ¿sabes una cosa? Las hermanas podemos ser muuuy pesadas si nos lo proponemos. —Besé su mejilla con cariño—. Despídete del resto por mí, ¿vale? Que se me hace tarde.

—Dalo por hecho. Escríbeme cuando llegues, anda.

—Dalo por hecho —repetí sus palabras y le guiñé un ojo, alejándome por el pasillo.

—¡Dani! —me llamó cuando me faltaban pocos metros para llegar a las escaleras—. No tardes demasiado en volver.

—No lo haré.

Antes de que pusiera un pie en el primer escalón para bajar al piso inferior, la puerta de la habitación de Connor se abrió y este me observó desde el umbral, confundido, desperezándose antes de salir con el torso desnudo. Supongo que iba a dirigirse a la cocina porque caminó hacia mí y se quedó justo a mi lado.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó cuando vio que no me movía.

—Daniella vuelve a Santiago —le explicó Brenan por mí antes de desaparecer.

—¿Te vas? ¿Cuándo?

—Ahora mismo. De hecho, ya debería estar de camino. —Miré el reloj, una vez más, intentando librarme de sus intensos ojos azules, al empezar a bajar los peldaños.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte?

—Bueno, eso es lo que había venido a hacer.

—Pues no te he visto llamar a mi puerta para avisarme y decirme adiós.

—No me gusta decir adiós —sentencié cuando llegamos a la planta principal y alcanzamos la puerta de entrada—. Tampoco he llamado a la puerta de Kellan… Pero le he pedido a Brenan que se despidiera por mí.

—Yo no soy Kellan. Y tú no eres Brenan. Así que no me sirve.

—No me digas… —murmuré con sarcasmo cuando salimos al porche, que tenía unas vistas privilegiadas sobre el jardín—. Pensaba enviaros un mensaje al llegar.

—Todo un detalle.

—Así que tú eres el hermano dramático… —deduje, divertida.

—Al contrario, a mí me da todo bastante igual. Excepto mi familia. —Puse los ojos en blanco.

—Estaremos a menos de una hora de viaje; no creo que haga falta despedirse como si me fuera al otro lado del mundo. Podremos vernos a menudo.

—Pero has venido para despedirte de Brenan.

—Porque es mi favorito.

—¿En serio? —Arqueó las cejas con esa sonrisa gamberra que acompañaba siempre a su gesto y tuve que apartar la mirada al sentir cómo el azul de su iris me estremecía por dentro. No contesté y tardé en reaccionar; estaba tan hipnotizada por su rostro que me costó hacerlo—. Ya cambiarás de opinión.

—Ya nos veremos, Connor. —Me acerqué a él y le di dos besos en las mejillas para despedirnos.

—Ya nos veremos, hermanita.

…

Por esa razón, preferí aparecer en el club esa noche; me parecía menos brusco que plantarme en el pazo delante de ellos con un «he vuelto» escrito en la frente. Aunque, después de todo, eran mis hermanos, las únicas personas que me quedaban en el mundo, que tuvieran mi misma sangre, claro está. Porque lo que es socializar… lo hacía demasiado; era uno de mis grandes vicios. Y… ¡¿qué demonios?! Tenía ganas de pasar tiempo con ellos y conocerlos a fondo, ya que aquellos primeros días se me hicieron demasiado cortos. Y, sobre todo, sentía que debía ayudarlos. Algo en mi interior me lo pedía con cada latido que bombeaba mi corazón, como si esa decisión fuera mi destino, el único camino que podría, o debería, tomar en la vida.

Pocos minutos después de que el Dark Soul abriera sus puertas, me encontraba allí, montada en el coche, con dos maletas en las que llevaba únicamente lo necesario, dudando si entrar o no. Una vez que cruzara esa puerta, ya no habría vuelta atrás; todas las cartas estarían sobre la mesa.

Cogí aire profundamente y lo solté antes de bajarme del vehículo y caminar decidida hacia la fila interminable que se originaba en la entrada. La evité y me acerqué a Cano, que se percató de mi presencia mucho antes de que llegase hasta él; tenía ojos en todos sitios.

—¡Hombreee! ¿Cómo usted por aquí? —dijo a modo de saludo, con cierta complicidad—. ¿Nos echabas de menos o qué?

—Eso parece. No he aguantado demasiado sin vosotros. —Le di dos besos en las mejillas—. ¿Qué tal? Parece que hoy tenéis jaleo…

—¡¿Y cuándo no?!

—También es verdad. —Sonreí con cariño.

Cano era un tipo que imponía, pero todo lo que tenía de alto y fuerte, lo tenía de simpático. Eso sí, solo con la gente que conocía; al resto de la cola los tenía enfilados. Nunca mejor dicho.

—Si vienes a buscar a… —dudó qué término utilizar— a Kellan, no está. Eric tampoco.

—¡Vaya!

—Y no me preguntes por qué, pero los ánimos están bastante caldeados. Si yo fuera tú, me pensaría entrar ahí.

—Gracias, pero creo que me arriesgaré.

—¡Allá tú! —bromeó antes de seguir concentrado en su lista, atendiendo a los asistentes uno por uno.

Me acerqué a la puerta plateada, que tenía el tridente negro característico del club y su nombre rotulado con una tipografía moderna sobre ella, y la crucé con determinación. Nada más entrar, mis ojos se adaptaron a la oscuridad y a las luces moradas que dominaban el ambiente y en cuanto localicé a Connor en la barra principal, atravesé la pista para unirme a él. Me puse en el otro extremo, camuflándome entre varios hombres, para observarle sin que se diera cuenta y le vi tonteando con un grupo de cuatro chicas mientras hacía inimaginables malabares con las botellas y les servía unas copas. Antes de que se marchasen, ensimismadas, con una sonrisa absurda en sus rostros, agarró el brazo de la última, con suavidad, y dejó en su mano una servilleta; imaginé que llevaría su número de teléfono escrito.

«Madre mía…»; puse los ojos en blanco al presenciar la escena.

Se dispuso a atender a los siguientes y me acerqué para carraspear a sus espaldas y captar su atención.

—¡Vaya tela con Romeo! —exclamé con ironía cuando me encontró al otro lado de la barra. Apoyó sus codos en ella y esbozó una amplia sonrisa cargada de asombro.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡No te esperaba!

—Esa es la idea de las visitas sorpresa, que no te las esperes. —Negó con la cabeza sin perder la mueca de sus labios—. Estás hecho todo un rompecorazones, ¿eh? ¿Te funciona alguna vez lo de ligar así?

—No, ni una sola vez. —Rio, provocándome una sonora carcajada—. Pero no voy a dejar de intentarlo por eso.

Era la bomba.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —le pregunté mientras servía varias copas a un grupo de chicos trajeados que había a mi izquierda.

—No nos podemos quejar. —Elevó la voz al darse la vuelta para coger unas botellas de la estantería—. Aunque hoy estamos hasta arriba.

—Para que tú estés detrás de la barra, sí que tenéis que estar liados, sí.

—Kellan y Eric se han cogido el día libre y me han dejado a mí al cargo de esto. No querrás que las cosas se tuerzan en mi primer día como encargado, ¿no?

—¡En absoluto! —contesté condescendiente—. ¿Encargado? Espera, ¿y Afri?, ¿también se ha cogido el día libre?

—No, África ya no curra aquí.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

Terminó de servir las bebidas que le quedaban por preparar y cogió un taburete para sentarse frente a mí, al otro lado de la barra.

—Malentendidos con el jefe.

—¿Contigo? —me cachondeé.

—Conmigo todos los malentendidos acaban en posición horizontal —me siguió la broma.

—Yo diría que así es como empezaron con África y Kellan, pero lo que tú digas.

—¿Quieres algo de beber? —Negué con la cabeza—. Bueno, cuéntame, ¿cómo es que tenemos la suerte de contar con tu visita?

—Bueno, más que una visita, digamos que se trata de… una mudanza.

—¿Qué dices? ¿Te vienes a O´Beiros?, ¿en serio? —cuestionó emocionado.

—Me han echado del trabajo y la verdad es que no tenía dónde ir, así que he pensado que sería una buena idea pasar unos meses cerca de la familia. Si no os importa, claro.

—¡¿Cómo nos va a importar?! ¿Estás loca? Los chicos estarán encantados…

No tuve que preguntarle si a él le importaba, porque era más que evidente que mi regreso le había hecho ilusión, por decirlo de alguna manera.

Iba a contestarle, pero la pelirroja, a la que Connor le había dado una servilleta, regresó a la barra y se colocó a mi lado, dejando su copa vacía sobre ella.

—¿Otra? —cuestionó mi hermano, gamberro.

Ella asintió, coqueta, y colocó sus manos alrededor de la copa de balón para pasársela a Connor, que detuvo sus dedos sobre los de ella más tiempo del debido. «Madre mía…», volví a rodar los ojos, resignada por su actitud.

—Aunque… había pensado que, tal vez, podrías servírmela en el palco siete. Y traer otra para ti… Así podríamos conocernos en profundidad.

«¡Joder con la pelirroja! Profundidad, dice». No se cortaba ni un pelo.

—Me gustaría, pero… —Connor se centró en mí, como si más que una persona, fuese su excusa—. No puedo; estoy ocupado.

—¡Qué pena! —respondió ella, fingiendo un puchero exagerado—. Si cambias de opinión, puedes encontrarme en la mesa del lateral. Y si ves que tienes mucho lío… —Anotó su teléfono en la misma servilleta que le había dado él antes—. La pelota está en tu tejado. Llámame cuando puedas.

«¡La virgen!».

—Claro que sí, cuenta con ello. —Le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa *mojabragas* que me obligó a alzar las cejas, incrédula.

Connor era así. No me había dado tiempo a conocerle demasiado, pero solo había que mirarle para saber que era un ligón de manual. Y que podría tener a cualquiera a su alcance. No solo era un chico guapo, atractivo, con un cuerpo ejercitado en el gimnasio y una mirada azul capaz de derretir a cualquiera, sino que tenía una actitud gamberra y seductora que podría deshacerte por completo. Esa era su mejor carta y sabía muy bien cómo jugarla.

—¿En serio? —cuestioné cuando desapareció la pelirroja—. No pierdes oportunidad, ¿eh?

—En realidad, era la misma oportunidad de antes, así que solo cuenta como una.

—Lo que tú digas, pero podrías haberte ido a… con ella, al palco. No tendrías que haberlo hecho por mí. Puedo tomarme algo sola o ir a buscar a Lía; seguro que no anda lejos.

—No lo he hecho por ti; lo he hecho por mí —dijo con sinceridad—. Cuéntame, ¿qué es eso de que te han echado del trabajo? ¿No llevabas tanto tiempo con ellos?

—Sí, llevaba trabajando en esa oficina como administrativa casi ocho años, pero, por lo visto, no me habían cogido suficiente cariño y me han dado la patada a la primera de cambio.

—Bueno, no te preocupes, son ellos los que han salido perdiendo.

—Supongo… —Me encogí de hombros.

—Así que vuelves a estar en O´Beiros de vacaciones. Otra vez —murmuró divertido.

—Algo así, aunque estas vacaciones son indefinidas.

—Si necesitas trabajar, siempre puedes unirte a la familia Dark Soul.

No supe si lo dijo en serio, pero no pensaba desaprovechar la oportunidad.

—¿De verdad? ¿Necesitáis gente?

—Aquí siempre necesitamos gente, pequeña —dijo con chulería—. Así que si quieres

trabajar como camarera, estás en el equipo.

—¡Genial! ¡Muchas gracias! En serio… —Di saltitos de la emoción, como si fuera la mejor decisión del mundo—. ¿Cuándo empiezo?

—¿Cómo que cuándo empiezas? ¡Ahora mismo! —Cogió una de las botellas y empezó a girarla entre sus dedos—. Aunque no sé si podrás seguirme el ritmo…

—Eso ya lo veremos —le reté, remangándome y cruzando la barra para colocarme a su lado.

—Más te vale que aprendas rápido porque estás en el periodo de prueba. —Subió el dedo índice, amenazador.

—¿En serio? ¿Me echarías?

Frunció el ceño, desconcertado por la pregunta, pensando muy bien la respuesta, y apretó los labios antes de contestar.

—No creo. Nunca te diría que no. A nada.

Esbozó esa sonrisa pícara que removía por dentro y empezamos a trabajar, mano a mano, codo con codo, olvidándome de ese latigazo fulminante, y me enseñó varios trucos a la hora de elaborar los mejores y más conocidos cócteles del DS. Sin embargo, lo que no sabía aún era que mi llegada ya había provocado un verdadero huracán; uno inevitable que arrasaría con todo a su paso, sin remedio, cambiando nuestras vidas por completo. Porque lo que comienza con una mentira no puede acabar bien… Nada bien.

Capítulo 33



Kellan

Nunca había creído en la gama de grises; para mí, no existía término medio y las cosas solo podían ser blancas o negras. No había más. Así que los planes podían salir perfectamente, según lo pensado, o convertirse en una tragedia, en una desgracia inesperada. Y en esa ocasión no lo vi venir.

Debería haberlo previsto; hubo varias señales que me avisaron, pero estaba tan centrado en cumplir lo que habíamos planeado durante semanas que dejé de lado todo lo demás y ni siquiera las presté atención. Como lo que sucedió nada más abandonar el club esa misma noche…

—Me voy, Kellan. —Eric apoyó sus codos en la barra, a mi lado, para analizar todo el local desde allí—. Tengo que ir a llenar el tanque, así que nos vemos en el almacén.

Habíamos decidido que cada uno llevaríamos nuestro coche hasta allí, por si el operativo se torcía y teníamos que huir.

—Perfecto, luego nos vemos.

—Por cierto… ¿Has hablado con África? —curioseó, provocando que dejara de observar la pista central para escrutarle con gesto serio.

—¡Joder! ¿Tú también? —cuestioné, molesto—. No, no he hablado con ella. —Evité el tema —. No creía que fueras un casamentero…

—Esto no va de casarse ni de con quién has follado o no —se explicó—. Pero conozco a África. O la conocía… Y sé que suena fatal decirlo, pero te ha hecho un favor, aunque no lo veas. Mira lo que tienes ahora… —Señaló a nuestro alrededor—. Además, siempre ha estado ahí cuando la hemos necesitado.

—¡Déjalo! —le advertí.

—Tu orgullo no te deja verlo.

—No tengo orgullo, Eric; tengo principios.

—Pues los principios siempre se acaban —zanjó—. Ir de duro no te va a servir de nada. En fin, haz lo que quieras. Yo paso. —Hizo ademán de irse, pero se giró antes de dar dos pasos—. Parecéis dos adolescentes en plena fase de enamoramiento. Va a ser verdad que necesitáis unos niñeros…

—¿No te ibas?

—Sí, ya me voy. Hay mucho en juego y ahora no podemos cagarla, así que céntrate. Tú eres el jefe; yo solo soy un mandado —exageró—. Luego nos vemos. —Y desapareció como había llegado, sin hacer ruido.

El local estaba hasta la bandera y antes de marcharme, busqué a Connor para dejarle al mando.

—Intenta que esto siga en pie hasta que vuelva —le pedí con ironía, ganándome una sonrisa fingida de parte de mi hermano.

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio. Procura no incendiarlo —continué con el cachondeo, intentando no reírme, pero de alguna manera tenía que silenciar los nervios.

—¡Lárgate ya! —exclamó con su gesto más profesional, haciéndome ver que era capaz de encargarse de todo. Y no lo dudaba, Connor escondía una cara responsable en algún lugar; puede que estuviese detrás de esa mueca gamberra.

Habíamos quedado en el viejo almacén a las doce de la noche. La idea era que llevásemos dos planeadoras para recoger la coca en altamar, en las coordenadas acordadas, mientras que dos equipos, formados por doce hombres y seis vehículos, nos esperaban en tierra, en dos puntos distintos por si la cosa se complicaba, para recoger la mercancía y llevarla hasta la conservera. Una vez allí, ya con tranquilidad, la redistribuiríamos entre nuestros puntos de venta, repartidos por toda la costa. Pero para llegar a eso, aún nos quedaba demasiado camino por delante.

Bajé al aparcamiento del club y me subí al coche para conducir hasta el almacén. Salí a toda velocidad al darme cuenta de que el tiempo me pisaba los talones, como de costumbre, y ni siquiera había llegado a la carretera que bordeaba los acantilados cuando los planes empezaron a torcerse.

A esas horas de la noche, lo normal habría sido que condujese solo por esa carretera o que me encontrase con otro vehículo, como mucho, pero cuando vi tres luces por el retrovisor, dos de ellas acercándose a mí a la velocidad de la luz, supe, instantáneamente, que algo iba mal.

«Mierda».

Apreté el pedal del acelerador a fondo e intenté ganar distancia, pero, unos segundos después, esos círculos brillantes que vi por el espejo se convirtieron en dos motos que me seguían desde cerca. En un primer instante, pensé en cómo despistarlas y perderlas para no guiarlas hasta el almacén, pero al ver que no cesaban en su empeño y trataban de ponerse a mi altura, cambié de idea. No sé por qué, pero la imagen de Iago vino a mi mente. Quizá porque imaginaba que habría muerto cerca de allí o, tal vez, porque le prepararon una encerrona como aquella. Sin embargo, dejé mis pensamientos de lado y me centré en la carretera. Aceleré como si fuera lo único que importaba y cogí las curvas por el interior, pero era difícil dejarlas atrás. Y después de unos minutos interminables en los que aquello parecía no tener fin, tuve que pasar a la acción.

Sabía que venían a por mí porque no dejaban de dar bandazos de un lado a otro con la intención de sacarme de la calzada y verme caer acantilados abajo, pero no iba a permitirlo; además, esas dos motos tenían todas las de perder contra mi BMW. La otra nos seguía desde lejos, sin perdernos de vista. Por lo que aproveché un momento de despiste de las dos primeras y que me conocía aquellos caminos a la perfección para, tras un último acelerón, dar un giro brusco de ciento ochenta grados, provocando que las motos chocasen entre sí al querer evitarme y que sus conductores salieran disparados por los aires.

En esos segundos de pausa, saqué la pistola de la guantera por si la necesitaba y aceleré en sentido contrario, encontrándome con la última moto de frente. Vi cómo su conductor hizo lo

mismo y empuñó una pistola con su mano izquierda, conduciendo sin dificultad alguna con la que tenía libre, y empezó a dispararme a diestro y siniestro. No supe si la suerte estuvo de mi parte o fue debido a mi puntería, pero uno de mis disparos dio justo en el blanco, el tipo cayó al suelo y la moto se deslizó por el asfalto hasta que se detuvo unos metros atrás. Eché un último vistazo por el retrovisor y vi cómo se retorcía en la calzada, herido, tratando de incorporarse. Dudé durante unos segundos si debía bajarme del coche y dispararle en la frente, donde de verdad se lo merecía, pero apoyé el codo en la ventanilla, victorioso, y salí de allí rápidamente para dirigirme al almacén.

Llegué sobresaltado y furioso porque que hubieran ido a por mí justo esa noche solo podía significar una cosa, que alguien sabía lo del desembarco y quería aniquilarme para hacerse con el cargamento. Y ese alguien solo podía tener el nombre de una persona: Lucho.

Entré en el almacén maldiciendo al ver los daños que habían causado los disparos en la carrocería del coche, atando cabos y temiendo que la cosa no hubiera terminado allí.

—¡Vamos, jefe! Te estábamos esperando —dijo Eric al verme aparecer, pero solo le hizo falta fijarse en mi gesto para saber que algo no iba bien—. ¿Ha pasado algo?

—Han intentado matarme.

—¿Qué? ¿Quién?

El murmullo entre nuestros hombres fue incesante y no se detuvo hasta que les di una respuesta.

—No lo sé, pero tened mucho cuidado ahí fuera. Nada puede salir mal… Nada —recalqué—. Alguien sabe lo del cargamento.

¡Claro que lo sabían! Si el mismo Lince me lo había confirmado… Resoplé, vaciando mis pulmones de aire, y carraspeé para deshacerme de esa amarga sensación.

—Vámonos. Es la hora. Os quiero a todos en vuestros puestos. —Los chicos empezaron a moverse en todas las direcciones para cumplir con los objetivos que tenían asignados—. Y recordad: tened cuidado ahí fuera.

—¿Qué cojones ha pasado? —murmuró Eric a mi lado al ver que el resto estaba ya concentrado en lo suyo.

—Cuando he salido del club, me estaban esperando en los acantilados, pero no les he visto las caras; eran tres, iban en moto y llevaban las pantallas de los cascos tintadas. Estoy seguro de que han sido Lucho y los suyos.

—Joder… —musitó, analizando las posibilidades—. ¿Por qué estás tan seguro? Podría haber sido cualquiera…

—Gracias… —contesté sarcástico.

—¿Por qué?

—Por decirme que tengo una puta diana en la nuca.

—¡No, joder! Pero el Lince…

—El Lince estuvo en el club ayer.

—¿Qué? —Arrugó la frente, preocupado—. ¿Qué quería?

—Vino para avisarme de que esta no es su guerra. No creo que haya sido él.

—A no ser que lo haya hecho con esa intención, para que creas que no ha sido él.

No. No era posible. Estaba seguro de que tanto lo de esa noche como lo ocurrido durante la reunión de empresarios llevaba el nombre del andaluz como artífice. Y solo me quedaban unas horas para darme cuenta de si estaba en lo cierto o me había equivocado por completo.

Unos minutos después, nos encontrábamos en las planeadoras saltando sobre las olas, cortando el aire de la noche y rompiendo con la calma absoluta de la oscuridad. Finalmente,

habíamos decidido que contaríamos con dos lanchas con tres hombres en cada una. En la primera íbamos Villa, Eric y yo y en la segunda teníamos el apoyo de nuestros mejores hombres: Germán, Enrique y Neo. Encendimos los sistemas de navegación nocturna y antes de que nos hubiéramos alejado de la costa, recibí el mensaje que estábamos esperando.

De la Cruz:

El centollo está en su punto.

Sonreí al leer el texto y me acerqué a la cabina para encargarme del timón y empezar a volar sobre el Atlántico.

—Ya están allí —informé a Eric y Villa, que asintieron al comprobar que cada vez nos encontrábamos más cerca de nuestro objetivo.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí, deslizándonos sobre el océano a toda velocidad, casi a unos setenta nudos, para intentar alcanzar las coordenadas lo antes posible hasta que la luz de la luna nos permitió vislumbrar la silueta del carguero en el horizonte.

—Ahí está —comentó Villa, señalando la pequeña mancha oscura que nos esperaba en la distancia.

Los nervios se instalaron en la boca de mi estómago según nos íbamos acercando y cuando tuvimos al buque frente a nosotros, me costó unos segundos hacerme a la idea y ponerme manos a la obra. Y no porque se tratase del cargamento más pesado que había recibido O´Beiros hasta la fecha, sino por esa presión incesante que no desaparecía y que me acompañaría hasta que las cosas salieran bien.

En la cubierta del carguero nos esperaban cinco hombres, armados hasta los dientes, que nos saludaron con un movimiento de cabeza. En ese mundo, el nuestro, cuanto menos hablásemos y menos supiésemos sobre el otro, mejor. Y así fue. Sin más explicaciones, empezaron a lanzar los fardos a las planeadoras y los fuimos cogiendo al vuelo para colocarlos y acabar con todo aquello. Sin embargo, justo en ese instante, cuando acabábamos de empezar con el traspaso y estábamos en pleno operativo, todo se complicó.

Estábamos centrados en recoger los paquetes uno a uno para que no cayeran al agua, aunque llevasen un sistema de boyas que los mantendría a flote dado el caso, cuando escuchamos varios motores acercándose. No esperábamos a nadie, por lo que en cuanto oímos ese ruidoso sonido, empuñamos nuestras armas sin dudarlo ni un solo segundo y apuntamos a la lancha que se encontraba cada vez más cerca de nosotros.

—¡¿Qué hace ella aquí?! —gritó Villa, enfadado—. ¡Quedamos en que no habría nadie más implicado!

—La madre que la parió… —Eric se golpeó la frente, exagerando, guardó el arma y siguió a lo suyo.

Y yo… estaba alucinando, sin más. Ahí estaba, pilotando la planeadora, sola en medio del océano como si no le temiese a nada en absoluto. Ni a nadie. Era increíble, aunque me negase a reconocerlo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con tono grave y una mirada dura y fría como esa noche que nos absorbía.

—He venido por si necesitabais ayuda.

África paró los motores al lado de nuestra embarcación, cogió una pistola para guardarla en su cintura y de un salto, se colocó a mi lado.

—Te ordené que no vinieras.

—No eres mi jefe; ya no cumplo tus órdenes —sentenció sin mirarme, pasando a mi lado para dirigirse al otro extremo de la lancha y empezar a organizar los fardos, pero no se lo permití.

Agarré su mano, sintiendo cómo la calidez de su tacto me quemaba por dentro y entonces sí, me clavó la mirada.

—Vete de aquí, África. —Mis labios volvieron a pronunciar esas palabras a modo de orden, pero mis ojos llevaban escritos un «por favor» en ellos.

Como imaginaba, no me hizo ni caso. Empezó a recibir los fardos y a colocarlos en la lancha de forma ordenada, como el resto del equipo, rápidamente. No tardamos demasiado; solo en unos minutos teníamos todo el cargamento distribuido en las dos planeadoras. Y sin contratiempos. O eso creía.

—¿Has visto? Parece que no os he venido tan mal, después de todo —murmuró, fanfarrona, al pasar por mi lado.

Me habría encantado contestarle que ella nunca nos vendría mal, que tenerla cerca era todo lo que necesitaba para respirar, pero me mantuve en silencio, tensando la mandíbula para no cagarla y recordar su traición, esos hechos que mi corazón quería olvidar, una y otra vez, en cuanto ella estaba cerca.

—No tendrías que haber venido.

—Yo no diría eso…

Nuestros ojos se acariciaron mientras que nuestros cuerpos preferían mantener las distancias. Era mejor así. Y justo cuando parecía que la intensidad del momento empezaba a superarnos y que la oscuridad de la noche se esforzaba por acercarnos sin remedio, África arrugó el gesto y regresó a su embarcación, poniéndola en marcha.

—Mierda… —Leí en sus labios, viendo cómo centraba su atención en la parte trasera del buque, por donde se acercaba una sombra directa hacia nosotros.

Y ahí empezó la verdadera pesadilla.

«Mierda…».

Capítulo 34



África

Nunca había pensado en el día que iba a morir, pero, sin duda, no quería que fuera en un momento como aquel. No era una mala persona, aunque me había sentido así durante muchos meses seguidos por todo lo que había hecho, fuera por el motivo que fuera. Daba igual si había actuado movida por la sed de venganza, por la avaricia o por la insistencia de Lucho; eso no importaba. Solo podía pensar en lo que había ocurrido en ese último año, en su mirada de decepción cada vez que nos encontrábamos, en que deseaba estar con él, algo tan simple y tan complicado al mismo tiempo. Por eso, ahora quería arreglar el daño causado de alguna manera, aunque para ello tuviese que arriesgar demasiado, incluso mi vida.

Creo que nadie llega a plantearse si el día que está viviendo, el día de hoy, podría convertirse en el de su muerte. Vivimos tan centrados en el mañana que no llegamos a pensar que cualquiera puede ser nuestro último instante, el definitivo. Y eso es justo lo que sentí cuando le vi aparecer en una embarcación, dirigiéndose hacia nosotros con sus armas en las manos. El tiempo se detuvo y la velocidad a la que se acercaba pareció ralentizarse, como en las típicas películas de acción en las que la escena se desarrolla a cámara lenta para que el espectador no se pierda detalle. En un microsegundo pude darme cuenta de que venía acompañado de otros dos hombres, que nos analizaban desde la distancia, como si se tratasen de violentos depredadores y nosotros acabáramos de convertirnos en sus presas. En cuanto los vi aparecer, algo se desencajó en mi interior y no porque el miedo oprimiera mi estómago, sino por ver a Lucho con dos hombres, solamente; algo que no era típico de él. Le conocía bien y nunca haría ni el más sencillo movimiento si no tenía sus espaldas a salvo.

«Solo dos hombres…» pensé, desconcertada, buscando a nuestro alrededor cualquier mínimo movimiento que me diera una explicación. Y, entonces, lo encontré. Sonaron varios disparos en algún lugar y no los localicé hasta que los cinco hombres que nos habían lanzado los fardos desde la cubierta del carguero cayeron por la borda, ensangrentados, sin vida, perdiéndose en la inmensidad del océano.

«¡¡Joder!!».

Se suponía que había ido allí para echarles una mano, para ayudarles con mi posición de ventaja al saber que Lucho aparecería, pero si empezaban a dispararnos desde la cubierta, estábamos muertos. Todos.

Nunca olvidaré esa última mirada de Kellan, cómo su decepción me quemó en las mejillas, haciéndose más y más intensa con cada pestañeo que di, mientras que él se mantenía impenetrable. Y todo eso en un segundo… Debíamos actuar rápido si queríamos tener una mínima oportunidad, pero nunca podría explicarle que lo hice por él, que lo único que quería era acabar con Lucho y reparar el daño causado, aunque no lo lograse. Me habría encantado susurrar un «lo siento», un «no es lo que parece», pero los nervios me tenían silenciada, boqueando como un pececillo en mitad del mar.

—¡Acelera! —gritó Kellan, furioso. No supe si me lo dijo a mí o a Villa, que se encontraba a los mandos de su lancha, pero ambos arrancamos y nos movimos al mismo tiempo—. ¡Larguémonos de aquí!

No obstante, no nos dio tiempo a avanzar demasiado; la noche se convirtió en una banda sonora de disparos que iban y venían sin rumbo, sin encontrar su objetivo, dándonos una pequeña esperanza gracias a la oscuridad, que nos convirtió en sombras inalcanzables, iluminadas, únicamente, por el reflejo de la luna y por los focos que cambiaban de dirección a gran velocidad.

—¡¡Nooo!! ¡Villa! —Reconocí la voz de Eric y, al mirar, vi cómo el aludido caía inmóvil sobre los paquetes de la embarcación.

Perdí la cuenta de las veces que apunté y disparé con mi arma. Sabía lo que podía pasar, así que llevaba munición de sobra; pero dar en el blanco en movimiento, pilotando, en plena noche y en mitad del océano, era más difícil de lo que parecía. Y todo ello sorteando nuestras propias lanchas mientras esquivábamos balas invisibles a lo *Matrix*, aunque el tiempo ahora pareciera ir a toda prisa, como si quisiera darnos un desenlace cuanto antes.

No pude hacer el recuento de cuánta gente iba cayendo al mar, pero miraba a Kellan cada pocos segundos, como si verle con vida fuera lo único que me animaba a seguir disparando.

Mi mirada se encontró con la de Lucho y esbozó una sonrisa ladina que desprendía altas cantidades de maldad en su leve curvatura. ¿Cuándo se había convertido en ese tipo? ¿O acaso había estado tan ciega como para no darme cuenta de cómo era en realidad? No recordaba que fuera así cuando le conocí. Puede que fuera porque era diez años mayor que yo y en plena adolescencia, alguien con esa actitud, con su carisma y su experiencia siempre llama la atención. O puede que me diera el cariño que necesitaba por aquel entonces.

—Perdona, se te ha caído esto —captó mi atención, la primera vez que le vi, mientras cruzaba la frontera con Gibraltar para dirigirme al barrio, ofreciéndome un cartón de tabaco.

—No es mío.

—Yo creo que sí lo es. —Me agarró de la mano con suavidad para detenerme y me dedicó una mueca seductora que me dejó paralizada.

Miré la mochila, que llevaba a mis espaldas, y estaba cerrada, por lo que no se me podía haber caído nada en el trayecto. Aun así, cogí el cartón por su insistencia.

—¿Cómo te llamas?

—África —contesté sin pensar. Siempre que alguien me preguntaba en aquel mundillo en el que empezaba a meterme, respondía lo mismo. No quería dar mi verdadera identidad y, sin saberlo, ese nombre acabó siendo lo más real que había tenido nunca.

—Yo soy Lucho, encantado. —Me dio dos besos con toda la seguridad del mundo—. ¿Te apetece tomar algo?

Acabamos en una terraza alargando la tarde durante horas. Al contrario de lo que habría sido lógico, me contó en lo que andaba metido desde el primer momento y me explicó que se dedicaba al narcotráfico de hachís en el Estrecho. Unos días más tarde, me desveló que llevaba espiándome durante semanas, siguiendo mis movimientos desde lejos, observando mi forma de trabajar. Por eso, quiso que me uniese a los suyos.

Y cuando, una tarde, me puse al mando de una de sus motos acuáticas de competición, me lo gané por completo. Esas máquinas eran verdaderos torpedos, increíblemente veloces, tremendamente eficaces para cumplir con nuestros objetivos y al verme compenetrada con ella, cabalgando las olas como nadie, cruzando hasta África a unos ciento veinte kilómetros por hora, me convertí en su piloto número uno.

No recordaba cuántas veces hicimos ese mismo trayecto; puede que fueran innumerables, pero sí me acordaba de una de las ocasiones más peligrosas, esa en la que la adrenalina nos desbordó.

Habíamos quedado en Tánger con uno de nuestros proveedores y nos encontrábamos subidos en la Kawasaki, ya de vuelta, a medio camino, con Lucho abrazándose a mi cuerpo, pegando su pecho a mi espalda, acortando la distancia entre los dos continentes. Nos faltaba poco para llegar a la península con más de un kilo de hachís en una mochila, cuando apareció, en el horizonte, el temido helicóptero de la guardia civil volando hacia nosotros.

—¡Guardia Civil, deténganse! —nos ordenaron por el altavoz, provocando que aumentásemos la velocidad, aunque creo que eso era imposible.

Empezaron a dispararnos, con la intención de detenernos, pero no lo lograron; solo consiguieron hacernos más fuertes al ver que podíamos librarnos de ellos. No sé cómo salimos de aquella; cuando llegamos a la costa, dejamos la moto sobre la arena y huimos en distintas direcciones justo en el momento en que una patrulla llegaba a por nosotros. Lucho le pasó la mochila a otro miembro de nuestro equipo que nos estaba esperando y así, en cadena, logramos llevarla hasta nuestra pequeña choza, escapando, recorriendo las calles de La Línea con un único objetivo: que no nos cogieran.

Cuando llegamos, cada uno por nuestro lado, a la pequeña casa que se había convertido en nuestro refugio, la adrenalina, la tensión acumulada y la euforia por haberlo conseguido hicieron de las suyas y acabamos acostándonos. Fue la primera vez que lo hicimos, pero no la última, ya que, por aquel entonces, pasaba mucho tiempo allí, en su casa, junto a él y sus colegas. Con ellos, encontré una forma rápida y directa para conseguir mucho dinero, aunque acabase perdiéndome a mí misma por el camino.

«Eres increíble», «eres lo mejor que me ha pasado…» o «no hay nadie que te supere» eran algunas de las lindezas que Lucho me susurraba mientras lo hacíamos. Y sentirme importante y valorada por un tipo como él, un líder, atractivo y mayor que yo, era lo único que necesitaba para sentirme querida cuando más sola estaba. O así fue hasta que me di cuenta de que, para él, yo solo era la gallina de los huevos de oro, la que le hacía conseguir dinero en el menor tiempo posible, doblando las ganancias de manera alarmante.

…

No podía seguir allí sin hacer nada, esperando a que una bala me alcanzase y le pusiera fin a todo. Debía actuar. Y tenía que hacerlo cuanto antes. Aproveché mi destreza pilotando y la posición del carguero para bordearlo y pillar desprevenido a Lucho. Si no recordaba mal, me pareció ver que solo quedaban a bordo él y otro hombre, mientras que en la cubierta del buque aún había tres más. Dos, ya que uno cayó a mis espaldas cuando me alejaba de allí. Aceleré todo cuanto pude para no perderme detalle ni la oportunidad de echarles una mano, ya que nosotros

también habíamos perdido a varios de nuestro equipo, y sentí cómo el aire frío me helaba por dentro. Rodeé el barco y llegué justo cuando Lucho disparaba a Kellan, que se cubría con la cabina y salía, únicamente, para devolver los tiros al otro lado.

Adelanté a Lucho por la derecha y justo cuando pasaba a su lado, disparé, haciendo que su acompañante cayera al mar.

—Uno menos —murmuré orgullosa, agachándome, sin soltar los mandos, al sentir que mi *exloquefuera* me devolvía el ataque.

Gracias a mi posición, a mi nuevo ángulo al llegar por ese otro extremo del carguero, dirigí mis balas hacia su cubierta, dando de lleno en la cabeza de uno de esos tipos, que debió de caer al suelo, ya que lo perdí de vista.

En ese instante, el espacio-tiempo volvió a jugarme otra mala pasada; puede que la peor de mi vida. Vi las intenciones de Lucho en su gesto; quería aprovechar ese nuevo microsegundo en el que Kellan se dio cuenta de mi presencia, respiró aliviado al verme y nuestras miradas se quedaron enganchadas, como era costumbre. Las manecillas del reloj se detuvieron y observé cómo Kellan tensaba los músculos de sus brazos al apuntar para disparar a Lucho, al otro lado; sin embargo, este ya había apretado el gatillo y yo solo podía hacer una cosa. Estaba a la distancia necesaria, justo entre ambos, por lo que aceleré todo cuanto pude y me interpuse en el camino de esa bala. Era él o yo y, ante eso, para mí, no había otra elección.

—¡Nooo! —Fue lo último que escuché y deseé que fuera su voz, aunque no logré verlo.

Sentí cómo algo me golpeó con fuerza, como si alguien me hubiera empujado de una forma extremadamente violenta, además del dolor más intenso que había experimentado en toda mi vida y un ardor insoportable en el estómago, donde llevé mis manos de manera inconsciente. Las miré, como si comprobándolo pudiera cambiar el destino, y sentí mi propia sangre, caliente, derramándose sobre ellas. Me tambaleé con debilidad y caí al mar sin poder evitarlo. Sentí un pitido en los oídos tan molesto que me obligó a cerrar los ojos cuando el agua congelada empezó a inundar mis pulmones. Y después… nada. Solo la oscuridad más absoluta.

Capítulo 35



Kellan

Nunca había sabido qué hacer con los sentimientos ni con las emociones, pero en ese mismo instante, cuando vi cómo una bala la alcanzaba y caía al agua, sentí un tsunami desbordándome por dentro, arrasando con mi interior, provocando que la furia más peligrosa despertase sin control.

—Hijo de puta… —mascullé con rabia.

Observé a Lucho, que tenía un gesto de satisfacción en el rostro, y vacié el cargador contra él en un acto de odio y venganza salvaje, convirtiéndome en una persona a la que temer, transformándome, directamente, en él, en Iago.

Lucho hizo lo mismo y me disparó desde la distancia. Estábamos tan lejos que era difícil acertar en la oscuridad, pero ni siquiera me cubrí; lo único que deseaba era matarle. Una de mis balas le dio y tropezó con el cuerpo de su compañero antes de que le perdiéramos de vista al caer en el océano.

—Búscale y rematale —le ordenó Eric a Germán, el único de nuestros hombres que permanecía con vida, justo cuando yo me lancé al agua de cabeza para buscarla.

Eric me alumbró con el foco desde la lancha, pero era como encontrar una aguja en un pajar. Si la superficie ya estaba oscura, bucear en un lugar perdido del mar, como aquel, era claustrofóbico. O, tal vez, era la situación la que me estaba asfixiando, pero sentía que con cada segundo que pasaba, y seguía sin localizarla, mi capacidad pulmonar se reducía al máximo, imposibilitándome coger algo de oxígeno.

Volví a sumergirme, incansable, porque no pensaba rendirme así como así, y me pareció ver una sombra cerca del rayo de luz que mi compañero seguía moviendo desde la cubierta. Nadé hacia allí lo más rápido que pude y cuando vi que se trataba de ella, me aferré a su cuerpo como si nada ni nadie pudiera volver a arrebatármelo nunca. La sujeté por la cabeza con suavidad para mantenerla a flote y cargué con su cuerpo hasta la planeadora, donde la subimos para comprobar su estado. Mi corazón se detuvo, mi cerebro hizo lo mismo y mi organismo actuó porque se negaba a contemplar cómo la perdía; ya no era ese niño que observó, resignado, cómo su madre fallecía y le dejaba en la oscuridad más terrible. Reaccioné y me incorporé sobre ella, examinando cada centímetro de su piel, aunque no me hizo falta buscar demasiado; tenía una

profunda herida de bala en el abdomen que sangraba de forma alarmante.

—Presiona ahí, con fuerza —le ordené a Eric que, antes de que terminara de pronunciar esa frase, ya estaba cubriendo el orificio con sus manos.

No respiraba. Su corazón no latía y el mío dejó de hacerlo al comprobarlo, provocando que todo el peso del mundo me cayera encima. Sin más. Empecé a hacerle las maniobras de reanimación, haciendo compresiones sobre su pecho, furioso, dolido, tenso como nunca para no estallar, enfadado con ella, conmigo, con nosotros porque se hubiera terminado antes de darnos una oportunidad. Sellé sus labios con los míos para darle el poco oxígeno que me quedaba y en cuanto rocé las comisuras de su boca, nuestros mejores momentos juntos me arrebataron la poca esperanza que tenía.

Las imágenes del primer día que la vi me arrollaron con fuerza. Y no me refería a ese instante en el que nos conocimos en el Dark Soul, sino a cuando todo empezó, veinticinco años atrás.

Tenía solo cinco años, mi hermano Connor tenía tres y Brenan aún ni siquiera había nacido. Era una tarde primaveral y estábamos en el jardín del pazo, disfrutando de la temperatura, jugando a cualquier cosa mientras mis padres se preparaban para una importante comida y Rosa nos vigilaba. Cuando llegaron los invitados, entraron con el coche hasta el interior de la finca y mis padres fueron hacia ellos para recibirlos.

—¡Diego! ¡Héctor! —nos llamó mi madre—. ¡Venid un momento!

Fuimos a toda velocidad hacia ella, echando una carrera, comprobando quién era el más rápido, burlándome de Connor cuando volví a ganarle.

—¿Os acordáis de Gonzalo y Carmen? —nos preguntó. Nuestra respuesta fue quedarnos en silencio. Me sonaban aquellas personas de haberlas visto antes, pero mis padres se relacionaban con demasiada gente por aquel entonces.

—¡Qué mayores estáis! Madre mía… ¡cómo vuela el tiempo! —La mujer me acarició con cariño—. Diego, estás hecho un pequeño hombrecito. Y tú, Héctor, mírate; eres casi tan alto como él.

Connor me sacó la lengua, orgulloso por el comentario.

—¿Habéis visto el bebé tan bonito que ha tenido Carmen? —dijo mi madre con cierta nostalgia.

—Podréis jugar juntos cuando crezca… —añadió esta.

Connor subió los brazos para que nuestra madre le cogiera y pudiera asomarse al interior del carro y yo me puse de puntillas para no tener que pedir ayuda. Eché un vistazo al capazo con curiosidad y me encontré con esos ojos oscuros que se convertirían en la causa de mis perdiciones. Nos miramos durante unos segundos, pero no le presté demasiada atención. ¿Qué interés podía tener un bebé que ni siquiera se movía? Ninguno.

Connor, en cambio, empezó a hacer miles de preguntas llenas de inocencia:

—¿Puede andar?, ¿qué come?, ¿no sabe jugar?, ¿cómo se llama?

—Blanca —respondió su madre con una enorme sonrisa.

Pero yo ya había encontrado un nuevo objetivo, un balón nuevo y reluciente que había traído Gonzalo para mí.

Volvimos a vernos en alguna que otra ocasión, ya que no solíamos hacer reuniones como esas a menudo; en cambio, Iago y Gonzalo se pasaban los días y las horas juntos, trabajando.

Años más tarde, poco después de mi décimo cumpleaños, volvió con su madre al pazo. Sé que había cumplido años, unas semanas antes, porque uno de los regalos fue un *scalextric* enorme que habíamos montado en la buhardilla, con el que pasábamos las horas muertas, jugando. Y allí estábamos, un día cualquiera, compitiendo por ver quién era el más veloz, como

siempre, cuando mi madre apareció y entró sin llamar. Con ella.

—¡Chicos! ¿Os acordáis de Blanca? La hija de Gonzalo y Carmen… —nos preguntó, calmando los gritos que había en aquella habitación—. Ha venido con sus padres y he pensado que podríais jugar juntos.

—¡Claro, mamá! —contestó Connor, complaciente.

—No seáis abusones y dejad que juegue también… —Asentí, contemplándola a unos metros, sentado en el suelo.

—No te preocupes, le dejo mi coche para que juegue. —Mi hermano se levantó y ella ocupó su lugar, justo a mi lado.

—Hola —dijo curvando sus labios en una pequeña sonrisa.

—Hola —contesté, concentrándome en los coches de nuevo.

—Diego… —refunfuñó mi madre a modo de advertencia.

—Que síií —protesté—. ¿Sabes jugar?

—No he jugado nunca a eso. —Señaló la pista con una mueca de desgana que me hizo suponer que no sería muy difícil machacarla.

Después de todo, tenía cinco años, ¿cómo podría haber imaginado que iba a conducir de esa manera? Solo era una cría y ya apuntaba maneras; ya estaba advirtiendo al mundo de que podría convertirse en una gran piloto si quisiera. En la mejor, sin dudarlo.

Cogió uno de los mandos y cuando empezó la carrera, nos dejó boquiabiertos. Corrió con una destreza asombrosa, completamente relajada, como si llevara conduciendo toda su vida, aumentando la potencia en las rectas y disminuyéndola lo justo cuando era necesario. Se salió en alguna curva, pero consiguió manejar el coche con la velocidad adecuada para sacarme cierta distancia y cruzar la línea de meta antes que yo. Increíble.

—Lo he hecho bien —dijo con una felicidad inmensa en el rostro, que hizo que la observase maravillado—. Te he ganado.

—¡Te ha ganado, Diego! —gritó mi hermano, riendo, sorprendido—. ¡Me toca! ¡Me toca a mí!

Nos turnamos y lo intentó él, con el mismo resultado, y así pasamos la tarde, disfrutando en una buhardilla con el único objetivo de convertirnos en el número uno y, lo más importante, sin preocupaciones.

…

Un, dos, tres… Contabilicé mentalmente todas las compresiones hasta completar un nuevo ciclo y volver a llenar de aire sus pulmones.

—Kellan, no… —susurró Eric, negándose a terminar la frase tras ver una señal de aviso en mi gesto—. No.

—Arrancad. Vámonos de aquí.

El escenario era desolador; no había nada más que cuerpos sin vida en las embarcaciones e imaginé que la cubierta del buque estaría igual, ya que fuimos acabando con los hombres que se encontraban allí uno a uno. Germán lanzó al agua a los miembros de nuestro equipo que murieron a manos de Lucho y su banda, ya que no podíamos regresar con ellos a tierra, y yo seguí intentándolo, sin parar. No podía centrarme en nada que no fuera traerla de vuelta.

—África, no… —susurré sobre sus labios cuando volví a llenarla de oxígeno—. No me hagas esto… ¡No, joder!

Continué con las compresiones, agotado, sin intención de detenerme, mientras Eric nos llevaba a la costa todo lo rápido que podía y cuando menos lo esperaba, África tosió con debilidad, escupiendo el agua que había tragado.

—Kellan… —murmuró tratando de abrir los ojos.

—Tranquila, estoy aquí. —La incorporé sobre mi cuerpo y apreté la herida con fuerza para detener la hemorragia—. ¡¡Eric, más rápido, joder!!

—Hago todo lo que puedo, jefe.

—Y una mierda —murmuré—. África, oye, no cierres los ojos, ¿vale? —le rogué cuando vi que los cerraba de nuevo—. Oye, no me hagas esto; estoy aquí. Quédate conmigo.

No podía permitir que muriera. No quería ni podría asumirlo. Además, esa bala iba directa hacia mí y no me merecía que nadie hubiera ocupado mi lugar. Y mucho menos ella.

—África, despierta, por favor. Ya estamos llegando. —La moví con cuidado para que reaccionase, pero no hizo efecto. Sentía su sangre cálida empapando mis manos y acurruqué su cuerpo, cada vez más frío, contra el mío para transmitirle algo de calor; no sin antes quitarme la sudadera para cubrirla con ella.

No sé cuánto tiempo duró el trayecto de vuelta, pero decir que se me hizo eterno sería quedarme demasiado corto. En cuanto desembarcamos en la playa, algo que era posible gracias al mínimo calado de la planeadora, nuestros hombres, que nos esperaban en tierra para el traslado, corrieron hacia nosotros para llevar el cargamento a los coches. No esperé ni un solo segundo, me bajé de un salto y Eric me pasó a África, que seguía inconsciente y cada vez en peor estado, para llevarla a un hospital cuanto antes. No supe si le pareció bien la idea, pero no dijo nada al respecto; sabía lo que se estaba jugando.

La dejé en la parte trasera de uno de los coches en los que se iban a llevar el cargamento sin pensar en nada más. A esas alturas, me importaba una mierda todo: que desapareciese la droga, que nos la robaran, que nos pillase la policía y me tirase toda la vida entre rejas… Solo quería que ella estuviera a salvo, darle una mínima oportunidad para vivir.

Paré el vehículo en la puerta del hospital más cercano y cuando me vieron aparecer con ella en brazos, inconsciente y desangrándose, varios enfermeros salieron disparados hacia mí empujando una camilla.

—¿Qué le ha pasado?

—Le han disparado —fue lo único que pude contestar.

La tumbé con cuidado y no perdieron ni un solo segundo; desaparecieron de allí con ella, arrebatándomela por segunda vez en una misma noche. No podía consentirlo; corrí detrás de ellos, negándome a dejarla sola, hasta que un médico me prohibió el paso.

—No puedes pasar; está muy grave.

—Voy con ella.

—No se puede entrar —insistió, pronunciando cada palabra lentamente—. Tenemos que operarla de urgencia.

Le habría cogido de las solapas del cuello de la bata y le habría estampado contra la pared, pagando con él la tensión, la rabia y el dolor que llevaba acumulando durante toda la noche. En cambio, me quedé allí, inmóvil, resignado, y apoyé la espalda en la pared para dejarme caer, resbalando por su superficie, hasta quedarme sentado en el suelo. En ese instante, todo careció de sentido y quién era ella o qué había hecho no me importaba lo más mínimo. Todo daba igual si conseguía pasar un solo día más a su lado. Un solo día.

Capítulo 36



África

Un pitido infernal me despertó en una pequeña cama blanca, rodeada de máquinas. Me encontraba muy débil, como si hasta la parte más diminuta de mi cuerpo pesara una tonelada, e intenté abrir los ojos con dificultad, molesta por la claridad de la habitación. Iba a frotármelos para disminuir la sensación, pero no lo conseguí; estaba repleta de incómodos cables por todos lados que me impedían el mínimo movimiento.

Me encontraba en una zona aislada, bordeada por cortinas azules, tumbada en un colchón mullido. O eso me pareció, ya que sentía mi cuerpo engarrotado, igual que si llevara largas horas sin moverme. Traté de incorporarme, nerviosa, desconcertada, mirando a mi alrededor en busca de una explicación o de alguien que pudiese dármela y la máquina empezó de nuevo con ese horrible sonido.

Dos chicos, vestidos de azul, entraron veloces y empezaron a comprobar los datos y los números de la pantalla antes de centrar su atención en mí.

—Bienvenida —susurró uno de ellos con una sonrisa, alumbrándome con una linterna directa a los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bi… bien —dije, sintiendo cómo mi garganta ardía al intentar hablar.

—Tranquila. —Puso una mano en mi brazo y empezó a toquetear los cables y a cambiar la medicación de la vía—. No te esfuerces. Lo mejor es que descanses.

—¿Dónde…? —quise preguntar, pero no lo logré.

—¿No sabes dónde estás? —Asentí para evitar hablar. Era evidente que estaba en un hospital, pero necesitaba saber cómo había llegado hasta allí, qué había pasado y, lo más importante, dónde estaba él.

—Estás en la unidad de cuidados intensivos. Llevas aquí casi una semana —contestó el otro.

¡¿Una semana?! ¿Cuándo demonios había pasado tanto tiempo? Debía salir de allí; necesitaba saber si Kellan estaba bien. Negué con la cabeza y quise incorporarme una vez más, sintiendo cómo esa quemazón se trasladaba hasta mi estómago, donde noté un fuerte dolor que

me obligó a quedarme tumbada.

—Debes estar tranquila, no puedes marcharte de aquí. Has perdido mucha sangre y hemos tenido que operarte.

—Dos veces.

—¿Kellan? —Ese ardor insoportable me hizo fruncir el ceño, dolorida.

Los enfermeros se miraron, confusos, sin saber a quién me refería, exactamente.

—Supongo que será el chico que te trajo el hospital —dijo uno de ellos a modo de pregunta, haciendo que me encogiera de hombros. Esperaba que hubiera sido él y no Lucho, aunque dudaba que este último me hubiera dejado con vida—. Si es él, no se ha movido de ahí fuera, pero ahora debes descansar.

No supe si lo dijo para tranquilizarme o porque de verdad hubiese alguien fuera esperándome; en ese caso, no creía que fuera él, aunque lo deseara con todas mis fuerzas. Quise hacerles caso y relajarme, pero era una misión imposible; estaba nerviosa, ansiosa y desconcertada como nunca y necesitaba respuestas cuanto antes. No obstante, no sé lo que hicieron ni qué me metieron a través de la vía porque, en unos segundos, caí en un sueño profundo del que me costó despertar.

Me encantaría decir que pasaron unas horas hasta que volví a ser consciente de dónde estaba, pero, en realidad, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Ni de nada. Lo único que recordaba era verme en medio del océano, hundiéndome sin remedio, con la necesidad de obtener oxígeno, pero mis piernas no se movían y mi cuerpo no respondía. Ese sueño o estado de inconsciencia se repitió una y otra vez hasta que abrí los ojos con la respiración alterada, jadeante, buscando ese aire que me faltaba.

—Ey, ey, tranquila… —Rozaron mi mejilla con ternura y en cuanto mi piel reaccionó a su tacto, supe inmediatamente de quién se trataba. Kellan.

Por fin, el oxígeno llegó a mis pulmones y pude respirar con tranquilidad. Estaba bien.

—¿Qué…?, ¿cómo…? —Parecía que la quemazón había desaparecido, pero seguía sintiéndome muy débil y el estómago me dolía una barbaridad, como si me lo hubieran arrancado de un tirón.

—Te lo contaré todo, te lo prometo. —Besó mi sien con cariño—. Pero ahora…

—¡Vaya! Mira quién se ha despertado… —Una enfermera entró en la habitación con un gesto amable, hablando con un tono que me transmitió tranquilidad al instante—. ¿Cómo te encuentras, bonita? Te has echado una buena siesta… —Curvé las comisuras de los labios levemente como respuesta—. ¿Puedes dejarnos un momento? —le preguntó a Kellan—. Tengo que revisar esa herida.

—Claro. Ahora seguimos —respondió, sin dejar de mirarme ni un solo segundo.

—No… no te vayas… —pronuncié con dificultad. Me costaba una vida hacer el más mínimo esfuerzo.

Teníamos demasiado de lo que hablar. Necesitaba saber qué había pasado… Le necesitaba a él.

—No me iré muy lejos —dijo antes de salir de la habitación con un «te lo prometo» escrito en su rostro.

—No, no se irá muy lejos, créeme —me confirmó la enfermera—. Lleva diez días saliendo de este hospital solo para lo necesario.

¿Qué?, ¿llevaba diez días allí metida?

—¿Diez…?

—Te hemos subido esta mañana a planta… Has estado diez días en la uci, pero has tenido

mucha suerte. —Bajó el tono de voz al despegar el apósito que cubría la herida de mi abdomen —. Muchísima suerte —repitió—. Tuvieron que operarte de urgencia en dos ocasiones; casi te nos fuiste varias veces. Llegaste con hipotermia y perdiste muchísima sangre. Por no hablar de que apenas teníamos reservas de tu grupo sanguíneo… Ya sabes que con ese tipo de sangre se puede donar a cualquiera; por eso, las bolsas suelen escasear por aquí, ¡vuelan! ¿Lo malo? —se preguntó a ella misma—. Que llega alguien como tú, a quien solo le puede donar otro cero negativo, y no tenemos suficiente sangre disponible. ¡Mira que me he quejado veces sobre ese protocolo! —exclamó, limpiándome los puntos de la herida—. Pues no sirve de nada. Menos mal que tu amigo estaba aquí; nunca habíamos visto una coincidencia así… porque tu grupo sanguíneo es muy especial, ¿sabes? —Me dedicó un gesto de complicidad repleto de cariño—. Con ese chico tienes una especie de ángel de la guarda… Aunque me imagino que ya lo sabrás.

¡¿Qué?! ¿Kellan me había donado su sangre? No es que me sorprendiera porque él era así, pero el corazón casi me explota al saberlo.

—En un ratito pasará el médico a verte. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pulsar el botón rojo para llamarme.

—Gracias.

Me quedé allí inmóvil y no porque no pudiera moverme, que también, sino por lo que me había contado. ¿De verdad Kellan se había pasado los diez días en el hospital conmigo? No tardó demasiado en volver, mientras yo continuaba dándole vueltas a las palabras de la enfermera.

—¿Cómo estás? —se interesó, sentándose en una de las butacas azules que había junto a la cama, apoyando sus brazos en esta.

—Bien… —contesté pensativa—. ¿Qué…? —Quería saber tantas cosas que no sabía qué preguntar—. ¿Lucho?

—No tendrás que preocuparte más por él —sentenció—. Ya te lo contaré todo, pero… Para la policía, fue él quien te disparó, en un ataque de celos, cuando tú y yo estábamos pasando la noche en la playa. Les he dicho que huyó, así que estarán buscándole. Vendrán a tomarte declaración en cuanto sepan que ya no estás sedada.

—¿Dónde está? —curioseé, aunque no sabía si quería saber la respuesta.

—Justo donde se merece, en el fondo del océano. —Hizo una pausa, dubitativo—. ¿Fuiste tú quien le dio las coordenadas? —preguntó, aunque más bien se tratara de una afirmación.

—Era la única manera… Si no, no me habría dejado con vida; me habría quitado de en medio sin dudarlo. Pensé que… Bueno, creí que sería la mejor forma para deshacernos de él.

Aunque, en un principio, pensé que era una idea de mierda; parecía que no había salido tan mal, después de todo.

Nos analizamos unos segundos en silencio, tratando de averiguar lo que pasaba por nuestras mentes, esos pensamientos que no nos permitíamos materializar, todo eso que preferíamos callar.

—¿Por qué…?

—¿Por qué? —Alzó una ceja, confuso.

—Me has dado sangre. ¿Por qué?

—¿Qué esperabas? —Se mordió una pequeña sonrisa—. ¿Tan mala persona parezco?

—Al contrario…

Ahí estaba de nuevo, como si nunca hubiera desaparecido, esa tensión que nos atrajo desde el primer día, provocando que una corriente desbordante de electricidad vibrase entre ambos.

—No sabía que fueras cero negativo; ha sido casualidad.

—Tú no crees en las casualidades. —Sonreímos al mismo tiempo—. ¿Has estado aquí diez días? —Asintió.

—Ya sabes, no tenía nada más importante que hacer —bromeó, haciendo que mi estómago saltara como loco de emoción.

La calma volvió a la habitación y el mundo se detuvo mientras nos mirábamos, contemplándonos, más bien, como si fuera lo único que necesitábamos.

—Me has dado un susto de muerte —dijo de pronto—. No se te ocurra volver a hacerlo.

Se tragó un «por favor» y, probablemente, miles de cosas que quería decir, aunque prefirió no hacerlo. En ese aspecto, éramos muy similares; casi tanto como en la sangre.

—Lo siento —solté en un susurro, haciéndome más pequeña con cada palabra. Porque no me refería al susto, sino a todo lo que había hecho con anterioridad, pero necesitaba que lo supiera, que estuviera seguro de que me arrepentía de muchas cosas; de la que más, de haberle fallado. Curvó una de las comisuras de sus labios ligeramente como respuesta—. Siento mucho todo lo que hice, Kellan. Solo quiero que lo sepas.

—África, ahora no… Tenemos mucho tiempo para hablar de eso.

—Pero yo prefiero hacerlo cuanto antes. —Porque casi me quedo sin poder explicárselo; si esa bala hubiera llegado a entrar unos milímetros más o hubiese ido en cualquier otra dirección, me habría perforado algún órgano vital y, entonces, no estaría ahí para decirle todas esas cosas que sentía—: Me he dado cuenta de que no quiero nada ni me importa el motivo por el que regresé a O´Beiros, Kellan; no me hace falta nada, solo… —Mi mirada terminó esa frase.

—Podrías haber vuelto, haberme explicado quién eras y por qué estabas aquí. Habría sido tan fácil como eso. Lo que más me jodió fue que me mintieras, África.

—Desde que te conocí, cada vez, me fue más difícil hacerlo.

Vi cómo apretó la mandíbula y tragó saliva, conteniéndose. Dudé si tendría tantas ganas de besarme como yo o si, por el contrario, se estaba tragando cualquier otro comentario que prefirió ahorrarse. Esperaba que no fuera lo último.

—Bueno, entonces… estamos en paz —dijo burlón.

—¿En paz?

¡¿Cómo íbamos a estar en paz si me había salvado la vida?! ¿Acaso se le había olvidado?

—Claro, esa bala era para mí y tú te interpusiste en su camino, como una jodida heroína. Y yo… te he dado un poco de sangre que me sobraba —murmuró, gamberro, haciéndome sonreír, provocando que mi corazón doblase la velocidad de sus latidos al sentir que podría existir una nueva oportunidad para nosotros. Y no me refería a que volviéramos a estar juntos, para nada; solo con saber que me había perdonado era más que suficiente para poder liberarme de una parte de la culpa.

—Estamos en paz.

—Aunque… ahora que lo pienso… —Se agarró el mentón, haciéndose el interesante—. Llevas aquí unos largos y aburridos diez días sin hacer nada y, como comprenderás, el DS no puede estar tanto tiempo sin su encargada. ¡Aquello se ha convertido en un verdadero caos! Así que… no, no estamos en paz —susurró fanfarrón—. Me debes unos cuantos días de trabajo porque… ¿qué quieres que te diga? Creo que has organizado todo esto para escaquearte de tus obligaciones. Yo no te veo tan mal…

Apreté los labios, conteniendo la sonrisa, por lo que significaban sus palabras. El Dark Soul era una forma de vida. Y, durante el último año, no solo se había convertido en mi trabajo, sino en un lugar que adoraba y me negaba a abandonar. Por lo que saber que podría volver a trabajar allí supuso una alegría inmensa que no pude ocultar, aunque lo intentase.

—Ah, ¿no? Así que… ¿no me ves tan mal? —le provoqué, ganándome una mueca que soñaba con devorar.

—Buenos días —nos interrumpió el médico al entrar en la habitación—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, me encuentro mejor.

Y estaba segura de que Kellan había tenido algo que ver en ello.

—He recibido el informe de las últimas pruebas y… parece que está todo en orden. ¿Nos podría dejar solos? —centró su atención en Kellan.

—Sí, claro.

—No te vayas —le pedí antes de que saliera de la pequeña sala.

—No te preocupes, no me iré muy lejos.

Kellan era leal como nadie con los suyos y por algún extraño motivo, yo había pasado a ser parte de ese selecto grupo poco después de conocernos. O puede que ya lo fuera desde antes, desde que éramos unos críos sin problemas ni preocupaciones que querían comerse el mundo. Porque si de algo estaba segura era de que Kellan no se iría; ni siquiera se fue del todo cuando me lo merecía, cuando peor le traté y puse en peligro lo que teníamos, fuera lo que fuera. Él no quiso irse y yo no pude echarle. Había sido imposible sacarle de mi cabeza y, mucho menos, de mi corazón. Porque él era así y desde que entró, con fuerza, arrasando con todo lo que había conocido antes, enseñándome lo que era sentir de verdad, con intensidad y sin miedo, nunca querría que se marchara… Ni que se alejara lo más mínimo. Jamás.

Capítulo 37



Kellan

Siempre había pensado que era un tipo duro que caminaba por la vida con una armadura de acero, inquebrantable. Una coraza que me costó años construir, golpe a golpe, paliza tras paliza, con el único objetivo de proteger a los míos. Y no había nada que me hiciera más fuerte que eso: los míos.

Por ese motivo, en cuanto la vi allí, sin vida, tumbada en la cubierta de la planeadora que tantas veces la había visto sobrevolando las olas, todo pasó a adquirir un nuevo sentido. Mi enfado se diluyó con su sangre, que manchaba mis manos, y la decepción se evaporó en cada bocanada de oxígeno que le traspasaba. Lo que había ocurrido entre nosotros dejó de tener importancia y lo único que tenía en mente era sacarla adelante, llevarla a tierra, al hospital más próximo, y que su corazón volviera a latir con fuerza, con esa energía desbordante y esos latidos ensordecedores que sentía cada vez que estábamos cerca el uno del otro. Y ahí, con ella muriéndose entre mis manos, fui consciente de quién era África para mí, por mucho que quisiera negarlo o bloquear cierto tipo de sentimientos, como había hecho el resto de mi vida. Porque si le había ordenado en infinidad de ocasiones que se mantuviese al margen del cargamento o que se marchase, cuando vi que no me había hecho ni caso, era precisamente por eso, porque quería protegerla por encima de cualquier cosa.

Esa chica arrolladora, descarada e impulsiva se había convertido en alguien imprescindible e irremplazable, en una parte muy importante de mi vida y negarlo durante más tiempo habría sido un tremendo error; el peor que habría cometido en toda mi vida. Porque en cuanto su corazón dejó de latir, el mío amenazó con hacer lo mismo. Y eso nunca había ocurrido. O no, al menos, hasta que llegó ella y derribó todos los muros, abriéndose paso, directa hacia adentro.

Llevaba varios días sin pasarme por el club; desde que África entró en el hospital, estuve, prácticamente, las veinticuatro horas en el pasillo, esperando noticias, deseando que despertara. Solo me moví de allí para lo necesario, como ducharme o coger algo de comer en la máquina de la planta baja o numerosos cafés en la sala de espera, por lo que visité el DS en contadas ocasiones. Sí, era un jodido irresponsable, pero por primera vez sentía que estaba donde debía y eso no lo pagaría ni todo el oro del mundo.

Cuando fui, al día siguiente del desembarco, lo hice con el único objetivo de no perder la

cabeza. Quise convencerme de que iba para explicarle a Connor lo que debía hacer o, lo que era lo mismo, para dejarle al mando, pero la realidad era muy distinta. Me importaba una mierda lo que hiciera con el Dark Soul esos días. Solo me preocupaba una cosa: ella. Por eso, necesitaba salir de allí unos minutos, al menos, para despejar la mente.

—¿Qué pasa, jefe? —me saludó Cano al verme aparecer—. Llegas tarde hoy…

—¿Qué pasa? —respondí a su saludo—. Tenía cosas que hacer. Poca gente, por lo que veo —comenté al ver la fila de unas diez personas que tenía frente a él. Eso, para una noche normal en el DS, no era nada.

—Está todo el mundo dentro ya; esperándote… —comentó burlón—. Por cierto, tienes contento a Connor.

Puse los ojos en blanco, ignorándole. Lo único que me faltaba era que mi hermano pequeño viniera pidiéndome explicaciones sobre mi vida. A estas alturas… Aunque, tal vez, debí de habérmelo imaginado al leer sus mensajes la noche anterior.

Connor:

¿Qué haces? Es casi la hora de cerrar.

Se suponía que volvías en unas horas…

¡Ya te vale!

Espero que estés disfrutando.

Su tono cambió a mediodía, cuando aún no había recibido noticias mías, por lo que entendía su enfado. O su preocupación, por llamarlo de otra manera.

Connor:

¿Dónde coño estás?

¿Quieres coger el puto teléfono?

Como no te haya ocurrido algo gordo, te va a ocurrir…

Y sí, es amenaza.

Llamé a Eric para que fuera y se encargase de contarle la versión oficial de la historia; lo que parece que le calmó. Por lo menos, hasta que me vio aparecer.

Caminó hacia mí con el ceño fruncido, abriéndose paso entre la gente, con la intención de ejercer de ese padre que nunca habíamos tenido. Y no se le dio nada mal… Pero no me gustó el cambio; ese papel siempre lo había aceptado yo.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Para qué cojones tienes un teléfono?

—La verdad es que no sé para qué —le provoqué. No tenía ánimos para aguantar sus chorradas—. Déjate de rollos, Connor. No podía llamarte. Además, para eso he enviado a Eric esta tarde, para que te contase lo que ha pasado. Yo… no podía.

—Pensaba que te habían matado —dijo dolido.

—Lo siento, ¿vale?

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está África? ¿Qué es eso de que le han pegado un tiro, Kellan? ¿Por qué? —Empezó con su intenso interrogatorio. Connor había sido curioso desde siempre, pero desde que nos metimos en ese mundo, de lleno, no quería perderse detalle. Y yo quería protegerle; cuanto menos le contase, mejor.

—¿Podemos hablar de esto en otro sitio, por favor? O, mejor aún… ¿podemos no hablar de ello?

—¡Y una mierda!

Me giré para escaquearme, pero no me dio tiempo; me choqué con alguien que se acercaba a mí con rapidez.

—¡Kellan! ¿Cómo estás? —exclamó Daniella, abrazándome con cariño.

—¡Vaya! —contesté, sorprendido—. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Nos echabas de menos? —Sonrió como respuesta.

—Eso es justo lo que me preguntó Connor ayer. Y parece que sí, que os echaba de menos… Por eso, ahora trabajo aquí.

—Ah, ¿sí? —Miré a mi hermano, buscando una explicación, pero se limitó a encogerse de hombros, escrutándome con la mirada, advirtiéndome que no le hiciera preguntas si aún le debía demasiadas respuestas.

—Desde ayer —dijo ella al ver que él no lo hacía—. Espero que no te importe… Me han despedido y necesito dinero.

—No, no, claro que no. Connor puede informarte de todo lo que hay que hacer por aquí; tendrás un buen maestro —comenté con retintín, con la intención de deshacerme de él y ahorrarme el discurso sobre lo ocurrido—. ¿Qué tal si le enseñas…?

—Ya le expliqué todo ayer —respondió mi hermano, tajante—. Ahora le enseñaré lo que necesite… —añadió con tono seductor—. Pero, primero, tú y yo tenemos que hablar.

—¿Está todo bien? —se preocupó ella.

—Sí, sí, cosas de hermanos —contestó Connor, tardando varios segundos en darse cuenta de su comentario y rectificar—. De chicos; cosas de chicos.

—Pues nada… Bienvenida de nuevo, Dani.

—Gracias.

Me encaminé hacia la oficina, sintiendo sus pasos firmes a mis espaldas, siguiéndome sin darme un respiro, y en cuanto entramos en la sala, se dejó caer en el sofá, exhausto.

—¿Qué ha pasado?

—¿No se supone que te lo ha contado Eric ya?

—Quiero que me lo cuentes tú. ¿Está bien?

—No, no está bien, Connor. —Sentí cómo mi cuerpo se llenaba de sentimientos y emociones que era incapaz de gestionar, de miedo—. Esa bala era para mí. Y ella se puso en medio.

—Pero… ¡¿qué tipo de psicópata es su ex?!

—El mismo tipo que nos atacó en la reunión de empresarios del pazo.

—¡¿Qué dices?! —Se frotó la frente, atanco cabos—. ¡No me jodas!

—Lo que oyes…

—¿Y todo por celos?, ¿en serio?

—No me paré a preguntarle por qué lo hacía, Connor. No sé, no me dio tiempo —respondí con sarcasmo.

—¿Dónde está ahora? ¿Tenéis alguna idea?

Pensé muy bien qué decirle; si contarle la verdad o seguir con la versión que le contamos a la policía y, finalmente, me decanté por la primera opción, ahorrándome los detalles del desembarco y las nueve toneladas. Le conocía; si se enteraba, querría participar y yo no pensaba permitirlo. Además, era mejor que los detalles los conociéramos solo los necesarios.

—No tendremos que preocuparnos más por él. Está donde se merece.

—No me jodas… —Negó con la cabeza, resignado—. ¡La madre que os parió! Prefiero no saberlo… Y África… ¿crees que se pondrá bien?

Su imagen regresó a mi mente, aunque nunca se había esfumado del todo.

—No lo sé, Connor. Eso espero.

—Aun así, podrías haberme contestado. Me has quitado varios años de vida en las últimas veinticuatro horas —exageró con tono responsable.

Se apoyó en el respaldo, entrelazando los dedos en la nuca, cruzando las piernas por los

tobillos, relajándose.

—Pero… ¿sabes qué? ¡Ya me he hecho el dueño de esto! Lo tengo todo controlado. ¡Y solo en una noche! Como te ausentes algún día más, te acabaré quitando el puesto.

¡Y vaya si lo hizo! Porque cuando regresé al trabajo, doce días después, al ver que el estado de África había mejorado bastante, pude comprobar su éxito de primera mano. Connor tenía una labia desbordante, por no hablar de su desparpajo y su humor, que atraían a las mujeres como un verdadero imán, y parecía que había nacido para encargarse de un lugar como aquel; lo que me tranquilizaba casi tanto como me preocupaba.

Una mañana, cuando volví al hospital, entré en la habitación doscientos tres, la de África, pero ella no se encontraba allí. Cuando vi la cama vacía, las náuseas burbujearon en mi estómago y los nervios se alojaron en él mientras mi cabeza inventaba miles de motivos disparatados para su ausencia.

—Perdona, ¿dónde…? ¿Dónde está Blanca Neira? —le pregunté a una de las enfermeras que cruzaba el pasillo en ese momento.

—Le están haciendo unas pruebas. No creo que tarde en subir.

Respiré tranquilo con su respuesta, vaciando los pulmones de aire, y me senté en la cama, trasteando con el teléfono, hasta que unos minutos más tarde, apareció África en una silla de ruedas.

—¿Estás bien? —Me levanté, preocupado.

—Sí, sí. Me miman demasiado… —dijo con una sonrisa angelical, haciéndome desear que fuera yo el que la mimara. En todos los sentidos—. Si todo está bien, hoy me darán el alta.

—Eso es genial.

—Sí que lo es. Me muero por salir de aquí y empezar a trabajar. Necesito moverme…

—¿Trabajar? No, ni hablar. Primero, tienes que recuperarte.

—Kellan, he perdido la cuenta de los días que llevo aquí metida. Créeme, necesito hacer algo.

—¡Genial! Puedes empezar por desayunar, entonces. —Le lancé una manzana verde, que había llevado escondida en el bolsillo de la sudadera, y la cazó al vuelo, como solía hacer cuando estuvo en el pazo, conviviendo con nosotros.

—Gracias, lo estaba deseando —reveló con la sonrisa de una niña al darle el primer bocado.

Estuvimos charlando durante el resto de la mañana, de todo y de nada, de cualquier cosa que se nos ocurría, hasta que el médico entró con los papeles del alta. Le pidió que no hiciera demasiados esfuerzos y que continuara con una vida tranquila, lo que me hizo dibujar un «¿lo ves?» en mi gesto que se ganó una mueca de burla de su parte. Y cuando nos subimos en el coche los dos, de vuelta, no pude hacer otra cosa más que recordar el día que llegamos, con ella desangrándose en el asiento trasero y mi corazón deteniéndose con cada metro que avanzábamos. Me deshice de esa imagen de un plumazo y conduje hasta su casa, sin darle ninguna otra opción. Con Lucho fuera de combate, las amenazas habían disminuido de manera drástica.

—Nos vemos esta noche —dijo cuando detuve el coche en la puerta.

—Ni se te ocurra aparecer por el club; el médico ha dicho que debes descansar.

—¿No te parece que ya he descansado lo suficiente? —Arqueé una ceja, escéptico—. Además, ¿por qué piensas que te voy a hacer caso?

No. No iba a hacer caso; nunca lo hacía.

—¿Porque soy tu jefe?

—No, aún no he vuelto. Así que todavía no estás al mando.

Quise contestar, pero no lo hice. Estaba perdido en el brillo deslumbrante de sus ojos

oscuros; tanto que parecieron absorberme durante unos minutos y permanecimos así, anclados, conteniendo esa tensión que tiraba de nuestros cuerpos para que se acercasen.

—Tengo que irme.

No tenía que hacerlo, pero debía romper con ese magnetismo o acabaría devorándola sin control alguno. Llevaba deseándolo desde que dio su vida por mí. O… ¡¿qué demonios?! Llevaba deseándolo desde mucho antes; justo desde que acabamos enredados por última vez. Antes de salir de su cuerpo, ya estaba deseando perderme en ella de nuevo. Era una droga… La más adictiva y peligrosa que había probado nunca; la que me había arrebatado la vida y me la había dado, al mismo tiempo.

—Sí, y yo… tengo que descansar —murmuró al bajarse del vehículo.

Quise convencerme de que era mejor así, pero, después de lo que había ocurrido, lo único que quería era dejarme llevar por esos sentimientos que me despertaba, celebrar la vida y que ella seguía a mi lado. Sin embargo, hice lo contrario; regresé al pazo e intenté quemar esa euforia en el gimnasio, matando a mis músculos.

Quedé con Eric en el club antes de que abriéramos; tenía que informarme de demasiadas cosas de las que me había mantenido al margen durante todos esos días. El local estaba vacío, ni siquiera habían llegado los trabajadores aún, por lo que nos servimos unas copas y subimos al despacho para acomodarnos para nuestra reunión improvisada.

—Pues tú dirás… —. Di un largo trago, preparándome para la conversación.

—He estado hablando con De la Cruz; califica el envío como desastroso.

—¿Desastroso? Tenemos los nueve kilos de coca. ¿Eso le parece desastroso?

—Según él, eso habría sido el fin, en todos los sentidos —soltó como si se tratase de una amenaza—. Dice que no puede perder a varios de sus hombres de confianza con cada envío, que no deberíamos haberlo permitido.

—¿Esos eran sus hombres de confianza? —cuestioné. Supuse que se refería a los tipos que nos lanzaban los fardos desde la cubierta, aunque no lo tuve claro.

—Bueno, eran sus… transportistas. Pero imagino que no querrá reponerlos con cada envío.

—¿Le has explicado que nos deshicimos de los causantes?

—Sí, le comenté que los tiburones del Atlántico cenarían caliente esa noche. Nos da otra una oportunidad; la última.

—Perfecto. ¿Cuándo?

—En seis meses.

—Genial… ¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto hemos ampliado nuestra cantera de distribuidores y puntos de venta. —Me mostró un mapa con varias localizaciones marcadas en él.

—¿No se supone que esta es una zona del Lince? —Señalé una en concreto.

—Que yo sepa, no —contestó divertido, curvando los labios.

—Te veo de muy buen humor… ¿Ha pasado algo? —Fruncí el ceño. Eric no solía ser así; al menos, no por norma general.

—Estamos vivos, ¿qué más tiene que pasar? —Curvamos los labios por su comentario.

Estuvimos allí reunidos, comentando esos nuevos puntos y fichajes que se habían unido al equipo, hasta que la música se coló por la puerta, haciéndonos ver que la noche había empezado.

Cuando bajamos a la sala principal, esta ya se encontraba llena y me acerqué a unos viejos conocidos, miembros de una importante asociación de actores, para saludarles y charlar con ellos. El club les invitó a la primera ronda y estábamos charlando, distraídos, sentados alrededor de una de las mesas altas, cuando la vi en la distancia, caminando con sensualidad hacia la barra,

deslumbrante como nunca, tan viva como siempre.

—Ahora vuelvo —le dije a uno de ellos.

Me dirigí hacia allí sin dudar, pero antes de que la alcanzara, Lía y Daniella se lanzaron a sus brazos, felices por su llegada.

—¡¡Afri!! —gritó la primera.

—Pero… ¡¿qué me han contado?! ¿Estás bien? —cuestionó la segunda—. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, chicas. —Sonrió ella, asintiendo—. No os preocupéis; no ha sido para tanto.

—¿Cómo que no ha sido para tanto? —cuestionó Lía, conocedora de la versión oficial; la misma que le habría contado a Daniella.

Carraspeé a su lado para hacerme un hueco en el grupo y las tres me miraron. Sobre todo, ella.

—¿Qué pasa? ¿No se trabaja aquí hoy? —pregunté divertido, haciendo que las dos se esfumaran.

—Luego hablamos —cuchicheó Lía antes de desaparecer.

—Con lo de trabajar, no me refería a ti —pronuncié con retintín cuando nos quedamos solos —. ¿Qué haces aquí? Deberías estar…

—Descansando, ya lo sé. Pero estaba cansada de tanto descansar. —Rio—. Solo he venido a tomarme una copa para desconectar. Nada de trabajo, lo prometo.

Su sonrisa me prometió demasiadas cosas y ninguna de ellas tenía que ver con trabajo, precisamente.

—Perfecto. Nada de trabajo.

El resto de la noche fue una verdadera tortura. Había olvidado lo que era tenerla cerca, sintiendo sus ojos provocadores en la distancia, viendo cómo sus curvas se movían debajo de ese minúsculo vestido que cubría justo lo necesario, evitando ese pronunciado escote que dejaba al aire casi hasta la piel de su ombligo, inspirando su aroma cada vez que pasaba cerca de mí, rozándome con su piel, como si solo hubiera regresado para hacerme enloquecer con esas sonrisas repletas de deseo.

—¿Quieres algo? —Fui a provocarla en un determinado momento, colocándome a sus espaldas, susurrando sobre el lóbulo de su oreja.

—No, gracias. Tengo barra libre, así que estoy bien.

Apretó los labios, conteniendo una sonrisa, y deslicé la yema de mis dedos por la piel de sus brazos, robándole una caricia.

—Genial, entonces.

Le devolví la mueca, gamberro, y ese fue nuestro juego durante toda la noche. Un juego que me devolvió toda la vida que había perdido mientras estuvimos metidos en un hospital. Miradas disimuladas entre la multitud, caricias inapreciables entre conversaciones, gestos que pasaban inadvertidos para el resto, pero que decían demasiado para nosotros y dieron significado a esa noche.

Cuando la música se detuvo y las luces se encendieron, la gente desapareció tan rápido como había llegado. Poco a poco, los camareros se marcharon a casa y nuestro equipo hizo lo mismo; era tarde y la noche había sido muy larga.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le pregunté antes de irme.

—Claro, tengo que descansar —contestó con ironía.

No recuerdo lo que hablamos durante el trayecto porque la tensión era tal que parecíamos un volcán a punto de erupcionar; solo necesitábamos una chispa para que todo explotara y volase

por los aires. O, al menos, así lo sentí.

Detuve el coche en la puerta, como había hecho esa misma mañana, y nos miramos un último segundo, sin saber muy bien qué decir.

—Será mejor que me vaya… —susurró sin moverse ni un solo milímetro.

—Sí, será mejor.

¡Y una mierda!

Hasta ahí llegó nuestra contención.

Capítulo 38



África

Lo único que necesitaba era sentirme viva. Y le deseaba… Una peligrosa y atractiva mezcla que solo tenía una posible solución. Por eso, le había estado enviando señales durante toda la noche. Porque quería que recuperásemos lo que teníamos, que lo retomásemos desde el punto exacto en el que lo dejamos. Y aunque parecía que ambos tiramos en otra dirección en algún punto de la noche, tratando de esquivar esa ineludible explosión que provocábamos cuando estábamos cerca, lo cierto es que éramos algo inevitable, una decisión tomada por el destino que acabó convirtiéndose en un sinfín de sentimientos.

—Sí, será mejor. —Me dio la razón sin apartar la mirada.

No sé cómo ocurrió, pero ambos nos abandonamos al mismo tiempo a esa fuerte atracción que nos unía, provocando que nuestros labios chocasen en un beso tan apasionado como esperado. Deseaba volver a sentirle, reaccionar al roce de su piel sobre la mía, que sus labios devorasen los míos con necesidad. Y no me refería a una necesidad ficticia, sino a una tan real que asustaba. Porque cuando nuestros caminos se separaron al enterarse de quién era y lo que había hecho, sentí cómo mi mundo se rompía en mil pedazos, cómo la familia que había elegido en O´Beiros se desmoronaba, cómo la única persona que me había dado ese amor que llevaba buscando toda una vida se alejaba de mí para no volver. Y fue ahí cuando me di cuenta de que le quería, de que quería seguir escribiendo una historia a su lado, de que estaba profundamente enamorada de Kellan; casi tanto como la pequeña Blanca admiraba a Diego Ulloa cuando este era un crío. Porque la vida nos había juntado de nuevo, pero éramos nosotros los que apostábamos por seguir creyendo en lo nuestro. Fuera lo que fuera.

Cádiz, Marbella, Málaga, O´Beiros, Vigo… ¡¿Qué más daba?! Fue sentir su lengua acariciando la mía y todo volvió a adquirir sentido, demostrándome que estaba donde realmente quería y debía estar, con él. Porque no era el lugar lo que importaba, sino la gente con la que decides compartir tu vida, esa que hace que todo merezca la pena. Y él lo merecía todo.

Sus manos se deslizaron con suavidad por la piel de mi espalda y llegaron hasta mi cintura para atraerme más a su cuerpo. Llevaba tanto tiempo deseándolo que me habría sentado a

horcajadas sobre él y me habría dejado llevar hasta que la locura se adueñase de nosotros, pero no era eso lo que quería. Quería disfrutar de esa noche, de nosotros y de la vida como si aquello nunca fuera a terminar, como si solo se tratase de un comienzo, de nuestro principio.

Ni siquiera sé cómo salimos del coche, caminamos hasta la puerta de mi casa y llegamos hasta mi habitación sin separarnos ni parar de besarnos, a trompicones, chocando con lo que se interponía en nuestro camino. Aunque supongo que no fue difícil, ya que estábamos guiados por esa pasión que latía al ritmo de dos corazones desbocados.

Nos quedamos uno frente al otro, contemplándonos, con ese brillo centelleando en nuestros ojos, anticipándose a lo que estaba por llegar, con ese temor a lo desconocido. Porque no era lo mismo dar el paso cuando solo había atracción de por medio que saltar al vacío sin arnés cuando los sentimientos eran tan intensos. Cruzar esa línea roja podría ser peligroso, pero sería más triste trazarla y que nos diera miedo atravesarla.

Kellan dio el paso, rozó mi piel con sus dedos hasta llegar a los tirantes de mi vestido y lo dejó caer al suelo, a mis pies. Me pegué a él, hice lo mismo con su camiseta, dejando su marcado torso al descubierto antes de que sus labios regresaran a los míos con besos lentos y suaves y me hiciera caer a la cama de espaldas sin despegarse de mí. Empezó a besar cada centímetro de mi piel con deleite, deshaciéndose de mi ropa interior, deteniéndose en mis pechos para saborearlos y bajando hasta el apósito que cubría la herida de bala de mi abdomen. Lo besó con delicadeza en numerosas ocasiones y me miró con una expresión que no logré descifrar, con un cierto agradecimiento que me estremeció por dentro.

—No vuelvas a irte… Nunca. —Su voz sonó a ruego y mi corazón se saltó varios latidos al escucharlo.

—Tú tampoco…

—No estaré muy lejos, ya lo sabes —repitió la misma frase que solía decirme en el hospital, dedicándome una mirada gamberra justo antes de hundir su cabeza entre mis piernas para hacerme enloquecer.

Mis jadeos ahogados y mi forma de arquear las caderas, dominada por la necesidad, lograron que aquellos primeros movimientos lentos acabasen convirtiéndose en otros rápidos llenos de deseo. Tiré de él hacia mí para que acercase su rostro al mío; necesitaba besarle, lo necesitaba todo. No dejó de acariciarme ni de hacerme sentir especial en ningún momento, como si todo lo que necesitara en la vida se encontrase dentro de aquellas cuatro paredes. Y para mí, en cierto modo, así era; así lo sentía.

Sus ojos buscaron en los míos cualquier tipo de confirmación, besándome con suavidad, y cuando moví mis caderas con un movimiento certero, provocando que se hundiera en mi interior, ambos tuvimos que cerrar los ojos superados por la intensidad del momento.

Si algo tenía claro era que, hasta entonces, nunca me había enamorado. Y sentir tanto y con tanta fuerza, en un momento como aquel, cuando llevábamos demasiados días deseándolo, conteniéndonos, podría haber provocado que explotara en aquel mismo instante. Me sentía plena, feliz, enamorada, deseada y amada, algo que jamás había ocurrido. Pero, sobre todo, me sentía viva. Kellan hizo que siempre me sintiera así… Desde el día que nos conocimos. Y eso era lo mejor de todo. Sin duda.

Empecé a temblar cuando sentí sus embestidas expertas buscando la mayor profundidad, el mayor placer, en todos los sentidos, y tuve que agarrarme a su espalda con fuerza para dejarme guiar por sus movimientos.

—Hazme tuya, Kellan —susurré sobre su oído, provocando que detuviera ese vaivén para besar mis labios una y otra vez.

—No quiero que seas mía, Afri; quiero que lo seas todo conmigo.

Al escuchar esas palabras, sentí que algo hacía clic en mi interior, encajando por completo, provocando un huracán de emociones que podría haberme lanzado al abismo de cabeza. No sé cómo terminé sentada a horcajadas sobre él, tomando el control, cabalgando sobre su cuerpo con destreza, sin aumentar la velocidad con la intención de que ese momento no acabase nunca, pero no lo logré. La pasión aumentó, el deseo me controló y mis caderas se encargaron de acelerar el ritmo, buscando el mejor ángulo posible, alentada por miles de besos, caricias y miradas que decían todo aquello que nosotros no podíamos pronunciar, rindiéndonos a esa increíble y sofocante sensación que se adueñó de nuestros cuerpos cuando una intensa descarga recorrió mi columna vertebral.

Ni siquiera nos movimos de la cama ni nos permitimos recuperar el estado natural de nuestros cuerpos. Estuvimos allí durante horas, recuperando el tiempo perdido, disfrutando de nosotros, de cada caricia y cada beso, como si fuera lo único que importaba en la vida. No sé en qué momento caímos rendidos, exhaustos, después de varios orgasmos, pero cuando abrimos los ojos, ya había atardecido y era casi la hora de volver al trabajo.

Me froté el rostro para desperezarme y me acomodé en su torso, deslizando la yema de mis dedos de arriba abajo, sintiendo cómo sus músculos reaccionaban a mi tacto.

—Buenos días… —susurró, abrazándose a mi cuerpo y besándome como si llevara demasiado tiempo sin hacerlo.

—Buenos días —respondí, devolviéndole el beso, alargándolo demasiado, despertando a la bestia, de nuevo, con una sonrisa pícara en mi rostro—. ¿Vamos a quedarnos aquí todo el día sin hacer nada?

—Toda la noche, dirás —dijo burlón—. Aunque creo que durante el resto del día hemos hecho bastantes cosas… —Volvió a besarme con ese gesto gamberro que podría desarmar a cualquiera—. A mí me parece un buen plan. El médico dijo que tenías que descansar.

—Creo que no le hemos hecho demasiado caso… La culpa es de mi jefe.

—Ah, sí, ¿eh? —Esbozó una sonrisa ladina, abrazándome contra su cuerpo—. Bueno, pues ya que nos hemos saltado las normas, demasiado, creo que deberíamos comportarnos a partir de ahora…

—O no… —añadí con una mueca traviesa—. ¿Y ahora qué?

—¿Qué de qué? —Frunció el ceño, desconcertado—. Ya te he dicho que la opción de quedarnos en la cama para siempre no es tan mala…

—¡No me refiero a eso! —Le di un manotazo en el pecho con cariño—. ¿Qué va a pasar ahora? Tal vez, deberíamos mantener las formas en el club. O las manos alejadas mientras estemos trabajando… Después de todo, eres mi jefe.

—¿Y qué importa?

—No lo sé… —contesté, pensativa.

Ni siquiera sé por qué le dije lo de mantener las distancias en el DS; puede que fuera por él, porque a mí nunca me había importado lo que pensara la gente. Y no iba a empezar a importarme ahora…

—¿Qué va a pasar ahora? —repitió mi pregunta, divertido, para ver mi reacción.

—Quería decir con nosotros…

Me observó con una media sonrisa, pensando muy bien su respuesta.

—No lo sé, pero pase lo que pase, espero que sea contigo —dijo, provocando que mis labios se curvasen—. Desde que perdí a mi madre, nunca he querido a nadie más, excepto a mis hermanos… Siempre he tenido ese sentimiento bloqueado, por miedo a volver a sufrir y vivir lo

que sentí en aquel momento, cuando ella se marchó. Y el otro día, después de… Bueno, ya sabes. No puedo volver a perderte, Afri. No lo soportaría.

—¿Nunca has querido a nadie más? —Negó con la cabeza—. ¿Eso significa que a mí me quieres? —Siguió negando; en esa ocasión, resignado, al comprobar las segundas intenciones de mi primera pregunta.

—Digamos que… no quiero ni puedo vivir sin ti.

Le besé una y otra vez, haciéndole entender que a mí me ocurría lo mismo.

—Lo único que quiero es tenerte cerca… —susurró en mi boca—. ¿Es mucho pedir?

—¿Así de cerca?

—O un poco más. —Me dedicó un gesto granuja, estrechándome entre sus brazos.

—Puedes estar tranquilo, porque ahora que he encontrado mi sitio, no pienso moverme de aquí.

—¿De la cama? —bromeó.

—¡De tu lado! Siempre a tu lado…

—Desde una interesante e igualada partida de *scalextric*… Justo desde entonces.

Nos besamos con intensidad, con pasión, esa que parecía nunca tener fin entre nosotros hasta que Kellan detuvo el beso para sostener mi rostro entre sus manos y acariciarlo con suavidad.

—No puedo jurarte que estaremos juntos toda la vida, Afri, pero puedo prometerte que haré todo lo posible para que sea así, viviendo lo nuestro como si no quisiera que terminase jamás.

—Con eso es más que suficiente.

Nos besamos como si aquello solo fuera el principio. Nunca era demasiado tarde para admitir un error y mucho menos, para confesar lo que sentíamos el uno por el otro porque era demasiado lo que nos faltaba por decir. Ni siquiera habíamos tenido tiempo para nosotros hasta entonces, pero a partir de ese instante, tendríamos todo el del mundo para disfrutar de lo verdaderamente importante, de eso que hacía que lo urgente pasase a un segundo plano: nosotros. Porque si había algo en lo que no podía dejar de pensar era precisamente en eso, en lo que nos faltaba por decir, en eso que nos quedaba por hacer, en lo que nos habíamos convertido desde aquella inocente partida de *scalextric* en una buhardilla: en todo. Todo por vivir y por sentir, pero ahora de su mano… Juntos.

Epílogo



Kellan

Dos semanas más tarde…

Dicen que después de la tormenta, siempre llega la calma. Lo que nunca nos han contado es que esa calma puede no llegar y esa tormenta puede acabar convirtiéndose en un verdadero huracán que arrase con todo a su paso, terminando con lo que conocíamos hasta entonces.

Tras varias semanas de descontrol y desfase, necesitábamos un descanso, un parón que me permitiera disfrutar de lo que estábamos consiguiendo y, sobre todo, de ella. De nosotros. Por eso, me permití darme unas vacaciones, aunque ninguno de ellos lo supiera aún.

Una tarde cualquiera, estábamos en el pazo, aprovechando el clima veraniego, que parecía haber llegado para quedarse, disfrutando de una tarde relajada en la piscina. Brenan, Lía, Eric, Connor y Daniella se encontraban en el agua, dándose un chapuzón, y África y yo estábamos tomando algo en las hamacas, sin dejar de besarnos ni de acariciarnos; era una jodida adicción de la que no nos podíamos, ni queríamos, librar. Solo esperaba que ese momento no terminase nunca; ese comienzo de una historia en el que todo el tiempo, el amor y el deseo se quedan cortos. Nunca es suficiente; siempre necesitas más. Y yo parecía vivir en ese estado perpetuo: necesitaba más de nosotros a todas horas.

—Voy a darme un baño —dije, incorporándome, besando sus labios—. ¿Vienes?

—Creo que no. —Se estiró en la hamaca, ocupando mi espacio—. Te espero aquí, tomando el sol.

Llevaba un minúsculo bikini blanco que contrastaba con el color tostado de su piel y me invitaba a quedarme con ella, acariciándola hasta el fin de mis días.

—¡Vamos pareja! ¡No me seáis muermos! —gritó Connor desde el agua, provocándonos desde el bordillo—. Kellan, ida y vuelta; el que llegue el último, se encarga de la barbacoa —me retó con la misma sonrisa que tenía desde que era un niño.

Ni siquiera lo dudé, me lancé al agua de cabeza, sacándole distancia con el salto, emergiendo varios metros por delante, y empecé a dar brazadas como si me jugase la vida en ello. No lo vio venir y cuando llegué el primero, dio fe de ello.

—Serás tramposo…

—¿Qué pasa?, ¿había que esperar? Ya puedes ir yendo a preparar el fuego… —le piqué.

—Siempre haces lo mismo —dijo burlón, aunque se había picado de verdad. Connor era competitivo a más no poder.

—Y tú tienes muy mal perder… Desde siempre.

—¡Dejadlo ya! —dijo Brenan desde el otro lado, cansado de nuestras competiciones absurdas.

—Sabéis que si hubiera empezado desde el bordillo, como yo, le habría fundido —insistió.

—¡Claro! —le apoyó Eric con una sonrisa, negando con la cabeza en repetidas ocasiones cuando le miré con rencor.

—Por supuesto… —murmuró Brenan, poniendo los ojos en blanco.

—Yo estoy segura de ello, Connor —le apoyó nuestra hermana, ganándose una sonrisa cómplice de su parte.

No sé qué le molestó más, si haber perdido o el cachondeo que se trajeron con el tema, pero apoyó las manos en el bordillo y se impulsó para salir del agua. Llevaba una sonrisa en el rostro, como siempre, pero sabía que en el fondo, era algo que le hervía por dentro.

—La revancha —añadió, sentándose en el suelo. Seguía siendo una especie de niño grande —. Tres largos y subimos la apuesta.

—Quizá, más tarde… —me escaqueé—. Oye, quería pedirte algo —dije, bajando el tono de voz, cuando él se sentó en el bordillo y metió los pies en el agua, relajándose.

—Tú dirás.

—Después de todo lo que ha pasado… Bueno, el otro día estuve hablando con De la Cruz.

—¿De la Cruz? —Frunció el ceño, confundido.

—Nuestro socio peruano. Lleva años enviándonos la mejor madera de caoba del mundo desde el otro lado del charco.

—Sí, me suena. ¿Y qué quería? ¿Qué te ha dicho?

—Quiere que nos reunamos para tratar las nuevas vías de negocio y futuras… transacciones.

—Perfecto. ¿Cuándo? ¿Necesitas que vaya contigo? Has comprobado que soy todo un profesional y quieres aprovecharte de ello, ¿verdad? —bromeó.

—Por supuesto, pero el tema no es ese.

—Ah, ¿no?

—La reunión será en Perú. Y voy a ir yo solo… Quería pedirte que te encargaras del club.

En realidad, no había ninguna reunión, pero ya que no pude estar en su visita a España, había pensado visitarle y demostrarle que podía confiar en nosotros y que la operación había sido un «éxito», de la que los únicos que habíamos salido malparados fuimos nosotros, por las pérdidas de hombres que tuvimos y, sobre todo, por ella. Lo cierto es que para el resto del mundo, la reunión sería eso, un encuentro de negocios entre dos socios; para mí, en cambio, sería una oportunidad para pasar tiempo con África, para tomarnos un descanso y unas más que merecidas vacaciones. Dato que prefería omitir y dejar para nosotros.

—¿Solo eso? —cuestionó mientras escuchábamos los gritos y risas de los demás, que seguían con su fiesta particular en la piscina.

«Solo eso», pensé. Como si fuera fácil… Desde que llegué al Dark Soul, ni siquiera había tenido tiempo para respirar; fueron momentos de tensión y peligro constantes. Por eso, necesitaba un descanso y ahora, con Lucho fuera de combate, era el mejor momento para ello. Para eso y para disfrutar de nosotros.

—Solo eso. Estoy seguro de que podrás hacerlo.

—No es para tanto. ¿Noche, fiesta, alcohol y chicas? —se cachondeó—. Podré hacerlo.

—Perfecto. Todo tuyo.

—¿Cuándo te marchas? ¿Durante cuánto tiempo?

—Cuanto antes. —Me impulsé en el bordillo para salir del agua y me senté a su lado—. No sé cuántos días estaremos fuera. Sobre la marcha…

—Espera, espera. ¿Estaremos? —Arqueó una ceja, desconfiado, y mi gesto le dio una pista —. Así que… ¿era eso? ¿Me dejas aquí al cargo de todo para irte a recorrer mundo con Afri?

—Bueno…

—¡Joder, Kellan! Parece mentira. No tendrías ni que preguntarlo… ¡Disfruta! Llevas demasiados años ejerciendo un papel que no te pertenece. Has estado cuidando de nosotros desde que eras un crío, cuando lo único que deberías haber hecho era jugar, divertirte, salir con chicas… ¡Hacer lo que haría cualquier chico de quince años! Y ya es hora de que lo hagas, ¿no crees?

—¿Lo que hacen los chicos de quince años?

—¡Lo que quieras hacer! Pero sin estar pendiente de nosotros veinticuatro horas. Ya sabemos cuidarnos solitos. O eso creo —bromeó, haciéndome sonreír al sentirme orgulloso de ellos.

—Sí, yo también lo creo. Solo quería saber que no te parece mal.

—¿Que te vayas a disfrutar con tu churri? ¡Para nada!

—¿Mi churri? —Fruncí el ceño, a punto de estallar en una carcajada.

—No sé lo que sois exactamente, así que creo que ese podría ser el término adecuado para vosotros, sí.

—Lo que tú digas. Entonces, ¿te dejo al mando? —Miré a nuestro alrededor; iba a tener demasiado de lo que encargarse.

—Claro. Lárgate y déjalo todo en mis manos —sentenció con aires de suficiencia.

Y una frase que debería haberme tranquilizado, no lo hizo en absoluto. Un sexto sentido, tal vez. O puede que conociera a mi hermano lo suficiente como para saber la que podía liar en una situación como aquella. No obstante, tenía tantas ganas de perderme con ella en cualquier parte del mundo, que no le di importancia y regresé a su lado, a aquella hamaca en la que se tostaba bajo el sol, mientras su mirada se derretía al encontrarse con la mía.

—Te veo demasiado ocupada…

—Estaba estudiándote desde aquí —me explicó con una sonrisa traviesa.

—Ah, ¿sí? ¿Y has aprendido algo interesante?

—Cada uno de tus gestos. Podría decirse que me los he aprendido de memoria…

—Quiero ver eso.

—Pues verás… Cuando hay algo que te divierte, curvas los labios así. —Esbozó una sonrisa ladina que me habría encantado devorar—. Cuando examinas algo, totalmente concentrado, tus ojos adquieren esta forma. —Entrecerró la mirada, suspicaz—. Y hablando con Connor, hace unos segundos, estabas tal que así. —Tensó la mandíbula, endureciendo la mirada—. Así que… algo te preocupa.

—Lo único que me preocupa en estos momentos es que me conozcas tan bien como para destrozarme —dije, sin pensar, besando sus labios como llevaba minutos deseando hacer. Casi desde que me había separado de ellos.

—Sabes que eso no va a ocurrir.

—Lo sé.

Nuestras lenguas se entrelazaron con ese deseo contenido ardiendo en nuestro interior en cuanto mis dedos se deslizaron por la calidez de su piel y ella se estremeció al sentir mi cuerpo, todavía mojado, pegado al suyo.

—Y eso es lo que hace el mítico Kellan cuando quiere que una pequeña inocente e ilusa

sucumba ante su… ¡pelvis seductora! —murmuró sobre mis labios, divertida, con gesto angelical, provocando que una sonora carcajada retumbase en mi garganta.

—¿Pelvis seductora? ¿En serio?

—Tienes suerte de que no sea inocente ni ilusa… —Su actitud cambió en cuestión de segundos y se convirtió en aquella pantera que conocí desde el primer día, capaz de devorar y destrozar a cualquiera con solo un zarpazo. Letal. Mortalmente seductora.

Nos olvidamos del resto del mundo y del tiempo, que se paralizó por completo, en aquella hamaca apartada del resto de la gente. O así lo sentíamos nosotros porque era estar juntos y la multitud, de la que estábamos siempre rodeados, desaparecía. Sin más. Todo lo que necesitábamos se encontraba en aquellos dos metros cuadrados; era lo único a lo que quería dedicarle todo mi tiempo, a lo que le ofrecería el resto de mi existencia. A ella.

Esa misma noche, llegamos al club poco después de que este abriera sus puertas. Habíamos alargado la tarde demasiado, enredados entre las sábanas de mi cama, disfrutando de cada poro de su piel, de cada marca que los rayos de sol del atardecer dibujaban sobre su cuerpo. Era una perdición, mi verdadera y absoluta debilidad.

—¿Qué pasa, Cano? —le saludé al entrar, con ese apretón de manos y choque de puños que habíamos convertido en una costumbre—. ¿Ha llegado ya Connor?

Se suponía que así debía ser, ya que, tras nuestra conversación, me aseguró que se empezaría a hacer cargo del local para ir adaptándose hasta que nos marchásemos.

—Claro, está dentro. Ha llegado pronto.

África y yo entramos sin soltarnos, agarrados de la mano mientras acariciaba su dorso con suavidad. Aún se mostraba reticente a que nos vieran juntos en el trabajo; insistía constantemente en que era su jefe y no quería que pareciera que se aprovechaba de ello, pero yo no lo sentía así. Para mí, ella era la suerte de mi vida, la persona que me había liberado de esa pesada carga que tenía sobre mis espaldas y la que se había encargado de terminar con todas y cada una de mis sombras. Todo el tiempo que pasara con ella sería poco y me daba igual que el resto del mundo descubriera lo que sentía. Es más, me importaba una mierda el resto del mundo.

Buscamos a Connor entre la gente, pero no había ni rastro de él, así que nos encaminamos hacia el piso superior para comprobar si se encontraba reunido con el resto del equipo en la oficina.

—¿Estás buscando a tu hermano? —me preguntó Eric, con el que nos cruzamos cuando salió tras las cortinas de uno de los reservados.

—¿Le has visto?

—Ahí lo tienes. —Señaló hacia el interior del palco—. Yo ahora vuelvo… —Movió su teléfono, que sonaba entre sus manos, dándome a entender que iba a contestar una llamada.

Entramos, sin dudar, temiendo ese «ahí lo tienes» de Eric. Tratándose de Connor, podría habérmelo encontrado de cualquier manera, pero, sin duda, no me imaginaba lo que vi a continuación. ¡¿Qué demonios?!

—¿Qué estás haciendo? —cuestioné al fijarme en los dos chicos que acompañaban a mi hermano.

África se acercó a ellos, con curiosidad, sorprendida por lo que tenía ante sus ojos. Uno de los jóvenes estaba tatuando a Connor allí, sentados en los sillones como si se tratara del estudio más moderno del mundo.

—¡Qué pasada! —exclamó ella al ver el dibujo que estaban realizando sobre su espalda.

—¿Quieres uno? —le preguntó el tatuador.

—Otro día, quizá. Acabo de llegar y se supone que debería estar trabajando. Y tú también —

le reprochó a Connor.

—Sí, eso se suponía… —añadí con tono recriminatorio—. Que estaba aquí, haciéndose cargo de todo esto.

—Lo tengo controlado —dijo el aludido—. Desde aquí, vigilo la pista central, ¿no lo veis? —Tenía respuestas para todo. Se apoyó en la barandilla sin apenas moverse para que el otro tipo continuara con su trabajo—. Además, ya que te piras y vas a dejarme al mando, quería que quedase constancia de ello.

Señaló su espalda para que me fijara en el dibujo y sus palabras adquirieron sentido. ¡La madre que lo parió! Se estaba tatuando el mismo tridente negro del Dark Soul sobre su omóplato.

—Tienes que hacerte uno igual, Kellan. Aunque así sabrán quién es el verdadero jefe… Quería darle caña a la tinta y como, a partir de ahora, me quedaré al mando, me ha parecido una buena idea. ¿Os gusta o no?

—Está genial, Connor —le apoyó Afri.

—No está mal, no. —Sonreí—. Pero sabéis que estas cosas se hacen en un sitio adecuado para ello, ¿verdad?

Lo único que me faltaba era que viniera una inspección en el momento menos oportuno y que nos cerrasen el chiringuito.

—¿Un sitio mejor que este? Imposible —murmuró fanfarrón, antes de que los dejásemos allí a los tres, siguiendo con lo suyo.

Cruzamos las cortinas y África me observó con un gesto desbordante de curiosidad.

—¿Qué es eso de que Connor estará al mando a partir de ahora?

Agarré su muñeca con delicadeza y tiré de ella hacia el interior de otro de los palcos; ese en el que empezó todo, en el que nuestra historia comenzó a tener sentido.

—¿Tienes algo que hacer durante los próximos veinte días?

—¿Aparte de trabajar? —cuestionó burlona.

—Aparte de trabajar.

—Nada… Mi jefe me tiene explotada a jornada completa, ¿sabes?

—Creo que tendré que hablar con ese tirano… —La arrinconé entre la barandilla, que tenía la pista principal a sus pies, y mi cuerpo, besándola de forma apasionada al recordar aquel primer encuentro entre esas paredes.

—¿Sabes que aquí empezó todo? —Pareció leerme la mente.

—Lo sé. Aunque para mí empezó antes, mucho antes… Puede que con una carrera de coches hace veinte años.

En esa ocasión, fue ella la que me besó, cerrando los ojos por la intensidad del momento.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Ibas a hablar con el tirano de mi jefe…

—En realidad, es un tipo majo. Y atractivo… —Apretó los labios, evitando que se curvasen —. Y está loco por su chica… —Me pegué más a ella y nuestras lenguas se acariciaron con cierta efusividad, provocando que la temperatura subiera en aquel pequeño espacio.

—Pues… pobrecillo. Creo que no podrá pasar mucho tiempo con ella en los próximos veinte días porque tiene que trabajar. Tiene que recuperar las horas perdidas…

—¡Perfecto! Podrá recuperarlas en Barbados. —Abrió tanto esos ojos negros, que me volvían loco, que podrían haber salido de sus órbitas.

—¿A Barbados? —repitió, asombrada—. ¿Qué estás diciendo, Kellan? ¿Te has vuelto loco?

—Eso creo… —contesté, mordiéndome la sonrisa—. Me gustaría ir a Perú a hacerle una visita a De la Cruz y he pensado que… bueno… —dudé—. Podríamos aprovechar el viaje para pasar unos días juntos en el paraíso. ¿Qué te parece?

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

Saltó a mis brazos y entrelazó sus piernas en mi cintura, besándome con una locura y pasión desbordantes.

—Pero… ¿crees que podremos dejar esto así? ¿Durante tantos días?

—Connor está al mando. Ya lo has oído —susurré entre beso y beso—. Nosotros solo tenemos que disfrutar…

—¿Es esta tu manera de decirme que estás loco por mí? —cuestionó con una sonrisa inolvidable—. ¿Proponiéndome que me vaya al otro lado del charco contigo?

—Podría ser…

—Porque… tenemos el mundo a nuestros pies. —Miró hacia abajo, observando a todas esas personas que bailaban y conversaban en el piso inferior, ajenas a nuestra presencia—. Casi habría sido más fácil que gritases desde aquí que me quieres… —me provocó, fundiendo nuestras miradas en un solo instante.

—Te quiero —susurré sobre sus labios, besándolos con suavidad.

—Vaya… Pensaba que se lo gritarías al mundo entero. —Sus ojos empezaron a brillar y mi existencia adquirió sentido, por fin.

—Eso he hecho. Tú eres todo mi mundo, África.

No me hacía falta nada más. Un beso, una caricia o una mirada suya era más que suficiente para que me sintiera el tipo más afortunado del planeta. Porque con ella no solo todo estaba donde debía estar, sino que además se transformaba en una versión mejorada. Con ella, todo era mejor. Y yo también lo era.

Desde el día que la conocí, o volví a conocerla, descubrí que da igual quién eres, cómo te llamas o lo que has hecho; lo único que importa y permanece en el tiempo es lo que haces sentir a los demás. Eso es eterno… Y con ella no solo fui capaz de empezar a sentir de nuevo, sino que esos sentimientos llegaron por todo lo alto. ¡Y de qué manera! Arrasando con el antiguo Kellan como un jodido huracán. Y si me preguntaran, con total seguridad, contestaría que todo lo que había vivido mereció la pena para llegar hasta ella, desde las sonrisas infinitas hasta los golpes más dolorosos de Iago. Todo.

Puede que por ese motivo, ahora, después de haber estado a punto de morir en varias ocasiones, quería vivir de la manera más intensa posible. Y para eso, la necesitaba a ella. Porque el destino daba igual; solo era una excusa absurda. No me habría importado ir a la calle trasera del club, si era con ella, ya que, con su presencia, ese lugar sombrío se habría convertido en un verdadero paraíso. África era así… La única capaz de transformar mi alma oscura en otra brillante que desprendía luz propia y, al mismo tiempo, recordarme quién era, quién nunca debía dejar de ser, un verdadero y temido Dark Soul.

Epílogo



Daniella

No sabía dónde me estaba metiendo. No tenía ni idea. De hecho, creo que si me hubieran llegado a avisar, habría abortado la misión y cambiado de planes de forma drástica o, incluso, habría desaparecido del mapa. Para siempre. Había demasiado en juego y no pensaba permitir que me afectara de manera personal. A pesar de que, probablemente, ya fuera tarde para eso. Muy tarde…

Llevaba casi seis años viviendo sola, sintiendo que no tenía a nadie más en el mundo, excepto a mis amigos, que contaba con los dedos de una mano, y así, de repente, sin esperarlo, me salieron tres hermanos de la nada. Tan distintos y tan parecidos al mismo tiempo. Tres pilares en los que podría apoyarme y confiar. Alguien que estuviera a mi lado en las buenas y en las malas. Así que… si no quería que fuese algo personal, lo llevaba claro.

Ese fue el motivo que me llevó allí de vuelta. Sentía que los necesitaba, que quería seguir conociéndolos y, sobre todo, pasar tiempo junto a ellos. O puede que hubiera algo más detrás, una Daniella profesional que se esforzaba, cada día, por hacer bien las cosas. Y otra que pretendía mantenerlos a salvo de lo que se avecinaba, aunque ellos aún no lo supieran. Y allí me planté, sin pararme a pensar que tendría que arriesgar demasiado para lograrlo, pero era así**,** impulsiva y poco racional, y estaba demasiado atada a mi intuición como para dejar que esta volara por libre.

Había regresado para quedarme y quise convencerme de que era por un bien común. Me encontraba mejor cuando estaba cerca de ellos, sintiendo que volvía a formar parte de algo, que tenía una familia. Y ellos… iban a necesitarme allí. O no saldrían de esta. Pero la lección que me dio la vida cuando la cosa se complicó, de una manera que jamás habría imaginado, casi me destrozó por completo.

Tan solo hacía veinte días que había vuelto y desde el primer instante, ya descubrí que trabajar en el Dark Soul era una experiencia inolvidable. Cada noche era distinta, conocías gente nueva e interesante a todas horas y podías disfrutar de la música y beber mientras ganabas algo de dinero. Todo un chollo, que habrían dicho algunos. Sin embargo, incluso eso que más brilla provoca miles de sombras a su alrededor, sin distinción.

Kellan se acababa de ir con África de viaje, por lo que Connor y Eric se estaban encargando de que el club siguiera siendo un éxito asegurado, como hasta entonces. Y yo… había decidido echarles una mano con todo lo que pudiera.

—¿Sabes? —Mi hermano apoyó los brazos sobre la barra con chulería y un gesto canalla digno de admirar—. Creo que esto necesita una reforma. —Miró a su alrededor, sopesando esa opción.

—Te han dejado al mando, Connor, pero creo que a Kellan le gustaría que esto siguiera en pie cuando regrese.

—¡Que no se hubiera ido! —bromeó, ampliando su sonrisa, mostrando la blanca y perfecta dentadura que escondía su cuadrada mandíbula—. En serio, ¿no te has parado a pensarlo?

—¿El qué? Yo lo veo perfecto tal y como está.

—Es perfecto, sí, pero le falta algo… Piensa; ¿qué es lo que vienen buscando los clientes?

Arrugué la frente, sin saber muy bien a qué se refería.

—¿Bebidas de las mejores marcas?, ¿contactos?, ¿desconectar? —Puso los ojos en blanco, dándome por imposible.

—Mejor dicho: ¿qué suele buscar la gente con dinero, esa que ya tiene de todo, para pasárselo bien?

—No lo sé, sorpréndeme.

—Alcohol, drogas y… sexo. —Su mirada se encendió y mi estómago sintió un intenso hormigueo al escuchar cómo pronunció esa última palabra.

—¿Y tú piensas dárselo? —Me apoyé en la barra, como él, con toda la curiosidad del mundo por averiguar la idea que tenía en mente.

Más tarde descubriría que no debería haber preguntado porque viniendo de Connor, podría tratarse de cualquier locura. Y así fue.

Aquella noche, esa en la que todo cambió, el local estaba a reventar. No cabía nadie más. Nunca había visto tanta gente en el Dark Soul; iba a ser verdad eso de que Connor era un gran relaciones públicas. Decidí hacerme cargo de una de las barras laterales, que solían ser más tranquilas que la principal, situada al fondo. Desde allí podía controlar toda la planta principal, al tratarse de una zona ligeramente más despejada, por lo que era un punto estratégico para no perderme detalle. Y allí estaba, observando lo que pasaba a mi alrededor, mientras atendía a un grupo de chicas, cuando Iker, uno de mis compañeros, se plantó delante de mí y dejó varias bolsas en el suelo.

—¡Te toca! Que te veo muy relajada, ¿eh?

—Aún no he parado desde que he llegado —me quejé.

—¡Genial! ¡Es todo vidrio! —Señaló los sacos del suelo, ignorándome y guiñándome un ojo antes de alejarse.

Cogí los bultos para sacarlos a los cubos de reciclaje, ubicados en la calle trasera, y me encaminé hacia el pasillo de los vestuarios con paso ligero para regresar lo antes posible. Iba distraída, algo poco común en mí, por lo que esa sombra que se abalanzó sobre mi cuerpo, cuando llegué a la calle, me pilló por sorpresa. No sabía quién era, pero se movió con tal rapidez que no me dio tiempo a reaccionar hasta que me vi con mi espalda en su torso, su brazo rodeando mi cuello y el cañón de una pistola trazando una perpendicular invisible que atravesaba mi pecho desde abajo.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos por aquí? Una gatita indefensa…

«¡¿Qué narices?!». Me sonaba su voz, pero no quise moverme hasta estar segura, por lo que pudiera pasar.

—¿Qué quieres? Suéltame.

—¿Qué cojones haces tú aquí, Daniella? ¿Has cambiado de bando y te has aliado con los Ulloa? Verás cuando se enteren los de arriba…

Sí, era él; Ramos. Con un rápido movimiento de autodefensa, golpeé la boca de su estómago con el codo y conseguí liberarme de su agarre.

—¿Eres gilipollas, Ramos? ¡¿De qué coño vas?!

—¿Qué pretendes? ¿Para qué has venido? —insistió, volviendo a apuntarme; en esa ocasión, directamente a la cabeza.

—Confirmado, eres gilipollas. Si no sabes lo que está pasando en tu puta comisaría, habla con el comisario, pero a mí no me vengas a tocar las narices, ¿entendido?

—¿De qué estás hablando? —Su mirada de odio se transformó en otra repleta de desconfianza. Ni siquiera yo sabía por dónde podría salir; ese tío estaba como una cabra.

—Estoy hablando de que si no tienes ni idea de los operativos que están llevando a cabo tus superiores, es problema tuyo, no mío.

—Me importa una mierda lo que piense y haga el comisario. No sé si te has dado cuenta…

—Genial, pues eso tendrás que hablarlo con él, pero como te cargues esta misión, puedes dar por hecho que estarás fuera del cuerpo —le amenacé, intentando que no la cagase.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Esto no es un juego de pistolitas. —Dio un paso al frente, acercando más su arma a mi rostro—. Ni se te ocurra joder todo lo que he hecho durante estos años. Ni se te ocurra —repitió con tono duro— meter las narices donde no te llaman. Porque no sabes con quién estás jugando.

—¿Es una amenaza?

—Es solo… —dudó—. Un aviso.

Pero sus ojos oscuros me amenazaron con todo aquello de lo que sería capaz. Porque era un hecho que Ramos se encontraba de mierda hasta el cuello, pero también que sería capaz de quitarse de en medio a cualquiera que se interpusiese en su camino. Y tenía medios de sobra para hacerlo. Era la manzana podrida del cesto que acababa destrozando al resto. Y ante eso… poco se podía hacer. O lo eliminabas a tiempo o su moho te acababa afectando.

—Además, ¿qué crees que harán contigo los Ulloa cuando se enteren de que eres policía? Eliminarte. Y no les temblará el pulso, te lo aseguro. Lo llevan en la sangre.

«Igual que yo», me habría encantado añadir, pero no pude. Nadie podía enterarse de que Kellan, Connor, Brenan y yo éramos hermanos o, de lo contrario, tendría que abandonar el operativo de inmediato. Jamás me habrían permitido infiltrarme de haberlo sabido.

No contesté. No me salieron las palabras. Solo con pensar en esa posibilidad, mi estómago empezó a revolverse sin control. Le mantuve la mirada, retándole; sabía que quería provocarme y lograr que abandonara, pero no iba a permitírselo.

—¡Eh, Daniella! Dime. ¿Qué piensas que harán cuando se enteren?

No le di tiempo a continuar. De forma repentina, di un paso al frente y con una mano agarré la pistola mientras que con el otro brazo, le di un codazo en la garganta, dejándole sin respiración durante unos segundos, desarmándole sin que apenas se diera cuenta.

—Hija de… —titubeó, tosiendo e intentando coger aire al mismo tiempo.

Tampoco terminó de pronunciar esas palabras. Sin embargo, en esa ocasión yo no tuve nada que ver. Se lo impidieron esos ojos azules que nos estaban observando, sorprendidos, desde las sombras. Ninguno de los dos lo vimos venir; estábamos tan absortos en nuestra peculiar batalla que solo me di cuenta de que Connor estaba allí cuando nuestras miradas se cruzaron, de manera fugaz, y se lanzó sobre Ramos. Con el impulso, le tiró al suelo y empezó a darle puñetazos,

sentado sobre su cuerpo.

—Como vuelvas a aparecer por aquí y se te ocurra volver a mirarla, eres hombre muerto —añadió con un tono que jamás había escuchado, cogiéndole por la camiseta, con rabia, y le dio un último golpe que le dejó prácticamente inconsciente.

Casi ni me había dado tiempo a respirar y solo lo hice cuando vi que se trataba de él, que estaba bien y que me buscaba, desde el suelo, para comprobar mi estado.

«Mierda…».

Estaba tan centrada en Ramos que ni siquiera le había visto; no sabía cuánto tiempo llevaba allí ni qué parte de la conversación había escuchado, pero el desconocimiento y el temor me paralizaron por completo.

Se levantó de un salto y en un segundo, estaba frente a mí, sujetándome por los brazos, examinándome de arriba abajo con preocupación.

—¿Estás bien? —Asentí—. ¿Te ha hecho algo? —Negué con la cabeza varias veces—. Joder, Daniella… —Dejó salir el aire de sus pulmones, mostrándose aliviado, pero no paró de analizarme, buscando el más mínimo arañazo en mi piel.

Vi cómo su pecho se movía al respirar profundamente, superado por el momento. Subió las manos hasta mi rostro, acariciándolo con cariño, y lo sostuvo entre ellas para que nuestras miradas se encontrasen, pausando el avance del tiempo de una forma asombrosa. Pude sentir cada latido de mi corazón en todos los poros de mi piel, cómo la sangre se distribuía hasta cada extremo con sus bombeos y cómo su calidez arrasaba conmigo sin piedad. Y fue ahí, justo en ese instante, cuando toda mi existencia cambió por completo, dando un bandazo cruel.

—¿Seguro que estás bien?

No, no sabía dónde me estaba metiendo. No tenía ni idea.

Agradecimientos

Siempre que me preguntan «¿qué es lo que más te cuesta al escribir una historia?» digo lo mismo: el final, porque nunca sé cómo va a terminar, y los agradecimientos, porque me niego a dejarme a nadie por el camino cuando esta aventura es posible gracias a tantas personas. Por eso, solo puedo daros las GRACIAS a todos por vivir esta experiencia a mi lado, por vuestros mensajes, audios y reseñas, por dar una oportunidad a cada uno de mis libros, por querer a sus personajes tanto como yo… Gracias por leerme, siempre. Solo espero que os haya encantado el Dark Soul y su gente porque esto no ha hecho nada más que empezar… Y una vez que entras en el DS, es muy difícil salir de él…

Gracias a mis padres, como siempre, por todo, por tanto, por ser los primeros en apoyarme y en estar ahí.

A Mey, para no variar. Porque cada libro juntas es una nueva locura repleta de ilusión. Nos queda mucho por delante, lo mejor… Gracias por ser, por estar, por llegar hace veinte años para quedarte.

A Irene (@ladyromanticbook). Por aguantar todas mis neuras y sacarme de cada enredo, en el que me meto yo misma. Gracias por tener siempre un hueco para mí, a cualquier hora, y ayudarme con cada historia. ¡Eres lo más!

A mis villanas: Anny (@lady_fuxia), Rose (@rosegatebooks) y Noe (@noeliafrutos_autora). Por aparecer y quedaros, sin más. Porque la vida no sería igual sin vosotras a mi lado…

A toda la comunidad de *bookstagram*, que me ha regalado gente maravillosa. A Laia (@librosdelai), Adriana (@mrs.svetacherry), Eli (@eli.p.r) y Marisa (@lecturasmapita), en especial. A todos vosotros, a los que estáis ahí cada día; sería incapaz de nombraros sin dejarme a nadie, así que gracias por cada mensaje para subirme los ánimos, para preguntar, para charlar. Sois todos increíbles…

A Izan, Hugo y Javi, porque vivir cada día a vuestro lado es mi mejor aventura. Sois mi gran suerte.

A ti, que has leído esta historia, gracias por formar parte de ella… Gracias por ayudarme a seguir cumpliendo sueños.

Gracias, infinitas, siempre.…